

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFIA



TESIS DOCTORAL

La repetición, una interpretación psicoanalítica: Freud y Lacan

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Manuel Álvarez Huitrayao

Director

Gerardo Gutiérrez Sánchez

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA



**LA REPETICIÓN, UNA INTERPRETACIÓN
PSICOANALÍTICA: FREUD Y LACAN**

**TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Manuel Álvarez Huitrayao

Bajo la dirección del doctor

Gerardo Gutiérrez Sánchez

Madrid, 2015

A mi hija Violeta...

***“El pasado está adelante, al frente, porque es lo que yo estoy viendo
lo tengo, lo sé y lo repito porque lo estoy viendo
y si lo estoy viendo
puedo cantarlo,
por eso se canta el pasado”***

Leonel Lienlaf, poeta mapuche

***“No hay teoría ni práctica que pueda agotar el encuentro y el desencuentro
del parlêtre con lo real.”***

Isidoro Vegh

AGRADECIMIENTOS

Al momento de terminar esta investigación no sólo quiero realizar agradecimientos concretos, sino también hacer un reconocimiento a quienes han participado de mi proceso de formación en el campo del psicoanálisis, la clínica, la filosofía, la psicología, las ciencias sociales. Familia, amigos, profesores, psicoanalistas, alumnos, pacientes, todos aquellos quienes de uno u otro modo me han acompañado de una manera solidaria, reflexiva, crítica y desinteresada en esta difícil tarea de acercarse a las profundidades de la pulsión de muerte, el componente más demoníaco de la repetición, y que tantos estragos ha causado en momentos de la historia del país donde nací.

Específicamente en el campo del psicoanálisis y la clínica, quisiera agradecer en primer lugar al director de esta tesis, Gerardo Gutiérrez, quien acogió este proyecto, me permitió darle espacio a las más diversas reflexiones y supo ayudarme a mantener un interés constante.

En segundo lugar agradecer a los profesores del Máster de *Psicoanálisis y Filosofía de la Cultura* de la Universidad Complutense de Madrid, que aportaron con nuevos conocimientos para las reflexiones vertidas. A los psicoanalistas y profesores del Diplomado de *Teoría y clínica psicoanalítica* de la Universidad de Chile y que en el tiempo de mi pregrado participaron de la Universidad Diego Portales, especialmente a Roberto Aceituno y Horacio Foladori quienes me transmitieron desde mis primeras indagaciones un psicoanálisis comprometido.

También agradecer al equipo de la Unidad de Psiquiatría del Hospital de Ovalle de Chile, dirigido por el psiquiatra Bruno Barahona, donde he podido realizar mi trabajo clínico de manera interesada, sistemática y con el espacio y el tiempo necesario para escuchar las más diversas manifestaciones en que la repetición se presenta. Al Servicio de Salud de Coquimbo de Chile, que a través de su director, Ernesto Jorquera, patrocinó la beca para cursar los estudios de Máster y el actual doctorado en la Universidad Complutense de Madrid de España. Al programa de becas de Conicyt del Gobierno de Chile por haber financiado los estudios en España.

Finalmente quisiera nombrar a algunas personas que con sus reflexiones o apoyos concretos, a lo largo de mi formación y en los más diversos encuentros, han aportado para ir articulando los fundamentos que hoy sostienen mi trabajo: Maya Schlenker, María-Cruz Estada, José Luis Pardo, Jorge Alemán, Willy Steil, Patrick Guyomard. A María Gloria Cayulef por su apoyo, preguntas y reflexiones. A Pablo Álvarez, Felipe Granifo, Pía Castillo, Mauricio Álvarez, Loreto Ramírez, Verónica Lafuentes, Tomás Feres, Pedro Gutiérrez, Àlvaro Gatica, Rodrigo Bilbao, amigos con quienes la cosa intenta ser pensada y que me han ayudado con comentarios y gestiones. A Claudia Álvarez por apoyar la postulación de este trabajo. A los compañeros del grupo de estudios de Madrid: María Reneses, Lorenzo Carcavilla, Cesar Ramírez. A los compañeros de reflexión de Ovalle: Fernanda Glaser, Paula Zabala, Rafael Contreras, Rodrigo Castillo, María Julia Saavedra.

A todos quienes hicieron posible la indagación por el problema de la repetición y quienes participaron de este proceso.

INDICE

AGRADECIMIENTOS	7
INDICE	9
ABSTRACT	13
Repetition, a psychoanalytic interpretation: Freud and Lacan	13
INTRODUCCIÓN	19
Sigmund Freud y Jaques Lacan, pensar la <i>Repetición</i> a la luz del psicoanálisis	20
El Problema	22
Objetivos de la Investigación	25
Objetivo específico	25
Objetivos Generales	25
El cuerpo de la investigación	26
Método empleado	27
La pregunta por la Repetición, su contexto	27
Nociones filosóficas de la repetición: Kierkegaard, Nietzsche, Deleuze	29
Søren Kierkegaard	30
Friedrich Nietzsche	31
Gilles Deleuze	33
EL PROBLEMA: La Compulsión de Repetición	36
El trabajo psíquico y la traducción	37
El principio de placer	40
La transferencia	48
1920 y el cuestionamiento del primado del principio de placer	51
Los argumentos de Freud	56
La pulsión de muerte	63
La lectura de Lacan del problema de la repetición	66
El problema de la representación y la repetición	73

REPETICIÓN Y TRANSFERENCIA _____ **80**

I. Antecedentes de la noción de transferencia: la “clave” en Breuer _____	80
II. Primeras indagaciones sobre la transferencia, de los sueños y el caso Dora _____	84
III. Acerca de la palabra transferencia _____	87
IV. Las transferencias y La transferencia _____	89
V. Repetición y principio del placer, la indestructibilidad del <i>deseo</i> _____	92
Repetición y transferencia, primeros alcances _____	96
VI. Los clisés, la reimpresión _____	98
VII. La neurosis de transferencia _____	101
VIII. La repetición en <i>acto</i> _____	106
IX. El papel de la resistencia en la transferencia y la repetición _____	110
X. La transferencia a la luz de <i>Más allá del principio de placer</i> _____	115
Repetición y transferencia, nuevos alcances _____	117

REPETICIÓN Y PULSIÓN _____ **122**

I. Antecedentes generales del concepto de pulsión _____	122
II. Características de la pulsión _____	128
III. La génesis del concepto de pulsión en los <i>Tres ensayos de teoría sexual</i> _____	131
IV. La parcialidad de la pulsión _____	138
V. La anticipación del proyecto, la <i>facilitación</i> como camino de la pulsión _____	144
VI. La satisfacción primaria apunta el deseo _____	149
VII. Inconsciente como deseo y memoria _____	152
Alcances de la cuestión pulsional para el problema de la repetición _____	156

REPETICIÓN Y PULSIÓN DE MUERTE _____ **162**

I. El carácter conservador de la pulsión _____	166
II. Lo ligado y lo no-ligado para el psiquismo _____	169
III. Dos modos de concebir lo inconsciente _____	173
IV. Lo irrepresentable para el psiquismo _____	177
Alcances de lo no-ligado y lo irrepresentable para el problema de la repetición	184
La destructividad y la pulsión de muerte _____	187
V. La destructividad, sadismo y masoquismo _____	187
VI. La pulsión de destrucción, ¿subrogada o autónoma? _____	197
Alcances de la destructividad para el problema de la repetición _____	202

REPETICIÓN Y LA INSISTENCIA DEL SIGNIFICANTE _____ 205

- I. El inconsciente estructurado como lenguaje y la alteridad constitutiva __ 209
- II. La insistencia significativa a partir del campo de la literatura _____ 216
 - La carta robada* de Edgar Allan Poe _____ 217
 - La interpretación de Lacan, la carta (*lettre*) como significante _____ 220
- III. La ley del significante y la preeminencia de lo simbólico _____ 225
- IV. Diferencias entre el yo y el sujeto, *homeostasis* e *insistencia* _____ 229
- V. Función *restitutiva* y función *repetitiva* _____ 237

La insistencia del significante a partir de lo simbólico, alcances para el problema de la repetición _____ 239

REPETICIÓN Y TRAUMA _____ 245

- I. Nuevamente los dos modos de lo inconsciente _____ 247
- II. Repetición en cuanto ley y repetición en cuanto causa _____ 249
- III. De una *vana* repetición _____ 252
- IV. En los albores del trauma _____ 256
- V. ¿Repite el Yo? _____ 258
- VI. De La causalidad lacaniana a partir de *La Física* de Aristóteles _____ 263
- VII. *Tyche* y *Automaton* _____ 266
- VIII. El *trauma* como vía regia de la repetición _____ 268
- IX. De la causa que retorna o *encuentro fallido con lo real* _____ 273

El encuentro fallido con lo real, alcances para el problema de la repetición ____ 276

REFLEXIONES FINALES _____ 281

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS _____ 300

ABSTRACT

Repetition, a psychoanalytic interpretation: Freud and Lacan.

The following dissertation is framed by the psychoanalytic line of thought inaugurated by Sigmund Freud and rethought by Jacques Lacan. The starting point of this work is the notion of repetition, which finds its utmost reason in what Freud called compulsive repetition. The idea of repetition, besides being called by Lacan as one of the foundations of Psychoanalysis, articulates a series of theoretical landmarks which, in turn, constitute Psychoanalysis' own arguments – whether linked to clinical practice or articulated around metapsychological reflection of the psychoanalytical field.

This dissertation is gravitates around four specific theoretical moments: two Freudian ones and two Lacanian ones. The latter taking place during the period called “The return to Freud”, which comprises the period from 1953 to 1964. In this period, the postfreudian developments deviate from Freudian theory, as well as the psychoanalytic method, which is reviewed by poststructuralism. Altogether, the four moments being analyzed are: in Freud, the “repetition linked to the act” in 1914, and the “repetition as such” developed in *Beyond the Pleasure Principle* in 1920. In Lacan, the theory of “the insistence of the signifier” from 1955 and what he later named as the “failed encounter with the real” in 1964.

Within the transitions between moments, it is possible to elucidate not only diverse ways of seeing and understanding the problem of repetition in psychoanalysis, but also, two different ways of conceiving the unconscious itself as the essential keystone of all psychoanalytic thought. Repetition does not only appears as a characteristic of the unconscious, which allows for its sudden manifestation, but also situates it as both the regulator and origin of the unconscious.

Research objectives

General

To revise and problematize the psychoanalytic concept of repetition by both Sigmund Freud and Jacques Lacan, coined by the former and re-interpreted by the latter.

Specifics

To analyze the first theory of repetition connected to the *act* formulated by Sigmund Freud.

To analyze the theory of *compulsive repetition* developed by Sigmund Freud in *Beyond the Pleasure Principle*.

To analyze the theory of repetition connected to the *insistence of the signifier*, formulated by Jacques Lacan

To analyze the theory of repetition connected to the *failed encounter with the real* formulated by Jacques Lacan

To problematize the status of the repetition within the psychoanalytic field in light of these four theoretical moments formulated by both Freud and Lacan.

To establish relationships between the concept of repetition and other fundamental ideas of Psychoanalysis such as transference, drive and the unconscious.

To problematize the state of the unconscious in the light of the question of repetition

To revise psychoanalytic moments and ideas able to investigate the formation of the concept of repetition within the psychoanalytic field.

Findings

As a result of a thorough bibliographical review of certain key moments within the psychoanalytic theory about repetition, this dissertation is structured in five chapters.

In Chapter One, *Repetition and Transference*, the Freudian version of repetition connected to the act. In this chapter the notion of transference is laid out as well as its connections with an earlier conceptualization of repetition, which is framed by the pleasure principle.

In Chapter Two, *Repetition and the Drive*, the relationship between Drive as *Drang* with the repetition is under examination. In this chapter, the drive is depicted as a constant force (*konstant kraft*) that relentlessly pushes forward, which it was somehow suggested by Freud's *Project of Psychology*, where the idea of *quantity* circulating certain neuronal circuits through *facilitation* arises.

In Chapter Three, *Repetition and Death Drive*, the idea of repetition in its self-destructive dimension is developed. A few elements are suggested to think about aggression in psychoanalytic terms, as well as the lean towards the theoretical tenet according to which the death drive operates in the *unlinked* psychic register.

In Chapter Four *Repetition and the Insistence of the Signifier* approaches the early proposal of Lacan from a structuralist perspective, which examines the repetition as Freud first configured and juxtaposes it with language. The place of repetition as regulation is highlighted insofar it determines the emergence of the signifiers in the symbolic chain, and, as a consequence, the emergence of the subject of the unconscious.

Lastly, in Chapter Five, *Repetition and Trauma*, the Lacanian theory of repetition and its assumption of *the failed encounter with the real* is under consideration. In this chapter, the weight of the real for the human experience is

underlined through the notion of trauma as non-assimilating surplus for the psyche, as proposed by Freud himself.

Conclusions

After pursuing the different research questions, there are several major points worth noticing. First, the repetition is an essential concept for psychoanalysis, which stems from Freudian thought and reaches into the Lacanian one. The repetition is a pillar articulating a way of conceiving the place of the unconscious in the human experience. The repetition is an idea that refers directly to the unconscious. It is possible to state that it is not simply a mere characteristic of the unconscious but the very condition for its existence. In this regard, the Lacanian reading of Freud, shows that the repetition can be thought of as both regulation and origin of the unconscious, as both *tyche* and *automaton*, weaving the threads of a complex plot.

The repetition appears within the psychoanalytic thought as a tendency that goes beyond the earlier Freudian logic, whose view of the psychic life was commanded by the pleasure principle. The *proclivity to repetition* proposed by Lacan in order to differentiate it from the *proclivity to retribute*, which is characteristic of the pleasure principle, presupposes a psychic *surplus*, something that is non-assimilating and therefore worth considering under the idea of trauma delineated by the psychoanalytic theory.

The first theory of repetition to both Freud and Lacan, is not a novelty after the *Return of the Repressed*. Freud himself states such thing and then Lacan will reaffirm it later. Nonetheless, this *return* has kept its importance, because, as we already know, it is

a fundamental notion that drives the theoretical search of the entire first stage of psychoanalysis. This similarity makes it so that Lacan understood the repetition as a psychic *homeostasis*, meaning the maintenance of a certain organic internal balance. This points to a repetition understood under the logic that something pushes the return of the unconscious and its incorporation and reincorporation into the psyche. This is a completely different view on the repetition as such, because it does not coincide with the subject's homeostasis, but, on the contrary, puts forth a self-destructive factor in the human being.

Finally, the tendency to repetition itself emanating from *Beyond the Pleasure Principle*, linked to the *Death Drive*, poses the unlinked from another perspective, in relation to a *chain of signifiers*, which, as Lacan taught us, it is able to sustain the subject. In this regard, the repetition is a constitutive tendency that participates in human life by posing two challenges. First, as stated above, the human being may look for its own wrongdoing (as judged by countless clinical cases) and second, continuing the importance of the previous statement, it appeals to the *unlinked* and therefore, psychically non-assimilating condition of the unconscious.

INTRODUCCIÓN

La presente tesis se enmarca dentro del programa de doctorado en Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid de España, y es resultado de una investigación sostenida en el tiempo dentro de las líneas de pensamiento psicoanalítico que tanto Sigmund Freud, como Jaques Lacan proponen. Si bien este trabajo, de carácter teórico conceptual, es producto del intercambio de pensamiento entre el profesor que ha guiado el mismo, el doctor y psicoanalista español Gerardo Gutiérrez y quien escribe, no se puede obviar que lo sostiene inicialmente una motivación ligada a la práctica clínica tanto al interior del ámbito público, Unidad de psiquiatría, como en el ámbito privado, la consulta particular.

A partir del desarrollo del trabajo clínico que he podido realizar en estos espacios, es que surge el interés por investigar un elemento “incómodo”, que emerge en los relatos y las experiencias de pacientes de distintas edades, indistintamente del sexo y género, y según diversos diagnósticos psiquiátricos (anorexias, adicciones, trastornos de personalidad, depresiones, trastornos de ansiedad, crisis de pánico, etc.). Es importante señalar que la clínica que motiva esta investigación está centrada en lo que en psicoanálisis se ha denominado como estructuras neuróticas, en este sentido creemos que los argumentos, elucubraciones y pensamientos vertidos, no son extrapolables de un modo directo para las estructuras psicóticas y perversas que el mismo psicoanálisis diferencia.

Por supuesto no podemos saber con anterioridad en manos de quién reposarán las nociones, fragmentos, asociaciones que se vierten en las páginas aquí desarrolladas. Es posible que se acerquen a este trabajo psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales,

profesionales de la salud, estudiantes en general de las ciencias sociales y humanas. Sin embargo al momento de escribir las páginas que se presentan a continuación se ha estado pensando en todo momento en un lector que por los más diversos motivos esté interesado en las problemáticas a las que el psicoanálisis se ha abocado. El trabajo lo hemos dirigido tanto a un lector novato en la terminología psicoanalítica –que seguramente le abrirá un sin número de preguntas-, como a un lector avezado en los dilemas y nociones que el psicoanálisis pone en circulación. El lenguaje que hemos tratado de utilizar ha privilegiado la claridad por sobre un estilo enrevesado que muchas veces se le ha criticado a algunos psicoanalistas, claridad que por cierto no disminuye en nada la riqueza y la potencia de la problemática en cuestión.

Sigmund Freud y Jaques Lacan, pensar la *Repetición* a la luz del psicoanálisis

Esta tesis aborda el concepto de *Repetición* en psicoanálisis. Específicamente los desarrollos de Sigmund Freud (1856-1939) y del psiquiatra y psicoanalista francés Jaques Lacan (1901-1981). Los objetivos centrales son presentar y problematizar las conceptualizaciones freudianas en torno al problema de la repetición y revisar la lectura que Lacan hace de ello. Para esto nos hemos propuestos la revisión de los momentos fundamentales a partir de los cuales Freud construye el concepto, en torno a qué situaciones lo utiliza, cuales son las nociones que subsidian el concepto central, en fin, si se nos permite, una cierta arqueología del concepto de repetición al interior de la obra freudiana. Para luego en un segundo momento revisar dos lecturas que Lacan realiza a partir del problema en cuestión, haciendo hincapié en cuáles son sus principales aportes, los cruces que produce, las elucidaciones que propone con la distancia que los años y su

formación le permiten. Es decir, volver a leer a Freud con los lentes que Lacan utilizó, lo cual se sostiene como un ejercicio sumamente enriquecedor dado que los lentes de Lacan son considerados por muchos -a los cuales nos sumamos- como los del gran continuador del trabajo freudiano.

Nos hemos centrado en Sigmund Freud como padre fundador del psicoanálisis, de él proviene un gesto de búsqueda de lo inmanente del ser humano, el interés por escarbar en las profundidades del hombre no sólo en su dimensión individual, sino que también en cuanto a su ligazón con la dimensión cultural. Es Freud quien desafía el proyecto de la modernidad centrado en la razón y postula para inconveniencia de muchos el estatuto de lo inconsciente. Un inconsciente que insiste, que molesta y que no se deja abordar por lo que él mismo denominó el *principio de placer*. Creemos que Sigmund Freud se sitúa como el más grande pensador del psiquismo humano, dado que con su pluma fue inscribiendo en el papel aquello que se le presentaba como un problema en el campo de la clínica.

No es difícil encontrar en la producción freudiana permanentes cuestionamientos que hace a sus propias elucubraciones, dado que le da al caso clínico un estatuto de verdad que desafía al saber establecido. La riqueza de su pensamiento lo lleva a ser considerado por muchos como el pensador del ser humano más importante del siglo XX, por cuanto deja una producción y una labor que ha de ser continuada con suma cautela si se trata de respetar el espíritu que sustenta su camino. Es justamente de lo que se preocupa Lacan, de darle un lugar al estudio del inconsciente por sobre otras formulaciones posfreudianas que tratan de sostener una práctica que a los ojos críticos del psicoanalista de París los situaba como “ortopedistas del yo”.

Para abordar la lectura que realiza Lacan del problema planteando por Freud, hemos considerado el período de pensamiento lacaniano que va desde el comienzo de su enseñanza, fechado en 1953, donde sitúa sus registros de *simbólico, imaginario y real*, como también uno de sus textos fundantes como es *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*, hasta el año 1964, año de su “excomuniación” de la IPA (*International Psychoanalytical Association*). En este año es cuando dicta uno de sus Seminarios centrales para este trabajo y para el psicoanálisis lacaniano llamado *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*.

Este período entre 1953 y 1964 está caracterizado por un interés fundamental de Lacan por destacar lo que él consideraba como desviaciones en las que hasta ese entonces los pos-freudianos habían incurrido, este período ha sido denominado bajo el rótulo de “*retorno a Freud*” y presenta como objeto situar la técnica psicoanalítica a partir de una lectura estructuralista del pensamiento freudiano. Creemos que en este período podemos encontrar un intento de Lacan por elucidar el espíritu freudiano que recorre la problemática de la repetición y al mismo tiempo nos permite hacer una lectura comparativa entre ambos psicoanalistas.

El Problema

Hemos planteado *El problema* de esta tesis como un marco general, con la intención de ubicar al lector en la cuestión de la repetición dentro de la teoría psicoanalítica. Recordemos tal como señalaremos en un momento más que ésta, la pregunta por la repetición en el ser humano, ha sido abordada también por el campo de la filosofía. Por cuanto el *Planteamiento del problema* hace las veces de mapa para que el lector pueda situarse en función de las coordenadas que el psicoanálisis propone para

sumergirse en esta tendencia que el propio Freud denominara como “*demoníaca*”. En el planteamiento del problema dejamos ver los cuatro momentos por los que la presente investigación transita, esto es, dos momentos de Freud y dos de Lacan, además de instalar preguntas que nos surgen y que al mismo tiempo estructuran el abordaje de este trabajo.

En el planteamiento inicial del problema hacemos alusión a la *compulsión de repetición*, nomenclatura que Freud consideró por primera vez en su trabajo *Recordar, repetir y reelaborar*, pero que desarrolló en profundidad seis años más tarde en *Más allá del principio de placer*. Si bien la noción de *compulsión de repetición* (*Wiederholungszwang* en el idioma alemán) da cuenta de un elemento indomable que se presenta como su nombre lo dice de una manera compulsiva, apremiante. Hemos utilizado en la gran mayoría de las ocasiones la sola noción de *repetición*, ya que creemos que por sí sola sostiene un factor enigmático, descentrado y excesivo para el ser humano, aspectos que Freud quiso posicionar en sus estudios acerca de la problemática en cuestión. A esto se suma que a partir de Lacan retrospectivamente podemos decir que existe una *tendencia restitutiva* que hace alusión a un modo no compulsivo de la repetición y que como veremos se mantiene dentro de las lógicas del principio de placer (no por ello menos interesante), y una *tendencia propiamente repetitiva* que efectivamente adopta el factor del *zwang* que Freud quisiera subrayar. Estas disyuntivas y el uso de la noción de repetición se clarifican principalmente en los dos últimos capítulos.

Tal como planteábamos dos párrafos atrás, hemos delineado cuatro momentos que nos hablan de cuatro teorías que estructuran la presentación del concepto de repetición. Si bien estos momentos son presentados de un modo cronológico, ellos coexisten prácticamente a lo largo de toda la tesis, por cuanto nos hablan más bien de

una lógica de pensamiento del problema de la repetición que de lazos unidireccionales entre nociones que se han ido estableciendo a lo largo del tiempo:

Por el lado de Sigmund Freud,

La primera teoría decanta alrededor del año 1914 con su trabajo *Recordar, repetir y reelaborar*, y de modo sucinto diremos que abre la dimensión del *acto (agieren)* freudiano, noción que viene a contraponer recuerdo y repetición.

La segunda -y a nuestro juicio la más provocadora- teoría de Freud data del año 1920 y es expuesta en su trabajo central para esta tesis y para el pensamiento psicoanalítico hasta nuestros días, *Más allá del principio de placer*. En esta segunda y magistral propuesta Freud decanta una cara “demoníaca” de la repetición, excesiva y que relaciona directamente con la noción de *pulsión de muerte*.

Por el lado de Jaques Lacan,

En la primera teoría que se establece cerca del año 1954, en pleno apogeo del registro *simbólico* y con ello de la noción de *significante* para pensar el devenir del psiquismo, Lacan trabaja el estatuto de la repetición ligado a *la insistencia del significante*. Este momento es fuertemente atravesado por los estudios de lingüística de Lacan y está vinculado a una concepción de la repetición en cuanto *ley* del psiquismo.

La segunda teoría articulada en el año 1964 es donde se denomina a la repetición como *encuentro fallido con lo real*. En esta teoría cobra relevancia el registro de lo *real* y supone como elemento articulador la noción de *trauma*, a partir del cual se puede pensar que la repetición supone entre otras cosas el despertar de una realidad inconsciente que estaba “a la espera” y que sitúa el estatuto de la repetición en cuanto *causa*.

Objetivos de la Investigación

Objetivo específico

- Revisar y problematizar el concepto de repetición psicoanalítico propuesto por Sigmund Freud y la lectura que Jaques Lacan hace de ello.

Objetivos Generales

- Analizar la primera teoría de la repetición ligada al *acto* propuesta por Sigmund Freud.
- Analizar la teoría de la *compulsión de repetición* desarrollada por Freud en *Más allá del principio de placer*
- Analizar la teoría de la repetición asociada a la *insistencia del significante* propuesta por Jaques Lacan
- Analizar la teoría de la repetición asociada al *encuentro fallido con lo real* propuesta por Lacan
- Problematizar el estatuto de la repetición para el campo psicoanalítico a la luz de los cuatro momentos teóricos propuestos tanto por Freud como por Lacan
- Establecer relaciones entre el concepto de repetición con otras nociones fundamentales para el psicoanálisis, tales como transferencia, pulsión e inconsciente.
- Problematizar el estatuto del inconsciente a la luz del problema de la repetición
- Revisar momentos y nociones de la teoría psicoanalítica que permitan indagar en la conformación del concepto de repetición dentro del pensamiento psicoanalítico.

El cuerpo de la investigación

Para abordar, poner en circulación, entremezclar y elucidar las formas que la noción de repetición ha ido tomando hemos desarrollado cinco capítulos, es decir, luego de plantear el problema y nuestras preguntas intentamos hacer frente a estas interrogantes a través de un cuerpo central dividido en cinco partes:

En el Capítulo uno: *Repetición y Transferencia*, intentamos poner en circulación la versión de la repetición ligada al acto freudiano. En este apartado damos cuenta de la noción de transferencia y sus vínculos con una primera conceptualización de la repetición que como veremos se enmarca dentro del principio de placer.

En el Capítulo dos: *Repetición y Pulsión*, aborda principalmente la relación que presenta la pulsión en cuanto empuje (*Drang*) con la repetición, nos acercamos a la pulsión como aquella fuerza constante (*konstant kraft*) que no deja de insistir en su movimiento, factor que de alguna manera ya quedaba sugerido desde el *Proyecto de psicología* de Freud, con la idea de una cantidad que recorre ciertas neuronas a partir de su *facilitación*.

En el Capítulo tres: *Repetición y Pulsión de muerte*, desarrollamos la idea de repetición en su dimensión autodestructiva, sugerimos ciertos elementos de manera somera para pensar la agresividad en psicoanálisis, así como también nos hacemos parte de la teoría según la cual la pulsión de muerte operaría en el registro de lo no-ligado para el psiquismo.

El Capítulo cuatro: *Repetición y La insistencia del significante*, aborda desde una perspectiva estructuralista, es decir, a partir del cruce del lenguaje, las formas que según la primera propuesta de Lacan adopta la repetición tal como la expuso Freud.

Hacemos hincapié en el lugar de la repetición como ley que determina la aparición de los significantes en la cadena simbólica, y a partir de ello la producción del propio sujeto del inconsciente.

Finalmente, el Capítulo cinco: *Repetición y Trauma*, considera la teoría lacaniana de la repetición que supone un *encuentro fallido con lo real*. Aquí intentamos subrayar el peso que supone lo real para la experiencia humana, para ello utilizamos la noción de trauma como un exceso para el psiquismo que el propio Freud propusiera.

Método empleado

La metodología utilizada ha sido la revisión bibliográfica de textos fundamentales de Freud y Lacan donde la noción de repetición ha sido trabajada, o donde aparecen conceptualizaciones que subsidian de una manera directa o indirecta la cuestión, y textos de otros autores psicoanalistas que han desarrollado la problemática. A eso se agrega algunas entrevistas con psicoanalistas, participación en seminarios atinentes al problema y revisión de conferencias grabadas como material audiovisual.

La pregunta por la Repetición, su contexto

El problema de la repetición no es un campo que haya sido abordado únicamente por el pensamiento psicoanalítico. Si bien Sigmund Freud inaugura un campo por el modo en que liga la repetición a lo inconsciente y este es continuado por Lacan, ésta, la repetición ha supuesto un interés fundamental también tanto para la filosofía como para el campo del arte. Con el intento de dar cuenta del lugar que esta noción ha supuesto

tanto para el psicoanálisis como para la filosofía (el arte por más interesante que nos parezca no será fuente de nuestras reflexiones), haremos referencia a algunos trabajos fundamentales en lo que se han realizado esfuerzos absolutamente considerables para asir desde diversas miradas un problema que sin duda a todo hombre o a toda mujer que llega a nuestras consultas en su momento ha inquietado. Revisaremos sucintamente el lugar que ha ido ocupando nuestra noción tanto para el psicoanálisis como para la filosofía considerando para esta última los trabajos de Kierkegaard, Nietzsche y Deleuze

La pregunta por la repetición en el ser humano es un dilema sumamente actual dentro de las instituciones y grupos de trabajo psicoanalíticos. Sea por su abordaje desde el lado de la pulsión de muerte, del lado de la clínica de las compulsiones, como anorexias, bulimias o adicciones, sea por su directa consonancia con un estatuto particular de lo inconsciente, sea por el lugar de lo desligado para el psiquismo, sea por el lugar de lo real en la experiencia humana, sea por considerar a la repetición como unos de los conceptos fundamentales del psicoanálisis. A partir de 1920 no ha dejado de ser una problemática que toda comunidad psicoanalítica ha intentado abordar.

Algunos trabajos del campo del psicoanálisis que podemos nombrar con la intención de introducir un cierto mapa de los escritos más importantes (más allá de los de Freud y Lacan por supuesto) para los desarrollos de la cuestión que nos convoca, son: *Vida y muerte en psicoanálisis* de J. Laplanche del año 1972. *La pulsión de muerte* un libro que recoge las investigaciones presentadas en un simposio en Marsella sobre el mismo tema en el año 1984. *Puntuaciones freudianas de Lacan: Más allá del principio de placer* que reúne un ciclo de conferencias realizada en la Universidad de Buenos Aires en el año 1991. *Historia y repetición* de E. Galende del año 1992. *La función de la repetición* libro que congrega las investigaciones del proyecto UBACyT llamado “La función de la repetición – El campo de lo social” del año 2007. *La repetición como*

concepto fundamental del psicoanálisis libro que recoge el seminario dictado por el psicoanalista español Manuel Fernández Blanco en Venezuela el año 2009. *¿Por qué repetimos siempre los mismos errores?* libro de J. D. Nasio del año 2013. Como señalábamos y como podemos ver con estas publicaciones, ha sido una problemática que ha generado sumo interés en las últimas décadas y que ha sido abordada desde diversas perspectivas.

Nociones filosóficas de la repetición: Kierkegaard, Nietzsche, Deleuze

Si bien esta investigación se centra en la cuestión de la repetición en psicoanálisis, podemos hacer una breve reseña señalando los modos en cómo se la ha abordado en el campo de la filosofía en los últimos dos siglos. La pregunta por la repetición ha sido una cuestión fundamental para el pensamiento filosófico, inaugurándose con Kierkegaard una dimensión de la repetición como novedad, con lo paradójico que esto suena. De otro modo fue abordada por Marx desde una perspectiva histórica, siendo su trabajo *El 18 brumario de Luis Bonaparte* una muestra fundamental de aquello. Por su parte Nietzsche problematizó con su concepto de *Eterno retorno* una arista cosmológica del problema, el filósofo alemán da cuenta de una versión del tiempo mismo a partir de su concepto de eterno retorno, lo que puede encontrarse en trabajos como *La gaya ciencia* o en *Así habló Zaratustra*. Finalmente Gilles Deleuze escribió un tratado acerca del problema de la repetición: *Diferencia y repetición*, donde alude a una dimensión singular de la misma y referida también a la cuestión del tiempo. Sólo con la intención de contextualizar y hacer una breve referencia, pasaremos a revisar algunos aspectos fundamentales en los que se basan las propuestas de Kierkegaard, Nietzsche y Deleuze.

Søren Kierkegaard

Según Lacan, Søren Kierkegaard (1813 - 1855) divide lo que es el pensamiento antiguo del pensamiento moderno, dado que mientras el pensamiento antiguo sostiene la reminiscencia platónica, el pensamiento moderno, la repetición¹. En su trabajo *La repetición*, Kierkegaard separa repetición de esperanza y de recuerdo o reminiscencia, en este libro señala que la esperanza es como un traje o un vestido nuevo, sin arrugas, flamante, pero del que no puedes saber si te queda bien dado que no te lo has puesto nunca. Sobre el recuerdo dice que es una vestimenta desechada que por muy bella que parezca, no te puede sentar bien porque ya no corresponde a tu talla. En cambio de la repetición dice (posiblemente de forma contraria al sentido común) que es una vestimenta indestructible que se acomoda perfecta y delicadamente a tu talla sin presionar en lo más mínimo².

Nos detendremos un momento en Kierkegaard dado que para Lacan el filósofo danés tomaba suma importancia sobre todo para lo que se refiere a la segunda teoría lacaniana de la repetición, a saber, el *encuentro fallido con lo real*. En esta teoría cobra relevancia lo que Kierkegaard afirmaba cuando señaló que la repetición conlleva lo nuevo, a partir de él el concepto de novedad es muy importante para pensar la repetición. Dice Kierkegaard que cuando se afirma que la vida es una repetición, se está diciendo que la existencia, es decir, lo que ya ha existido empieza a existir de nuevo. En este sentido Lacan hará de la novedad una noción que está en directa consonancia con la repetición, dicho de otra manera, cuando asistimos a la repetición estamos frente a aquello nunca antes producido.

¹ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

² Kierkegaard, S. [1843]: *La repetición*, Madrid, Alianza, 2001

Otro modo de acercarse a la complejidad de esta idea es a través de lo que el propio Kierkegaard proponía diciendo que la esperanza es una encantadora muchacha que irremediamente se le escurre a uno entre las manos, el recuerdo puede representarse como una vieja mujer todavía hermosa, pero con la que ya no se puede intentar nada en el instante, en cambio la repetición es una mujer de la que nunca jamás llegas a sentir hastío³. Es decir, de un modo u otro Kierkegaard invita a vivir la repetición, a buscarla.

Friedrich Nietzsche

Friedrich Nietzsche (1844 – 1900) por su parte ha desarrollado un pensamiento filosófico que presenta como uno de sus conceptos princeps el *eterno retorno*, que como su propio nombre lo indica se liga directamente con el problema de la repetición. Ahora bien en su trabajo Nietzsche articula este concepto con una visión misma del tiempo, que supone a la base que el todo se aplica a un único momento. La teoría del eterno retorno es una teoría cosmológica, no una teoría que piense el retorno específicamente a nivel humano, sino en el nivel de lo universal. Algunas de las nociones que utiliza el filósofo alemán para dar cuenta de esta problemática son el *destino*, el *azar*, el *instante*, y por sobre todo el *devenir*.

Para Nietzsche el *devenir* da cuenta de un movimiento compuesto por el caos y el ciclo, ambos en una conjunción y no en oposición como muchos filósofos lo han sostenido. Nietzsche retoma esta noción que ya había sido señalada por Heráclito en cuanto éste presintió que el caos y el ciclo no se oponían en nada, señala en su trabajo sobre *la voluntad de poder*: “No hubo primero un caos, y después, poco a poco, un

³ Ibid

movimiento regular y circular de todas las formas, al contrario: todo esto es eterno, sustraído al devenir”, y remarca, “*si alguna vez hubo un caos de fuerzas es que el caos era eterno y ha reaparecido en todos los ciclos*”⁴. Para el creador de Zaratustra los antiguos filósofos (excepto Heráclito) no veían en el eterno retorno el ser del devenir como tal, lo uno de lo múltiple, sino que todo lo contrario, una sumisión del devenir. En este sentido el destino en el eterno retorno supone la “bienvenida” del *azar*, con lo cual se pone en cuestión también la idea de un estado final de las cosas, o del mismo modo un estado de equilibrio.

La noción eterna del retorno nos plantea a partir del pensamiento de Nietzsche la cuestión de que el *instante* es siempre actual, en el sentido que es un instante que pasa, no es fijo. En estricto rigor no es un instante de ser o de presente, de este modo al ser un instante que *pasa* es que se hace necesario pensar el devenir, pero como lo que no ha podido empezar y lo que no puede acabar de devenir⁵. En este sentido la idea de eterno retorno de algún modo apela a la idea de movimiento más que de aquello fijo, aquello que podríamos encontrar en la noción de estructura. Sin duda el concepto de eterno retorno de Nietzsche se instala como pilar fundamental para repensar la cuestión del tiempo en filosofía, de hecho el gran filósofo de la repetición del siglo XX, Gilles Deleuze, recoge este guante para abordar la problemática de cómo la repetición puede ser concebida en el propio sujeto y no en el objeto que se repite.

⁴ Nietzsche, F. en Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 2008

⁵ Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 2008

Gilles Deleuze

Gilles Deleuze (1925 – 1995) considerado por Michel Foucault como el filósofo más importante del siglo XX, se interesó de sobremanera por el problema de la repetición. José Luis Pardo, filósofo español, premio nacional de filosofía en España y con quien pudimos trabajar la cuestión de la repetición para Deleuze, señalaba que la problemática del *espacio* era para Foucault lo que el *tiempo* era para Deleuze, con lo que aparece como elemento sustancial el lugar que ocupa la repetición en directa relación con lo que el tiempo supone para la experiencia humana. Sin ir más lejos uno de los trabajos más importantes del filósofo de París es el que llamó *Diferencia y repetición* del año 1968, el cual se convierte en una suerte de fundamento para quien quiera acercarse a esta problemática.

En su trabajo Deleuze destaca como característica fundamental de la repetición su aspecto *singular*, con lo que de algún modo nuevamente nos lleva a una dimensión única y novedosa de lo que se repite, toma para ello algo de la noción de instante de Nietzsche. Ahora bien esto es posible de ser pensado en Deleuze a partir de una tesis de Hume, quien postula que la repetición no está en el objeto que se repite, sino que en el *espíritu que la contempla*⁶. A partir de esta tesis Deleuze trabaja el cómo se produce la repetición por decirlo en términos de Hume en el espíritu, lo que lo lleva a problematizar y delinear una teoría de la constitución del tiempo en el ser humano, o que en términos del psicoanálisis podríamos decir cómo se constituye el tiempo en el psiquismo.

Esta búsqueda por el cómo se constituye el tiempo en el espíritu que contempla, lleva al filósofo francés a postular la teoría de las *síntesis del tiempo*, que si bien no será

⁶ Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

un elemento en el que nos detendremos -si lo recomendamos para los interesados en este campo de investigación-, someramente diremos que Deleuze postula, haciendo uso de la noción de *hábito*, los movimientos para que pasado, presente y futuro se constituyan en el ser humano⁷. No cabe duda que el trabajo de Deleuze *Diferencia y repetición*, se impone como una suerte de arqueología del concepto, así también como un desarrollo que remarca de manera tajante que la noción de repetición nada tiene que ver con la reminiscencia platónica.

La repetición sin duda ha interpelado e interpela al ser humano, tanto la filosofía como el psicoanálisis han intentado asirla. Por su parte el psicoanálisis, su creador Freud, aborda la pregunta por la tendencia repetitiva a partir de una distinción que de algún modo se sostiene a lo largo de los desarrollos psicoanalíticos hasta nuestros días, y es que la repetición como límite se opone al recuerdo. Ésta da cuenta de un factor que escapa al intento que el analizante hace cuando aspira poner en un relato sus recuerdos. Si bien este ejercicio será necesario para atenuar el poder de la repetición, ésta no cesará, no cesará de no poder inscribirse en un registro simbólico, en este sentido claro que es un factor molesto, rebelde si se quiere, pero que muy probablemente alimenta el desfase que nos hace diferentes, en tanto seres humanos, de las máquinas. Este factor es el que se recorre en las páginas desarrolladas a continuación, hemos intentado ofrecer a los lectores distintos primas del problema con el fin de alcanzar algo de su poder, aquel que Freud catalogó como “demoníaco”.

⁷ Ibid

EL PROBLEMA: *La Compulsión de Repetición*

La teoría psicoanalítica, que ha sido inaugurada por Sigmund Freud a partir de la última década del siglo XIX, está constituida por un sin número de nociones que imbricadas conforman el edificio conceptual. Si bien, dichas nociones son todas de gran importancia para poder recoger una idea básica de la teoría misma, es posible plantear que algunas de ellas tienen un lugar que destaca, tal como lo formulara Jaques Lacan en su seminario acerca de los conceptos *fundamentales* del psicoanálisis⁸, donde subraya que la *repetición*, la *transferencia*, la *pulsión* y el *inconsciente* son nociones que presentan un estatuto diferente en tanto base de la teoría en general.

Las nociones que Lacan presenta como conceptos básicos aparecen como el corolario de todo un trabajo que ha comenzado con Freud desde su *Proyecto de psicología*⁹ o de sus *Estudios sobre la histeria*¹⁰, lugar en el cual ya se avizoraba por ejemplo el carácter fundamental que tenía la repetición en la transferencia, aquella *x* del caso Dora que quedaba como pregunta no resuelta en esos momentos por el padre del psicoanálisis. Podemos asumir que no es antojadizo situar a la repetición y los otros conceptos básicos dentro de un estatuto diferente. Ahora bien, al ubicar a dichas nociones en un estatuto diverso y exclusivo, podemos perfectamente interrogar al discurso psicoanalítico desarrollado por Freud y Lacan y preguntarnos por qué situar a la repetición dentro de estos fundamentos. Es dable preguntarse específicamente por la singularidad de la noción de repetición como concepto fundamental, ¿qué características presenta que la convierten en una noción necesaria para el desarrollo de los postulados psicoanalíticos? Es posible plantearse si acaso la repetición es una noción fundamental

⁸ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

⁹ Freud, S. [1895]: *Proyecto de psicología*, Obras Completas, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹⁰ Breuer y Freud, S. [1893-95]: *Estudios sobre la histeria*, Obras Completas, Tomo II, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

desde el comienzo de la teoría, o bien devino trascendental en la medida que Freud se iba encontrando con problemas tales que sólo dicha noción podía resolver.

El psicoanálisis freudiano y también el lacaniano se presentan como teorías en construcción, la permanente indagación en los problemas de la psique hacen de ambos pensadores unos analistas preocupados de plantear problemas, de abrir preguntas y sostener hipótesis en una relación con la praxis analítica, por encima de la búsqueda de respuestas acabadas que obturan el movimiento de lo que en el psiquismo humano se produce. El sin número de situaciones por las que atraviesa el psiquismo hacen de Freud, y también de su continuador Lacan, unos inquietos buscadores de ciertos códigos que comandan las formaciones del inconsciente, y al mismo tiempo no dejan de preguntarse por las leyes que dirigen el funcionamiento de lo psíquico.

El trabajo psíquico y la traducción

La noción de repetición viene a instalarse dentro del edificio conceptual muy tempranamente. Si bien ella no es conceptualizada como tal hasta el año 1914 en el texto *Recordar, repetir y reelaborar*¹¹, ya desde el comienzo de la teoría se deja asomar como un aspecto que será necesario tener en cuenta, a saber, que lo inconsciente retorna, que lo inconsciente busca mecanismos para hacerse presente. En uno de los primeros trabajos propiamente psicoanalíticos, Freud se sumerge en el intento de destrabar los elementos que participan del sueño. En *La Interpretación de los sueños* el padre del psicoanálisis complejiza y da forma al engranaje articulado entre inconsciente y preconscious-conciente, en tanto señala que el contenido inconsciente del sueño es

¹¹ Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

deformado para acceder a la conciencia¹². Es decir, a través de los desplazamientos, las condensaciones, el contenido latente se incorpora en el contenido manifiesto, en el relato, en el disfraz del sueño. Cabe subrayar que sólo es posible esta operación, y siguiendo este desarrollo capital del 1900, en la medida que aquello inconsciente, *un* deseo sexual reprimido, reclama su realización.

Es a través del análisis de los sueños con lo cual Freud abre un campo de estudio sobre lo que retorna. En este momento, la teoría freudiana plantea la función del sueño como la realización de deseo, lo que permite al autor ir articulando la idea de un *trabajo psíquico* que posibilita la emergencia de un deseo alojado en el devenir histórico del sujeto y a partir de lo cual, surgen dos instancias psíquicas que este *trabajo* articula. El pensamiento onírico ligado a lo inconsciente, aquella *expresión incolora y abstracta empuja* por ser figurada en lo consciente, para lo cual el trabajo del sueño, esto es, el desplazamiento, la condensación y el miramiento por la figurabilidad hacen las veces de *traductor*, de aquello que se engendró en otro tiempo, a lo que podríamos agregar con Galende¹³, aquello que se incrusta fuera del tiempo.

Es preciso indicar la existencia de delegados (*repräsentant*) de la pulsión, que se sitúan y re-sitúan de acuerdo a las leyes del *proceso primario* que comanda a lo inconsciente. Con ello, la traducción aparece como el mecanismo que permite dar curso tanto a las representaciones inconscientes como al proceso excitatorio *enviado* –según la expresión de Derrida¹⁴- al psiquismo, y que de no producirse explica en este temprano momento de la construcción teórica, la contracción de la psiconeurosis¹⁵.

¹² Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹³ Galende, E.: *Historia y repetición: Temporalidad subjetiva y actual modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 1992

¹⁴ Derrida, J.: *Envío* en *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía*, Barcelona, Paidós, 1996

¹⁵ Freud, S. [1896]: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Carta 52*, Obras completas, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

La *traducción*, fundamental para la teoría psicoanalítica, había sido tempranamente referida en una carta que Freud envía a Fliess el 6 de diciembre de 1896. En aquella correspondencia se plantea de un modo prematuro, pero con gran minuciosidad el tema de la inscripción de signos de percepción en el aparato psíquico y su necesaria traducción. Se está pensando en una memoria, tal como señala Freud que:

*“no preexiste de manera simple, sino múltiple, (que) está registrada en diversas variedades de signos”*¹⁶.

Enunciado necesario de elucidar para el trabajo en cuestión, por cuanto es en torno a aquellos signos ya inscritos en el aparato psíquico, a saber las *huellas mnémicas*, y su función asociada de la memoria, que se asoma un movimiento de retorno de lo grabado en el sistema inconsciente. La puesta en escena de la ausencia presente. De igual importancia para el caso, es que la huella mnémica es el concepto que sustenta el movimiento *regrediente*. El movimiento inverso que articula el trabajo del sueño, el de la regresión¹⁷, permite sospechar del punto de *atracción* que la huella supone para el psiquismo. Kierkegaard en su trabajo de 1843 *La repetición*, ya sostenía que *repetición y recuerdo constituyen el mismo movimiento, pero en sentido contrario*¹⁸.

Ahora bien, tal como lo ha trabajado Freud, si bien podría interpretarse estos movimientos psíquicos desde el prisma de la repetición -al menos como la entendemos coloquialmente-, es fundamental hacer una clara y temprana distinción entre lo que

¹⁶ Ibid, p.274

¹⁷ Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Amorrortu, Buenos Aires, 2000, p.536

¹⁸ Kierkegaard, S. [1843]: *La repetición*, Madrid, Alianza, 2001, p. 27

retorna y lo que Freud conceptualiza como repetición propiamente tal. Aún cuando ésta pueda ser reinterpretada desde los comienzos de la teoría psicoanalítica intentando un recorrido que nos pueda explicitar su génesis desde los más tempranos trabajos freudianos, será necesario establecer la distinción entre la noción de *repetición* y *retorno de lo reprimido*. Este último concepto que se distingue de la repetición, da cuenta del proceso de retorno que se efectúa a partir de los elementos reprimidos que se mantienen en lo inconsciente, bajo el supuesto de que estos no son nunca aniquilados por la represión y reaparecen de manera deformada, según el modo de una transacción.

Así dejaremos prontamente problematizado que la repetición no aparece conceptualizada como tal, sino a partir de 1914 en el trabajo ya mencionado, donde el padre del psicoanálisis explicita por primera vez la necesidad de darle un estatuto particular a lo que se repite en la experiencia analítica. Ahora bien esto nos convoca, tal como lo señalábamos más arriba, a intentar seguir un recorrido que permita ir develando los cruces teóricos y epistémicos que llevaron a Freud a platear como concepto-solución la repetición. ¿Qué había antes de que se planteara la repetición? ¿A qué problema viene a dar “solución”? ¿A partir de qué otros conceptos es que surge la repetición, qué problemáticas precedían la aparición de dicha noción? Podremos considerar estas preguntas como ejes de análisis del trabajo que aquí se plantea, con tal de ir develando los cruces que se produjeron para dar cuenta de su surgimiento.

El principio de placer

Uno de los aspectos que se sitúa como telón de fondo al problema de la repetición es lo que se ha trabajado con el nombre de *principio de placer*. Introducido en 1911, en el trabajo de Freud titulado *Formulaciones sobre los dos principios del*

acaecer psíquico, constituye un principio económico, que tiene por finalidad evitar el displacer y procurar el placer. Freud subrayaba en una primera etapa que existía una equivalencia entre el placer y la reducción de la tensión y entre el displacer y el aumento de la misma, sin embargo dejó de considerarla como una relación clara y evidente, tal como veremos más adelante, en la medida en que la investigación sobre la pulsión y su lugar en el psiquismo iba avanzando.

El principio de placer es heredero de su antecesor el principio de inercia. A partir del modelo del arco reflejo, que propugnaba la descarga de toda energía que habitara el organismo se visualiza la eliminación de la excitación, de tal modo que todo lo que entraba por la vía sensitiva salía por la vía motora. Tal como refiere Berenstein¹⁹, el principio de inercia fundaba así el espacio psíquico primordial caracterizado por su tendencia al reposo, por el nivel de cero actividad. El aparato estaba preparado para la muerte y no para la vida, o dicho de otra manera la vida del aparato era la muerte de toda excitación. Ante la aparición de una nueva forma de comprender el psiquismo, Freud destaca la incorporación en la escena psíquica un nuevo principio estimulado por las necesidades de la vida. Señala Berenstein en su trabajo *Vida sexual y repetición*: “*el dominio de la necesidad instala un nuevo orden que no llega a abolir el anterior, sino que lo modifica y lo sustituye al permitir que el sistema opere con una energía superior a cero*”²⁰. Es decir, que para sostener la vida del sistema se hace necesario soportar los estímulos externos y las cantidades continuas que llegan del soma, el “apremio de vida” lo llamará Freud. El principio de placer se instala para regular la actividad psíquica, manteniendo de manera constante una cantidad de energía, nunca más allá de lo indispensable y por encima de cero. Ahora bien, en el mismo instante en que se

¹⁹ Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Madrid, Síntesis, 2002

²⁰ *Ibid*, p. 158

afirmaba el dominio del principio de placer emerge en la teoría la noción de *experiencia de satisfacción* que como veremos complejiza el primado del principio de placer.

A partir del *Proyecto de psicología*²¹, Freud inaugura un campo donde la tensión psíquica se presenta como un problema necesario de despejar. Esta tensión, que para el trabajo de los *Tres ensayos* proviene de las zonas erógenas, supone un principio de funcionamiento de lo psíquico. El principio de placer –si bien no con este nombre- es una ley de funcionamiento psíquico que presume que el aparato psíquico descarga los montos de energía que producen una tensión psíquica, manteniendo así el organismo con un nivel de energía psíquica que le sea tolerable, conservando de este modo lo que se ha llamado la homeostasis del organismo. En el trabajo al que se hace referencia se puede visualizar en qué sentido el psicoanalista de Viena trabaja la cuestión de las cargas y descargas de energía en función de la dicotomía placer-displacer. En suma la cuestión es que a mayor tensión mayor el nivel de displacer, y a menor tensión aumento del placer. El principio de placer puede ser definido como “*la tendencia del aparato psíquico a funcionar de tal modo que la excitación que se ejerce sobre él se descargue*”²².

Lo que se explicita en el *Proyecto* entre otros elementos, con un lenguaje “cuasi-neurológico” según la expresión de Strachey y que es sumamente importante de considerar es la noción de *facilitación* que Freud introduce. A propósito de la *vivencia de satisfacción*, concepto fundante de la noción de deseo, el padre del psicoanálisis señala que ante la invalidez del ser humano en su primera infancia sobreviene el auxilio de un adulto, que operando con una acción específica en el mundo exterior permite al niño consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar

²¹ Freud, S. [1895]: *Proyecto de psicología*, Obras Completas, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

²² Safouan; M.: *El ser y el placer*, Petrel, Barcelona, 1982, p. 76

el estímulo endógeno. Esta operación constituirá la llamada vivencia de satisfacción que tiene las más hondas repercusiones en el desarrollo de las funciones del ser humano. A esto Freud se refiere con la idea de una facilitación que permitirá establecer formas de abordar lo displacentero que resulta de la tensión producida. Es el problema que en el mismo trabajo Freud señalara como asociación por simultaneidad:

“Averiguamos que la conciencia, vale decir, la investidura cuantitativa de una neurona ψ , pasa de una de ellas, α , a una segunda, β , si α y β estuvieron una vez investidas simultáneamente desde ϕ . Entonces por una investidura simultánea de α - β fue facilitada una barrera-contacto. De ahí se sigue, en los términos de nuestra teoría, que una cantidad traspasa más fácilmente de una neurona a una neurona investida, que a una no investida”²³.

Es decir, la investidura será un concepto que ya supone una cierta operación previa, tal como continúa el autor:

“En este caso, una vez más, investidura muestra ser, para el decurso de Q_n , equivalente a facilitación”²⁴

²³ Freud, S. [1895]: *Proyecto de psicología*, Obras Completas, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, Pp. 363-364

²⁴ *Ibid*, p. 364

De este modo, la *facilitación* aparece como una primera tentativa para dar cuenta de la reiteración de ciertas *vías* que procuran la satisfacción, dirá Freud:

*“Entonces, por la vivencia de satisfacción se genera una facilitación entre dos imágenes-recuerdo y las neuronas del núcleo que son investidas en el estado del esfuerzo (Drang).”*²⁵

La vivencia de satisfacción supone para estos momentos de la teoría la posibilidad de cancelar el estímulo interno y con ello la ganancia de placer. En *La interpretación de los sueños* el psicoanalista señalará que lo que movilizará el deseo es la tentativa de volver a investir la imagen-recuerdo que procuró la satisfacción. De esta forma, se articula un circuito que nos habla de una *búsqueda* incansable que intentará encontrar aquello que está por definición perdido. Es el rodeo de la pulsión que se articula a partir de la idea de una *facilitación*. Fundamental señalar en este sentido que el estatuto de esta *búsqueda* no es otro que el desear mismo para la teoría psicoanalítica, tal como lo señala Freud en el trabajo citado:

“Ahora bien, toda la compleja actividad de pensamiento que se urde desde la imagen mnémica hasta el establecimiento de la identidad perceptiva por obra del mundo exterior no es otra cosa que un rodeo

²⁵ Ibid, p. 364

para el cumplimiento de deseo, rodeo que la experiencia ha hecho necesario.”²⁶

Para Freud el principio de placer ha gobernado por largo tiempo la actividad psíquica, fue durante mucho tiempo una certidumbre, pero al mismo tiempo se ha convertido en una fuente de diversas dificultades. Pasarán varios años para que problematice las ecuaciones que surgen del principio del placer, ya que éste era concebido como pieza fundamental del funcionamiento psíquico. Podemos establecer que es la teoría sobre las pulsiones la que irá dando giros que llevan a replantear lo que hasta entonces se postulaba como certeza. Recordemos –tal como veremos más adelante- que con *Introducción del narcisismo* Freud introduce una modificación preliminar en la teoría pulsional, es allí donde se modifica en primera instancia el dualismo pulsional que se venía desarrollando, a saber, que las pulsiones se dividían en *pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación*²⁷.

Con el trabajo de *Introducción del narcisismo* se concibe que el yo es también cargado libidinalmente quedando así la libido como una energía vital que trasciende la división anterior. El concepto de narcisismo introduce la idea de un yo marcado por la sexualidad y también de una sexualidad que le constituye como tal. Con este avance en la teoría y luego la propia definición de la pulsión en *Pulsiones y destinos de pulsión* como una fuerza que puede dirigirse hacia la propia persona, es que se inscribirá en la teoría la cuestión de cómo la pulsión puede satisfacerse desconociendo la lógica de la adquisición de placer según la disminución de la tensión.

²⁶ Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

²⁷ Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Para comprender mejor estas formulaciones freudianas y de esta manera situar de la mejor forma posible las conjeturas que se construyen en torno al principio de placer es que se hace necesario profundizar en la relación que se articula entre éste y el principio de realidad. El principio de placer se opone al principio de realidad en tanto éste último está ligado a lo que proviene del exterior del aparato psíquico como un mandato externo, y el principio de placer gobierna lo que se encuentra en el interior del psiquismo, esto es, lo que corresponde al proceso *primario* que gobierna lo inconsciente. Según un segundo punto de vista, Ricoeur en su trabajo *Freud: una interpretación de la cultura*, señala que en cuanto el principio de placer representa una función efectiva, el principio de realidad expresa la dirección de una tarea más bien que la descripción de un funcionamiento habitual. El principio del placer –continúa– es el menos costoso; el principio de realidad exige renunciar al cortocircuito del deseo y la alucinación.

Lo que se desprende del *Proyecto* y el texto de 1911 es a juicio de Ricoeur²⁸ que el aparato estaba representado en esos momentos como un aparato físico, que puede funcionar en sentido progresivo tanto como regresivo. Un esquema que sugiere la idea de un psiquismo que trabaja a contrapelo, ya que se resiste a la sustitución del principio de realidad por el principio de placer. El principio de placer designaría de esta forma no sólo una ficticia etapa anterior, sino el movimiento en reversa del aparato. Esto es lo que en *La interpretación de los sueños* recibe el nombre de tendencia del aparato a restaurar la forma primitiva de realización alucinatoria del deseo, definido éste último como esa tendencia a restaurar la forma alucinatoria de la realización. Remarca Ricoeur lo que Freud señala al decir que esta primera actividad psíquica tiende a una identidad de percepción, es decir, a repetir la percepción ligada con la satisfacción de la necesidad.

²⁸ Ricoeur, P.: *Freud: Una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI, 1970

Tal es la concepción acerca del funcionamiento de ambos principios en el aparato psíquico. Ambos no serán modificados de forma evidente ni sustancial, Freud no hará más que ir completando estas formas de entender el psiquismo. A juicio de Ricoeur, los ensayos llamados de *Metapsicología* (1914-1917) se limitan a dar una transcripción en armonía con la primera representación del aparato que se ha denominado primera tópica. De esta forma la oposición entre principio de placer y principio de realidad viene a integrarse en el estudio acerca de *Lo inconsciente*²⁹ a las grandes oposiciones entre “sistemas” inconsciente, preconscious y consciente. Es decir, el principio de placer trabajando en lo inconsciente y el principio de realidad con el llamado sistema preconscious. El principio de placer aparece en este trabajo junto a la ausencia de contradicción (de negación, de duda y de grado de certeza), como así también a la falta de relación con el tiempo; y a la inversa el principio de realidad queda en relación a la negación y la contradicción, en enlace tónico de las energías y la relación temporal.

Ahora bien, retomando la cuestión planteada en el comienzo de este apartado, la relación entre aumento de tensión y displacer y disminución de la tensión y obtención de placer, no es puesta en jaque de manera directa hasta el trabajo desarrollado en *Más allá del principio de placer*. Freud reconoce la existencia de tensiones agradables, problematizando así todo un recorrido que hasta ese momento había comandado al psiquismo. Si bien, no nos detendremos por ahora en el principio de placer que aparece tempranamente en la teoría freudiana, será sumamente necesario indagar en sus relaciones con la repetición dado que como veremos es precisamente dicho principio el que se verá cuestionado por la aparición de la *compulsión de repetición* que aparece en

²⁹ Freud, S. [1915]: *Lo inconsciente*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

primera instancia en 1914, pero que no es conceptualizada de manera sólida hasta 1920 en el trabajo anteriormente mencionado.

La transferencia

En 1914 Freud escribe *Recordar, repetir y reelaborar*³⁰, donde tomando en consideración los desarrollos por él producidos en torno al caso Dora, daba un sentido bastante procesado acerca de la repetición en psicoanálisis, a saber, que el paciente *actúa* en transferencia con el médico lo que el psiquismo no puede elaborar. Con este problema se inicia un camino de investigación acerca de la repetición en acto de lo inconsciente, apuntando con ello directamente a la repetición de las formas de satisfacción primarias.

El problema de la repetición se presenta clara y específicamente en dos momentos de la teoría freudiana, a saber en el ya nombrado trabajo *Recordar, repetir y reelaborar*, y en el *Más allá del principio de placer*. Sin embargo existen diversos pasajes de la obra de Freud donde se pueden encontrar elementos que iluminan el problema mismo que la repetición presenta. De esta forma textos relacionados con la cuestión de la transferencia son decisivos a la hora de hacer una lectura acerca de lo que se repite. La transferencia es una primera forma en que se problematiza la aparición de la repetición, aún cuando tal como veremos con Lacan, es necesario distinguir transferencia de repetición³¹. La transferencia es una noción y una experiencia analítica de suma importancia para el trabajo en cuestión, dado que es claramente la primera

³⁰ Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 2000.

³¹ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, libro XI, Buenos Aires, Paidós, 2008

forma en que la repetición es entendida como tal, en tanto una *x* del pasado se pone a disposición para un trabajo analítico presente. Podemos señalar que la transferencia entre analizante y analista surge como tal antes de que se formalice el concepto de repetición, ésta, la transferencia surge desde los comienzos del trabajo freudiano específicamente en torno a los primeros *Estudios* y en ellos se hace evidente que algo de la paciente es vuelto a depositar sobre la figura del analista, es la *x* a la que hacía alusión Freud al momento de referirse al análisis que hacía del caso Dora. Un aspecto del padre de Dora era superpuesto sobre Freud. Con lo cual emergía los primeros indicios antes del 1900 de una repetición en transferencia, asunto que si bien Freud no dejó pasar por alto, tampoco abordó de forma taxativa en esos años.

La transferencia se sitúa como la vía regia para hacer aparecer aspectos que pertenecen a la constitución del sujeto en términos de un cierto pasado. Freud señalará que lo que no se recuerda se repite en forma de *acto*, con lo cual abre un camino de indagación que contrapone repetición y recuerdo en transferencia. ¿Qué diferencia a la transferencia, considerándola en principio como la transferencia a la representación preconsciente del analista la investidura correspondiente a un deseo inconsciente, de la repetición? ¿Cómo entender la puesta en acto del inconsciente a la que refiere Lacan en consonancia con lo que se repite? ¿De qué repetición hablamos cuando decimos que aparece en el acto? Serán preguntas necesarias de abordar con tal de ir delineando las formas que la repetición sugiere en la teoría psicoanalítica. Por cuanto será de nuestro interés, indagar en este trabajo en las lógicas que la transferencia supone para la repetición. Lacan señala en su seminario sobre los conceptos fundamentales del psicoanálisis, que la transferencia puede ser pensada como *la puesta en acto de la realidad del inconsciente*³². ¿Qué representa la figura del analista sobre la cual retorna

³² Ibid

lo inconsciente? ¿Qué de lo inconsciente retorna? ¿Es el *acto* la única figura de la repetición en transferencia?

Ahora bien, con Lacan se abre todo un espacio de elaboración y problematización que hace distinguir la repetición de la transferencia como dos aspectos a tener en cuenta al interior de la práctica analítica, y por otro lado como dos elementos teóricos singulares que sostienen la hipótesis misma del inconsciente. El psicoanalista francés establece diferencias importantes entre repetición y transferencia, principalmente a lo que atañe a la inclusión del registro *simbólico* en dichas conceptualizaciones.

De este modo la transferencia aparece como la primera noción que permite pensar la repetición. Tal como señala Assoun justamente en su trabajo sobre *La transferencia*, podemos pensar los *imago*s parentales como figuras que nos hablan de la puesta en escena en transferencia de montos de afectos ligados al pasado y que retornan en la situación analítica. La transferencia es sin lugar a dudas el primer concepto que permite suponer la existencia de la repetición en la experiencia del análisis. Como veremos más adelante la transferencia como resistencia, tal como lo desarrolla Freud en *Sobre la dinámica de la transferencia*, expone la cuestión del límite a la rememoración, siendo el acto la noción que permite iluminar este problema, es decir, el pasado repite en tanto obstáculo a la rememoración, la transferencia aparece como repetición de lo que no ha podido ser ligado en el proceso secundario.

1920 y el cuestionamiento del primado del principio de placer

Freud escribe en 1920 uno de los trabajos fundamentales para la conceptualización psicoanalítica. Desde una perspectiva que bien puede considerarse como propiamente filosófica³³, con su pluma, seguramente en su escritorio y sólo dos años después del fin de la Primera Guerra Mundial, surge *Más allá del principio de placer*. Trabajo donde el padre del psicoanálisis sitúa dentro de la obra psicoanalítica, el estatuto del entramado concepto de *pulsión de muerte*, y con él, profundiza sus problematizaciones sobre la cuestión de la *repetición* en el ser humano. La pregunta por las experiencias displacenteras propias al psiquismo humano, son llevadas *más allá* del modelo que supone las descargas de energía como formas de satisfacción. Operación teórica que supondrá la emergencia de una faz compulsiva y *demoníaca* de la repetición.

El punto de inflexión del pensamiento freudiano que produce *Más allá del principio de placer*, considerado por Laplanche como el texto más fascinante y desconcertante de la obra freudiana, radica en considerar el carácter *conservador*, *regresivo* de las pulsiones, por encima de lo que se venía planteando hasta ese momento la teoría pulsional. A la luz de este *Más allá*, Freud abre nuevamente el problema, replantea la pregunta y cuestiona el gobierno del principio del placer sobre los procesos psíquicos. El psicoanalista alude a la necesidad de repensar el psiquismo, que hasta entonces se concebía desde la lógica de la búsqueda de placer vía la descarga de la tensión que la excitación provoca –lo que corresponde al modelo *económico* de interpretación del funcionamiento psíquico y que el propio Freud no duda en atribuir a lo desarrollado por él anteriormente en torno al *principio de constancia*³⁴-. El interés del psicoanalista vienés, radica en el cuestionamiento de los fundamentos del andamiaje que

³³ Deleuze, G.: *Presentación de Sacher-Masoch, lo frío y lo cruel*, Buenos Aires, Amorrortu, 2008

³⁴ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio del placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 9

su propio diseño del psiquismo había arrojado. El pensamiento freudiano, cuestionador y caracterizado por un inconformismo investigativo, desencadena la potencia de la repetición al destrabar el aparato psíquico de su regulación “automática” por el *principio de placer*.

Freud señala:

*“Pero entonces debemos decir que, en verdad, es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el decurso de los procesos anímicos. Si así fuera, la abrumadora mayoría de nuestros procesos anímicos tendría que ir acompañada de placer o llevar a él; y la experiencia más universal refuta enérgicamente esta conclusión. Por tanto, la situación no puede ser sino esta: en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer.”*³⁵

El fundador del psicoanálisis refuta la supremacía del principio de placer, si bien no lo deja de lado del todo dado que regirá a la pulsión de vida, sí va a ponerlo en cuestión como fundamento único y primordial del andamiaje psíquico, Este movimiento teórico lo establece en función de ciertas experiencias concretas que a esas alturas de la teoría psicoanalítica reclamaban una explicación más elaborada. Estas experiencias que son presentadas en el trabajo de 1920, irrumpen como elementos cuestionadores de la estabilidad del aparato psíquico, emergen como formas que el principio de placer no

³⁵ Ibid, p. 9

puede administrar, estas son: el juego de carretel del nieto de Freud (el llamado *Fort-da*), el problema de la transferencia en su relación con la resistencia y el análisis de los sueños de las neurosis traumáticas. Estas experiencias humanas ponen en entredicho, en tanto exceso no administrable psíquicamente, la primacía del proceso secundario según el cual el yo liga lo displacentero.

Más allá del principio de placer se sitúa como un momento en que surge una “nueva” fuerza que viene a cuestionar lo que hasta entonces se había desarrollado acerca del aparato psíquico. Freud supone a propósito de ello una característica primordial que se suma a lo que hasta ese momento se había destacado de la pulsión, a saber, que toda pulsión refiere a:

*“un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior, que lo vivo debió resignar bajo el flujo de fuerzas perturbadoras externas”.*³⁶

Este factor de la pulsión que en este trabajo cobra suma relevancia, radica en un elemento conservador de la misma, dado que como característica universal aparece la intención de buscar reproducir un estado anterior. En el mismo capítulo V del trabajo en cuestión, Freud enlaza esta nueva condición de la pulsión con una característica de la vida misma, esto es, que

*“la meta de toda vida es la muerte”*³⁷

³⁶ Ibid, p. 36

³⁷ Ibid, p. 38

Lo que complementa con que:

“*lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo*”.³⁸

Este nuevo enfoque de corte filosófico que se presenta en 1920 se constituye en toda una fuente de nuevos problemas para el psicoanálisis, dado que como señalamos se introduce una cara desconocida hasta ese momento de la pulsión misma. La distinción que explicitaba el dualismo pulsional hasta ese momento, esto es, la división entre pulsiones yoicas y pulsiones de objeto que habían sobrepasado a la anterior división entre pulsiones de autoconservación y pulsiones sexuales, era una vez más trastocada dando lugar a la oposición entre *pulsiones de vida* y *pulsiones de muerte*. Ambas se presentaban como dos polos que operaban dentro del aparato anímico y a su vez complejizaban el análisis de la experiencia vital.

Lo que viene a introducir este cuestionamiento es una nueva concepción metapsicológica de la pulsión y su derivado la compulsión de repetición. Aparece una fuerza *demoníaca*, hace su entrada desestructurando los elementos que permitían entender la experiencia humana. Ahora bien si entramos al detalle podremos presentar lo que el trabajo en cuestión trastoca de la teoría psicoanalítica.

Ya en el primer capítulo Freud señala dos elementos que contradicen el principio de placer. Incluso antes de señalar y analizar las experiencias que refutan dicho principio, el *Fort-da*, la transferencia ligada a la resistencia y los sueños de neurosis traumáticas, Freud da cuenta de lo que pone en jaque al principio de placer, estos dos

³⁸ Ibid, p. 38

elementos son el principio de realidad y el efecto de la represión³⁹, al que Berenstein agrega el displacer de percepción.

Así las primeras formas de fracaso del principio de placer se pueden establecer del siguiente modo:

1. El principio de placer es propio del modo de trabajo *primario*, desde el comienzo mismo inutilizable y aún peligroso para la autoconservación del organismo. Este modo de trabajo es relevado por el principio de realidad, bajo el influjo de las pulsiones de autoconservación del yo, sin resignar el propósito de una ganancia final de placer, exige y consigue posponer la satisfacción y tolerar provisionalmente el displacer en el largo rodeo hacia el placer. Ahora bien –continúa Freud-, el principio de placer sigue siendo todavía por largo tiempo el modo de trabajo de las pulsiones sexuales, difíciles de “educar” y sucede que ellas prevalecen sobre el principio de realidad en detrimento del organismo en su conjunto. Freud destaca que este relevo sólo puede ser responsable de una pequeña parte y no la más intensa de las experiencias de displacer.

2. El autor refiere que otra fuente del desprendimiento de displacer surge de los conflictos y escisiones producidos en el aparato psíquico mientras el yo recorre su desarrollo hacia organizaciones de superior complejidad. Existen mociones pulsionales que no son conjugables con la unidad abarcadora del yo, las cuales son segregadas de esa unidad por el proceso de represión. A dichos montos pulsionales se les retiene y se les corta la posibilidad de alcanzar satisfacción. Si luego consiguen alcanzar por medio de rodeos una satisfacción directa o sustitutiva, es un logro que el yo vive como displacentero. “A consecuencia del viejo conflicto que desembocó en la represión, el principio de placer experimenta otra ruptura justo en el momento en que ciertas pulsiones laboraban por ganar un placer nuevo en obediencia a ese principio.”⁴⁰

³⁹ Ibid

⁴⁰ Ibid, p. 10

3. El tercer fallo, que señala Berenstein⁴¹, se halla en lo que Freud denomina “displacer de percepción”, manifestado no sólo por el empuje continuo de las pulsiones insatisfechas provenientes del mundo interior, sino también por la amenaza exterior, que pone en riesgo la estabilidad del aparato. Esto se visualiza con mayor nitidez con la ayuda de una figura a la cual Lacan hacía referencia en más de una ocasión, nos referimos a la figura de la banda de Möbius según la cual ambas caras de la banda se articulan de tal manera que no es posible distinguir un interior de un exterior de un modo tajante. La banda en este sentido permite pensar que el principio de placer y principio de realidad están en permanente superposición, dado que ambos principios se sostienen recíprocamente, lo que hace que los peligros exteriores sean al mismo tiempo interiores y viceversa.

De este modo, tanto el principio de realidad, el proceso de represión, como el displacer de percepción, dan cuenta de las formas primarias de problematizar el imperio del principio de placer. Sin embargo, Freud las plantea sólo como modos introductorios de emergencia del displacer y que tal como él mismo señala, están lejos de abarcar la mayoría de nuestras vivencias de displacer. Para Cosentino⁴² a propósito de estos tres cuestionamientos sabemos que existen formas de problematizar el principio de placer sin todavía introducir el *más allá*.

Los argumentos de Freud

A estos modos primarios de presencia del displacer en el aparato psíquico Freud añade, tal como hemos señalado, las experiencias concretas observadas en la

⁴¹ Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Síntesis, Madrid, 2002

⁴² Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Manantial, 1992

experiencia o en el ámbito clínico que presentan relación con la cuestión del displacer en el aparato anímico:

1. En primera instancia Freud da cuenta de la escena que emerge del juego de su nieto que luego de haber quedado sin su madre éste intentaba traer al campo visual un carretel que anteriormente había tirado lejos, señalando las letras “o-o-o-o” -que a juicio de Freud y la madre del niño⁴³ significaba “Fort” (se fue)- el niño enviaba lejos de sí el juguete, y cuando lo traía consigo, saludando su aparición decía la palabra “Da” (acá está). Aquí cabe la pregunta de qué es lo que lleva al niño a repetir el juego en ausencia de la madre siendo que tal como Freud relata la escena es mayor las veces que el niño realiza sólo la primera acción sin llegar a terminar el juego completo. Freud intenta en torno a este punto dos interpretaciones que nosotros consideraremos en este trabajo: la primera se señala que el niño era pasivo ante la ausencia de la madre, es decir, era afectado por ella, y ahora con el juego se ponía en un papel activo repitiéndola como juego a pesar de que fuese displacentero. En este punto señalará Freud lo que llamó como “pulsión de apoderamiento” que actúa con independencia de que el recuerdo sea placentero o no. La segunda interpretación que da Freud refiere a que el acto de arrojar el objeto lejos responde a un impulso, sofocado por el niño de vengarse de la madre por su partida.

Ahora bien, si bien ambas interpretaciones dan cuenta de una forma de hacer frente a una experiencia displacentera por parte del niño, parece ser que la cuestión principal está en un párrafo siguiente dentro del mismo texto y que aparecería como una tercera interpretación, Freud se pregunta: ¿Puede el esfuerzo (*Drang*) de procesar psíquicamente algo impresionante exteriorizarse de manera primaria e independiente del principio del placer? La respuesta es fundamental en tanto Freud ya da cuenta de que si

⁴³ Safouan, M.: *El ser y el placer*, Petrel, Barcelona, 1982

bien el esfuerzo repitió en el juego una impresión desagradable ello se debe a que “la repetición iba conectada a una ganancia de placer de *otra índole*, pero directa”. Si bien Freud no resuelve del todo lo que ocurre con el juego del carretel si podemos augurar que da cuenta de una repetición que aparece como exceso al principio placer-displacer, en tanto ésta se sitúa en otra lógica que no es la de la ganancia del placer ni la evitación del displacer, sino que surge la repetición misma como un modo de operación que comanda lo psíquico, emerge el “placer” de repetir por repetir, aun con displacer.

En un interesante trabajo llamado *Lectura de Lacan del Fort-da* Fischman⁴⁴ señala a este propósito que en el Fort-da se muestra la repetición ahí en acto y exige considerar el inconsciente no solamente como el lugar donde se encuentra la inscripción de la cifra del sujeto, la cifra que determina su destino, podemos agregar el campo del Otro, sino que hay que considerar el inconsciente como una máquina que trabaja y su trabajo es escribir constantemente. Esto instala la cuestión, central por cierto, de que el inconsciente supone un *trabajo* psíquico que se desprende de lo que Freud llama la “pura cantidad”. Trabajo que transforma dicha cantidad en cualidad, es decir, en significantes pudiendo pasar así a participar del proceso primario, de las ligaduras.

A partir del Fort-da puede pensarse que lo inconsciente insiste permanentemente buscando satisfacerse, tal como señalaba Freud a expensas del principio de placer. La cuestión se desplaza al problema de que el psiquismo asiste a una fuerza que nunca termina por absorberse del todo dentro del campo de la representación, nunca se termina de inscribir del todo lo real en el campo de la cualidad, en palabras de Fischman, siempre quedará algo que sigue obligando al aparato a seguir trabajando. Desde este prisma se puede pensar que es imposible que la repetición logre la ligadura de todo lo que se requiere ligar, de ahí que el nieto de Freud siga jugando una y otra vez, la

⁴⁴ Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, Manantial, Buenos Aires, 1992

necesidad de inscribir en el juego no se agota con la llegada del carretel. En este sentido la repetición como intento de ligadura es un intento que fracasa, aparece un goce que nunca logra entrar totalmente en el campo del significante. De ahí que por un lado la repetición fracasa en el intento de ligar todo lo real, y por otro, la repetición no cesará.

2. Un segundo elemento que Freud utiliza para dar cuenta de una explicación lo más acabada posible de la cuestión de la compulsión de repetición, dicta relación con el fenómeno de la transferencia en su cercanía con la resistencia y al mismo tiempo lo que de ello se resuelve en lo que el autor ha llamado, coincidiendo con Nietzsche⁴⁵, el “*eterno retorno de lo igual*”, que permite vislumbrar el destino fatal de los seres humanos.

En el capítulo III de *Más allá del principio de placer* Freud intenta acercarse nuevamente al problema de la repetición señalando que es preciso liberarse de un error que la teoría hasta ese momento ha sostenido, a saber, que lo inconsciente (lo reprimido) no ofrece resistencia alguna a los esfuerzos de la cura, y aun más no aspira a otra cosa que a irrumpir hasta la conciencia. Asunto que como veremos más adelante recuerda la noción de Lacan de la *insistencia del significante*⁴⁶, es decir, que el inconsciente insiste y no resiste. Ahora bien, lo que se juega en estas afirmaciones es que la resistencia en la cura proviene del núcleo inconsciente del yo y por tanto es éste el que tiende al principio de placer en tanto sofoca lo que para él puede ser displacentero, es decir, lo que se excitaría por la liberación de lo reprimido. El psicoanalista señala que la exteriorización de lo reprimido por la operación de la compulsión de repetición no puede provocar otra cosa que displacer al yo. Sin embargo, este movimiento psíquico supone que lo que es displacer para el yo, es placer de satisfacción para lo reprimido por

⁴⁵ Para indagar en los encuentros y desencuentros teóricos entre Freud y Nietzsche se recomienda la lectura del trabajo de Assoun, P. L.: *Freud y Nietzsche*, Fondo de Cultura Económica, 1984

⁴⁶ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004.

tanto no contradice el principio de placer. Y es aquí donde Freud es tajante con respecto a la compulsión de repetición señalando que: lo verdaderamente asombroso es que ésta devuelve vivencias pasadas que “no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento (se refiere principalmente a la vida sexual infantil, o a las experiencias ligadas al Edipo) pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces”.⁴⁷

Con esto Freud quiere exponer que en transferencia se vislumbra un aspecto humano que impele a repetir experiencias que son displacenteras en todo orden de consideraciones. Vivencia que no son placenteras para ningún sistema y que tampoco lo fueron en su momento y que como tales no solamente convocan al problema del espacio de la cura, sino que como avizorábamos también pueden observarse en personas no neuróticas, donde lo que se repite aparece como un destino fatal: el *eterno retorno de lo igual* que ya adelantábamos. Según éste podríamos entender como el ser humano se vuelve a encontrar una y otra vez con ciertas experiencias como traiciones de la gente cercana, o bien donde el sujeto queda victimizado ante otro, a bien cuando una persona constantemente eleva a otra como autoridad, etc.

En suma esta característica de la repetición de aquello que no supone ningún placer para los sistemas psíquicos, que se da en transferencia y fuera de ella, es lo que permite a Freud ir fundamentando su hipótesis de la compulsión de repetición. Hipótesis por lo demás que permite pensar en un más allá de la cuestión del placer al interior del aparato psíquico.

3. Un tercer argumento que Freud esgrime para dar cuenta de la compulsión de repetición, está en relación con lo que se ha llamado las neurosis traumáticas. Freud señala en sus elucubraciones que sus pacientes repiten sueños que surgen como

⁴⁷ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio del placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 20

idénticos a las escenas vividas traumáticamente, es decir, los sueños reproducen lo vivido en el trauma. Ante lo cual es posible preguntarse, y así lo hace Freud, qué es lo que lleva a reproducir en análisis una y otra vez un material onírico que no hace otra cosa que provocar displeacer al aparato, tal como lo hizo la primera experiencia a la que el sueño hace alusión.

Para dar cuenta de este argumento Freud recurre a una parte de la explicación que ya había manifestado en el *Proyecto*. Utilizando un lenguaje neurológico en el capítulo IV de *Más allá del principio de placer*⁴⁸, da cuenta de la existencia metafórica de una vesícula viva con un estrato cortical receptor de estímulo, pero que a su vez está provista de una protección antiestímulo inorgánica, lo cual dentro de la analogía con el aparato psíquico corresponderá a la defensa. Este estrato externo de la vesícula al morir, preservó a todos los estratos más profundos, al menos hasta que sobrevengan estímulos tan fuertes que perforan la protección antiestímulo. El punto de importancia es que la vesícula en cuestión no sólo recibe estímulos externos sino también, y ante esto deberá proteger la capa exterior, estímulos internos, recibe también excitaciones desde dentro. A partir de este esquema es que Freud en este apartado da cuenta de la noción de lo traumático como aquellas fuerzas externas e internas que poseen fuerza suficiente como para perforar la protección antiestímulo. Ahora bien, dicha fuerza provocará una perturbación enorme en la economía psíquica y pondrá en acción todos los medios de defensa. Estamos aquí ante la definición misma de trauma que Freud da en 1920, es decir una suma de excitación tal que rompe con las defensas del aparato psíquico ante la cual éste intentará ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo a fin de conducirlos a su tramitación.

⁴⁸ Ibid

Ahora bien, lo que aquí nos convoca es que en las neurosis traumáticas el factor decisivo está en que no ha habido una fuerza de la contrainvestidura como para suturar la intrusión de excitación, el aparato no ha estado preparado para recibir tal monto de afecto, por lo cual irrumpe una fuerte vivencia de displacer. La pregunta entonces será: ¿Qué opera en el aparato psíquico para que en las neurosis traumáticas, tal como lo constató Freud devengan sueños donde se repite la situación que causó el trauma, siendo que estos no proveen de una experiencia placentera? ¿Qué fuerza provoca la repetición de los sueños traumáticos y por otro lado qué función cumple dentro del andamiaje psíquico? En principio Freud da cuenta de que es palmario que —a diferencia de cómo lo había trabajado en su *Interpretación de los sueños*— los sueños de las neurosis traumáticas no están al servicio del cumplimiento de deseo, cuya producción alucinatoria devino la función de los sueños bajo el imperio del principio de placer.

Freud plantea que los sueños de las neurosis traumáticas en su repetición están al servicio de una fuerza que está más allá del principio de placer. Al igual que con el juego del carretel de su nieto, Freud intenta una primera interpretación donde el factor de dominio de la situación ocuparía un importante lugar. Sin embargo ésta no será suficiente y Freud vuelve a dejar planteada la hipótesis de la existencia de una compulsión de repetición que convoca lo olvidado y lo reprimido.

Con este tercer argumento Freud termina por indagar las manifestaciones concretas donde la compulsión de repetición opera. A estas alturas de la cuestión el padre del psicoanálisis ya ha planteado la irrupción de una fuerza que impele al ser humano en diferentes escenarios, la repetición de aquello que provoca displacer. En lo que sigue del texto *Más allá del principio de placer*, Freud intentará en tono absolutamente especulativo apoyarse en la biología y la filosofía para indagar en la noción de pulsión de muerte, concepto sumamente críptico que surge en el texto de

1920 dando cuenta de lo que supone la muerte para el psicoanálisis, que tal como recuerda Laplanche no refiere a la muerte como finitud, sino más bien una muerte mucho más enigmática, que refiere dentro de otros asuntos a lo no ligado dentro del aparato psíquico. Si bien, la muerte como tal está radicalmente excluida del inconsciente, ésta aparece en 1920 en el centro mismo del aparato psíquico, constituyéndose, en palabras de Laplanche, en una de las dos fuerzas fundamentales y quizás incluso en la única fuerza primordial en el seno del psiquismo, del ser vivo y aun de la materia. Alma del conflicto, discordia elemental, ocupa en lo sucesivo el primer plano de las especulaciones más teóricas de Freud⁴⁹

La pulsión de muerte

La teoría pulsional ocupa un lugar fundamental en el sistema de pensamiento freudiano y psicoanalítico todo. Por decirlo de alguna manera, domina varios de los pisos del edificio teórico del psicoanálisis. Ya Freud destacaba en *Pulsiones y destinos de pulsión* a la doctrina de las pulsiones como el elemento más oscuro dentro de sus elucubraciones. Siempre supo que eran nociones poco claras las que rodeaban al mundo que circunda (con palabra de Lacan) el “montaje” de la pulsión. Sin embargo Freud y por cierto Lacan han intentado dar cuenta de los avatares que dicha noción atraviesa.

La *pulsión de muerte* surge como último eslabón de la cadena conceptual que la teoría de las pulsiones desarrolla. Tal como veremos más a cabalidad en capítulos siguientes, ésta ha pasado por una serie de momentos que han permitido reconocer su factor preponderante dentro del psiquismo y al mismo tiempo, dichos momentos se han constituido en giros fundamentales de la cuestión sexual operante en el aparato.

⁴⁹ Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 13

Brevemente recordaremos que el recorrido de la teoría pulsional comienza y se constituye como tal en los *Tres ensayos*, aún cuando es explicitada de forma evidente en su trabajo *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*, donde lo que se destaca es la división entre pulsiones de autoconservación del individuo y pulsiones sexuales, pulsiones puestas al servicio de la sexualidad y de la consecución del placer sexual. Es decir, la necesidad del alimento imprescindible para la nutrición del cuerpo y el mantenimiento de la vida no se confunden con el órgano libidinal. Luego, en un segundo momento y con la entrada en escena del contenido de una importantísima obra como es *Introducción del narcisismo*, la teoría de las pulsiones sufre un giro trascendente a partir de la libidinización del yo, según lo cual se divide la pulsión en libido yoica y libido objetal, donde ambas suponen una relación con la pulsión sexual. Con la introducción del concepto de narcisismo en la teoría psicoanalítica se rompe la primera dualidad de la vida pulsional impuesta por Freud. Como refiere Berenstein, por una parte subsiste el campo de las pulsiones sexuales, pero los instintos del Yo, ahora bañados por la libido, dejan paso a la división entre libido del yo y libido de objeto⁵⁰. En la medida en que el yo también se encuentra sexualizado, ya no es posible diferenciar entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo.

Sobre este escenario y anticipado por los trabajos *de Recordar, repetir y reelaborar* -donde se vislumbra por primera vez una faz compulsiva de la repetición- y *Pulsiones y destinos de pulsión* -donde da cuenta de la complejidad y lo perenne de la pulsión para el psiquismo- Freud llega a un puerto de difícil acceso. En 1920 la cuestión de la repetición se encumbra como un aspecto básico para entender las “nuevas” formas del aparato de relacionarse con el placer, diremos con Lacan, las formas que tiene el aparato de gozar. Freud da cuenta de una tercera teoría de las pulsiones postulando dos

⁵⁰ Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Síntesis, Madrid, 2002

fuerzas que gobiernan el psiquismo, volviendo a sostener así un dualismo como hipótesis, esto es, la *pulsión de vida (Eros)* y la *pulsión de muerte (Tánatos)*. Según esta distinción mientras la pulsión de vida brega por la unión y a la síntesis de los elementos, la pulsión de muerte conlleva un aspecto destructivo y que desliga las investiduras que la otra fuerza intenta ligar.

La pulsión de muerte como concepto da cuenta de la compulsión de repetición, afirmación ante la cual es dable preguntarse por aquello que repite la pulsión de muerte en lo que respecta al psiquismo. ¿Qué supone la emergencia de la pulsión de muerte, como elemento donde la repetición se entronca con lo pulsional? En principio, podemos dar cuenta con Freud de que la pulsión de muerte supone un estado de la pulsión misma apartado de las representaciones, implica la caída del referente, la *cosa* está perdida señala Cosentino⁵¹. En este sentido podemos señalar que un signo sólo puede ser leído por la relación que establece con otros signos, es decir, no tienen carecen de sentido si se les considera solo en su dimensión significativa. Esto se relaciona directamente con lo que Freud supuso en torno a lo no-ligado en el psiquismo, con lo cual se accede a una dimensión de la pulsión de muerte como límite a la representabilidad. Y por otro lado, podemos hacer uso de la postura que indica un factor directamente relacionado con la pulsión, caracterizada en su aspecto más esencial, tal como lo refiere Freud en *Más allá del principio de placer*, como un retorno a lo inanimado. Es este sentido toda pulsión tendría como característica fundamental un aspecto absolutamente conservador

Como ya sabemos, Freud ha presenciado pocos años antes de poner en circulación estos pensamientos el polémico escenario de la guerra⁵². Quedando su subjetividad anclada a dichos acontecimientos, podemos suponer que es la

⁵¹ Cosentino, J. C.: *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial, 1993

⁵² Gay, P.: *Freud: Una vida de nuestro tiempo*, Madrid, Paidós, 1989

destruibilidad en el ser humano lo que lo lleva a preocuparse de un tema tan enigmático como lo que supone plantear el problema de la agresividad y la muerte en psicoanálisis. En *¿Por qué la guerra?*, Freud refiere que la pulsión de muerte trabaja dentro de todo ser vivo y se afana en producir su fragmentación, su descomposición, en reconducir la vida al estado de la materia inanimada, aún cuando, como nos recuerda Gómez⁵³, los aspectos agresivos del comportamiento –hacia uno mismo y hacia los otros- habían sido tenidos en cuenta desde el comienzo por el psicoanálisis, sin verse en la necesidad de postular una pulsión independiente. De algún modo Freud ha relacionado la pulsión a los aspectos sádicos y masoquistas como elementos constituyentes ya desde 1915, sin embargo no se había detenido a dar una respuesta estructural al fenómeno de lo agresivo y lo que no puede ser ligado en el ser humano hasta el año 1920.

La lectura de Lacan del problema de la repetición

El psicoanalista francés Jaques Lacan ha profundizado las aportaciones de Freud acerca de la repetición. A partir de los postulados freudianos, Lacan ha llegado a establecer dos teorías diversas que permiten abordar el problema. Sus posturas las ha estructurado en dos momentos capitales para la comprensión de la repetición en psicoanálisis, estos son, un primer momento, alrededor a 1955, donde a partir del texto de Edgar Allan Poe “La carta robada” da cuenta de una noción que él ha llamado la *insistencia del significante*⁵⁴, teoría que apela a una repetición en el plano del registro simbólico. Y otro momento, en el seminario *sobre Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* de 1964, donde desarrolla una cara de la repetición que supone la

⁵³ Gómez, C.: *Freud y su obra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002

⁵⁴ Lacan, J. [1954-1955]: *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, El Seminario libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004

preeminencia del registro de lo real, presentando como fórmula, el *encuentro fallido con lo real*⁵⁵.

1. La primera teoría de Lacan es construida a partir de la noción de automatismo de repetición, predomina en ella la existencia de una cadena significante que precede al sujeto, es decir, en ella se sostiene que el sujeto se constituye como efecto de la palabra⁵⁶. En este sentido, la insistencia del significante se adscribe al aforismo lacaniano sumamente conocido, según el cual “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. El inconsciente compuesto de significantes insiste en tanto exterioridad del sujeto, un orden simbólico lo constituye, y tal como plantea Fischman⁵⁷, éste tiene la característica de ser una especie de máquina automática, que insiste en el discurso del analizante. Se verifica en el seminario II de Lacan que el más allá del principio de placer alude a la insistencia en cuanto a la cadena significante, insistencia que se sitúa como constituyente del sujeto, ya que éste no es agente de la cadena sino que la recibe, se inscribe en ella. A juicio de Colette Soler, este enfoque consiste en abordar el automatismo de repetición a partir de la ley que preside la aparición de los signos en una cadena y no a partir de la causa. O bien, que la causa de la insistencia repetitiva es la ley del significante⁵⁸.

Lacan trabaja el texto de Poe como un juego de trampas muchas veces anunciadas, pero cuyos anuncios lejos están de evitarle a sus personajes caer en el engaño, parece un texto donde hay fulleras al lector, pero lo enigmático es que la

⁵⁵ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El Seminario libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008

⁵⁶ Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan. Acerca del más allá del principio de placer*, Manantial, Buenos Aires, 1992

⁵⁷ Fischman, M.: *Lectura de Lacan del Fort-da*, citado en Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan. Acerca del más allá del principio de placer*, Manantial, Buenos Aires, 1992

⁵⁸ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004

trampa es parte del texto. Lacan sugiere que se busque la pista ahí donde ésta despista.⁵⁹ Si bien no desarrollaremos hasta el capítulo que está destinado a esta teoría de la repetición lo que contiene el texto de *La carta robada*, si lo dejamos consignado como un cuento donde la trampa participa del recorrido que una carta supone para los personajes en cuestión, para adelantar algo, la carta hará las veces de significante que opera sobre los personajes aún cuando no se explicita el contenido de la misma.

Lacan, en *El seminario sobre La carta robada*⁶⁰ reconoce que la repetición toma su principio en lo que ha denominado como la insistencia de la cadena significante. Es la ley propia de esta cadena lo que rige los efectos que son determinantes para el sujeto. Como señala Porras son efectos que siguen el desplazamiento del significante, con sus factores imaginarios, que a pesar de su inercia sólo hacen en el significante el papel de sombras y reflejos⁶¹. No es la forma de ser de los personajes ni el contenido de la carta lo que decide qué hará cada uno de ellos, sino la posición de la carta, el recorrido que ella supone y en manos de quien se encuentra. La carta actúa en el cuento como un significante en la medida que su función no requiere revelar su significado. Se trata, y esto es lo que le permite a Lacan señalar la cuestión de la repetición, de una carta situada en una estructura simbólica, una estructura que sólo puede ser leída en sus efectos y cuyos efectos son percibidos como repetición⁶². Lacan sostiene que el desplazamiento del significante es el que determina al sujeto en sus actos y en su destino⁶³.

⁵⁹ Porras, M. A.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva, 2008

⁶⁰ Lacan, J. [1955]: *El seminario sobre La carta robada*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

⁶¹ Porras, M. A.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva, 2008

⁶² Porras, M. A.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Letra Viva, Buenos Aires, 2008

⁶³ Lacan, J. [1955]: *El seminario sobre La carta robada*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

A propósito de la concepción de Lacan de lo que él llama el automatismo de repetición, y considerando una fuerte autonomía de lo simbólico ligada a la determinación del significante es que señala:

“Lo que Freud descubrió..., es que el desplazamiento del significante determina a los sujetos en sus actos, en su destino, en sus rechazos, en sus cegueras, en sus éxitos y en su suerte, a despecho de sus dotes innatas y de su logro social, sin consideración del carácter o del sexo”⁶⁴.

El significante es unidad, no por su sentido, sino por ser único, se encuentra simbolizando una ausencia. El psicoanálisis no puede dejar de lado la cuestión de la determinación del sujeto por parte del Otro, que lo constituye y lo sostiene. Lo que está en cuestión por tanto es que lo simbólico es constituyente, en otras palabras que lo simbólico determina al sujeto, está presente una estructura de determinación inconsciente. Aún más la repetición queda homogeneizada a lo inconsciente como cadena significativa. En este sentido, Fernández⁶⁵ señala que la repetición se hace equivalente a la escritura constante del inconsciente. De alguna manera lo que procura demostrar Lacan en esta época es, tal como recuerda el trabajo de Soler, *“que en un lenguaje formal, lo cual quiere decir un lenguaje con signos desprovistos de sentido, se puede, no obstante, poner de manifiesto leyes de secuencias, que desde luego no*

⁶⁴ Ibid, p. 40

⁶⁵ Fernández, M.: *La repetición como concepto fundamental del psicoanálisis*, Capitón. Seminarios clínicos, Las Mercedes, Caracas, 2010.

*demandan nada al sujeto, que le son heterogéneas, exteriores y sin embargo lo orientan, lo cual significa que orientan su propio ser*⁶⁶.

2. Una segunda teoría de la compulsión de repetición que desarrolla Lacan tiene relación directa con el registro que él acuñara como lo real. En el seminario XI Lacan señala que la repetición es el encuentro fallido con lo real. En dicho trabajo el psicoanalista francés utiliza las nociones aristotélicas de *tyché* y *automatón* para iluminar los avatares de nuestro concepto. En esta otra definición las cuestiones referidas a la repetición se juegan en la unión, en el contacto del sujeto y lo real.

La nueva teoría de la repetición, diversa del retorno de los signos, supone a su vez una nueva concepción de lo inconsciente, es decir, surge un aspecto de lo inconsciente que los primeros desarrollos de Lacan sobre la repetición no consideraban. Esto es el estatuto de la causa que supone una noción de discontinuidad en lo inconsciente. La repetición, tal como es abordada en el seminario sobre los conceptos fundamentales, es una repetición correlacionada, ya no con el inconsciente como saber - tal como lo veíamos en relación a la insistencia del significante-, sino con el inconsciente como sujeto. En el seminario de 1964 diferencia la repetición, que quedará del lado de la causa, de la insistencia del significante que quedará del lado de la ley.

Lacan plantea el estatuto de un encuentro que se escabulle por estar fuera de lo simbólico. La *tyché*, traducida como fortuna -a diferencia del *automatón* traducido como azar- se hace equivalente al encuentro con lo real⁶⁷. Real que se sitúa más allá del *automatón*, de la repetición significativa que operaría dentro de los límites del principio de placer. Lo real queda situado en estos momentos de la teoría como aquello que yace

⁶⁶ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004, p. 38

⁶⁷ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El Seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008

tras el automatón. El automatón, desde la perspectiva de Lacan, está relacionado con la red de significantes, mientras que la tyché se relaciona, como hemos señalado, con el encuentro fallido con lo real. La repetición ya no se funda en una mera ley del significante, sino que en una causa real. Lacan caracteriza al automatón como el funcionamiento automático de la cadena significante sin sujeto que la ordene. Como una serie en movimiento sin voluntad que decide sin intención pero con leyes propias, se trata de la insistencia del significante regida por el principio de placer⁶⁸. Mientras que la tyché queda establecida como aquello que escapa a la representación, como el real imposible de ser representado por vía del significante, esto es para el pensamiento freudiano lo que corresponde al trauma. Estamos aquí frente a la tyché como concepto que señala lo que Lacan denominara como “una cita siempre reiterada con un real que se escabulle”⁶⁹

Lo real se acerca a lo traumático que no puede ser simbolizado por la cadena significante. Esto da cuenta de un aparato psíquico que repite el encuentro con lo traumático en tanto opera en él la pulsión de muerte. Lacan señala en torno a esto el problema que en el seno mismo de los procesos primarios, se conserva la insistencia del trauma en no dejarse olvidar⁷⁰. Esta repetición que Lacan entiende como tyché queda ubicada en lo inconsciente mismo, es un modo de lo real en el inconsciente. El descubrimiento freudiano de la compulsión de repetición supone desde la segunda perspectiva lacaniana, que dentro del inconsciente hay una instancia que siempre conduce al trauma. Para Lacan el trauma es la idea esencial, algo inherente a la estructura del inconsciente.

⁶⁸ Porras, M. A.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Letra Viva, Buenos Aires, 2008

⁶⁹ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El Seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, p. 62

⁷⁰ Ibid

¿Por qué hechos azarosos, externos, funcionan de manera determinista para el aparato psíquico? Pregunta que puede ser abordada desde la relación entre la repetición y el trauma, en tanto el mejor modelo posible para el aparato psíquico tendría que ser un sistema que evitara la repetición del hecho traumático. Ahora bien el descubrimiento traumático, tal como nos recuerda Porras es que el aparato queda ligado al trauma – aquello que debería evitarse- mediante la repetición. La repetición inscribe el trauma en el psiquismo⁷¹. Lacan dirá que la tyché se presentó primero en la historia del psicoanálisis bajo una forma que ya basta por sí sola para despertar la atención, la del trauma, lo cual corresponde a presentar lo real como lo inasimilable. En este sentido el trauma aparece como la vía regia para iluminar la cuestión de la repetición ligada a lo real.

El trauma es concebido como algo que ha de ser taponeado por la homeostasis subjetivante que orienta todo el funcionamiento definido por el principio de placer. El problema aparece dirá Lacan, en cuanto en el seno mismo de los procesos primarios, se conserva la insistencia del trauma en no dejarse olvidar. Siguiendo con este postulado, el trauma reaparece en ellos y muchas veces a cara descubierta⁷². Es así –como desarrollaremos más adelante en el capítulo correspondiente- cómo la repetición es trabajada por Lacan en torno a lo real del trauma, dando un vuelco importante de consignar en cuanto a la primera teoría de la repetición que había esbozado en su segundo seminario. Al parecer una lectura más acabada de los procesos del inconsciente le lleva a postular una faz de la repetición fuera del campo de la representación, dejando así planteada la importancia del giro freudiano de Más allá del principio de placer.

⁷¹ Porras, M. A.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Letra Viva, Buenos Aires, 2008

⁷² Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El Seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008.

Ambos, tanto Freud como Lacan establecen una problemática que va de la representación a lo real de la pulsión.

El problema de la representación y la repetición

El punto de inflexión de *Más allá del principio de placer* nos presenta un factor acuciante que no cesa de trabajar al interior del psiquismo. La compulsión de repetición tal como la definió Freud en 1920 hace su entrada de la mano de la pulsión de muerte, concepto complejo que permite referirse a lo que se ha resistido a ser ligado por el aparato psíquico. Esta noción de repetición nos plantea en un escenario absolutamente diverso de lo que había sido señalado por el creador del psicoanálisis antes de los escritos de metapsicología (1914-1917), en tanto la pulsión de muerte aún no había sido conceptualizada. En este sentido, creemos poder preguntarnos por la presencia de una cierta preponderancia del mundo de la representación sobre el silencioso trabajo de la pulsión de muerte. La nombrada experiencia de satisfacción suponía, como circuito de retorno que se mantiene con la identidad de percepción de las huellas mnémicas, una trama de representaciones que alimentan el psiquismo. Así el deseo es la fórmula primera que Freud evoca para dar cuenta de lo que se repite en el aparato psíquico, esto es una constante búsqueda. Lo cual significa que el inconsciente trabaja en pro de una satisfacción que él llamó placer

El concepto de repetición que viene a instalarse con el *Más allá* está distanciado del todo de los anteriores modos de concebir el funcionamiento anímico, no sólo porque a partir de ella se explicita la importancia de lo no-ligado para el aparato, sino que también, con él se concibe la predominancia del displacer como modo de *goce* posible dentro de la experiencia humana. Creemos que la compulsión de repetición de 1920 se

distancia, en este sentido, de la que Freud venía planteando hasta 1914. Nos parece que en su importante trabajo *Recordar, repetir y reelaborar*, de algún modo y sin explicitarlo del todo, supone sus hipótesis todavía comandadas por el predominio del principio del placer⁷³, dado que la repetición que propone en esos momentos, ligada al *acto*, puede ser relacionada con un campo de representaciones que vienen a recordar un modo de satisfacción pretérito. Dicho de otro modo, algo se satisface con el acto presente en la transferencia. El acto opuesto al recuerdo, trae un contenido que en el trabajo analítico se reconstruirá, aparece como un elemento a ser ligado. Nos encontramos dentro de la lógica según la cual el aparato procura repetir el placer original. Lacan señala a este respecto,

*“La repetición aparece primero bajo una forma que no es clara, que no es obvia, como una reproducción, o una presentificación, en acto”*⁷⁴.

Soler nos recuerda que lo que hace Freud en este trabajo es homologar la repetición al retorno de lo reprimido, dado que ambas coinciden en que suponen algo que vuelve sin que el paciente lo sepa y con una forma disfrazada en la transacción de los sueños, los lapsus y los síntomas. En estos momentos de la teoría, Freud daba cuenta de la repetición como una noción que convoca todo lo que:

⁷³ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004

⁷⁴ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El Seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 58

“emanado de las fuentes de lo reprimido, impregna ya toda su personalidad, a saber, sus inhibiciones, sus actitudes patológicas, su carácter y sobre todo sus síntomas”⁷⁵.

Freud es claro en este sentido, para él no hay nada nuevo con la noción de repetición de 1914:

“En el fondo no hemos descubierto nada nuevo...sino adquirido únicamente una concepción más coherente de las cosas”⁷⁶

La *x* (del caso Dora) a la que hacíamos referencia anteriormente, nos recuerda que un elemento ya experimentado por la paciente retorna a modo de un aspecto no recordado sino que por fuera del campo del recuerdo, retorna en transferencia. Freud nos recuerda que la transferencia es un campo donde lo que se repite da cuenta de un modo de satisfacción ligado a un pasado (representacional) no reconocido por el paciente. Hay ciertos elementos representacionales que participan del retorno, Freud decía ligado al complejo de Edipo, formas del deseo que se construyeron en la infancia y son actualizados en transferencia o bien vividos como un destino ineludible, esto último ligado a lo que ha dado en llamar el *eterno retorno de lo igual*. Cabe recordar en torno a esto, lo que el padre del psicoanálisis desarrolló en *Sobre la dinámica de la*

⁷⁵ Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

⁷⁶ *Ibid*

transferencia con el nombre de *clisé*. Recordemos que en 1912 venía desarrollando esta idea según la cual se repite cierta matriz a lo largo de la vida amorosa⁷⁷.

Podemos hipotetizar que la compulsión de repetición esbozada en 1914, por el escenario donde ella es planteada, es decir la transferencia, como por el campo teórico del cual se desprende, se acerca más a lo que la teoría psicoanalítica de aquellos entonces iluminaba en torno a la experiencia de satisfacción, esto es, una lógica del deseo constituido a partir (siguiendo a Lacan) de las lógicas del Otro como tesoro de significantes⁷⁸. Podríamos suponer que es un significante lo que insiste en el acto, tal como podemos pensar que es el significante padre lo que retorna sobre Freud en el caso Dora. A este respecto Porras señala, “*esta repetición actuada sigue siendo repetición de significantes pero lo que cambia es la posición del sujeto. Como sujeto que rememora significantes o como sujeto que los actúa*”⁷⁹.

Desde este punto de vista, y tal como lo piensa Lacan la actuación no resuelve la repetición, exige una lectura por la vía del significante. Es posible suponer que esta repetición está alejada de un factor esencialmente pulsional que comanda las hipótesis de *Más allá del principio de placer*, donde por el contrario, se da cuenta de una noción más bien estructural de la compulsión de repetición. Lacan señala en torno a esto que:

“La repetición, entonces, no ha de confundirse con el retorno de los signos, ni tampoco con la modulación por la conducta de una especie de rememoración actuada. La repetición es algo cuya verdadera

⁷⁷ Freud, S. [1912]: *Sobre la dinámica de la transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Amorrortu, Buenos Aires, 2000

⁷⁸ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El Seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008

⁷⁹ Porras, M. A.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva, 2008, p. 108

naturaleza está siempre velada en el análisis, debido a la identificación”⁸⁰.

Esta forma de postular la repetición nos lleva a problematizar el recorrido freudiano y suponer que en 1920 aparece un aspecto que no tiene que ver con el plano de la identificación, podríamos decir con un plano imaginario, ni tampoco con la insistencia del significante en torno a un registro simbólico, ésta está *más allá*.

La compulsión de repetición de 1920 es absolutamente dependiente del factor pulsional. Corresponde a un monto de afecto que acicatea, recordando que el aparato no deja de trabajar y que produce displacer en el campo del yo. La pulsión de muerte, como representante en lo pulsional de la compulsión de repetición, no tiene que ver con si ésta o ésta otra representación produce displacer por su contenido explícito, sino que es justamente la ausencia de representación lo que comanda la experiencia displacentera. La compulsión de repetición está más allá del carretel como representante de la madre, es un repetir sin importar si el juego permite dominar lo displacentero. De ahí el carácter *demoníaco* que Freud le asignara.

Como hemos dejado enunciado en el apartado anterior, Lacan desarrolla dos modos de comprender la repetición, una del todo ligado a la insistencia del significante y otra noción mucho más cercana lo real, en tanto encuentro fallido. El tránsito que va de una a otra definición supone la superación de un momento de la teoría freudiana en tanto reconocimiento del exceso que surge a partir de *Más allá*. Creemos que los desarrollos de Lacan establecen un corte teórico que repite el mismo gesto freudiano, esto es, el paso de una noción estructural basada en el campo de la representación (el

⁸⁰ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El Seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 62

significante para Lacan), a otra, estructural también, basada en un factor pulsional que no permite ser simbolizado, que escapa a las lógicas del significante.

Planteamos en torno a estos puntos que la repetición como concepto fundamental se sitúa al menos en dos campos diversos, nos atreveremos a dar a dicho concepto (quizás no el nombre propiamente tal, pero sí como referente, en tanto antecedente) un lugar sustentado por el campo representacional, esto es, una repetición ligada al campo del significante. Y por otro lado, uno apoyado en lo meramente pulsional. División que, como es dable recordar, ha sido trabajada de otra manera, pero de forma muy atinente a nuestros planteamientos, por Freud en *La represión*. En este trabajo se explicitan los destinos de la pulsión y se señala que es necesario separar lo que dicta relación con la representación (*Vorstellung*) de lo que se refiere al monto de afecto (*repräsentant*) que como destino fundamental radica en la angustia, y que con Lacan podemos relacionar directamente con lo real⁸¹.

En suma, será necesario indagar, en el sentido de las ideas que venimos proponiendo, por una parte, en la relación de la compulsión de repetición en su relación a la noción de pulsión de muerte, y por otra, cómo se articula la relación de nuestro concepto con la pulsión de vida. Es decir, en relación a esta última, a la relación de la compulsión de repetición con la fuerza ligadora del aparato psíquico. Lo que planteamos aquí a modo de hipótesis es que la aparición de la pulsión de muerte no sólo supone un giro ligado a un nuevo dualismo pulsional, sino que también supone una perspectiva diversa a la que proponía la teoría psicoanalítica hasta los escritos de metapsicología, a saber, el paso de un énfasis en lo representacional a uno basado en lo real de la pulsión.

⁸¹ Lacan, J.: *La angustia*, El seminario, Libro 10, Buenos Aires, Paidós, 2006

REPETICIÓN Y TRANSFERENCIA

El acercarse al entramado concepto de repetición, supone la necesidad del encuentro entre éste y otros elementos de la teoría psicoanalítica. No habría manera de nombrar la *cosa* que se repite, sino es a través de la puesta en relación de lo que la repetición conlleva con otros conceptos básicos para el campo psicoanalítico. Se hace necesario, con tal de iluminar la tendencia repetitiva, abordar aspectos que son subsidiarios a ésta, y que de una u otra manera han permitido a la repetición devenir *concepto fundamental*⁸². De este modo se intentará en este apartado recorrer los puntos de encuentro y desencuentro que se articulan entre la repetición y la noción de transferencia. Iniciamos así la indagación que en lo posterior y necesariamente, convocará a otros elementos capitales, pero que en un principio nos permite ubicar la emergencia de la repetición en torno al escenario clínico, lugar donde surge su aparición y según el cual Freud inicia su contorno.

I. Antecedentes de la noción de transferencia: la “clave” en Breuer

El psicoanálisis ha ido atravesando una serie de momentos que han permitido dar forma a un saber que en un principio se presentaba como pura experiencia. Los métodos que Freud utilizó antes de la aparición del psicoanálisis propiamente tal fueron diversos, destacándose la catarsis, la sugestión y la hipnosis como formas que permitían acceder a cierto material relativo a la enfermedad de las pacientes. En sus primeras indagaciones se hizo acompañar por importantes maestros que dedicaban sus estudios a

⁸² Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008.

la comprensión del psiquismo humano. De esta forma, además de la importancia que tuvo en la formación de Freud los encuentros con el doctor Charcot en la Salpêtrière, relevantes fueron los pasos que dio tras el doctor Breuer, con quien tuvo una relación profesional y de amistad mantenida por más de veinte años⁸³, relación que arrojó como resultado final la publicación de uno de los primeros trabajos de interés psicoanalítico como es los *Estudios sobre la histeria*.

Esta relación, con el doctor Breuer, presenta dentro de otros acontecimientos un interesante pasaje que permite iluminar los primeros escenarios donde la transferencia se presentaba como elemento sustantivo de la experiencia terapéutica. El caso sumamente revisado por la comunidad psicoanalítica de Bertha Pappenheim marcó en su momento un desencuentro que permitió avanzar en la investigación acerca de la relación analista paciente.

Anna O., tal como es conocida la paciente al interior de la literatura psicoanalítica, fue tratada -según comenta Jones- por Breuer durante aproximadamente año y medio, entre diciembre de 1880 hasta junio de 1882, por diversos síntomas que la paciente presentaba a raíz de la enfermedad y muerte de su padre, entre los síntomas destacan: “una parálisis de tres extremidades con contracturas y anestesias, graves y complicadas perturbaciones de la vista y del habla, incapacidad de alimentarse y una penosa tos nerviosa, que fue el síntoma por el cual fue llamado Breuer a atenderla”.⁸⁴

Al desarrollar una fuerte relación con su médico, la paciente fue revelando material vía el método catártico con el que trabajaba Breuer. El doctor, según relata Gay, la visitaba a diario por las noches y en las conversaciones que mantenía con él hallaba alivio momentáneo a los síntomas. Anna O. encontró en esa relación de

⁸³ Jones, E.: *Vida y obra de Sigmund Freud*, Tomo 1, Anagrama, Barcelona, 1970

⁸⁴ *Ibid*, p. 227

colaboración un procedimiento que denominó la “curación por la palabra”, o con humor la “limpieza de chimenea”⁸⁵. Lo interesante para el problema en cuestión es que Breuer se había visto sumamente inmerso e interesado en el caso, tanto era lo que él hablaba de Anna O. que su mujer empezó a molestarse y ponerse celosa, asunto que marca la fuerte transferencia erótica que se comenzó a desarrollar entre la paciente y su médico, la carga afectiva y sexual hizo que Breuer terminara por abandonar el caso una vez que los síntomas aparentemente habían desaparecido.

Sin embargo, Breuer es llamado el mismo día que supuestamente el tratamiento había concluido dado que la paciente estaba presentado una fuerte necesidad por verle, “*la encontró confundida y retorciéndose con dolores abdominales. Cuando se le preguntó que le pasaba, respondió: “Ahora viene el niño del doctor B.” En ese momento, comenta Freud, Breuer tuvo “la clave en sus manos”*.”⁸⁶ Ante esto, como nos recuerda Gay, Breuer queda sin saber qué hacer, la intenta calmar con una sesión de hipnosis y luego sale sudando frío y desconociendo lo que realmente ha pasado y qué consecuencias se pueden extraer del caso. Breuer se va de viaje con su mujer, se desentiende del caso y lo deriva a otro especialista.

Si bien este marco de primeras aproximaciones se ha planteado de diversas formas, se han afirmado, se han exagerado –la hija que supuestamente engendró Breuer en ese viaje, etc- se han desmentido, y al mismo tiempo ha sido objeto y resultado de discusión desde los primeros analistas, nos referimos a todas estas peripecias Breuer-Anna O., podríamos decir incluso que corresponden a las “leyendas de los orígenes del Psicoanálisis”, es dable de todas maneras interrogar este momento de la teoría. Nos preguntamos: ¿A qué se refería Freud cuando dice que Breuer tuvo “la clave en sus

⁸⁵ Gay, P.: *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Madrid, Paidós, 1989

⁸⁶ *Ibid*, p. 94

manos”?, ¿De qué clave se trataba? En efecto, Breuer había reconocido en su descripción del caso de 1885 que había suprimido “una gran cantidad de detalles sumamente interesantes”. Entre estos “detalles” se hallaba el origen sexual de muchos de los síntomas de la paciente, así como la poderosa corriente afectiva surgida entre ambos⁸⁷. Freud siguió atentamente los comentarios que, a ratos de manera reticente y no sin pudor, le hacía Breuer del caso de Bertha Pappenheim. Fue el discípulo Freud quien no tardó en destacar el papel de la sexualidad en la contracción de la neurosis, fue él quien aseveró que a la base de lo que presentaba Anna O. se encontraba un factor que se reiteraba en toda relación médico paciente y que no era exclusivo de aquella relación ni adjudicable a las características personales de Breuer, a saber, que el vínculo terapéutico guardaba en su seno un componente sexual.

El caso de Anna O. con la reacción contratransferencial no elucidada por Breuer, fue uno de los momentos fundantes de lo que hoy conocemos como transferencia. ¿Estaba Anna O. reiterando ciertos aspectos de su vida sexual infantil sobre el doctor Breuer?, ¿Se puede establecer la existencia de un deseo inconsciente que *empuja* en la paciente a desarrollar un modo de relación atravesado fuertemente por un componente sexual? Para Freud, Breuer no es más que un destinatario de lo reprimido, no son sus características personales lo que lo ubican en el lugar del objeto sexual, sino que es el lazo transferencial mismo el que soporta dicho componente.

⁸⁷ Gómez, C.: *Freud y su obra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002

II. Primeras indagaciones sobre la transferencia, de los sueños y el caso Dora

Ya con los primeros avances de Freud, según textos como *Estudios sobre la histeria*, o *Fragmento de análisis de un caso de histeria* -donde se construye fundamentalmente la idea de que el síntoma histérico es producto de un trauma psíquico de carácter psicosexual y que trayendo a la memoria esos recuerdos a través de la hipnosis el síntoma podría desaparecer-, se encuentran imbricaciones que nos refieren directamente al *desplazamiento* que se produce de una representación hacia la figura del analista. Las preguntas que Freud no formuló a Dora en su momento⁸⁸ y que desembocan en un final apresurado del análisis, son algunos de los obstáculos que el pensamiento freudiano sorteó y que derivaron en conceptualizaciones teóricas que el psicoanálisis transmite:

*“Así fui sorprendido por la transferencia y, a causa de esa x por la cual yo le recordaba al señor K (...) De tal modo actuó (agieren) un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías...”*⁸⁹

Dichos estudios preliminares, pero de enorme importancia para iniciar estas indagaciones, desembocan en una primera etapa de la conceptualización de la transferencia⁹⁰, según la cual una *intensidad* se ubica en primer plano. La *fuerza*

⁸⁸ Freud, S. [1905]: *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 103

⁸⁹ *Ibid*, p. 103

⁹⁰ Dor, J.: *Le transfert et sa subversion*, en *Clinique Psychanalytique*, Denoël, Paris, 1994

impulsora tal como la denomina Freud en esta época, es la que permite que el pensamiento onírico devenga soñado, y la que aporta el gasto psíquico para el trabajo del sueño. En palabras del psicoanalista de Viena:

“...la representación inconsciente como tal es del todo incapaz de ingresar en el preconscious, y que sólo puede exteriorizar ahí un efecto si entra en conexión con una representación inofensiva que ya pertenezca al preconscious, transfiriéndole su intensidad y dejándose encubrir por ella. Este es el hecho de la transferencia.”⁹¹

Este enunciado pertenece a toda la primera época del psicoanálisis cuando aún la teoría de la transferencia no ha cobrado fuerza, sino más bien el pensamiento y quehacer freudiano articulan nociones en torno a la forma en que el pasado se re-presenta. En el Caso Dora de 1905 Freud se pregunta por primera vez de forma clara por el sentido de las transferencias, ante lo cual aparece fuerte la idea de que son,

“reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes.”⁹²

⁹¹ Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Amorrortu, Buenos Aires, 2000, p. 554

⁹² Freud, S. [1905]: *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, Obras Completas, Tomo VII, Amorrortu, Buenos Aires, 2000, p. 103

La imagen de la re-edición soporta en gran parte el problema de la *traducción* del material psíquico al que apelaba Freud en estos tiempos. Continúa señalando en torno al tratamiento de Dora, que lo característico de todo el problema es:

*“la sustitución de una persona anterior por la persona del médico”*⁹³

Aquello que denominó como *enlace falso*. Para Korman se desprende del texto de análisis del Caso Dora que la función del analista se lleva a cabo por el procedimiento combinado de revelado y sustracción: el analista debería después de desvelar las imagos transferidas sobre él, escabullirse, sustraerse de los roles que le fueron adjudicados y mediante el uso de la interpretación, poner en evidencia la falsa conexión operante⁹⁴.

En los *Estudios sobre la histeria* Freud explicaba el problema de la transferencia de representaciones inconscientes sobre la persona del médico. En un principio para el padre del psicoanálisis la transferencia dictaba relación con un caso particular de desplazamiento del afecto de una representación a otra. Por decirlo con la terminología empleada por Freud en *La interpretación de los sueños*, el analista pasa a ocupar el lugar de un “resto diurno” que permite el desplazamiento de las cargas de afecto. Ahora bien, y tal como veremos posteriormente, la elección del analista como destinatario de dicho desplazamiento favorece el papel de la resistencia⁹⁵.

⁹³ Freud, S. [1905]: *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 103

⁹⁴ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004

⁹⁵ Laplanche, J., Pontalis, J. B.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996

Freud al hablar de transferencia en el campo del sueño, refiere a un tipo de desplazamiento en el que el deseo inconsciente se expresa y se disfraza a través del material proporcionado por los restos preconcientes de la vigilia:

“Los restos diurnos toman prestado del inconsciente la fuerza pulsionante de que dispone el deseo reprimido al mismo tiempo que le ofrecen al inconsciente el apoyo necesario para adherir la transferencia”⁹⁶.

III. Acerca de la palabra transferencia

La palabra transferencia no pertenece exclusivamente al vocabulario psicoanalítico, posee un sentido muy general parecido al de transporte, pero que implica un desplazamiento de valores, de derechos, de entidades, más que un desplazamiento material de objetos⁹⁷. Ahora bien, la noción de transferencia en psicoanálisis está enlazada con lo que la palabra misma sostiene en su significación. El hecho de que Freud haya visualizado cierta problemática del orden de la relación médico paciente en el caso de Anna O. y posteriormente se haya “sorprendido” por la transferencia en el caso Dora, lo llevaron a la elección de una palabra que abre un campo de sentidos en torno a la traslación, algo del orden del movimiento.

⁹⁶ Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Amorrortu, Buenos Aires, 2000, p. 556

⁹⁷ Laplanche, J., Pontalis, J. B.: *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Barcelona, 1996

La palabra transferencia, tal como refiere Assoun en su trabajo, da cuenta ante todo del transportar, transportar un bulto, hacerlo pasar por encima (*Über-tragung*). De esta forma el transportar, el llevar de un lado para otro da forma a la noción que emplea Freud para iluminar la problemática que se articula ya en sus primeros casos. Recordemos tal como plantea Rocabert, que la influencia de Lamarck sobre Freud y su formación como médico neurólogo, hacen que éste último considere que lo que se transporta es del orden de la distribución de la energía⁹⁸.

Durante mucho tiempo la idea de transferencia fue sinónimo de traducción, también da cuenta de la transcripción, es decir, poner un texto de otra forma. La palabra transferencia atañe al desplazamiento de un plano sobre otro, lo que permite destacar la idea de proyección⁹⁹. En ciertas épocas de la teoría psicoanalítica, tal como lo resalta Lacan en su primera teoría de la transferencia, se dirá que el paciente proyecta sobre el analista sus imagos paternas¹⁰⁰. La transferencia habla sobriamente del desplazamiento de un lugar a otro. Habría un desplazamiento –psíquico- cuando un sujeto desvía y transporta sobre el otro cierta cantidad de prestaciones psíquicas, entre las cuales los afectos son los más visibles¹⁰¹.

En otro sentido, pero siempre con la idea de traslación, la palabra transferencia es utilizada en función de una operación bancaria, específicamente de un giro bancario, cuando mediante un “juego de escritura”, una suma, mensaje cifrado, resulta inscrita y pasa del deudor al crédito del destinatario. Con este sentido podemos decir en suma que estamos hablando de una metáfora de transporte, de un sujeto a otro en el caso de la clínica psicoanalítica, pero utilizable también de un lugar a otro, de una cuenta a otra, o

⁹⁸ Assoun, P. L.: *La transferencia*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2008

⁹⁹ Assoun, P. L.: *La transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008

¹⁰⁰ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004

¹⁰¹ Assoun, P. L.: *La transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008

bien de un texto a otro en el caso de la escritura, operación por cierto constantemente referida por el psicoanálisis, recordemos la carta 52 que envía Freud a Fliess donde explicita el papel que juega la transcripción para el andamiaje del aparato psíquico. Todas estas acepciones configuraran el espesor semántico que sostiene la metáfora freudiana de la transferencia: acarreo, delegación, transmisión, emisión, contagio, proyección, traslado, traducción.

IV. Las transferencias y La transferencia

La transferencia es un concepto complejo, que no ha podido ser elucidado con claridad desde los comienzos del trabajo psicoanalítico. Freud tuvo serias dificultades para reconocer la importancia de su lugar al interior de la cura, a pesar de que como ya sabemos ella –la transferencia- haya estado siempre presente. Es decir, que el médico en su tiempo no la reconociera como un factor clínico, no significa que no intervenga en el proceso. En términos generales puede decirse que la transferencia para Freud es el recorte, el aislamiento y posterior instrumentación de un fenómeno universal, que se produce en cualquier relación humana.

Ahora bien, es necesario sostener una diferencia entre un primer período dentro de la investigación freudiana, donde lo que se da es un cúmulo de experiencias en torno al espacio de la cura, de un segundo momento establecido de acuerdo a un mayor conocimiento y comprensión de ciertos elementos estructurales que participan de todo proceso analítico.

Del primer período extraeremos la presencia de “las transferencias” en plural, dado que es Freud quien convive o bien da cuenta de una serie de fenómenos

transferenciales, tales como enamoramientos, fines apresurados del trabajo terapéutico, desplazamientos de representaciones sobre la figura del médico, etc., que articulan un campo problemático sin que éste sea elucidado y nombrado como tal. Este primer período corresponde a la época en que se escribe *Los estudios sobre la histeria* hasta el informe del caso Dora, donde el padre del psicoanálisis experimenta en su propia persona una cierta verdad acerca de las transferencias que incluyen aspectos como los obstáculos y las resistencias al trabajo de la cura. Al principio Freud aprehendió la transferencia como un desplazamiento de investidura en el nivel de las representaciones psíquicas, más que como componente de la relación terapéutica.

Es importante señalar que en la primera época de las transferencias cada una de ellas se trataba como a cualquier otro síntoma. En el comienzo Freud consideró que la transferencia no formaba parte de la esencia de la relación analítica. Consideraba a las transferencias como elementos que sólo pueden convertirse en aliados de la cura en la medida que son explicadas y destruidas una por una. El plural es esencial al origen. La palabra misma es como una expresión condensada, como nos recuerda Assoun, Freud tiene consciencia de utilizar el término como un neologismo que permite nombrar de manera abreviada una suma de elementos complejos¹⁰².

Del segundo período podemos extraer un aspecto estructural del trabajo clínico mismo. Este momento, que podemos dividir a su vez en dos tiempos, se establece según avanza la investigación psicoanalítica y se plantean trabajos que abordan directamente la problemática por ejemplo del amor que se despliega en el espacio analítico. En este período ya se puede hablar de “La transferencia” en singular con lo que se destaca su participación como herramienta clínica.

¹⁰² Assoun, P. L.: *La transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008

El primer tiempo de este segundo período adquiere su forma más definida con textos tales como: *Sobre la dinámica de la transferencia*¹⁰³, *Recordar, repetir y reelaborar*¹⁰⁴, *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*¹⁰⁵, de los cuales se desprende una visión del problema que aborda la dinámica misma de la relación analista paciente. Aquí ya podemos encontrar definiciones de la transferencia que apuntan a un aspecto diferencial del proceso, y la exponen como:

“la palanca más poderosa del éxito y el medio más fuerte de la resistencia”.¹⁰⁶

En este momento Freud hace un cruce -piedra angular de este trabajo- de la transferencia con la noción de repetición. Comienza a delinearse la importancia que tiene la transferencia como factor que apunta a la reimpresión de aspectos provenientes del pasado psíquico, con lo cual se establece una lógica de actualización presente de aspectos pretéritos. Lo que se destaca es que el analista es inserto en una de las series psíquicas que el paciente ha construido en su psiquismo. A partir de la noción de transferencia se estipula la importancia del papel que juegan los prototipos o imagos infantiles (paternas, maternas, fraternas) en la relación con el analista.

El segundo tiempo de este segundo período, donde ya encontramos a La transferencia en su carácter estructural del trabajo clínico, es articulado por una parte

¹⁰³ Freud, S. [1912]: *Sobre la dinámica de la transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹⁰⁴ Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹⁰⁵ Freud, S. [1915]: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹⁰⁶ Freud, S. [1912]: *Sobre la dinámica de la transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001. p.99

por la idea de la 27ª conferencia, que refiere a la transferencia como el motor más poderoso del tratamiento. Y por otra, al trabajo freudiano -que ampliaremos más adelante- sobre el *Más allá del principio del placer*. En este desarrollo, capital por cierto para la teoría psicoanalítica, Freud destaca el papel de la transferencia como manifestación evidente de una fuerza más profunda, constitutiva de la experiencia humana como es la compulsión de repetición, en palabras de Assoun: “*Es la necesidad de repetición lo que da cuenta de la transferencia, a partir de entonces englobada en la economía y la dinámica genéricas de la repetición*”¹⁰⁷. Para Laplanche en este momento se plantea que en la cura se repiten situaciones y emociones, en las que finalmente se expresa la indestructibilidad de la fantasía inconsciente.

V. Repetición y principio del placer, la indestructibilidad del deseo

El trabajo inaugural del psicoanálisis *La interpretación de los sueños*, plantea entre otros aspectos de interés, el problema de que el inconsciente es por un lado un conjunto de huellas mnémicas articuladas como una memoria, y por otro, una instancia ligada a las fuerzas pulsionales que hacen posible su correspondencia con la fuerza del deseo. Estos dos modos de entender lo inconsciente, radica en la diferenciación entre lo que se inscribe como rastro del Otro y lo que supone el *empuje* que sostiene la indestructibilidad del deseo.

Ya decíamos que las primeras manifestaciones de la transferencia aparecen relacionadas con el modelo planteado en torno a los restos diurnos en los cuales se apoya el trabajo del sueño, recordemos que a partir de éstos es posible transferir una

¹⁰⁷ Assoun, P.L.: *La Transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008, p. 16

moción pulsional alojada en el inconsciente que por desplazamiento, condensación o miramiento por figurabilidad, es trasladada hacia el campo de lo preconscious a partir de lo cual y con la ayuda del analista puede devenir consciente. En este sentido, el resto diurno hace las veces de señuelo para que la investidura atraviese las barreras de la censura y pueda ser localizada en lo consciente.

Si bien no nos detendremos más en estos aspectos bastante trabajados y conocidos por la comunidad psicoanalítica, lo que se plantea es la existencia de un trabajo que deformando -los llamados procesos primarios- hace ver la relación del inconsciente con la lógica del placer-displacer. Colette Soler destaca que dichos procesos primarios no operan de manera azarosa sino que son regulados según una lógica determinada, a saber, por el apartamiento de cualquier representación que genere displacer. Es “*un trabajo de sustitución de representaciones, pero que sólo conserva las que no provocan displacer.*”¹⁰⁸ Esta búsqueda de placer y la evitación del displacer es lo que a Freud le permitirá hablar del inconsciente como deseo, como búsqueda y ya no sólo como memoria en tanto conjunto de huellas. La psicoanalista francesa se refiere a una metáfora que utilizaba Freud para referirse a este aspecto, se trata de la idea de que el inconsciente es el capitalista que financia, aporta la fuerza, para la ejecución del proyecto, es decir, que el capitalista que fomenta el trabajo del inconsciente es un deseo infantil primario ligado a escenas infantiles o a fantasmas que las repiten¹⁰⁹. Estamos ante la idea de que el inconsciente está directamente relacionado con las fuerzas del deseo, es en el inconsciente donde se aloja algo del orden pulsional que busca satisfacerse en un nuevo tiempo.

¹⁰⁸ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004, p. 20

¹⁰⁹ Ibid

Para esclarecer de forma consistente este pasaje es necesario referirse al constructo freudiano de la mítica *experiencia de satisfacción*. Freud inventa este concepto para elucidar las formas como el aparato psíquico acuña el deseo, la reiteración de la investidura apunta a movilizar cargas pretéritas en función de una representación actual. El psicoanalista del Viena distingue dos tiempos para generar el mítico nacimiento del deseo. El tiempo uno es el surgimiento de una excitación interna (posible de ser considerada desde la necesidad interior ya sea alimentaria o sexual), por lo tanto surgimiento de una excitación displacentera, concordante con un aumento de la tensión (definición misma del displacer). En un segundo tiempo se produce una satisfacción sólo debido a una intervención exterior, esta satisfacción estará asociada a una percepción precaria del objeto satisfactorio y a una sensación de placer ligada al mismo. De este modo el deseo apunta al recorrido que establece la investidura que se dirige desde la huella mnémica de la excitación hacia la imagen mnémica del objeto. Lo cual permite que Freud diga que el deseo va del displacer al placer¹¹⁰.

Freud nos dice con esto que la investidura alucinatoria de la imagen mnémica del objeto satisfactorio reconstituye “la situación de la primera satisfacción”. Se trata aquí de un aparato que se satisface con huellas y no se trata de satisfacción en el plano de la excitación. Es evidente entonces que esa experiencia primera es mítica. Freud la inventa, y la inventa a juicio de Soler, para señalarnos que el inconsciente está habitado por un deseo cuya finalidad fundamental es repetir una satisfacción supuestamente original, esto es, la idea de que el inconsciente está movido por una especie de objetivo regresivo, de recuperación.

La constancia de esta búsqueda fundante del deseo humano, es lo que se ha denominado como la *indestructibilidad del deseo*. Tal como se presentan las

¹¹⁰ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 2004, p. 21

formaciones en el sueño o en la transferencia, se establece la presencia de un deseo infantil reprimido. Esta es una de las tesis freudianas de suma relevancia no sólo porque apunta a que el aparato psíquico se ve movilizadado por huellas y representaciones, sino también porque éstas articulan un campo donde el psiquismo comandado por el inconsciente, forma un engranaje temporal que supondrá la retroactividad psíquica. Estamos frente a la insistencia del deseo, el inconsciente en su faz de empuje pulsional comandando la reiteración de lo infantil sobre la figura del analista. He aquí la transferencia que en base a dos tiempos no cronológicos sino que lógicos, forma -como bien lo dice Galende- *“un corto circuito, una situación nueva en la que tanto se hace presente el pasado, la infancia, repitiendo un deseo que permanece inconsciente, como se crea un nuevo objeto, investido por los atributos del objeto perdido”*¹¹¹.

La transferencia plantea la figura de retorno, a una escena actual, de aspectos que se sitúan tópicamente en lo inconsciente. A través de la noción freudiana de indestructibilidad del deseo podemos dar cuenta de una forma de repetición que tiene que ver con el retorno de la búsqueda que plantea dicha noción. El psiquismo apuesta por volver a encontrar una mítica satisfacción original. Desde este prisma el analista se constituye para el analizante en el depositario de las fuerzas pulsionales reprimidas, sobre él repite. Galende lo demarca claramente: *“No se trata de una identidad de percepción, que provocaría más bien su efecto alucinatorio. Se trata de un juego, de una ilusión a veces, por las que el deseo y la fantasía se reiteran bajo la esperanza de hallar en la transferencia la satisfacción esperada”*¹¹². No se repite una escena efectivamente vivida, tampoco una experiencia emocional que pudo acompañar a esa

¹¹¹ Galende, E.: *Historia y repetición: Temporalidad subjetiva y actual modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 1992, p. 133

¹¹² *Ibid*, p. 134

escena. Lo que está a la base de esa reiteración son restos, afectos separados de su representación que entran en nuevas composiciones.

Repetición y transferencia, primeros alcances

Hasta aquí podemos ver rastros de los comienzos del problema de la repetición. Los modos en que se presenta dan cuenta de la incipiente relación que se articula entre la repetición y la transferencia, Esta relación está marcada por la puesta en juego de la hipótesis de la indestructibilidad del deseo y las figuras que devienen de un psiquismo comandado por el rechazo del *displacer* y por la búsqueda constante de la liberación de la tensión, es decir, el placer. La transferencia hace repetir sobre el analista una serie de aspectos que en su conjunto son dirigidos por una reiteración mítica. El modelo de la interpretación de los sueños al sostener la distinción entre un inconsciente como cúmulo de huellas mnémicas y otro ligado a la fuerza pulsional, establece el dominio a partir del cual se puede desprender una lógica de la repetición. Se impone la idea de que en el inconsciente existe algo que apunta al orden de la insistencia. Lo que va a hacer visible la relación entre el inconsciente, el principio del placer y la repetición, es la noción del inconsciente como deseo.

La indestructibilidad del deseo como noción, da la condición de posibilidad para que se pueda pensar en la transferencia, tópicamente hablando y con la polisemia de significados que esta palabra trae, como un transporte -inmaterial- de un lugar a otro. Se espera repetir el placer de una mítica satisfacción, ante la figura del analista, con lo cual se puede pensar en la actualización de un circuito de la pulsión, que como veremos más adelante con Lacan, es posible asimilarlo a un resto que escapa a las formas de lo simbólico, para verse re-presentado ante la presencia del analista.

En torno a estos aspectos, es dable pensar en la ya nombrada carta 52 que Freud envía a Fliess, donde se plantea la importancia de la traducción de unos contenidos inconscientes en otros preconcientes. Se instala la figura de un texto que es reescrito por el mismo autor, pero en dos tiempos diversos. De ahí que se pueda desprender la metáfora de la escritura en torno al funcionamiento del aparato psíquico y que adquiera una importancia fundamental para el psicoanálisis, la noción de retroactividad psíquica (*Après-coup* como se denomina en francés, o bien la noción de *Nachträglichkeit* en alemán). Podemos decir que el psiquismo escribe a dos tiempos, asunto que se ve en la transferencia donde el analizante toma como señuelo la figura del analista para traer sobre él antiguas cargas afectivas.

El gran descubrimiento de Freud, a partir de su trabajo con Breuer, de que la neurosis y con ella la transferencia están constituidas en su seno por un componente sexual, da pie para esgrimir el papel que juega en el tratamiento psicoanalítico la repetición de las fuerzas pulsionales. Aquella *x* que Freud representaba para Dora, nos habla de un elemento que actúa como punto ciego para el devenir consciente del analizante, este último “*lo repite sin saber desde luego que lo hace*”. El analista en transferencia ocupa el lugar de ese objeto que se presenta como señuelo al deseo inconsciente. Este queda rodeado, investido de cualidades en las que el deseo inconsciente cree poder realizar la satisfacción de un reencuentro. A partir de esto es posible sostener que la transferencia está dominada por la tendencia a repetir con el analista como objeto un deseo inconsciente, reprimido. En este mismo sentido, la transferencia es lo que permite al analista y al analizante acercarse al conocimiento de las fantasías y los deseos infantiles, y en este sentido, a los modos como se articula la función de repetición. Podemos señalar que es sumamente estrecha la distancia que en

estos momentos de la teoría separa a la transferencia de la repetición, y del mismo modo a la repetición del retorno de lo reprimido.

Es sumamente pertinente traer a la discusión la llamada de atención que hace Soler cuando recuerda que hasta aquí repetición y retorno de lo reprimido funcionan como conceptos análogos. Es decir, ambos conceptos apuntan a la cuestión de la reiteración a la que asiste el deseo, es decir, la vuelta de las investiduras infantiles. Freud dirá en 1914 que hasta este punto de la teoría no se ha descubierto nada nuevo, sobre la repetición el padre del psicoanálisis señala que es lo mismo que pregonaba la idea del retorno de lo reprimido pero con otro nombre. El propio Freud refiere que lo que llamamos repetición no es otra cosa que la actualización de la neurosis de transferencia:

*“El sujeto lo vive como algo real y actual, sin saber que el pasado es una fuerza actuante”*¹¹³

VI. Los clisés, la reimpresión

La cuestión del *clisé* había sido abordada por Freud en su trabajo *Sobre la dinámica de la transferencia*¹¹⁴. En este lugar propone que todo ser humano sea por las disposiciones innatas, sea por los influjos que recibe de la infancia adquiere una especificidad para el ejercicio de la vida amorosa, esto es, las *condiciones de amor* que establecerá, las pulsiones que satisfará, así como las metas que habrá de fijarse. En

¹¹³ Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹¹⁴ Freud, S. [1912]: *Sobre la dinámica de la transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Amorrortu, Buenos Aires, 2001

función de esto, es que surge una matriz que será reimpresa –se repetirá- a lo largo de la vida del individuo. Ahora bien, lo interesante para lo que aquí se desarrolla es que sólo un sector del clisé pertenece a la conciencia, está vuelto hacia la realidad objetiva dirá Freud, mientras que otro sector está apartado de la realidad objetiva y sólo tuvo la opción de desplegarse en la fantasía o bien ha permanecido en lo inconsciente. Por tanto, es posible pensar siguiendo a Freud, que si la necesidad de amor no está del todo satisfecha por la realidad objetiva, entrará a jugar un papel importante las representaciones-expectativas que surgen de las series psíquicas previamente establecidas¹¹⁵. Es decir, que la investidura libidinal que está sujeta a la expectativa de alguien que no está satisfecho con la realidad objetiva recaiga sobre la figura del analista:

“De acuerdo con nuestra premisa, esta investidura se atenderá a modelos, se anudará a uno de los clisés preexistentes en la persona en cuestión o, como también podemos decirlo, insertará al médico en una de las “series” psíquicas que el paciente ha formado hasta ese momento.”¹¹⁶

Assoun en este mismo sentido y utilizando una metáfora del campo de la fotografía, señala que se forman los negativos de la infancia que posteriormente se desarrollarán una y otra vez¹¹⁷. Los clisés apuntan a despejar una cierta matriz de “negativos” que vuelven a reimprimirse en el devenir cotidiano y que refieren a las

¹¹⁵ Ibid

¹¹⁶ Freud, S. [1912]: *Sobre la dinámica de la transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹¹⁷ Assoun, P.L.: *La Transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008

condiciones del amor, esto es, a los modos de satisfacción pulsional¹¹⁸. El “retorno de lo mismo” lo denominó Freud en *Más allá del principio de placer*, aludiendo al rasgo de carácter permanente de la persona y que se manifiesta por la repetición de las mismas experiencias psíquicas.

Al plantear la cuestión de la reimpresión del clisé, Freud está hablando de la transferencia como fenómeno articulado tanto por las series psíquicas conscientes como inconscientes. Y en función de esto se pregunta por qué en el análisis este tipo de transferencia se pone al servicio de la resistencia al tratamiento, lo cual corrobora diciendo que cuando las asociaciones libres del paciente se deniegan es porque el paciente está bajo una ocurrencia relativa a la persona del analista. Al padre del psicoanálisis le preocupa saber por qué la transferencia entendida de este modo opera como un tope al trabajo analítico. Esto nos lleva a indagar la problemática de la transferencia como resistencia y junto con ella indagar en el papel que esto impone al problema de la repetición.

Freud lo explica del siguiente modo, el problema en cuestión es que la libido se ha ido por el camino de la regresión y ha investido las imagos infantiles. En este sentido, se ha extrañado de la realidad objetiva y cada vez que el analista va en búsqueda de ella aparecen estas mismas fuerzas que causaron la regresión como las más intensas resistencias. Vamos comprendiendo cómo Freud visualiza la transferencia como una palanca de resistencia, o bien cómo los clisés son concebidos como los negativos que se reproducirán en el escenario de la cura analítica. Para aclarar más las formaciones que en este escenario surgen, se hace necesario indicar qué formas adquiere la transferencia, dado que si queremos saber cómo la transferencia subsidia la

¹¹⁸ Freud, S. [1912]: *Sobre la dinámica de la transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

repetición no podemos más que ir buscando los modos en que ésta hace tope al proceso de análisis.

VII. La neurosis de transferencia

Uno de los modos de presencia de la función repetitiva, aparece en la figura freudiana que plantea la reiteración de aspectos de la neurosis infantil sobre una nueva formación llamada *neurosis de transferencia*. Ésta se configura como una neoconstrucción al interior del espacio analítico, y supone la presencia en el aquí y ahora del trabajo de análisis de formas de satisfacción con el objeto que han sido establecidas a lo largo de la historia del sujeto, principalmente en la infancia del mismo. Podemos plantear que han quedado alojados en el inconsciente formas de goce que a la hora de desplegar el espacio analítico se presentifican en torno a la figura del analista, en la medida que aparece la resistencia y está en juego un deseo reprimido. Laplanche y Pontalis la definen como una neurosis artificial en la cual tienden a organizarse las manifestaciones de transferencia. Para ellos representa una nueva edición de la neurosis clínica y su esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil¹¹⁹.

Freud plantea en torno a este problema, *objeto de estudio propio del psicoanálisis*, que la enfermedad no es algo estático sino que sigue desarrollándose en el marco de la cura analítica. La iniciación del tratamiento no pone fin a la enfermedad, pero sucede que cuando entra en el dominio de la cura toda la producción nueva se concentra en un único lugar, como ya señalábamos, la relación con el analista. Esta nueva versión de la enfermedad se la ha seguido desde su inicio:

¹¹⁹ Laplanche, J., Pontalis, J. B.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996

“se la ha visto nacer y crecer, y uno se encuentra en su interior en posición particularmente ventajosa, porque es uno mismo el que, en calidad de objeto, está situado en su centro”¹²⁰.

Identificar transferencia con la neurosis de transferencia nos acerca a la experiencia analítica. Freud es muy preciso, en relación a la neurosis de transferencia, nos dice que es artificial, en el sentido de lo artesanal, de un saber hacer en acto. También nos dice que es inconsciente, es decir, que se vive sin percibirla. Es la cosa nueva que el acto y el saber analítico ponen de manifiesto, es una realidad psíquica original que el psicoanálisis saca a la luz e investiga. Esta creación nueva envuelve a analizante y analista como un tejido vivo. Mientras la neurosis de transferencia no esté constituida, el análisis no tiene lugar, su institución señala el segundo y verdadero comienzo del análisis. En este sentido, la neurosis de transferencia es el artificio que permite enfrentar el síntoma en tamaño real¹²¹.

Esta noción que articula formas de la repetición, le permiten a Freud iluminar en *Recordar, repetir y reelaborar*, la idea de que el analizado no abandona su neurosis a raíz del comienzo de su análisis, es decir, que no se puede tratar a la enfermedad como un pasado histórico, la repetición supone que la neurosis tiene un carácter actual, una forma presente. En este sentido, señala que el hacer repetir en análisis supone convocar un fragmento de la vida real, el paciente se enfrenta cara a cara con los modos de su enfermedad. Es el “digno oponente” que plantea la “nueva” técnica de hacer conscientes

¹²⁰ Freud, S. [1917]: 27ª conferencia. *La transferencia*, Obras Completas, Tomo XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 404

¹²¹ Assoun, P.L.: *La Transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008

las resistencias. Pertenece a esta época del análisis la noción de traer al presente la enfermedad, de hacerla entrar en escena para liquidarla en presencia¹²².

En su trabajo de 1914 *Introducción del narcisismo*, Freud señala que las neurosis de transferencia son aquellas que desarrollarían las histerias o las neurosis obsesivas que son capaces de establecer un vínculo libidinal con un objeto exterior o imaginario. Éstas, las diferencia de las llamadas neurosis narcisistas que en contraposición a las primeras no establecen el lazo transferencial, tales como las psicosis ordinarias o las paranoias donde la libido inviste al propio yo. Ahora bien, Laplanche y Pontalis apuntan que actualmente se considera que la ausencia aparente de transferencia en ciertas psiconeurosis no es otra cosa que uno de los aspectos del modo de transferencia (que puede ser muy intensa) propio de la estructura psicótica¹²³, a partir de lo cual aparece como difusa la diferenciación establecida por Freud en su momento.

La neurosis de transferencia presenta una función de comunicación de pensamientos entre los dos compañeros de análisis. Una de los aspectos fundamentales para su conceptualización refiere a que se establece un enlace que desestima el campo de la palabra, es decir, en función de la noción de neurosis de transferencia podemos entender que el trabajo analítico se apoya en la neoformación transferencial, según la cual se transportan los procesos psíquicos más acá del lenguaje y se depositan sobre el analista para que éste pueda darles un significado acorde a la función historizante del sujeto. Tal como lo plantea Freud en sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, la neurosis de transferencia:

¹²² Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹²³ Laplanche, J., Pontalis, J. B.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996

*“enuncia que procesos psíquicos en una persona, representaciones, estados de excitación, impulsos de voluntad pueden transferirse por el espacio libre sobre otra persona, sin emplear los caminos conocidos de la información por palabras y signos.”*¹²⁴

Si bien, durante un período largo de la teorización freudiana se concebía a la neurosis de transferencia como un verdadero apoyo para el analista, esto es, el que se puede contar con la presencia en el aquí y ahora de la situación analítica de aspectos de la neurosis infantil; Freud desembocó en el *Más allá del principio del placer* en una idea más bien cauta acerca del tratamiento de aquella neurosis re-creada y presentificada por el tratamiento. En dicho trabajo, subraya el peligro que ofrece el dejarla desarrollarse y conmina a los analistas a limitar todo lo posible el ámbito de esta neurosis de transferencia, impulsando el máximo posible de contenidos hacia la vía del recuerdo y abandonar lo menos posible a la repetición¹²⁵.

Ahora bien, el hecho de que Freud haya propuesto limitar el campo de la neurosis de transferencia no deja de iluminar la cuestión -tal como lo plantea Galende- de que el síntoma neurótico está hecho de sexualidad infantil, y que ésta, regida por el placer de la repetición, es la que causa esta nueva formación: *“Ésta actualiza con el analista modos, efectivamente vividos en la infancia de constituirse en relación con el objeto. [...] Se trata siempre de un “nuevo acto psíquico”, es decir, de nuevos investimentos en donde lo infantil reprimido retorna, se reitera, como deseo*

¹²⁴ Freud, S. [1932-1936]: *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras*, Obras completas, Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 43

¹²⁵ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio de placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

*transferencial*¹²⁶. No hay una oposición entre sexualidad infantil y sexualidad adulta: la sexualidad del adulto se moldea sobre aquella, de igual modo ocurre con la neurosis de transferencia respecto de la neurosis infantil.

Finalmente, cabe señalar que para el padre del psicoanálisis la principal arma para hacer frente al problema de la repetición, está en el manejo de la neurosis de transferencia. Se le concede al paciente el espacio donde pueda escenificar, *actuar*, todo pulsionar patógeno que permanezca oculto con total libertad. La idea de base está en que la transferencia permite hacer de soporte y aprovechar la compulsión de repetición¹²⁷, provocando un vuelco a nivel de los síntomas que comandaban el actuar del paciente hasta ese momento. Freud plantea dar un nuevo significado transferencial a la neurosis del paciente, suplantando su neurosis ordinaria por una nueva neurosis, que puede ser abordada en el espacio presente del análisis. La define como:

*“un reino intermedio entre la enfermedad y la vida, en virtud del cual se cumple el tránsito de aquella a esta”*¹²⁸.

Esta enfermedad artificial supone un campo que asume los caracteres de la enfermedad incubada por el pasado del paciente, y al mismo tiempo, es un

¹²⁶ Galende, E.: *Historia y repetición: Temporalidad subjetiva y actual modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 1992

¹²⁷ Aquí utilizo la noción de *compulsión de repetición* presentada por Freud en 1914, que como veremos más adelante es del todo diversa del planteamiento de 1920 en *Más allá del principio del placer*.

¹²⁸ Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 156.

“fragmento del vivenciar real-objetivo, pero posibilitado por unas condiciones particularmente favorables, y que posee la naturaleza de algo provisional”¹²⁹.

VIII. La repetición en *acto*

El primer momento en que Freud se sienta a pensar taxativamente en el problema de la repetición se sitúa en 1914 en su artículo denominado *Recordar, repetir, y reelaborar*. Sin bien, tal como lo hemos planteado en este apartado, ya había dado interesantes y necesarias pinceladas sobre el problema del retorno, enfocadas principalmente en la lógica del sueño y el problema de la transferencia, la repetición no había sido conceptualizada de forma directa. Un artículo previo al de 1914 es *Sobre la dinámica de la transferencia* de 1912, que da cuenta del entrecruzamiento entre la cuestión de la transferencia y el problema de la resistencia. Ya en ese trabajo, Freud atisbaba que formas de lo inconsciente se ponían en juego sobre la figura del analista para hacer resistencia a la emergencia de lo reprimido, planteando al mismo tiempo la figura del *clisé* como una matriz que establece las formas de relación con los otros. Sin embargo es en *Recordar, repetir y reelaborar* donde el padre del psicoanálisis decanta su pensamiento ante la cuestión de la existencia de “*otra forma de recordar*”, a saber la dimensión del *acto*, el *agieren* freudiano.

La “nueva” modalidad de trabajo, luego de abandonar el método hipnótico, consiste en que el analista se conforma con estudiar la superficie psíquica que el analizado presenta cada vez, y a través del arte interpretativo discierne y hace consciente las resistencias para el enfermo. En términos descriptivos la técnica radica en

¹²⁹ Ibid, p. 156.

llenar las lagunas del recuerdo, en términos dinámicos vencer las resistencias de represión. En suma, se trata de ir articulando un relato a partir de los recuerdos del paciente, donde aparecen los vacíos es donde se supone la emergencia de la resistencia al trabajo analítico.

Ante este panorama, Freud da cuenta de un modo de presencia del pasado que desestima las formas del recuerdo y que se hace presente en el espacio analítico sin que el analizante lo perciba, el psicoanalista es categórico:

“el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace”¹³⁰.

Como ejemplo propone el episodio cuando el analizado no refiere acordarse de haber sido desafiante con la autoridad paterna, pero se comporta de esa manera frente al analista. O bien no recuerda haberse quedado atascado en su investigación sexual infantil, pero se lamenta de que nada le sale bien y señala no acabar nunca ninguna empresa.

Adam comenta que la época en que surgen estas conceptualizaciones, está marcada por el hecho de que los obstáculos clínicos se abren camino y llega a su fin la edad de oro del psicoanálisis según la cual la histérica se cuidaba de no defraudar al

¹³⁰ Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 152

psicoanalista-padre. Por otro lado, la legitimidad de las curas se ha desvanecido y el psicoanálisis se convierte en un discurso que pugna por ganar legitimidad social¹³¹. El psicoanálisis se va encontrando de frente con sus límites, no sólo en el campo social, sino en su propia interioridad. La práctica clínica hace de resorte de la función repetitiva, apareciendo ésta como un obstáculo ante la función historizante del sujeto.

Freud plantea el problema instalando en el centro la cuestión del límite que surge ante la operación de rememoración. La palabra del sujeto tropieza en la medida que quiere avanzar en el trabajo del análisis, la palabra enlazada al recuerdo se enfrenta con el límite a la rememoración, a partir del cual surge otro modo de presencia del pasado, a saber, el *acto*, que es la repetición de un fragmento de vida, la repetición de una conducta, una elección que desde el pasado retorna al presente.

Con la aparición y esclarecimiento de esta noción de repetición se plantea una diferencia entre la vía del recuerdo y la del acto. Esta distinción es de suma relevancia dado que nos plantea una división al interior del funcionamiento psíquico, por una parte retorna algo del orden de la representación, que supone el inconsciente estructurado como memoria, que a su vez permite la función del recuerdo, y por otro, se delinea una figura de la insistencia del inconsciente que irrumpe sin que el analizado se esfuerce en su aparición. Ambas vías traen al presente lo reprimido, sin embargo es dable abrir la pregunta para abordarla en este y los siguientes apartados, acerca de si es de la misma índole aquello reprimido que retorna a través de uno u otro camino. Una primera aproximación es la que establecen Laplanche y Pontalis¹³² cuando plantean si acaso tal oposición es verdaderamente esclarecedora para reconocer la transferencia en su doble dimensión de actualización del pasado y de desplazamiento sobre la persona del

¹³¹ Adam, R.: *Lacan y Kierkegaard*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007

¹³² Laplanche, J., Pontalis, J. B.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996

analista. Ellos señalan, cuestionando el “peso” de la repetición en acto, que no se ve por qué el analista se hallaría menos implicado cuando el sujeto le refiere un determinado acontecimiento o le narra un determinado sueño, que cuando lo involucra en una conducta. En este sentido podemos pensar que a la base se da cuenta de un mismo retorno por dos vías diferentes.

Otra distinción importante de destacar en torno a las dos vías de retorno que se abren, y que ya lo hiciera Freud en estos años de la metapsicología psicoanalítica, refiere a la diferencia entre el recordar que se apoya en la transferencia llamada “positiva” para producir un material nuevo, aquella transferencia de sentimientos tiernos y amorosos y donde no se juega lo reprimido, y el *actuar* que parece deslizarse en la resistencia de transferencia o transferencia negativa a la que aprovecha como *agent provocateur*¹³³, aquella transferencia de sentimientos hostiles o eróticos reprimidos. Ambos recordar y actuar parecen sustituibles en función de la participación de la resistencia, a mayor peso de la resistencia de transferencia, más será reemplazado el recordar por el actuar (repetir).

El recordar (*Erinnern*) y el actuar (*Agieren*) se contraponen aun cuando ambos suponen el retorno de lo reprimido¹³⁴. Ahora bien, estos dos modos de retorno plantean la presencia de una nueva formación que vehiculiza lo pretérito, el recuerdo requiere para inscribirse de un nuevo relato por parte del sujeto, mientras que el acto se hace presente a través de lo inédito, no es, como señala Galende, una visita al museo, desde donde tomamos algo del pasado para traerlo al presente, es un engranaje más complejo que supone un trastocamiento del orden temporal. Korman lo señala de esta manera: “*Lo transferido memoria en acto, es también la presencia del pasado en el presente* –

¹³³ Cosentino, J. C.: *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial, 1993

¹³⁴ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Síntesis, Madrid, 2004

vía repetición (*Wiederholung*) y actuación (*Agieren*)-, pero con la convicción de que se trata de algo inédito, actual”¹³⁵. En lo transferido se desconoce que es algo del pasado que está insistiendo. En el recuerdo en acto se esboza la repetición como retorno de lo reprimido, no se recuerda se repite. Lo reprimido inconsciente no se resiste, insiste en la transferencia¹³⁶.

Freud consideró a la transferencia como motor de la cura, la actualización de conflictos infantiles en la cura permitía tratarlos uno por uno en la relación con el analista. Pero al mismo tiempo no dejó de reconocerla como un obstáculo al tratamiento, que precisamente ilumina la dimensión del *agieren* que refiere a la actuación del conflicto más que a su recuerdo y verbalización. De este modo, entenderemos que el *acto* en transferencia hace las veces de una resistencia a la función historizante de la palabra en análisis. Freud utilizó el vocablo *actuar* para designar básicamente la repetición en transferencia al servicio de la resistencia. Según palabras de Adam, “La solución radica pues en esta relación: lo que no se puede recordar retorna de otro modo, no bajo la forma de una memoria inscripta sino bajo la forma de actos que Freud llama también interiores tales como fantasmas y las aspiraciones del deseo”¹³⁷.

IX. El papel de la resistencia en la transferencia y la repetición

Uno de los aspectos relevantes a la hora de analizar la cuestión de la repetición ligada a la transferencia tiene relación con lo que la teoría freudiana articuló en torno al problema de la resistencia. Como punto de partida nos permitiremos destacar la

¹³⁵ Ibid, p. 241.

¹³⁶ Cosentino, J. C.: *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial, 1993

¹³⁷ Adam, R.: *Lacan y Kierkegaard*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, p. 132

afirmación que hace Freud en *Sobre la dinámica de la transferencia* cuando señala que la transferencia aparece como la más fuerte resistencia al tratamiento. Este aspecto, relevante por cierto, nos lleva a suponer que el proceso transferencial adopta una cara (a diferencia de la llamada “transferencia motor”) que hace de límite al trabajo elaborativo que supone la cura psicoanalítica. Por una parte diremos que La resistencia está ahí desde siempre, desde el establecimiento de la represión secundaria de la cual forma parte, el trabajo analítico en este sentido aparece como una amenaza para el yo preconsciente que no tolera el intento de lo reprimido de acceder a la conciencia a través de poder ponerlo en palabras. Otra forma de resistencia, más cercana al yo preconsciente surge como una resistencia a asociar, a hablar de ello, con el objeto mismo de la fantasía transferencial. Esta sería la transferencia misma, convertida en resistencia. Este último aspecto plantea una transferencia, reedición de mociones y fantasías sobre la persona del analista, que conlleva la detención en un momento determinado de la circulación de la cadena significativa, esto es, cuando las asociaciones “realmente faltan” dice Freud, es el momento de cierre del inconsciente, y en el mismo sentido, un punto de obstáculo que supone la satisfacción pulsional en la relación transferencial.

En el mismo trabajo de 1912, Freud propone la idea de que en la medida que más se acerca el analista a un complejo patógeno más faltan las asociaciones, la palabra se agota, y surgen pensamientos relacionados con el analista. La transferencia, en su fase de resistencia, se transforma así en el lugar de la repetición de lo que para él constituye un obstáculo¹³⁸. Esta idea de obstáculo o límite a la rememoración es capital, en tanto lo que está en juego es la caída de la teoría psicoanalítica como teoría del recordar-rememorar. La transferencia como resistencia hace límite a la función

¹³⁸ Adam, R.: *Lacan y Kierkegaard*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007

historizante del sujeto sostenido en la cadena significante. No es que falte la cadena, sino que se actúa lo que supone el fantasma como modo de satisfacción pulsional.

Para ilustrar estos aspectos podemos indagar en lo que Freud designó como *amor de transferencia*, dado que es allí, en esa relación particular que se establece entre analista y paciente donde se juega algo del orden del obstáculo -en tanto puesta en acto de la realidad del inconsciente- para la experiencia analítica. El amor de transferencia puede ser considerado como una herramienta de la resistencia, aún cuando, amor y resistencia son dos procesos autónomos, dado que como señala Freud en *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* la resistencia no creó ese amor, lo encuentra antes, lo utiliza y exagera sus expresiones¹³⁹. La resistencia interviene como agente provocador del sentimiento amoroso, según Assoun es un amor que está confabulado con la resistencia¹⁴⁰.

A propósito de la resistencia de transferencia y el carácter de límite al trabajo analítico en el marco del amor que resurge en el campo de la experiencia analítica, Korman señala que el carácter bifronte de la transferencia –impulso y rémora- se revela también en el amor de transferencia. *”Por un lado, este amor es un ingrediente imprescindible para la consecución del trabajo analítico, pero al mismo tiempo es fácil su conversión en freno si deviene enamoramiento transferencial”*¹⁴¹. En este sentido, el amor de transferencia como resistencia se puede distinguir, según Freud, por tres aspectos: ser provocado por la situación analítica, ser exacerbado por la resistencia y ser especialmente una renegación de la realidad¹⁴².

¹³⁹ Freud, S. [1915]: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹⁴⁰ Assoun, P.L.: *La Transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008

¹⁴¹ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004, p. 242

¹⁴² Freud, S. [1915]: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

En tanto resistencia, el amor de transferencia se presenta como fuertemente pulsional. De alguna forma el amor de transferencia viene a depositar sobre el presente algo que se ha ido constituyendo como fuerza del pasado, en cuanto a las condiciones de amor se refiere, de ahí su conexión con la función de repetición. Podríamos hablar de la repetición del amor. En este sentido para Assoun, Freud señala con claridad que es en la infancia cuando el neurótico vivió el modelo de su amor de transferencia¹⁴³. Son estos modelos del amor que se repiten en transferencia y que a su vez aparecen como fuertes resistencias, haciendo emerger una nueva situación del todo ficticia según la cual el amor:

“no conlleva ningún rasgo nuevo que brote de la situación presente, sino que se compone por entero de repeticiones y calcos de reacciones anteriores, incluso infantiles”¹⁴⁴.

En este mismo trabajo, Freud aclara que el hecho de repetir reacciones infantiles es propio de todo enamoramiento y no sólo del desencadenado en el campo de la transferencia. La resistencia, continua Freud, no ha creado el amor que se desenvuelve en transferencia, lo encuentra ahí, se sirve de él y exagera sus exteriorizaciones. Este amor, por decirlo de alguna forma, no tiene nada de contingente, se sitúa como un elemento estructural que pertenece a lo más íntimo de la enfermedad, tal como lo señala Freud en su Conferencia 27:

¹⁴³ Assoun, P. L.: *La transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008, p. 74

¹⁴⁴ Freud, S. [1915]: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 170

“Pero si ese vínculo tierno del paciente con el médico se repite de manera regular con cada nuevo caso; si una y otra vez se presenta, en las condiciones más desfavorables y originando malentendidos directamente grotescos, aun en la mujer ya anciana y respecto del hombre encanecido, aun allí donde a nuestro juicio ya no hay nada de seductor; si tal ocurre, tenemos que abandonar sin duda la idea de una contingencia perturbadora y reconocer que se trata de un fenómeno que está en la más íntima relación con la naturaleza de la enfermedad misma”¹⁴⁵

La resistencia juega un papel fundamental en el sentido que a mayor resistencia por parte del paciente, más será sustituido el recordar por el repetir, el actuar (*agieren*). Es importante señalar que lo que se repetirá tiene directa consonancia con las resistencias que han sido extraídas del “arsenal del pasado”. El analizado “*repite bajo las condiciones de la resistencia*”. Con la resistencia de transferencia se pone el énfasis en el cierre del inconsciente, momento en el cual se interrumpen las asociaciones del paciente, se detiene la cadena asociativa¹⁴⁶. Si la resistencia de transferencia tiene un estatuto propio es dado que supone una forma particular de poner en juego lo reprimido, a saber, haciéndolo pasar de lo recordado a lo actuado. Si bien la transferencia puede ser considerada como el motor de la cura, “*constituye el más poderoso resorte impulsor del trabajo*”, en estas líneas dejamos consignada su otra vertiente, esto es, la más rígida de las resistencias a la elaboración analítica. En este sentido, Freud no duda en plantear que

¹⁴⁵ Freud, S [1917]: 27ª conferencia. *La transferencia*, Obras Completas, Tomo XVI, Amorrortu, Buenos Aires, 2000, Pp. 401-402

¹⁴⁶ Cosentino, J. C.: *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial, 1993

es necesario hacer un trabajo de análisis donde se le dé cabida al amor de transferencia y no negarlo, ya que a través de lo que él representa es posible dar cuenta de las condiciones de amor que él o la analizada ponen en juego.

X. La transferencia a la luz de *Más allá del principio de placer*

La transferencia tal como la hemos delineado en este capítulo establece una relación con la puesta en juego, dentro de la experiencia analítica, de aspectos infantiles que han sido reprimidos por el yo. El desplazamiento de representaciones sobre la figura del analista conlleva, hasta antes de la propuesta de *Más allá del principio de placer*, un marcado predominio por la búsqueda de la satisfacción pulsional en la experiencia analítica, esto es, repetir lo que es displacer para el yo, pero placer para el sistema inconsciente. Ahora bien, lo que Freud pone sobre el tapete en 1920 es que surge en análisis la repetición de vivencias absolutamente contrarias al principio de placer, dice Freud:

“Pero el hecho nuevo y asombroso que ahora debemos describir es que la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces”¹⁴⁷.

¹⁴⁷ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio de placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 20

El psicoanalista vienés, señala que los neuróticos repiten en la transferencia todas estas ocasiones indeseadas. Reaniman frente al analista las situaciones afectivas dolorosas. Aparentemente sin motivo alguno la experiencia analítica hace surgir una compulsión que se desmarca de la consecución de placer. No está demás acudir a los ejemplos que Freud da para entender cómo y en qué aspectos actúa dicha fuerza. Señala de los pacientes que:

“Se afanan por interrumpir la cura incompleta, saben procurarse de nuevo la impresión del desaire, fuerzan al médico a dirigirles palabras duras y a conducirse fríamente con ellos, hallan los objetos apropiados para sus celos”.¹⁴⁸

Para Freud se trata de la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción, pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que llevaron únicamente a displacer:

“Se las repite a pesar de todo; una compulsión esfuerza a ello”.¹⁴⁹

En este mismo trabajo, Freud asimila la cuestión de la repetición de vivencias displacenteras en análisis, en transferencia, con la repetición de experiencias en el ser humano que sólo conllevan displacer. Alude a un cierto “*destino*” que persigue, una

¹⁴⁸ Ibid, p. 21

¹⁴⁹ Ibid, p. 21

especie de “*sesgo demoníaco*” en el vivir. A este “*destino*” el psicoanálisis lo supone como autoinducido, es decir, que estaba determinado por influjos de la temprana infancia. A este vivenciar es lo que Freud ha dado en llamar el “*eterno retorno de lo igual*” y que de alguna manera permite sostener la hipótesis de la compulsión de repetición.

Tanto el eterno retorno de lo igual, como la transferencia de aspectos totalmente alejados de la consecución de placer, plantean la emergencia de la compulsión de repetición que aparece como un indomable dentro de la experiencia analítica y que refiere a un aspecto pulsional más que al ámbito de las representaciones. Es decir, lo que está en juego en estos momentos de la teoría es que ya no es el contenido mismo de las representaciones lo que se ubica en un primer plano de la experiencia analítica, podemos señalar –y así lo hace Freud con lo que aparece en torno a la repetición en transferencia de experiencias que no conducen en nada al placer- la existencia de una fuerza más pulsional que compele a la repetición misma como algo más originario, más elemental que el principio de placer.

Repetición y transferencia, nuevos alcances

No es fácil situar las formas en que se articulan la repetición y la transferencia. O dicho de otro modo, iluminar la función de la repetición a la luz de los procesos transferenciales. Ahora bien a lo largo de lo que hasta aquí se ha planteado podemos señalar algunos puntos de cruce y/o de acercamiento entre ambas nociones. En principio, si podemos plantear un aspecto claro es que repetición no es equivalente a transferencia, como se puede pensar. No son conceptos que puedan emparejarse aún

cuando, su cercanía puede confundir a quién intente elucidar la relación existente entre ambos.

Soler, señala un aspecto interesante en cuanto a pensar la distinción entre transferencia y repetición. Ella indica un carácter de la repetición que excede a la transferencia, tal como lo señala: “*En el caso de la repetición, de la misma manera, hay desde luego fenómenos al margen del psicoanálisis, de la transferencia, y se la presiente desde el comienzo de los tiempos, con la salvedad de que, al igual que el inconsciente, la reconocemos como otra cosa y en especial como destino, como eterno retorno*”.¹⁵⁰

En el sentido que la psicoanalista lo plantea, la repetición está más allá de la transferencia, con la salvedad de que esta última, en tanto herramienta de la técnica psicoanalítica, la interpela, la provoca en su aparición¹⁵¹. O aún más, y tal como apunta a continuación en el mismo trabajo: “*diría que el psicoanálisis también la cultiva, como al inconsciente, o si lo prefieren, conduce metódicamente a ella*”¹⁵². La transferencia se impone de esta manera como la vía regia para la emergencia de la repetición. Aparece al interior en la experiencia psicoanalítica, como su más asiduo exponente. Tendríamos la repetición como un elemento constitutivo de la experiencia humana, un concepto que en principio se distingue de la transferencia en cuanto a que esta última -importada de las formas del amor- se sitúa como su soporte técnico.

Dor, en su trabajo *Le transfert et sa subversión*, señala que desde el principio Freud asocia la transferencia a la repetición y la presenta como un modo de acceso al

¹⁵⁰ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004 p.50

¹⁵¹ A propósito de la relación entre la técnica psicoanalítica y los conceptos que la teoría articula, véase Ricouer, P.: *Freud: una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, México, 2004. Ahí se plantea como el inconsciente mismo no puede ser leído sino en función de la técnica que lo produce. Podría pensarse lo mismo de la repetición a la luz del comentario de Soler.

¹⁵² Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 2004

inconsciente. Para este autor, la repetición aparece ya desde este primer momento como el proceso necesario del retorno de lo reprimido. Considerando la tesis que Freud trabajará en *Recordar, repetir, y reelaborar*, donde destaca el papel del *acto*, Dor señala que la repetición deviene el motor de la cura¹⁵³. Es decir, si existe una dimensión en la transferencia que permite la aparición de intensidades pretéritas que siguen operando en el psiquismo, es que la repetición de las mismas sobre el analista, permite la movilización del proceso a través de la actualización de las representaciones inconscientes.

En *Intervención sobre la transferencia*, Lacan destaca que el psicoanálisis es una experiencia dialéctica y en función de ella es que señala que: “*la transferencia no es nada real en el sujeto, sino la aparición, en un momento de estancamiento de la dialéctica analítica*”¹⁵⁴. Aspecto que por cierto nos recuerda, tal como vimos en este mismo capítulo, la interpretación freudiana de la transferencia concebida como *resistencia* al trabajo de elaboración en el análisis. Este aspecto Soler lo destaca en cuanto *límite* a la rememoración, límite que coincide a su vez con otro modo de presencia del pasado y que el sujeto ignora, a saber el *acto*.

A juicio de Korman los dos conceptos en cuestión se equiparan sólo en la medida que se plantea la discusión en torno al registro imaginario desarrollado por Lacan, de plantearse en los otros dos registros, real y simbólico la transferencia se distancia de lo propio de la repetición: “*Hay repetición en la transferencia, pero la transferencia no es sólo repetición*”¹⁵⁵. Este último aspecto hace directa alusión a la teoría lacaniana de la transferencia pero en sus fases más desarrolladas, ya que en un primer momento el propio Lacan definía la transferencia, en *La agresividad en*

¹⁵³ Dor, J.: *Le transfert et sa subversion*, en *Clinique Psychanalytique*, Denoël, Paris, 1994

¹⁵⁴ Lacan, J. en Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004

¹⁵⁵ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004, p. 250

psicoanálisis (1948), señalando el aspecto principal en el desplazamiento de las *imágenes* arcaicas sobre la persona del analista, lo cual derivaría en la inhibición del ciclo de la conducta¹⁵⁶. Con lo cual se destaca, a juicio de Korman, el carácter *imaginario* de la misma, fundamentalmente por referir a un *obstáculo* que viene a situarse entre analista y paciente dentro de la experiencia analítica.

Un elemento que hace de puente entre ambas nociones, repetición y transferencia, y que nos parece importante subrayar, es lo que hemos identificado con el nombre de *clisé*. A modo de recapitulación, podemos decir que esta noción que Freud acuñara en el año 1912, se presenta como un puente conceptual de la cuestión de la repetición, en tanto la investidura en cuestión se atenderá a modelos preexistentes, es decir, la libido se adhiere a una matriz que se reimprime una y otra vez en el vínculo que el sujeto establece con otros. Y por otro lado asume un lugar en la dinámica de la transferencia, en tanto el paciente inserta a su analista dentro de una de las series psíquicas que ha construido previamente. Así el clisé se impone como un elemento bisagra entre la repetición y la transferencia.

Este mismo elemento nos liga a la cuestión de la neurosis de transferencia, entendida ésta como una neoformación que supone la presencia, en el aquí y ahora del espacio analítico, de formas de satisfacción con el objeto que han sido establecidas a lo largo de la infancia del sujeto. De algún modo se presenta con esto a la luz la idea de que la enfermedad no es algo estático, sino que debe concebirse como un elemento que sigue desarrollándose en el marco de la cura, plantea movimientos entre pasado y presente. En este sentido, la neurosis de transferencia puede ser concebida como un elemento artificial que permite que la función de repetición surja en el campo de la cura. Lo cual remarca la cuestión, subsidiaria de la repetición, de que la sexualidad adulta se

¹⁵⁶ Lacan, J. [1948]: *La agresividad en psicoanálisis*, en *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009

afirma en las series que se han establecido en lo que podemos llamar sexualidad infantil. No es menos importante mencionar que el manejo de la neurosis de transferencia aparece como la mejor arma para hacer frente a la repetición.

REPETICIÓN Y PULSIÓN

I. Antecedentes generales del concepto de pulsión

En este apartado intentaremos abocarnos a representar parte del lugar que ocupa el entramado concepto de pulsión en la teoría psicoanalítica. Si bien no daremos con un marco definitivo, ni definitivo, dado que no es el objetivo de este capítulo, si aspiraremos a dar cuenta de los principales aspectos y tensiones que encierra esta noción, y al mismo tiempo, cuáles de ellos pueden permitirnos realizar ciertos cruces conceptuales con lo que refiere a la cuestión de la repetición. Nos preguntamos básicamente por cuál es la relación entre la pulsión y la repetición, de qué forma la pulsión subsidia, si es que es así, al concepto de repetición en psicoanálisis ¿Qué representa la pulsión para el psiquismo considerando que éste opera bajo una lógica repetitiva? En suma, ¿De qué forma la pulsión plantea un movimiento de retorno y qué de este movimiento permite iluminar el problema que plantea la cuestión de la repetición?

Uno de los conceptos más crípticos, pero al mismo tiempo más trascendentes de la literatura psicoanalítica, se ha constituido desde los comienzos del edificio teórico como un fantasma que rodea cada paso que las nociones dan para dar cuenta del aparato psíquico. Puede pensarse que la noción de *pulsión* atraviesa, con diversos nombres, prácticamente toda la teoría psicoanalítica, en este sentido, podemos decir que la pulsión se constituye en el leitmotiv de la teoría misma, ya que de algún modo es solidaria a todo el aparatage conceptual. Si bien ella surge como elemento teórico cuando Freud la introduce por primera vez en relación al análisis del caso de Emmy von N., podemos situar su origen y su inscripción propiamente tal en los *Tres ensayos de teoría sexual*, es

decir, es en 1905 cuando Freud establece su importancia abriendo terreno al mentado concepto.

El nacimiento de la pulsión como una noción psicoanalítica plantea la trascendencia de la cuestión sexual para la experiencia humana. A partir de su establecimiento podemos comenzar a plantear interrogantes que dictan relación con lo que representa el soma para el psiquismo. A este respecto Berenstein señala, que en el espacio abierto por Freud, la noción misma de pulsión ocupa un lugar privilegiado desde el instante en que se separa a la sexualidad de su simple ligazón con la naturaleza orgánica para unirla a la función psíquica. Sin el concepto de pulsión no es posible pensar la sexualidad humana, y menos aún la organización del aparato psíquico, para este autor representante de la teoría freudiana no hay psiquismo sin sexualidad, ni sexualidad humana sin organización psíquica¹⁵⁷.

La pulsión (en alemán: *Trieb*) tiene para Freud como característica fundamental la labilidad de eso que la liga al objeto. En este sentido, Lacan haciendo alusión al pensamiento de Freud, destaca la idea de que no hay una relación predeterminada de la pulsión con su objeto. Esto es, que la pulsión no tiene un objeto dado, natural. La pulsión a diferencia del instinto animal no tiene objeto previamente establecido¹⁵⁸. Es decir, éste, el objeto siempre debemos considerarlo como un elemento contingente al circuito que efectúa la fuerza pulsional, esto aún cuando, tal como veremos, podremos problematizar la relación estática y repetitiva que por ejemplo establece la pulsión con su objeto en lo que el padre del psicoanálisis ha denominado como *fijación*.

¹⁵⁷ Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Madrid, Síntesis, 2002

¹⁵⁸ Lacan, J: *Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Del modo en que lo planteara Freud en *Pulsiones y destinos de pulsión*, la pulsión nos habla de un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, aspecto que – como analizaremos más adelante- plantea toda una problemática para la teoría, por cuanto es necesario pensar lo que se representa de la pulsión para el psiquismo, así como también lo que de la pulsión queda fuera del campo de la representación, lo que se ha dado en señalar como lo irrepresentable. La pulsión no se liga de forma única y directa con el cuerpo, pero tampoco con el psiquismo, aparece como una frontera entre ambos, pudiendo ser representante de lo somático en lo psíquico, a este respecto Freud señala:

“la <pulsión> nos parece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (Repräsentant) psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal”¹⁵⁹

La incorporación de la organización sexual infantil se constituirá en el soporte fundamental de la estructura psíquica del sujeto¹⁶⁰. De alguna manera, la sexualidad infantil acompaña al sujeto en su devenir, instalando en torno al paso de una sexualidad infantil a una adulta un puente que establece la reiteración de la experiencia pregenital. Gutierrez Terrazas señala que uno de los descubrimientos capitales de la obra freudiana

¹⁵⁹ Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹⁶⁰ Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

es justamente la existencia en el ser humano de una psicosexualidad ampliada al ámbito de lo oral, de lo anal, y de lo paragenital. Esto es, la existencia de una sexualidad infantil exterior y hasta previa a la diferencia de los sexos y de los géneros, que no emerge en el sujeto ordenada por el instinto ni conducida por un fin determinado, sino que se establece de modo anárquico o afuncional, autoerótico, fantasmático y que se satisface en la tensión o de acuerdo con la búsqueda de la excitación¹⁶¹. Ahora bien, creemos que a esta propuesta que destaca Gutierrez Terrazas del trabajo de Freud, podríamos matizarla señalando que eso que llamamos sexualidad infantil adquiere el carácter de sexualidad por *après coup*, es decir, retroactivamente a partir de la prohibición edípica y no antes.

Desde los inicios de la reflexión freudiana la pulsión será concebida, ante todo, como “pulsión sexual”¹⁶² (*Sexualtrieb*). Con el establecimiento de la hipótesis sobre el inconsciente, la sexualidad humana, entendida hasta entonces como genitalidad (apetito sexual) demandó, por una parte, la descomposición de la pulsión en sus componentes pregenitales y, por otra, su integración a una panorámica evolutiva de la experiencia humana. La pulsión sexual abrirá, entonces, una pregunta que viene a señalar la falta de un saber sobre el sexo debido a la contingencia del objeto de la pulsión. Como, a diferencia del instinto, la pulsión no presenta una relación de determinación con su objeto, lo que está en juego para Masotta es que en el sexo no hay un saber del objeto, la pulsión no facilita dicho saber.¹⁶³ En este sentido, este no saber se constituye en piedra angular de lo inconsciente.

A pesar de que etimológicamente la pulsión tenga un sentido muy cercano al de instinto, ya que tanto pulsión como instinto remiten a la idea de incitar, aguijonear o

¹⁶¹ Gutierrez Terrazas, J.: *Como leer a Freud*, Madrid, Síntesis, 2002

¹⁶² Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹⁶³ Masotta, O.: *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, Barcelona, Gedisa, 1991

empujar¹⁶⁴, se puede establecer una clara diferencia entre ambas nociones por cuanto la pulsión a diferencia del instinto no posee, como hemos señalado, un objeto predeterminado que permita la satisfacción de la misma, asimismo la meta de la pulsión se propone como la satisfacción misma a diferencia del instinto que se ligaría más a la unión sexual o al menos acciones que se dirigen en esa dirección. Laplanche señala a este respecto que: *“el instinto tiene un carácter hereditario, fijo, adaptativo, una tensión somática inicial, una «acción específica» y un objeto adecuado a la satisfacción, que llevan a un alivio sostenido. En cambio la pulsión, en sentido estricto, no sería hereditaria ni necesariamente adaptativa”*¹⁶⁵. Este aspecto diferencial, sumamente relevante para la comprensión del concepto de sexualidad en psicoanálisis proviene del cuestionamiento de Freud a una concepción naturalista de la sexualidad. Si bien ya se habían realizado importantes estudios sobre sexualidad en la época que Freud aborda esta problemática -preponderantes a este respecto son los trabajos de Krafft-Ebing (1886) o los de Havelock Ellis (1898)- dichas empresas no cuestionaban la existencia de un instinto sexual, es decir, un modo de conducta sexual genéticamente adquirido y estereotipado.¹⁶⁶

La diferencia entre instinto y pulsión se hace relevante para la comprensión del pensamiento freudiano, aún cuando como se sabe ciertas traducciones de la obra han aportado a la confusión traduciendo indistintamente instinto y pulsión. La importancia de la distinción radica en que precisamente la pulsión viene a plantear una sexualidad humana diversa de la animal hasta el punto que no solemos hablar de “sexualidad” hablando de los animales, en este sentido y tal como planteara Freud, la perversión no

¹⁶⁴ Gutierrez Terrazas, J.: *Como leer a Freud*, Madrid, Síntesis, 2002

¹⁶⁵ Laplanche, J.: *Pulsión e instinto*, Revista de Psicoanálisis Alter, Nº 1, 2014, www.revistaalter.com

¹⁶⁶ Gómez, C.: *Freud y su obra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002

es la excepción sino que se convierte en la norma dentro del amplio campo de la sexualidad infantil, forma parte de la constitución juzgada normal¹⁶⁷.

Otra distinción importante a la hora de definir a la pulsión refiere al hecho de que ésta opera como un estímulo para lo psíquico, pero a diferencia del estímulo externo como puede ser una luz en el ojo, la pulsión actúa desde lo interno, desde el interior del propio organismo y se requieren diversas acciones para hacerle frente. Tal como señala Freud, el estímulo externo, es decir, el “estímulo” propiamente tal, opera de un solo golpe por tanto se lo puede despachar mediante una única acción adecuada, por el contrario la pulsión no actúa como una fuerza de choque momentánea, sino siempre como una *fuerza constante*, por tanto una huida o acción específica de nada puede valer contra ella. La satisfacción de la pulsión sólo puede alcanzarse mediante una modificación apropiada a la meta. Estos estímulos pulsionales son la marca de un mundo interior que viene a complejizar la figura del esquema fisiológico del arco reflejo que Freud acuñaba en los comienzos de su teoría. Los estímulos pulsionales plantean *exigencias de trabajo* mucho más elevadas al aparato psíquico y lo mueven a actividades complejas que tienen como fin, tal como lo plantea Freud en *Pulsiones y destinos de pulsión*, la liberación de los estímulos pulsionales que le llegan. El aparato psíquico intentará rebajar esta exigencia al mínimo posible, es decir, pretende (de ser posible) conservarse exento de todo estímulo, lo que el padre del psicoanálisis proponía en esa época como principio de constancia¹⁶⁸

La pulsión como concepto transita desde la primera de sus teorías, esto es lo desarrollado por Freud entre 1905 en sus *Tres ensayos de teoría sexual* y la

¹⁶⁷ Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹⁶⁸ Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Introducción del narcisismo (1914), de donde se desprende la distinción entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación que es planteada por primera vez en su trabajo de 1910 *La perturbación psicógena de la visión*. A la segunda teoría de 1920, donde se produce un giro radical y se incluye en el mapa conceptual del psicoanálisis –tal como estudiaremos en el capítulo siguiente- la problemática noción de pulsión de muerte, a partir de lo cual se produce una segunda versión de la dualidad pulsional quedando de un lado las pulsiones sexuales y de autoconservación, ahora llamadas *pulsiones de vida* y del otro, las ya nombradas *pulsiones de muerte*.

II. Características de la pulsión

Luego de haber delineado ciertos rasgos esenciales de la pulsión ya podemos pasar a definirla de un modo más acotado y de acuerdo a ciertas particularidades que el propio Freud destacó. Si bien psicoanalistas como Lacan problematizan estas características de la pulsión, la comunidad psicoanalítica las sigue reconociendo como aspectos centrales de su constitución.

Freud postula como uno de los términos que participan de la noción de pulsión lo que ha denominado según la lengua alemana como *Drang*, este *esfuerzo* hace de ella un *empuje constante*, un inagotable flujo que insiste en la búsqueda de su satisfacción. Que, como indagaremos, reviste una complejidad digna de considerar para el problema de la repetición por cuanto esta fuerza insiste aún sin estar anclada a las representaciones psíquicas. Este factor representa para la teoría de las pulsiones, la *suma de fuerza* o la *medida de la exigencia de trabajo* que la pulsión representa para el

psiquismo. El *drang* se presenta como un factor preponderante de la pulsión, una propiedad universal y tal como lo señala Freud su esencia misma¹⁶⁹.

El pensamiento freudiano desarrolla el concepto de pulsión considerándola como una fuerza humana. En ciertos apartados de su teoría, la sitúa más allá de una constitución ontogénica para dar paso a una visión de los movimientos internos que comprometen al hombre en su filogénesis. Abre la pregunta por una cierta corriente que transita a lo largo de la historia de la humanidad¹⁷⁰. Recuerda el psicoanalista de Freiberg que este empuje pulsional refiere al encuentro entre el orden de lo somático y la cultura, con lo cual queda situado más allá del orden natural, más allá de lo instintivo, más allá de lo animal que siempre está al acecho.

Si bien, es cierto que el *drang* de la pulsión es definido como un factor esencial para los desarrollos de la metapsicología de 1915, Freud articula el concepto mismo en función de otros tres factores de suma importancia para situar a la pulsión en un plano diverso del instinto¹⁷¹. El psicoanalista ubica como un factor preponderante de la pulsión a su *meta*, siendo en todos los casos la satisfacción, lo cual abre de acuerdo a la investigación psicoanalítica un campo sumamente complejo de caminos que la pulsión puede transitar en el intento de cancelar la excitación. Lo cierto es que para una pulsión se presentan múltiples metas más próximas o intermediarias, que se combinan entre sí o se permutan unas con otras. Para el pensamiento freudiano también es posible hablar de pulsiones de *meta inhibida*, según las cuales la satisfacción puede ser parcial y el recorrido mismo de la pulsión no es total dado que ésta experimenta una inhibición o

¹⁶⁹ Ibid

¹⁷⁰ Galende, E.: *Historia y repetición: Temporalidad subjetiva y actual modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 1992, p. 60-62

¹⁷¹ Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 2000

desviación¹⁷². La pulsión se satisface en torno a un circuito, plantea así un movimiento de regreso a la fuente, previo rodeo del objeto de la pulsión. Como plantea Berenstein, el goce de la pulsión parece estar, entonces, más en el rizo de un movimiento perpetuo de retorno a la fuente que en la realidad del objeto¹⁷³.

Otro factor constitutivo de la pulsión es precisamente el *objeto*, que da cuenta de aquello por lo cual la pulsión alcanza su meta, siendo una característica importante la diversidad del mismo, dado que no posee un vínculo originario ni definido a priori con la excitación. Podríamos señalar que el objeto es tan diverso como formas de satisfacción pulsional existan, dado que se coordina sólo a consecuencia de la aptitud del objeto para posibilitar la satisfacción. Para el padre del psicoanálisis el objeto de la pulsión no necesariamente es un objeto ajeno, dado que también puede ser una parte del cuerpo propio. Como ya hemos señalado en este capítulo, cuando una pulsión establece un lazo especialmente íntimo con un objeto, estaremos en posibilidad de hablar de una *fijación* de la pulsión, que al mismo tiempo nos habla de una detención de la circulación de la pulsión. Esto Freud lo sostendrá durante toda su obra tal como podemos leerlo en su *Esquema del psicoanálisis* cuando señala que:

“Un carácter de importancia vital es la movilidad de la libido, la presteza con que ella traspasa de un objeto a otro objeto. En

¹⁷² Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹⁷³ Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Madrid, Síntesis, 2002

*oposición a esto de sitúa la fijación de la libido en determinados objetos, que a menudo dura la vida entera*¹⁷⁴.

Existen ciertos postulados posfreudianos que hacen hincapié en que el objeto es sólo una excusa, dado que lo importante es el recorrido que ésta efectúa. La idea central de dichos postulados, tal como lo presenta Cosentino, es que el objeto psicoanalítico como tal representa un vacío, el objeto corresponde a un hueco ocupable por cualquier objeto. La pulsión requiere de este vacío como condición, se requiere de esta presencia, de este hueco para llevar a cabo su rodeo¹⁷⁵.

Finalmente, como último factor podemos referirnos a la *fuerza* que refiere al proceso somático de un órgano o parte del cuerpo cuyo estímulo es representado en la vida psíquica. Para Freud lo decisivo es que la fuerza de la pulsión tiene un origen somático, a partir de lo cual puede ser relacionada con las *zonas erógenas* que se sitúan en el cuerpo. De la fuerza emana lo que se ha dado en llamar la *excitación sexual* y aún cuando las zonas erógenas cobran preponderancia es todo el cuerpo el que puede ser fuente de la pulsión¹⁷⁶.

III. La génesis del concepto de pulsión en los Tres ensayos de teoría sexual

Una de las obras capitales de la construcción teórica de Freud es *Tres ensayos de teoría sexual*. Trabajo que resalta en cuanto a la forma, por las seguidas modificaciones

¹⁷⁴ Freud, S. [1940]. *Esquema del Psicoanálisis*, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 149

¹⁷⁵ Cosentino, J. C.: *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial, 1993

¹⁷⁶ Freud, S. [1940]: *Esquema del Psicoanálisis*, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

que Freud realizó: 1905, 1910, 1915, 1920, 1924-25 impregnándola cada vez de nuevos sentidos, como también en cuanto al contenido, por criticar las visiones de una época en que la sexualidad era concebida sólo como una propiedad de la adultez y sobre todo con el fin previamente estipulado de la unión en la cópula con fines reproductivos.

Con este trabajo la sexualidad misma adquiere una nueva categoría. No sin problemas Freud establece las bases para concebir un aparato que se liga directamente con el problema de la satisfacción en lo psíquico. La pulsión aparece como el punto de arranque del proceso de constitución psíquica; el apetito sexual relacionado con un proceso de excitación puramente fisiológico estará, desde el principio, esbozado dentro de una formulación que incluye lo psíquico¹⁷⁷, donde lo psíquico supone una relación directa con el lenguaje. A modo de paréntesis diremos que este asunto fue abierta y profundamente estudiado por Lacan, quien asume que la noción de pulsión supone ya la participación del lenguaje, del Otro, en el entramado psíquico. Korman parafraseando a Lacan plantea este asunto señalando que *“Si el inconsciente son los efectos de la palabra sobre el sujeto, o sea, la dimensión donde el sujeto se determina por los efectos de la palabra, la pulsión, para inscribirse en el inconsciente, debe atravesar los desfiladeros del significante”*¹⁷⁸. Para Korman, que Lacan haya considerado el hecho de que el objeto de la pulsión sea variable indica que la pulsión está marcada por la articulación significativa. Ahora bien, lo interesante de este comentario es poder visualizar –tal como veremos más adelante– que la pulsión se constituye en función de un Otro.

Ya desde tempranos momentos de la teoría, tal como podemos vislumbrar en su *Manuscrito E: ¿Cómo se genera la angustia?*, o en algunas cartas de su

¹⁷⁷ Pereira, M.: *El concepto de pulsión en la obra de Freud*, Tesis para la obtención del Grado de Doctor en Psicología, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2001. <http://eprints.ucm.es/tesis/psi/ucm-t24962.pdf>

¹⁷⁸ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004, p. 193

correspondencia con Fliess, o en la *Interpretación de los sueños*, Freud aludía a la noción de pulsión, sin embargo de una manera amplia y considerando para ella principalmente la idea de una tensión interna o de excitación endógena. Pero no es hasta los *Tres ensayos* donde el psicoanalista vienés desarrolla un marco conceptual que permite vislumbrar lo que conlleva la cuestión de la pulsión dentro de un marco que remite a la satisfacción para la experiencia humana. Si bien este trabajo plantea las bases de la teoría de las pulsiones, es necesario destacar que el propio Freud se declara disconforme haciendo alusión posteriormente, en 1914, acerca de la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo oriente al movimiento psicoanalítico¹⁷⁹.

En los *Tres ensayos* lo que se cuestiona tiene relación con una concepción de la sexualidad que correspondía no sólo a los estudios ya realizados para esos entonces, sino que también a los patrones culturales de una sociedad victoriana que impregnaban las representaciones de la Viena de 1905. En palabras de Freud, la opinión popular tenía representaciones bien precisas acerca de la naturaleza y las propiedades de la pulsión sexual, esta:

*“Faltaría en la infancia, advendría en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre el otro, y su meta sería la unión sexual”*¹⁸⁰

¹⁷⁹ Freud, S. [1914]: *Introducción del narcisismo*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹⁸⁰ Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 123

En este sentido la ruptura que produce la concepción freudiana de la sexualidad no dejaba a nadie indiferente, principalmente por el “escandaloso” supuesto que emerge del primero de los ensayos: *Las aberraciones sexuales*. En éste se considera a las perversiones como un factor común a la sexualidad humana, es decir, un factor que forma parte de la constitución juzgada normal. Por otro lado, un elemento que se deja extraer del segundo de los ensayos: *La sexualidad infantil*, refiere a la existencia misma de una sexualidad que supone el reconocimiento de un proceso excitatorio en la época infantil para todo ser humano. Para Freud, forma parte de la opinión popular que la pulsión sexual falta en la infancia y sólo despierta en el período llamado pubertad.

En el trabajo en cuestión (según la revisión que se haría en el año 1915) el autor da una definición bastante consistente de lo que se va a entender por pulsión:

“Por <pulsión> podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante (Repräsentanz) psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir...Así, <pulsión> es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal.”¹⁸¹

Un primer elemento que destacaremos de los *Tres ensayos de teoría sexual*, es que en estos momentos Freud sostiene la hipótesis de que las pulsiones en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse sólo como una medida de *exigencia de trabajo* para la vida anímica. Tal como se lee en estas líneas de la obra freudiana, puede

¹⁸¹ Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 153

apreciarse que no dista tanto de la definición de pulsión que el psicoanalista realiza en la época de los trabajos de metapsicología llamado *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915). El énfasis está puesto en la *exigencia de trabajo* que la pulsión provoca en lo anímico a partir de su nexo con lo corporal, es decir podemos suponer que la pulsión desde sus comienzos aparece problematizando el campo de lo psíquico, que por ahora podemos ligar a lo representacional, por cuanto ella aparece como lidiando con lo real del cuerpo y no sólo se atiende al campo del significante.

Un segundo elemento que Freud pone sobre el tapete de manera brillante y que nos compete por su relevancia para el problema de la repetición es la cuestión de la *amnesia infantil*. Freud alude a esos años del niño en los cuales se exteriorizan diversas impresiones y emociones de manera humana y que luego son olvidados de tal modo que pareciera que estos no participaran de la subjetividad adulta. El autor nos recuerda que en ningún otro período de la vida hubo una mayor capacidad de reproducción y de recepción, por tanto es dable suponer que esas impresiones que se han olvidado dejan las más profundas huellas en la vida psíquica y pasan a ser determinantes para todo el desarrollo posterior.¹⁸² Este punto le lleva a Freud a suponer que la sexualidad adulta de los psiconeuróticos conserva el estado infantil o ha sido remitida a él. La amnesia infantil no sólo tiene la característica de hacer olvidar, reprimir, un período de la infancia, sino que convierte a la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, un *tiempo prehistórico* ocultando los comienzos de la propia vida sexual, de ahí que pueda considerársela como la culpable de que no se haya otorgado valor al período infantil en el desarrollo de la vida sexual. Podemos destacar desde ya, la preponderancia que tiene este tiempo prehistórico, nos permitimos agregar este tiempo preedipico, en la

¹⁸² Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

emergencia de la pulsión de muerte, en tanto puede pensarse, tal como lo hace Gutiérrez, que este tiempo reaparece en cuanto lo no-ligado en el aparato psíquico¹⁸³.

Un tercer aspecto sumamente fundamental en la construcción de la teoría psicoanalítica en general y en la cuestión de la pulsión en particular se refiere al modo *autoerótico* (según la expresión de H. Ellis de 1898) de satisfacción pulsional. Freud estipula que el niño en sus fases tempranas de desarrollo establece una relación de satisfacción con el propio cuerpo, la pulsión en sus fases de constitución no está dirigida a otra persona, el niño con el chupeteo, como paradigma de las acciones autoeróticas, espera repetir el placer ya vivenciado y ahora recordado, es decir, a partir del mamar el pecho materno se familiariza con el placer que produce el chupeteo en sí mismo para la mucosa oral. Freud señala que los labios del niño se comportan como una *zona erógena*, al comienzo la satisfacción de esta zona erógena se asocia con la satisfacción de la necesidad de alimentarse, en este sentido, la sexualidad se *apuntala* primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida. El autoerotismo se define, de acuerdo a Laplanche, como un estado en que cada una de las pulsiones se satisface por su propia cuenta, sin que haya organización de conjunto. Corresponde a un *estado de fragmentación del placer*¹⁸⁴, en el autoerotismo la satisfacción se produce con la asistencia del objeto pero sin reconocimiento del mismo. El autoerotismo conlleva la idea de que la pulsión sexual surge a partir de lo que podemos entender como satisfacción de la necesidad, es decir se apoya en sus comienzos en lo que el cuerpo requiere para la supervivencia. La sexualidad en estos momentos está absolutamente ligada a la autoconservación.

¹⁸³ Gutiérrez, G.: *La banalidad de la pulsión de muerte*, Revista de Psicoanálisis, Tomo LXVII, Nº 4, Buenos Aires, APA, 2010

¹⁸⁴ Laplanche, J.: *La sexualidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1980

Un cuarto y último aspecto pertinente de subrayar es precisamente el concepto de *apuntalamiento* de la pulsión, que se traduce desde la noción alemana *Anlehnung*, que significa justamente tomar apoyo, apoyarse en otra cosa¹⁸⁵. Esta noción permite, tal como señalábamos más arriba, comprender la hipótesis freudiana de la emergencia de lo sexual a partir de un orden de la necesidad fisiológica. Lo que Freud describe es un fenómeno de apoyo de la pulsión sobre una función no sexual, sobre una función corporal esencial para la vida, tal como puede ser el paso de la succión de la leche al placer del chupeteo. Para Laplanche no es otra cosa que el apoyo de la sexualidad infantil en el instinto, el instinto se sitúa como fuente del proceso que lo mimetiza, lo desplaza, lo desnaturaliza: la pulsión¹⁸⁶. El propio Laplanche señala cómo el instinto es reencontrado, pero como en todo reencuentro, es un reencuentro de *otra cosa*.

La cuestión del apuntalamiento nos remite a que la pulsión si bien se constituye a partir del orden de la necesidad, ella misma desplaza el instinto a otro orden, orden que como decíamos anteriormente relacionaremos con la introducción de un Otro que hace circular la energía desligada proveniente del tiempo prehistórico, por las redes del significante; el instinto nunca más será instintivo luego de conformarse el orden pulsional. La actividad sexual se apuntala en una función puesta al servicio de la conservación de la vida, y sólo más tarde se independizará de ella. Nuevamente Laplanche lo señala con claridad “*Lo que está pervertido es siempre el instinto, pero es como función vital que es pervertido por la sexualidad...la sexualidad interviene íntegramente en el pequeño ser humano, en un movimiento que desvía el instinto, que metaforiza su fin, que desplaza e interioriza su objeto*”¹⁸⁷.

¹⁸⁵ Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹⁸⁶ Ibid

¹⁸⁷ Ibid, p. 36

IV. La parcialidad de la pulsión

A pesar de que la noción de pulsión parcial pertenece a los desarrollos freudianos de los *Tres ensayos*, merece detenerse y apartar su contenido con tal de hacer más claro y evidente el aporte que estas conceptualizaciones promueven. Si bien, Freud plantea en su trabajo metapsicológico acerca de la pulsión de 1915, *Pulsiones y destinos de pulsión*, una noción ya unificada de la misma, es decir, como un concepto que da cuenta de la sexualidad llamada genital, anteriormente pudo establecer cómo la pulsión llega a unificarse en torno a dicha fase del desarrollo psicosexual. Masotta señala que la noción de pulsión en Freud remite a dos subcampos teóricos, estos son por una parte lo que se podría llamar los avatares y la historia del gran modelo pulsional. Por otra, y simultáneamente, la doctrina de las pulsiones parciales¹⁸⁸. Estos dos subcampos remiten o confluyen en la definición misma del concepto de pulsión.

Freud desarrolla un modelo de comprensión basado en la diferenciación de las formas de satisfacción a lo largo de la infancia y pubertad. En él se considera que la pulsión no está reunida en lo que comúnmente conocemos como sexualidad genital, sino que se encuentran fragmentadas en pulsiones parciales. Como ya señalábamos más arriba, la pulsión se satisface en diversas *zonas erógenas* que ligadas en un primer momento a necesidades fisiológicas proveen, en un segundo momento, de un lugar para la satisfacción propiamente sexual. El infante se satisface localmente de forma autoerótica, a través del apaciguamiento de la excitación provocada en una determinada zona del cuerpo.

Para Freud se puede considerar que el niño se satisface no sólo de manera autoerótica, sino también de un modo perverso, en el sentido de formas de satisfacción

¹⁸⁸ Masotta, O.: *El modelo pulsional*, Barcelona, Argonauta, 1990

fetichistas, homosexuales, con tendencias incestuosas, etc. En este sentido y considerando que la pulsión se satisface de manera local en zonas particulares del cuerpo y que aún no se han erigido los diques anímicos contra los excesos sexuales, la vergüenza, el asco y la moral, es que la sexualidad infantil puede ser considerada como lo denomina Freud como *perversa-polimorfa*¹⁸⁹. Esta refiere a la condición del goce que produce el carácter parcial de la pulsión, en el sentido de un sujeto infantil librado a todo tipo de extralimitaciones sexuales.

Berenstein recuerda que la perversión infantil no debe entenderse como un resultado adquirido por el fracaso de las defensas o por la aparición desnuda de la pulsión en la escena sexual, sino como una condición impuesta por la propia organización de la pulsión sexual¹⁹⁰. Laplanche señala que la pulsión parcial tiene que ver para Freud con la descripción de un estado particular del ser humano, un estado particular de la infancia. Es decir, que el niño cuenta con tantas posibilidades como zonas capaces de proporcionarle placer.¹⁹¹ Esto último se diferencia de lo que plantea Lacan en cuanto él sitúa la parcialidad de la pulsión como una característica predominante aún en la vida adulta, para Lacan la pulsión misma es siempre parcial respecto de la finalidad biológica de la sexualidad¹⁹².

El infante sometido a los cuidados corporales por parte de un otro adulto erogeniza su piel y determinadas zonas del cuerpo, convirtiéndolas de este modo en un manantial de goce. Es en esta experiencia que el niño en formación entra en un campo compuesto por él y generalmente la madre que le permite aprehender los efectos de la sexualidad. Es a través de este contacto que la madre presta el apoyo necesario para

¹⁸⁹ Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹⁹⁰ Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Madrid, Síntesis, 2002

¹⁹¹ Laplanche, J.: *La sexualidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1980

¹⁹² Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, Libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008.

activar la vida pulsional, bajo su amparo el niño descubre o se sumerge en las formas que lo situarán como un sujeto de goce. Ahora bien, son las diferentes fases de organización sexual que estipulan de qué forma dicho contacto articulará los intercambios con ese Otro encargado de inaugurar y sostener en primera instancia la vida sexual.

Las diferentes fases por las que atraviesa el andamiaje pulsional están en directa relación con ciertas zonas del cuerpo. Así para Freud la pulsión se satisface en una primera instancia en torno a la zona bucal delimitando la fase *oral*, serán los labios lo que se constituyen como una zona privilegiada para el circuito pulsional. Con el modelo del chupeteo podemos pensar que a partir de la succión de la leche desde el pecho materno el niño acostumbra a recibir placer en su contacto con el pezón, sin embargo, lo importante será que los labios y la boca se independizan de dicha función de alimentación y pueden re-encontrar el placer en función de la estimulación de estas zonas de las formas más diversas, con el chupeteo del dedo, con el chupete, con el pañal que se frota en los labios, etc., Berenstein lo señala del siguiente modo: “*Lo que comienza siendo el simple movimiento rítmico de la succión ejercitado durante la alimentación se transforma en una repetición automática independiente de toda conexión con la necesidad, en un goce de la pulsión oral*”¹⁹³ El circuito de la pulsión oral es activado por la demanda del niño a la madre –demanda cuyo significado último es la demanda de un amor que exige, sobre todas las cosas, la presencia incondicional de la madre-, para satisfacer las necesidades despertadas por el hambre.

En un segundo momento, la pulsión encuentra su satisfacción en el “comercio” que supone el control de las heces. Freud denomina a esta segunda fase pregenital como organización *sádico-anal*, en ella ya se ha desplegado la división de opuestos que

¹⁹³ Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Madrid, Síntesis, 2002, p. 47

atraviesa la vida sexual, que pasan a denominarse como activo y pasivo, Freud hace corresponder a la actividad con el sadismo y la pasividad con el erotismo anal¹⁹⁴. Corresponde a la época en que los niños aprenden a dominar sus esfínteres, por tanto se caracteriza por una organización de la libido que se estructura bajo la primacía de la zona anal considerando los pares retención evacuación y una relación de objeto ligada al placer de la defecación. Tal como lo señalara Freud en diversos pasajes de su obra, es posible considerar a las fases del desarrollo psicosexual como el antecedente de ciertas formas que adopta el carácter del adulto, en este sentido Freud da luces para indicar qué aspectos decantan a partir de la fijación a la fase sádico-anal. Entre otros rasgos preponderantes que surgen a partir de esta fase se encuentran la exagerada tendencia a la limpieza y la escrupulosidad. Freud señala en su trabajo de 1908 *Carácter y erotismo anal* que son personas ordenadas, ahorrativas y pertinaces y que en su primera infancia no les fue fácil o les llevó un tiempo relativamente largo gobernar la incontinencia fecal¹⁹⁵.

Lo que se desprende de las ideas freudianas más que una relación lineal entre formas de satisfacción infantil y rasgos de carácter estereotipados y que no deja de ser un elemento fundamental para el trabajo que desarrollamos, es que a la base existe una relación entre las formas en que el infante se satisface y los modos de relación del adulto con un otro. Si bien constatamos que Freud plantea una fase fálica a la que haremos una breve alusión en lo que sigue, lo que nos interesa es dejar planteada la cuestión de si es posible hablar de repetición en torno a la constitución de ciertos rasgos a partir de aspectos infantiles, en un primer análisis se puede pensar en una suerte de matriz de satisfacción pulsional que retorna o más bien que se mantiene desde la

¹⁹⁴ Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

¹⁹⁵ Freud, S. [1908]: *Carácter y erotismo anal*, Obras Completas, Tomo IX, Buenos Aires, Amorrortu, 1999

infancia a la adultez. Freud plantea a este respecto por un lado que existen predisposiciones constitucionales y otras accidentales o adquiridas, pero por otro lado en su trabajo *La predisposición a la neurosis obsesiva* de 1913, señala que la emergencia de la neurosis en la edad adulta, supone inhibiciones y la fijación a la más temprana infancia. A estos *lugares de fijación* es que la función sexual puede regresar en caso de contraer la enfermedad¹⁹⁶.

Finalmente, como último eslabón dentro de las fases psicosexuales y antes del período denominado de *latencia*¹⁹⁷, encontramos la unificación de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales, pero a diferencia de la posterior organización genital puberal, los infantes aún no reconocen la diferencia de los órganos propiamente tal, es decir, están inmiscuidos en el reconocimiento de un solo órgano, el pene y la oposición de los sexos tiene directa relación con el par fálico-castrado. Esta fase llamada *fálica* supone la primacía del falo, que a diferencia del órgano anatómico masculino refiere a la operación de la castración. Es en esta fase donde culmina el despliegue de las operaciones vinculadas al Complejo de Edipo, que conduce al sujeto a la asunción de un destino sexuado. El falo, articulador de los lugares y de los tiempos lógicos en el escenario edípico es un equivalente universal o moneda de cambio, el reinado fálico se instala con el peso de las preguntas infantiles acerca de la sexualidad. La primacía del falo, bajo la forma del pene en el hombre o del clítoris en la mujer, atrae ahora sobre esta zona todos los intereses sexuales del niño¹⁹⁸, la fase fálica supone para el infante entrar de lleno en la matriz simbólica del Complejo de Edipo, el infante se

¹⁹⁶ Freud, S. [1913]: *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

¹⁹⁷ Si bien no desarrollaremos esta fase en profundidad, dejamos consignado que supone el decantamiento de la función sexual para su posterior emergencia en el período de la pubertad.

¹⁹⁸ Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Madrid, Síntesis, 2002

posiciona frente al deseo de los padres, comenzando a circular todo en relación a este objeto primordial.

Hasta aquí podemos destacar las formas cómo la pulsión se va constituyendo en torno a los orificios y órganos corporales. No nos detendremos en el Complejo de Edipo sino que sólo dejamos establecido que la fase fálica sumerge al infante en un campo de deseos que no serán indiferentes para la constitución sexual del niño como tampoco para los modos de satisfacción de la pulsión.

Pereira señala que las pulsiones parciales no son incompletas respecto a la sexualidad. Es decir, no indica que ellas serían parte de un todo, sino más bien las primeras y genuinas energías sexuales en busca de satisfacción a partir de la cual va a constituirse la organización de la libido¹⁹⁹. Las pulsiones son parciales en cuanto no coinciden con la finalidad biológica de la sexualidad, se puede pensar tal como veíamos con Laplanche que no hay una coincidencia única con la reproducción, y siendo parcial en relación con lo biológico, la pulsión tiende a buscar la satisfacción como meta, se satisface en una búsqueda. Perdida la reproducción como finalidad, en tanto las pulsiones son parciales, la meta, en última instancia, no es otra, como lo plateara Lacan²⁰⁰ leyendo los escritos de Freud, que un ir y volver: de allí que la pulsión se satisface en su propio recorrido, se trata de la forma que puede asumir la pulsión en tanto alcanza la satisfacción sin alcanzar su meta, entendida ésta última por la función biológica del apareamiento reproductivo. Lacan destaca que la noción de meta puede sustraerse a partir del vocablo inglés *aim* que designa el camino que ha de recorrer más

¹⁹⁹ Pereira, M.: *El concepto de pulsión en la obra de Freud*, Tesis para la obtención del Grado de Doctor en Psicología, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2001. <http://eprints.ucm.es/tesis/psi/ucm-t24962.pdf>

²⁰⁰ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, Libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008.

que el fin que ha de alcanzar. En el decir de Cosentino, en este recorrido, la pulsión dibuja, contornea, recorta un objeto hueco, un vacío en su mismo trayecto²⁰¹.

V. La anticipación del proyecto, la *facilitación* como camino de la pulsión

Para poder situar con mayor claridad la cuestión de la circulación de la pulsión en psicoanálisis, es pertinente dar cuenta de lo que nos plantea Freud por el año 1895 en su escrito denominado *Proyecto de psicología*²⁰². Si bien este trabajo es anterior a los *Tres ensayos de teoría sexual*, proponemos su aparición en forma posterior dado que es únicamente el concepto de *facilitación*, que surge en el *Proyecto*, el que queremos subrayar para entender cómo la pulsión sexual referida en los *Tres ensayos* adopta un camino que permite pensar la cuestión de la repetición en psicoanálisis.

El *Proyecto* está escrito fundamentalmente para dar cuenta de una interpretación neurobiológica del funcionamiento del psiquismo, es decir, Freud intenta una explicación, a partir del propio funcionamiento de las neuronas, que dé cuenta de los avatares que atraviesa el camino de la excitación. El *Proyecto*, obra de alta complejidad y cargado de explicaciones psiconeuronales, está escrito con el fin de dar una explicación metapsicológica de, entre otras cosas, el recorrido de la excitación y las formas que adopta la memoria.

Freud en este trabajo ilustra lo que a la larga resulta una distinción fundamental, a saber, cómo se dirigen y dónde se alojan los montos pulsionales. El psicoanalista plantea la existencia de dos clases de neuronas, las primeras que se denominan neuronas

²⁰¹ Cosentino, J. C.: *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial, 1993.

²⁰² Freud, S. [1895]: *Proyecto de psicología*, Obras Completas, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 1998

pasaderas, llamadas ϕ , que corresponden a las que dejan pasar la cantidad de excitación como si no tuvieran ninguna *barrera-contacto* y por ende tras cada decurso excitatorio quedan en el mismo estado que antes, proceso que permite situarlas en torno a la función de la percepción. Y las segundas, las neuronas *impasaderas*, denominadas con la letra ψ , son aquellas cuyas barreras-contacto se hacen valer de suerte tal que la cantidad sólo con dificultad o sólo parcialmente pueden pasar por ellas. Estas últimas, tras cada excitación, pueden quedar en un estado diverso al de antes, y así dan por resultado una *posibilidad de constituir la memoria*²⁰³.

Será sobre este último punto, esto es, el estatuto de las neuronas *impasaderas*, las neuronas ψ , sobre las cuales podremos iluminar un antecedente del problema de la repetición, dado que ya en estos tempranos escritos se puede vislumbrar algo de lo que el psicoanálisis jamás se desprenderá, a saber, la existencia en el organismo de ciertos “caminos psíquicos” que son recorridos una y otra vez, al modo de matrices que reproducen ciertas vías por donde pasa el decurso excitatorio. A propósito de esto Freud nos señala:

*“En efecto, la memoria evidentemente es, en relación con el decurso excitatorio, uno de los poderes comandantes, que señalan el camino, y con una facilitación igual en todas partes no se entendería la predilección por un camino...La memoria está constituida por los distingos dentro de las facilitaciones entre las neuronas ψ ”*²⁰⁴

²⁰³ Ibid

²⁰⁴ Ibid, Pp. 344-345

Lo que Freud nos plantea en estas líneas no es otra cosa que las primeras formulaciones sobre lo que posteriormente desarrollará en torno al deseo y con ello lo que hoy conocemos como retorno de lo reprimido. En estas frases, el padre del psicoanálisis destaca que la memoria está constituida por los distinguos que produce el sistema de neuronas impasaderas. La memoria en estos momentos y quizás en toda la obra freudiana está ligada a recorridos diferenciales, las barreras-contacto permiten dibujar un trazo que da curso, un laberinto que sitúa los modos de satisfacción de la pulsión. La memoria se plantea en este sentido como el poder de una vivencia para seguir produciendo efectos, depende de un factor que se designa *magnitud de la impresión* y de la frecuencia con que esa misma impresión se ha repetido²⁰⁵.

En el sentido de lo que venimos diciendo, el concepto princeps podemos ubicarlo en lo que Freud llamó la *facilitación*. Ésta refiere justamente a que las neuronas impasaderas, es decir las que retienen las experiencias, dejan disponibles ciertas vías para el paso de la excitación y no otras. La *facilitación* articula un modo prematuro de la repetición en el sentido de que a la base está la idea de que el organismo dispone de mecanismos para hacer volver a vivir ciertas experiencias, aún cuando Freud a estas alturas hable de caminos. La *facilitación* depende de la cantidad que dentro del proceso excitatorio corre a través de la neurona, y del número de repeticiones del proceso. A esto se le agrega que a toda neurona impasadera se le atribuyen varios caminos de conexión con otras neuronas, por tanto varias barreras-contacto, dado que es en esto en efecto, que descansa la posibilidad de selección que es determinada por la *facilitación*. En suma, Freud señala en una primera aproximación que la *facilitación* se define por la absorción de cantidad por algunas de las barreras-contacto.

²⁰⁵ Freud, S. [1895]: *Proyecto de psicología*, Obras Completas, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 1998

Lo fundamental de estos pasajes de la obra freudiana es que surge una prematura teoría de cómo la pulsión inviste determinados aspectos del psiquismo, que a la larga el psicoanálisis ubicará en torno a las representaciones. Es estos momentos emerge la idea, clara por lo demás, de que en el psiquismo opera un funcionamiento que jerarquiza y prioriza ciertos recorridos sobre otros. Es un modelo que destaca la investidura de ciertos aspectos del psiquismo, serán las representaciones que articulan lo que posteriormente Jaques Lacan ha denominado como cadena significativa.

Otro aspecto fundamental a destacar en torno a la cuestión que la facilitación plantea es que el propio *monto de afecto* (nomenclatura que Freud utilizará más adelante, específicamente en los años de la metapsicología) es el que “viaja”, inviste y desinvieste representaciones, con lo que puede pensarse, y será necesario hacerlo, que la pulsión ya desde sus tempranas concepciones instala un elemento diverso y autónomo de las barreras-contacto, de las defensas, o de las representaciones, un monto pulsional que circula y que se diferencia de lo investido.

Este elemento podemos iluminarlo con el trabajo, temprano también, acerca de *Las neuropsicosis de defensa*, en este lugar Freud no hace otra cosa que elucubrar y fundamentar el supuesto de que existe un *afecto* que se desliga de la *representación*. Revisemos un párrafo donde expone esta cuestión, hablando acerca de la tarea del yo en el proceso defensivo Freud nos dice:

“Por eso equivale a una solución aproximada de esta tarea lograr convertir esta representación intensa en una débil, arrancarle el afecto, la suma de excitación que sobre ella gravita. Entonces esa representación débil dejará de plantear totalmente exigencias al

trabajo asociativo; empero, la suma de excitación divorciada de ella tiene que ser aplicada a otro empleo”²⁰⁶

Tal es el caso que puede pensarse en la neurosis obsesiva, según la cual la representación debilitada queda segregada de toda asociación dentro de la conciencia, pero su afecto, liberado, se adhiere a otras representaciones, en sí no inconciliables, que en virtud de este *enlace falso* devienen representaciones obsesivas. En este sentido, podemos señalar que el afecto insiste, repite un camino a través de la representación que deviene obsesiva.

Retomando la cuestión de la facilitación podemos señalar que las neuronas que sufren alteración tienen memoria, son por tanto la sede del psiquismo. Estas son las que quedarán facilitadas porque el pasaje de una cantidad de excitación ha dejado en ellas una huella, huella por la que la próxima excitación pasará más fácilmente, y una huella que atraerá otras excitaciones. La facilitación, es decir, la posibilidad de que un monto de afecto discurra por las mismas vías, consistiría en lo que se genera en las representaciones que quedan después de la denominada *vivencia de satisfacción* como deseo de volver a repetir las. En este sentido, y tal como lo expone Valls, el concepto de facilitación se extiende a las asociaciones psíquicas y ayuda a la comprensión de la explicación freudiana sobre la *tendencia conservadora* de las pulsiones que surgirá veinticinco años más tarde con el *Más allá del principio del placer*. Cabe la pregunta aquí si acaso el aparato psíquico tiende a repetir por facilitación sin más, con independencia de que esta sea o no placentera. Es lo que nos llevará más adelante a vislumbrar lo que emerge con el concepto de pulsión de muerte.

²⁰⁶ Freud, S. [1894]: *Las neuropsicosis de defensa*, Obras Completas, Tomo III, Buenos Aires, Amorrortu, 1999, p. 50

VI. La satisfacción primaria apunta el deseo

Un somero recorrido por ciertas formas primarias de vislumbrar el deseo, no por ello menos importantes, nos permitirá seguir dando cuenta de los complejos avatares de la pulsión.

La noción de pulsión permite desactivar la polarización entre lo natural y lo cultural. Desde el edificio psicoanalítico, los tiempos históricos de la cultura dejan de ser visualizados como la contraparte del espacio y tiempo natural, lo que ya ha sido expuesto por Galende en su trabajo *Historia y repetición*: “Para esta concepción, la naturaleza humana no sería sólo ciclos sino también latidos, exigencias de trabajo a lo psíquico tanto como a lo corporal, compulsiones impuestas al sujeto, por lo que está comprendida en los proceso de fusión-defusión pulsional”²⁰⁷. La pulsión es un concepto que se ubica siempre en el límite, que se ubica *entre*, que no cede parte de su fuerza ni a lo puramente psíquico, ni a lo somático. Ésta se desliza permanentemente con la fuerza de lo natural, pero desnaturalizando la exigencia que conlleva. Ya sabemos que para Freud es una de las nociones más oscuras, de las más difíciles de asir, dado que hace sus aparición a través de *formaciones* que no siempre tienen que ver con los tiempos “actuales” del psiquismo, que no dictan única relación con el presente del sujeto. La pulsión transita y se compromete con *otro tiempo*, con *otra escena*, permitiéndole a su vez devenir presente y participar de la trama que se articula en función de los distintos actores. Por decirlo de alguna manera, la pulsión no viaja sola, tras-porta lo que su delegado (*repräsentant*) soporta.

El complejo entramado que se articula de acuerdo a las primeras formas de satisfacción pulsional, nos llevan al problema del deseo. Su primera versión ligada a la

²⁰⁷ Galende, E.: *Historia y repetición, Temporalidad subjetiva y actual modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 1992, p. 34

restitución alucinatoria del objeto primario de satisfacción, según lo propone Freud en *La interpretación de los sueños*²⁰⁸, refiere a la fórmula de acuerdo a la cual el deseo se concibe en función de la búsqueda de la identidad de percepción, esto es, se busca la reaparición de la percepción que operó como satisfactoria para una primera y mítica satisfacción. Es decir, la pulsión vuelve sobre el mismo lugar.

Freud señala que el desear supone el:

*“repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad”*²⁰⁹.

El repetir se sostiene en relación a las representaciones que reviven la satisfacción, en este sentido asume la forma de la fantasía o como lo plantea Laplanche, *“la fantasía, es decir, ese guión imaginario, fija finalmente el desarrollo de la pulsión”*²¹⁰. Green plantea que la necesidad biológica se borra frente a la pulsión, y que ésta se abre sobre el deseo ¿Cómo se produce este giro? El autor dirá que invocando la noción de trabajo, que implica una transformación, un pasaje de la cantidad a la calidad. De este modo *“la necesidad está presente en la pulsión, en ese aspecto de imperatividad y de exigencia detrás o a pesar del trabajo que lo psíquico ha sufrido como consecuencia de su lazo con lo corporal”*²¹¹.

²⁰⁸ Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Amorrortu, Buenos Aires, 2000

²⁰⁹ Ibid, p. 558

²¹⁰ Laplanche, J.: *La sexualidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1980, p. 104

²¹¹ Green, A.: *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969, p. 93

En su seminario acerca de *Las formaciones del inconsciente*²¹², Lacan visualiza esta lógica deseante bajo la marca que supone el campo del lenguaje, operación a partir de la cual aparece el deseo como la consecuencia, con la complejidad que el término instala, de la necesidad más *real* enlazada al campo de la demanda al Otro. La pulsión se entronca con el deseo a partir del paso de la necesidad a la demanda, dado que ambos conceptos se distinguen en función de que es la demanda que establece el paso de la necesidad biológica por el desfiladero del significante, es decir, la demanda da cuenta de cómo lo somático es atravesado por el lenguaje. El infante hace presente su necesidad (recordemos que está en una fase de desamparo total) a un Otro, siendo ésta interpretada por el Otro a partir de las lógicas del lenguaje, el adulto decodifica el llamado del niño a partir de la lengua que le es propia, es decir, el llanto, los balbuceos, los quejidos del niño son interpretados por la madre, o el otro a cargo, de tal manera que pueda satisfacer o no la necesidad inmediata. Ahora bien, para Lacan esta necesidad va pasando de ser una necesidad real a ser demanda de amor y reconocimiento. Por tanto, tal como veíamos en otro momento de este capítulo, las satisfacciones parciales de la pulsión pasarán a participar de un entramado complejo que se instala entre el infante y su Otro. Como lo plantea Korman²¹³, esto determina que para el humano, el objeto, como puro (y exclusivo) objeto de la necesidad, se desnaturalice. Queda para siempre enredado en los desciframientos de la demanda, la necesidad se aliena en esta última.

Es importante considerar que ambos demandante y demandado quedan sobrepasados por el campo que establece la demanda, uno por verse obligado a hacer pasar la necesidad por el desfiladero del significante, el otro, porque a través de las demandas que le son formuladas se le exige responder al deseo. Para Lacan es en la sucesión de demandas que algo del deseo del sujeto se muestra, en tanto la demanda al

²¹² Lacan, J. [1957-58]: *Las formaciones del inconsciente*, El seminario, libro 5, Buenos Aires, Paidós, 2000

²¹³ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004

pasar por el significante deja siempre un resto, el objeto *a*, causa del deseo que escapa siempre a la articulación significativa²¹⁴. Para ello es necesario que se diferencie la demanda de la necesidad, es decir, no está todo colmado, lo que supone para el niño una frustración, en tanto se deja espacio a la *falta* en la satisfacción de la demanda. En palabras de Dor: “*en cierto modo el verdadero estatuto del deseo se funda en el desfallecimiento del Otro que, por no ser ni omnipotente ni omnisciente, jamás garantiza nada seguro*”²¹⁵. En este sentido el deseo adviene más allá de la demanda como falta de un objeto. Es por la intermediación de este objeto ausente que el infante se constituye como sujeto deseante.

VII. Inconsciente como deseo y memoria

La referencia que venimos haciendo sobre el deseo, nos remiten en psicoanálisis según un tiempo lógico y no cronológico, a la instauración de una *falta* constitutiva²¹⁶, que si bien no desarrollaremos en profundidad aquí nos traslada a la estructuración edípica del psiquismo. Como señalábamos en las líneas anteriores el psicoanálisis lacaniano plantea, a partir de lo que se ha denominado como Complejo de Edipo, que en un principio la madre y su bebe están ligados por el imperativo que supone la *necesidad* (imperativo que se articula como tal por cuanto de no satisfacerla el bebe muere, su alimentación, su limpieza, etc.), pero que esta necesidad deviene una *demanda* por cuanto supone el atravesamiento por el significante. Ahora bien, otro momento que supone el paso de una lógica del *ser* el bebe objeto de deseo para la madre a una lógica del *tener* lo que la madre desea, conlleva la instauración del padre (como

²¹⁴ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, España, Síntesis, s/f.

²¹⁵ Dor, J.: *Introducción a la lectura de Lacan*, Buenos Aires, Gedisa, 2000

²¹⁶ Lacan, J. [1957-58]: *Las formaciones del inconsciente*, El seminario, libro 5, Buenos Aires, Paidós, 2000

metáfora del tercero ante la diada madre-hijo) que, por decirlo de una manera clara, permite dirigir la mirada deseante de la madre hacia otro lugar, un lugar Otro. El padre como metáfora tiene el falo, con lo que el niño pasa de querer ser el objeto de deseo, el falo para la madre, a querer tener el falo²¹⁷. Este movimiento instala en el bebe una frustración por cuanto no es todo para la madre, ni ella es toda para él. En este sentido el tercero, la metáfora paterna viene a presentificar una *falta*, podríamos decir que el bebe supone que el padre tiene algo que la madre desea y que él no tiene, de ahí que la falta según la lógica del tener sea estructurante del *deseo*, Lacan dice que gana el que pierde.

Con esto vemos que el deseo está directamente ligado con una falta, que si profundizáramos más relacionaríamos también con el lugar que el padre ocupa en tanto ley que prohíbe la perpetuación del momento (lógico) de la demanda, donde madre es toda para el bebé y bebé todo para la madre. En este sentido cuando hablamos de *El deseo* en psicoanálisis no estamos haciendo referencia a los deseos como coloquialmente estamos acostumbrados a manifestar, como desear comer un asado o desear tomar un baño, según los cuales manifestamos de forma consciente lo que queremos, sino más bien a lo que mueve al sujeto, a lo que lo empuja (*Drang*) en tanto siempre algo falta, de ahí que el deseo también se piense en torno a una constante *búsqueda* de la satisfacción de la pulsión, un rodeo en torno al objeto de la pulsión y no a la satisfacción en cuanto captura del objeto.

Al puntualizar las lógicas que supone el Otro en la constitución psíquica y por ende en el andamiaje pulsional, es importante establecer brevemente una distinción entre dos formas de conceptualizar lo inconsciente. Un alcance sumamente pertinente que reedita Soler en su trabajo acerca de *La repetición en la experiencia analítica*²¹⁸, y

²¹⁷ Vega, V.: *El Complejo de Edipo en Freud y Lacan*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2015

²¹⁸ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004,

que a su vez nos servirá para despejar más adelante ciertas confusiones que pueden presentarse, es situar un doble estatuto del inconsciente en función de la lógica del deseo.

Por una parte y en consonancia con el registro del que hablaba Freud en la carta 52 a Fliess, noción desarrollada en *La interpretación de los sueños* donde se apela a ciertas representaciones que pasan del inconsciente con la ayuda de los restos diurnos a lo preconscious, venciendo con ello la censura, aparece una noción de inconsciente que es equiparable a la de una memoria. Tal como establecíamos en lo referente al concepto de *facilitación*, en tanto se plantea un conjunto de huellas mnémicas que han quedado inscritas, tópicamente hablando, en una localidad psíquica particular y según las primeras experiencias de satisfacción pulsional, el inconsciente se visualiza como sistema de huellas. Este sistema de huellas como sabemos se organiza de una manera acorde al trabajo psíquico y según las lógicas del proceso primario, condensación, desplazamiento, sin negación, etc. Es un sistema que habla de una memoria, como decía Freud en aquella carta, que:

*“no preexiste de manera simple, sino múltiple y que está registrada en diversas variedades de signos”*²¹⁹.

Por otro lado, el estatuto del inconsciente en su cara deseante, el inconsciente como deseo infantil, o como señala la autora –distinción fundamental para este trabajo-, *incluso como pulsión*, es la cara que Freud ejemplifica ya a partir del año 1900 (es decir

²¹⁹ Freud, S.[1892-99]: *Fragments de la correspondencia con Fliess, Carta 52*, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, p. 274

podemos señalar que ambas caras del inconsciente son contemporáneas) con la metáfora del capitalista. Según ésta, es posible pensar que el pensamiento onírico puede verse en torno al sueño como el empresario que tiene la idea, pero que necesita del capital para ponerla en juego. Es decir, el pensamiento onírico para que se desarrolle en el trabajo del sueño requiere de la *fuerza impulsora*, que proviene para Freud del empuje (el *Drang*) que conlleva un deseo infantil reprimido, un *deseo* que procede del inconsciente y que aspira a su realización. He aquí el lugar de la falta que señalábamos en torno al Edipo como complejo estructurante del deseo, en tanto búsqueda constante.

Es interesante hacer una pequeña notación al respecto, en este caso la metáfora del capitalista habla del empuje que provee al trabajo del sueño, aparece el deseo como *impulsor* (que *insiste*) del trabajo del aparato anímico. Mientras que en ocasiones posteriores Freud (en 1914 por ejemplo) y con él la teoría psicoanalítica, plantea este mismo aspecto pulsional como *exigencia de trabajo*. Esto último lo consideraremos para posteriores discusiones, ya que además de permitir que el trabajo del sueño realice el *rodeo para el cumplimiento de deseo*²²⁰, el deseo inconsciente en su aspecto rebelde y pujante, *exige que vuelva a repetirse* de una u otra forma el recorrido de las primeras formas de satisfacción, el recorrido de la pulsión. Satisfacción que por lo demás y como ya sabemos, no encontrará jamás aquel objeto fundamentalmente perdido.

²²⁰ Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 558

Alcances de la cuestión pulsional para el problema de la repetición

Existen diversos elementos en torno a los primeros acercamientos a la noción de pulsión que pueden dar luces para pensar y diferenciar aspectos de la cuestión de la repetición.

Entre estos, es posible relevar la distinción inicial que el psicoanálisis construido por el pensamiento freudiano propone en torno a la diferencia entre pulsión e instinto, dado que como hemos señalado la pulsión a diferencia del instinto no presupone un objeto de satisfacción al modo de la sexualidad entendida bajo el prisma biológico de la reproducción. De este modo salta a la luz la relación construida a partir de la historia del sujeto con la elección de un objeto que viene a simular algo de las formas de satisfacción primaria. En este sentido, la noción misma de pulsión da cuenta de un complejo que será articulado por un acercamiento atravesado por la historia subjetiva y no por una relación lineal que designa de manera predeterminada el objeto de satisfacción. Se puede pensar así en una búsqueda permanente de un objeto, el objeto para el psicoanálisis freudiano está perdido, quedando la búsqueda misma ligada a una posibilidad de satisfacción. La repetición en este sentido se sitúa en cuanto a que no hay “un” objeto de satisfacción sino que aparece un circuito de búsqueda que es alimentado por la promesa de un reencuentro. Es posible pensar en la repetición de la búsqueda a partir de la diferencia de la pulsión con el instinto que tanto hincapié hiciera Freud.

En torno a este mismo punto, pero mirado desde otra perspectiva, aparece la cuestión -enigmática por cierto y más cuando se estipula que el objeto de la pulsión no es predeterminado- de la repetición a lo largo de la historia de la relación de un sujeto a un objeto de satisfacción determinado, tal como puede pensarse con el clásico ejemplo

del caso de un sujeto fetichista que goza con el zapato rojo, o bien con el sujeto que goza con la misma droga a lo largo del tiempo. En estos casos es dable preguntarse si se está frente a una *fijación*, es decir, frente a un modo de relación con un objeto que recubre un modo de goce que vuelve una y otra vez. En este sentido podemos preguntarnos si ¿Es la fijación un concepto subsidiario de la repetición para el andamiaje psíquico? Si bien no responderemos a esta pregunta en estos momentos dado que la repetición como noción psicoanalítica no ha sido formulada en estos términos, sí podemos preguntarnos si acaso la fijación es un antecedente del mentado concepto, ya que la noción de fijación aparece antes de que la repetición haga su aparición en 1914 con *Recordar, repetir y reelaborar*. Como antecedente podemos señalar que Freud ya había hecho uso de la noción de fijación en cuanto al síntoma en *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos* (1893), en cuanto al recuerdo del trauma en el trabajo sobre las parálisis motrices del mismo año y en su trabajo sobre la regresión dentro de *La interpretación de los sueños* (1900), siempre bajo la idea de que la pulsión vuelve a investir un determinado lugar. Si bien nos mantendremos en el campo de pensamiento que diferencia a la repetición de la fijación nos permitiremos dejar sentado que la fijación es un concepto que, tal como vimos en el capítulo anterior, puede pensarse en torno a la reiteración inconsciente de la experiencia de satisfacción, en tanto el sujeto busca reiterar un modo pretérito de alcanzar un monto de placer.

Otro elemento loable de considerar es lo que Freud considera en sus *Tres ensayos*, donde el padre del psicoanálisis da cuenta de unas de sus ideas fundantes en el plano de la sexualidad, a saber, que ésta está presente a lo largo de toda la vida, incluida la etapa infantil. Esto adherido a la cuestión de la amnesia infantil, da cuenta de todo un momento de la historia del sujeto que plantea las bases, no reconocidas como tal, de una prehistoria que empuja justamente por su reconocimiento dentro de la experiencia

humana. En este sentido la historia sexual infantil con sus modos de satisfacción parcial, participa directamente de la estructura que constituye el psiquismo, y será ella la que determine ciertos modos de relación con el otro. En torno a esto es que Freud señala que la sexualidad adulta de los psiconeuróticos conserva el estado infantil o es remitida a él. La amnesia infantil, tal como señalábamos, convierte a la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, un *tiempo prehistórico*, tiempo que muestra retroactivamente todas sus injerencias en los modos de padecer adulto. El psiquismo queda marcado por huellas que han sido investidas de acuerdo a la constitución psicosexual. La obra freudiana dispone a partir de esto de la noción de psicosexualidad, que apunta justamente la idea de que el psiquismo impone diques a lo corporal, asunto de extrema importancia si se considera que será la relación que se juega a partir de la satisfacción de la necesidad por parte de otro lo que devenga, vía el apuntalamiento, un modo de alcanzar el placer, un modo de satisfacción, se impondrán unas huellas sobre otras, a saber, las que procuran satisfacción a nivel del psiquismo. A partir de esto, no queda más que señalar que la sexualidad infantil participa de las repeticiones tanto en la elección de objeto, como en los modos de satisfacción de la pulsión en la edad adulta por tanto lo que se ha denominado con el concepto de fantasma, como así también del síntoma y de la psicopatología que devendrá de manera posterior. Nos parece que la crítica de Freud a las visiones de una época en que la sexualidad era concebida sólo como una propiedad de la adultez y con un fin reproductivo, emerge como palanca para concebir un complejo que se estructura en dos tiempos y que destaca la impronta necesaria para una posterior concepción de la repetición.

Relacionado con el punto anterior, aparece la cuestión de si acaso es posible ligar un modo de repetición con lo desarrollado por Freud en torno a las fases de la sexualidad infantil. Recordemos que la conceptualización freudiana pone sobre el tapete

la satisfacción de una zona particular del cuerpo con ciertos rasgos de carácter que el sujeto adulto puede desarrollar. Podríamos establecer a partir de esto que el supuesto de una fijación, en tanto una satisfacción localizada que perdura en el tiempo, puede aportar a la conceptualización del problema de la repetición por cuanto el carácter mismo del adulto traería al presente una relación psicosexual anteriormente establecida. En el carácter mismo se jugaría algo del orden de una vuelta que sitúa al sujeto dentro de una red de determinaciones que provienen de la primera infancia. Ahora bien, es necesario pensar esto, como ya lo hiciéramos en otro punto, en torno a la experiencia de satisfacción, dado que es ahí donde adquiere sentido pensar en un retorno automatizado de formas de cómo se satisface la pulsión en la infancia y que impregnan la edad adulta. Es lo que remarcaba Freud al subrayar la idea de que la emergencia de la neurosis adulta está teñida directamente por inhibiciones y fijaciones de la más temprana infancia. No se puede olvidar que a estos *lugares de fijación* es que la función sexual puede regresar en función de la defensa psíquica.

Otro de los elementos trascendentes que está directamente relacionado con la pulsión y que de alguna manera ilumina el problema de la repetición es lo referente a lo conceptualizado bajo el rotulo de la facilitación. Recordemos que Freud trabajó este punto en el *Proyecto de psicología* y es ahí donde se establece que la facilitación supone la existencia de ciertas neuronas impasaderas que conllevan una marca y con ello una suerte de trazo que se articula en función de las investiduras que la pulsión realiza. Es decir, y para pensarlo en torno al problema de la repetición, existe desde esta visión psiconeurológica un mecanismo que supone la circulación del monto pulsional por vías que éste ya ha recorrido previamente. Son las neuronas impasaderas las que en función de las barreras-contacto articulan un mapa por donde se conduce el monto pulsional, que en el lenguaje del Proyecto se dirá que son facilitados ciertos recorridos y no otros

para los movimientos de circulación de la pulsión e investidura de las representaciones. Este fenómeno de la facilitación permite explicar el por qué se repiten ciertos caminos, ciertas vías por donde se dirige el flujo pulsional, y de esta forma permite suponer que hay un aspecto ligado al propio funcionamiento neuronal que potencia el análisis del problema de la repetición.

Finalmente, aparece en la figura de la facilitación y particularmente en el trabajo sobre las neuropsicosis de defensa, la idea de un *monto de afecto* que se desliga de las representaciones. Es decir, surge desde estos tempranos momentos de la teoría el problema de un monto de afecto que circula y que intenta hacerse presente para el andamiaje psíquico. Tal como veíamos en el texto señalado, la pulsión ya desde sus tempranas concepciones instala un elemento diverso y autónomo de las barreras-contacto, de las defensas, o de las representaciones, una suma de excitación que circula y que se diferencia de lo investido. Tal como se puede rastrear también en los *Estudios sobre la histeria*, donde Freud y Breuer dan cuenta de un *afecto* desligado del recuerdo, dándole estatuto de trauma a aquella cantidad que sobrepasa al psiquismo²²¹. Este asunto lo consideraremos como de suma importancia por cuanto permite hipotetizar acerca de dos modos de repetición, por un lado una que vuelve a poner en circulación un representante-representativo, en tanto se vuelve a investir una representación por la cual el monto pulsional ya ha “pasado”, trayendo a la discusión lo trabajado por Freud en torno a la noción de memoria. Y por otro, una insistencia de este *monto de afecto* o suma de excitación desligada del campo representacional, pero que apunta a hacerse presente de algún modo en el psiquismo. Para Freud, en estos momentos, la suma de

²²¹ La noción de *abreacción* delineada en los *Estudios*, da cuenta de una desligación anterior entre el recuerdo y el afecto, que justamente esta operación viene a suturar ligando a través de la palabra el afecto constreñido. Para los autores de no producirse esta abreacción el afecto entrega la base para el síntoma histérico, asunto que da pie para comprender un sin número de las hipótesis de la obra psicoanalítica.

excitación divorciada de la representación tiene que ser utilizada para otro empleo. Dejaremos plateada la pregunta por el camino que sigue este monto de afecto, dado que es interesante recordar que Freud hablará de una “sexualidad demoníaca” y años más tarde, tal como veremos con la propia noción de pulsión de muerte, de cómo aquello desligado del aparato psíquico se hace parte de la experiencia humana.

REPETICIÓN Y PULSIÓN DE MUERTE

El recorrido que desarrolla Freud en su obra pasa por diversos giros teóricos que producen a su vez nuevos modos de concebir el andamiaje conceptual del psiquismo. Entre sus máximas contribuciones, Freud desarrolla a partir de diversos momentos de su trabajo intelectual, un problemático campo que deviene en sus teorías de las pulsiones. Este desarrollo podemos dividirlo sucintamente en tres tiempos. El primero, que diferencia las *pulsiones sexuales* de las *pulsiones de autoconservación*, un segundo, a raíz de su notable trabajo sobre el *narcisismo* desde donde decanta la distinción entre la *libido yoica* y la *libido de objeto*, y un tercero y último que supone la teorización de lo que viene a suponer lo inorgánico para el psicoanálisis, de donde se deriva la dualidad entre *pulsiones de vida* y *pulsiones de muerte*.

El vuelco que instala la última teoría de 1920 con su inconmensurable obra *Más allá del principio de placer*, es posible concebirlo como un punto de inflexión radical dentro de su producción intelectual. A pocos años de terminada la primera guerra mundial, Freud intenta dar cuenta del lugar que supone la muerte para el psicoanálisis, atendiendo a ésta no como un fin supremo, sino cómo ella participa de las configuraciones y el funcionamiento psíquico, dejándola evidentemente no como un concepto más, sino como un vértice sobre el cual se apoya el edificio conceptual. El contexto del cual surgen estas especulaciones, si bien se atribuye por algunos pensadores como Jones²²², al lugar que ocupa la guerra para la humanidad y a la muerte misma como fin de la vida –recordemos que por estos años había fallecido su hija Sophie con 26 años-, corresponde a un inquietante trasfondo que circundaba Freud

²²² Jones E.: *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1962

desde varios años antes, esto es, la cuestión de la agresividad y la destrucción para el andamiaje psíquico.

Lo que propone el padre del psicoanálisis, a la luz de sus especulaciones, es revisar el lugar que supone para la teoría desplegada hasta ese momento, los fenómenos de la compulsión de repetición. Recordemos que ya había inaugurado un campo de análisis en torno a dicha temática en 1914 con su trabajo *Recordar, repetir y reelaborar*, lugar donde decanta la fórmula de que lo que no se recuerda emerge como acto en la transferencia²²³, oponiendo de esta manera recuerdo y repetición. Sin embargo, en este nuevo segmento Freud investiga ciertos fenómenos que sin duda alimentan sus inquietudes, tales como, la reacción terapéutica negativa, el juego infantil al que nos referiremos como *Fort-da* dadas las expresiones con que el niño acompaña sus movimientos, y los sueños de las neurosis traumáticas, que cuestionan los postulados ligados al principio del placer como fundamento del funcionamiento psíquico que hasta ese momento sostenía.

Más allá del principio de placer, es un trabajo sumamente crítico y de marcado corte especulativo y filosófico, es para muchos pensadores el momento más audaz del pensamiento freudiano. En él se decanta un modo de concebir la repetición ya no solamente como opuesta al recuerdo, asunto que de algún modo se sigue sosteniendo, sino que entra en escena tal como dice su título un *más allá* que ya no alcanza a ser demarcado por el límite del principio de placer. Aparece en este trabajo un modo de funcionamiento pulsional que excede a la lógica de que la descarga de la tensión del aparato produce placer y la tensión de la carga provoca displacer. En este sentido, es el propio principio de placer el que se ve cuestionado y será el gran “derrotado” a la luz de

²²³ Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

una nueva forma de aprehender la cuestión de la repetición. El principio de placer ya no alcanza para explicar el funcionamiento del psiquismo en su totalidad, será necesario a la luz de la repetición pensar otro modo de satisfacción de la pulsión.

Freud sitúa a la muerte en el centro de sus especulaciones, pero como señalábamos, no se trata de la muerte que espera al sujeto al final de la vida, sino de una muerte que es consustancial a la vida misma, aquella muerte que se hace presente en el devenir mismo de la vida. En palabras de Korman es la muerte que la vida porta en sí, aquella que tiene directa relación con el hecho de ser sexuados²²⁴. Sin embargo, si bien podemos decir que no se trata de una muerte que espera al ser humano al final de la vida –aún cuando aquella es necesaria de recordar decía Lacan en sus seminarios–, es dable preguntarse justamente por qué tipo de muerte está planteando Freud en estos momentos. ¿Qué formas de lo mortífero es lo que incitaba el pensamiento del padre del psicoanálisis?

Al rastrear en el pensamiento freudiano nos encontramos con una aseveración que sitúa a lo mortífero del lado de lo inorgánico. Dado que los planteamientos en torno al principio del placer dejaban planteada la idea de mantener en el psiquismo un mínimo constante de energía, la idea de lo inorgánico puede relacionarse con el principio de Nirvana, el regreso al cero, principio al que apelará Freud en sus especulaciones a partir de las opiniones de Barbara Löw sobre la cuestión. Este principio toma su forma en el sentido de que toda vida tiende en su inmanencia a lo inanimado, la vida se constituiría así en un rodeo en el camino hacia la muerte, tal como aparece planteado en la entrevista que Freud concedió a Viereck en 1926:

²²⁴ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004

*“Biológicamente, todo ser vivo, no importa cuán intensamente la vida arda dentro de él, ansía el Nirvana, la cesación de la “fiebre llamada vivir”. El deseo puede ser encubierto por digresiones, no obstante, el objetivo último de la vida es la propia extinción.”*²²⁵

¿Qué tipo de extinción es la que se postula en estos pasajes? En principio es posible plantear que puede pensarse como una muerte enlazada a la detención del movimiento pulsional, o al campo de las representaciones en la medida que éstas no permitan simbolizar algo de lo real, dejando instalada la idea de un cierto vacío psíquico, o bien, como señala Gutiérrez²²⁶, aquella muerte que tiene que ver con la muerte del deseo, en tanto se desligan las representaciones que permiten la emergencia y el sostén del mismo. Para ser más precisos, ¿qué supone la pulsión de muerte para el psiquismo?, ¿qué lugar ocupa en la dinámica pulsional y por qué Freud la relaciona en estos pasajes teóricos con la compulsión de repetición? Un acercamiento posible es que Freud encuentra una vía para situar aquella “sexualidad demoníaca” que surgiera desde sus primeros escritos, ya que como veremos más adelante, ésta se revela como un sustrato no ligado dentro del campo de las representaciones psíquicas. Lo cual problematiza la cuestión de tal manera que el “giro” freudiano de 1920 no sería “más que” una puesta sobre el tapete de aquellos elementos que habían quedado enunciados desde sus comienzos.

Lo interesante de estos recorridos conceptuales radica en poder situar la repetición, su compulsión –el *Zwan-* vinculado a un aspecto mortífero para el

²²⁵ Viereck, G.S. [1957]: *El valor de la vida* (entrevista realizada en 1926 a Sigmund Freud), en “Psychoanalysis and the Future”, New York.

²²⁶ Gutiérrez, G.: *La banalidad de la pulsión de muerte*, Revista de Psicoanálisis, Tomo LXVII, Nº 4, Buenos Aires, APA, 2010

psiquismo. En este sentido, seguiremos por la senda que presupone la existencia en el ser humano de una sexualidad que se satisface con el displacer, entendiendo este último elemento no como la insatisfacción pulsional, sino justamente su contrario, dado que como plantea Freud la pulsión siempre tiende a la satisfacción²²⁷, pero podemos con esto preguntarnos precisamente por aquello que se satisface en la pulsión de muerte. De este modo, es necesario indagar en aquel enunciado de Freud donde da cuenta de que la pulsión conlleva en sí misma un factor conservador, un retorno a un estado anterior, un retorno a lo inorgánico. Lo cual plantea sin mayores reflexiones que la pulsión en sí misma tiende a la repetición.

I. El carácter conservador de la pulsión

Freud, en *Más allá del principio de placer*, instala en sus primeros capítulos ciertas problemáticas que podemos denominar según el prisma de lo clínico, a saber, el hecho de que se repitan incesantemente los sueños de las neurosis traumáticas, siendo estos de carácter displacentero, el juego del Fort-da que visualiza en su pequeño nieto, según el cual repite la desaparición de un objeto y que surge a partir de la displacentera experiencia de la desaparición de la madre de su campo visual, y el problema de la transferencia, a partir de la cual los neuróticos repiten todas las ocasiones indeseadas y situaciones afectivas dolorosas²²⁸. Es justamente en función de estas situaciones, a las que podríamos agregar las preguntas clínicas contemporáneas de por qué el toxicómano a sabiendas de que su relación con el objeto de consumo le causa daño continúa sin mayores cuestionamientos su mortífero ritual, o bien por qué las anoréxicas rechazan

²²⁷ Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

²²⁸ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio de placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001.

una nutrida alimentación y “prefieren” sujetarse a una imagen esquelética idealizada. ¿Qué tipo de satisfacción hay en estas escenas clínicas? ¿Por qué la reiteración de lo displacentero asume un rol protagónico para la experiencia humana?

Para el padre del psicoanálisis una primera aproximación al problema tiene una respuesta tajante:

“En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia y al destino fatal de los seres humanos, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer”²²⁹

Ahora bien, así planteada la problemática, la pregunta que sigue es justamente qué esfuerzo a esta compulsión, que de algún modo es posible situar como causa de las conductas que rebasan la búsqueda del placer. De dónde surge, a qué se asocia, qué tipo de relación establece con los modos de funcionamiento psíquico. Lo que es claro es que el hablar de compulsión (*Zwan* en alemán), adhiere a la cuestión una impronta de reiteración desenfrenada, de –tal como lo señalara Freud- una marca de lo demoníaco, del exceso que no es posible de asir. A nuestro entender es justamente la idea del *exceso*, y al mismo tiempo de *resto* inasimilable la que impera en este nuevo acercamiento a la cuestión de la repetición.

Tanto es así para el psicoanalista de Viena que una respuesta tentativa, y que evidentemente será un factor a considerar en el análisis de la pulsión de muerte, es que

²²⁹ Ibid, p. 22

es la propia pulsión la que como rasgo fundamental supone un retorno. Lo cual, si bien nos parece una respuesta que de cierta forma obtura la reflexión, dado que es una respuesta bastante esencialista, naturalista por decirlo de algún modo, no deja de ser trascendente ya que imprime la significación de que la compulsión de repetición está más allá de toda elaboración o reelaboración, es decir, participa de la constitución misma del psiquismo. No es un aspecto que surja por añadidura, sino que comanda la realidad psíquica, leamos a Freud:

*“Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica”*²³⁰

Si bien señalábamos que este acercamiento al problema le da un cierto toque esencialista, creemos al mismo tiempo paradójicamente que, al ser la pulsión un concepto límite, que se sitúa entre lo psíquico y lo somático²³¹, y que a su vez como lo plantea Freud desde sus *Tres ensayos*, se va construyendo en torno a la sexualidad infantil, es decir, no proviene del nacimiento sino que supone una constitución –como podemos ver en torno a la idea de *apuntalamiento*²³² de lo sexual sobre el ámbito de la necesidad-, la “reproducción del estado anterior” está ligado a un cierto devenir histórico del sujeto.

²³⁰ Ibid, p. 36

²³¹ Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

²³² Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Podemos conjeturar en este sentido que no se repite cualquier “estado anterior”, sino aquellos que han establecido una marca de la que el sujeto no puede desprenderse para su propia constitución. De este modo es dable preguntarse ¿para qué necesita el sujeto de la reproducción del estado anterior?, ¿es subsidiaria esta función psíquica de la constitución del sujeto? Sin responder directamente a estas preguntas, sólo recordaremos que para Freud la pulsión presenta una *naturaleza conservadora*.

II. Lo ligado y lo no-ligado para el psiquismo

Massimo Recalcati afirma en su trabajo *Meditaciones sobre la pulsión de muerte*, que “la arqueología pulsional de Freud muestra que el impulso conservativo de la pulsión contrasta con todo programa de civilización del ser humano. Muestra que un resto pulsional, un plus pulsional, un *triebhafter*, no se deja gobernar por el programa de la Cultura”²³³. A la luz de esta afirmación queda circulando la idea de que el impulso conservativo, al cual nos referimos recientemente, asume una complicidad con un *resto* que no se deja gobernar por el campo de las representaciones psíquicas. Parafraseando a Freud, podremos decir “de acuerdo a la segunda tópica freudiana, que algo del Ello, reservorio de las pulsiones, no se deja gobernar por el trabajo que realiza el Yo”.

Ya en el capítulo de este mismo trabajo acerca de la *Repetición y pulsión*, habíamos dejado esbozada la noción, que se desprende de la teorización freudiana, de dos formas de entender lo inconsciente, una de las cuales –como señala Soler²³⁴- es más pulsional, éste queda fuera del trabajo secundario que liga las inversiones a

²³³ Recalcati, M.: *Meditaciones sobre la pulsión de muerte*, en Alemán, J. [et. al.]: *Lo real de Freud*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2007., p. 85

²³⁴ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

representaciones-palabra. Freud subraya en 1920 precisamente este elemento, que la compulsión de repetición es más “pulsional” que el principio del placer que ella destrona. Para el padre del psicoanálisis se impone la cuestión de pensar en aquello que acicatea y no descansa. De algún modo la compulsión de repetición supone esta otra forma de emergencia de lo inconsciente, Freud lo refiere del siguiente modo:

*“La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas”*²³⁵

A la luz de estas líneas cabe preguntarse por ¿qué lugar ocupa en la dinámica psíquica este *resto* que habita lo inconsciente, que surge de la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido, y que a todas luces es más pulsional que “lo reprimido” configurado por las representaciones que anidan en el inconsciente?

Freud, en *Más allá del principio de placer*, hace una distinción entre las mociones pulsionales que no obedecen al tipo del proceso nervioso ligado, encadenadas al proceso que denomina libremente móvil y las representaciones de investidura ligada, que surgen fruto del trabajo de los estratos superiores del aparato anímico. Esta

²³⁵ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio de placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 42

distinción permite abrir una reflexión en torno a lo que en el psiquismo adquiere la forma de lo no representacional, de lo irrepresentable. Podemos preguntarnos, tal como lo hace Gutiérrez en su sugerente trabajo sobre *La banalidad de la pulsión de muerte*²³⁶, si acaso es posible poner en conversación o aún más asimilar aquello no ligado en el psiquismo con la pulsión de muerte que opera de forma silenciosa y avasalladora.

Gutiérrez en su trabajo propone pensar que lo primero que se presenta en el ser humano es la pulsión de muerte. De este modo, nos recuerda las palabras de Freud donde se señala que el odio (como repulsa de lo exterior) está antes que el amor. Para el autor lo primero sería “*una energía inmanejable, no atada a representaciones, ni a vínculos, ni a imágenes, ni a nada*”²³⁷, que de alguna manera está directamente asociada a la energía libre que planteaba Freud y que no se liga a representaciones o lo hace de un modo sumamente precario, como en el llamado proceso primario. “*Se trata de esa energía que, con tanta frecuencia, se manifestaba en los enfermos en forma de angustia, de experiencias traumáticas, de repeticiones inquietantes, de síntomas incomprensibles, de vivencias ominosas, etcétera.*”²³⁸ Esta energía sólo en la medida que logra atravesar la barrera que define la censura, es que se puede ligar a representaciones-palabra y con ello delimitar un deseo objetal.

Continuando con el argumento de Gutiérrez, este modo de lazo entre la energía libre y las representaciones son la forma que tiene el psiquismo para domeñar las pulsiones, más allá de si las representaciones son indicio de experiencias satisfactorias o insatisfactorias, o son conscientes o inconscientes lo importante es que la energía adopta sustento psíquico, se liga. De acuerdo a esta energía ya ligada, es que el aparato

²³⁶ Gutiérrez, G.: *La banalidad de la pulsión de muerte*, Revista de Psicoanálisis, Tomo LXVII, Nº 4, Buenos Aires, APA, 2010

²³⁷ Ibid, p. 739

²³⁸ Ibid, p. 740

psíquico podrá dar forma a la pulsión, en tanto éste a través de sus operaciones maniobra sobre los representantes de la pulsión: “*Las represiones primarias, las conrainvestiduras, las represiones secundarias, etcétera, sólo pueden ejercerse sobre las representaciones. Y esta actividad irá constituyendo un aparato psíquico que será básicamente representacional.*”²³⁹ Ahora bien, es pertinente volver a Freud y señalar que es justamente este modelo el que se verá trastocado, cuando ya las operaciones psíquicas no dan abasto para hacer frente a lo que queda fuera del campo de la representación, aquello no-ligado del psiquismo. Con Freud puede relacionarse esta energía libre a su teoría de que la angustia es libido no articulada en el campo de la representación.

Para Green este aspecto representa el problema de la temporalidad, por cuanto si la pulsión “pulsa” en la modalidad de un ritmo vital será tarea del psiquismo temporalizarla, introducirla en el tiempo. Lo que trabaja el autor de *El tiempo fragmentado*, es cómo la pulsión de vida, que liga, está en directa relación con una *función objetalizadora* la cual se sostiene en la meta de transformar pulsiones en objetos, es decir, ligar la pulsión y con ello introducirla en el campo representacional que a su vez permita temporalizar la misma, lo que se produce según el autor a través de un *investimiento significativo*²⁴⁰. A diferencia de una función *desobjetalizadora* que impide la formación de objetos o tiende a descalificar aquellos que ya se hubiesen constituido, y por ende destruye la temporalidad que el psiquismo construye, la repetición intenta hacer el vacío en el interior del aparato psíquico, de ahí que ésta pueda ser entendida como un asesinato del tiempo.²⁴¹ En torno a la función objetalizadora que como ya vimos liga la pulsión, Green señala que “*lo que hace*

²³⁹ Ibid, p. 741.

²⁴⁰ Green, A. y otros: La pulsión de muerte, Buenos Aires, Amorrortu, 2008

²⁴¹ Green, A.: *El tiempo fragmentado*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

posible esa objetalización transformadora del funcionamiento pulsional es la intervención del objeto en su relación con el tiempo.”²⁴² De lo que se desprende que la función desobjetalizadora, propia de la pulsión de muerte, sitúa a la pulsión fuera del tiempo.

En suma, creemos que es plausible la idea de que aquello no-ligado surge como representante de la pulsión de muerte, en el sentido de una energía indomeñable, que no establece vínculo con la historia del sujeto, marcada esta última por el cúmulo de inscripciones de experiencias tanto placenteras como displacenteras. Creemos que puede establecerse que lo no-ligado da cuenta para el psiquismo de aquello que no ha pasado por las redes del significante y que siendo de “eficacia presente”, como el trauma, sigue pulsando en el interior del psiquismo a costa de que dicho elemento genere displacer para el yo.

III. Dos modos de concebir lo inconsciente

Creemos necesario redundar y profundizar en la idea de la existencia de dos modos de concebir lo inconsciente, dado que esta diferencia permite iluminar la segunda cara de la repetición, es decir, la denominada compulsión de repetición propiamente tal. Lo que se intenta esclarecer en estas líneas es que con *Más allá del principio de placer*, se conjuga o se asienta definitivamente en la teoría freudiana otra faz del inconsciente que opera de forma autónoma y desconociendo las operaciones psíquicas -como la represión- que hasta ese momento comandan la vida anímica. El concepto de pulsión de muerte obliga a una duplicación del inconsciente, operación que

²⁴² Ibid, p. 112

como se verá en 1923, en el *Yo y el ello*²⁴³, corresponde a la necesidad de darle un lugar, tópicamente hablando, al interior del aparato psíquico a la vida pulsional, a las pasiones dirá Freud.

Con estas dos caras diversas de lo inconsciente no nos referimos a los modos que tuvo Freud de referirse al mismo, que como ya sabemos estipula tres sentidos de su conceptualización, a saber, un sentido descriptivo de lo inconsciente que califica a las representaciones que no pertenecen a la conciencia, esto es, que abarca tanto a las representaciones pre-concientes como inconscientes; un sentido dinámico que refiere a las fuerzas contrapuestas a las que están sometidas las representaciones y que determinan su accesibilidad a la conciencia o su confinamiento al inconsciente; y un sentido tópico que denota su condición de sistema, continente y lugar de las representaciones reprimidas.

Para seguir la senda de lo que intentamos señalar podemos referirnos a la distinción que propone Recalcati, cuando instala la diferencia entre el inconsciente como *subversión* y el inconsciente como *destrucción*. El autor señala que así como el sueño ha sido la vía regia para encontrar el inconsciente como lugar del deseo reprimido, el trauma y la repetición devienen la vía regia para encontrar el Ello como lugar de la pulsión de muerte. Nos dice: “*El tiempo del trauma no es el tiempo evanescente del sueño, sino el tiempo que se repite, igual a sí mismo, es un tiempo sin posibilidad de olvido. Es un tiempo sin posibilidad de duelo. En la repetición retorna lo que no ha sido simbólicamente elaborado*”²⁴⁴.

A partir de estas nociones es posible entender la figura de la energía no-ligada, que planteábamos anteriormente, relacionada con la pulsión de muerte, dado que justamente lo que se impone es pensar en una pulsión que no tiene tiempo, a diferencia

²⁴³ Freud, S. [1923]: *El yo y el ello*, Obras Completas, Tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

²⁴⁴ Recalcati, M.: *Meditaciones sobre la pulsión de muerte*, en Alemán, J. [et. al.]: *Lo real de Freud*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2007, p. 77

de la energía ligada que circula por las tramas del deseo, de este modo podemos correlacionar no-ligado con no-tiempo. Ya Freud había señalado en su trabajo de 1915 sobre *Lo inconsciente*²⁴⁵, entre otras características primordiales de lo inconsciente su atemporalidad²⁴⁶, con lo que asumimos que algo de la pulsión de muerte se iba fraguando –sin saberlo- con la propia definición de inconsciente que el psicoanalista de Viena articulaba.

El Ello empuja, pulsa, es reservorio de los montos de afecto, determinando un exceso para el psiquismo dado que su existencia supone siempre un resto no asimilable por el deseo, ni gobernable por el Yo. De acuerdo a la expresión que Freud rescata de Groddeck –de quien obtiene la categoría de *Ello*- “*somos vividos por poderes ignotos, ingobernables*”²⁴⁷, lo cual se evidencia aún más con la metáfora freudiana que asocia al yo con un jinete que debe enfrentar la “fuerza superior” del caballo, siendo este último directamente relacionado con el Ello. De acuerdo a esta metáfora queda establecido, además de que el Yo intenta gobernar las pasiones, que el jinete, el Yo, si quiere permanecer arriba del caballo, a menudo no le queda otra opción que “*conducirlo adonde este quiere ir*”²⁴⁸. En este sentido, es dable pensar que si la pulsión de muerte se asocia al Ello, como lo hace Recalcati, lo no-ligado en variadas ocasiones hace sucumbir a la acción del Yo, encargado de la ligazón de la energía.

Aparece así una “necesidad” de la compulsión de repetición, en tanto el Yo en ocasiones requiere asumir su indefensión frente a las energías no-ligadas de la pulsión de muerte. De acuerdo a esto nos preguntamos: ¿Es que el ser humano necesita darle espacio en su experiencia de vida a lo que rebasa al deseo?, o en este mismo sentido, ¿es que el orden de lo traumático es algo inmanente a la vida psíquica? Dejaremos estas

²⁴⁵ Freud, S. [1915]: *Lo inconsciente*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

²⁴⁶ En conjunto con la ausencia de contradicción y sustitución de la realidad exterior por la psíquica.

²⁴⁷ Freud, S. [1923]: *El yo y el ello*, Obras Completas, Tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 25

²⁴⁸ *Ibid*, p. 27

preguntas instaladas para abordarlas más adelante, sin embargo podemos señalar que esta cara de lo inconsciente y el desborde de la fuerza ingobernable del Ello, es un aspecto estructural para Freud, y no sólo se liga a lo traumático como acontecimiento contingente. En este sentido es posible plantear, y será necesario de abordar, que existe una dimensión estructural del trauma como exceso no asimilable, no simbolizable, que como veremos en un capítulo posterior se relaciona directamente con lo que Lacan define como lo *real*.

Es importante señalar a estas alturas de la cuestión, que Freud no anula el inconsciente como lugar del deseo reprimido con este otro modo de entender lo inconsciente, como Ello, como lugar de la pulsión de muerte, más bien intenta pensarlos juntos en su falta de asimilación. Por un lado surge el inconsciente como experiencia de la subversión del sujeto -término que será utilizado por Lacan. En tanto que deseo reprimido el inconsciente reduce el poder deliberativo de la conciencia, el yo deja de ser el patrón de su propia casa. Y por otro, surge la idea de acuerdo a la experiencia clínica de Freud, donde aparecen fenómenos como la reacción terapéutica negativa, según la cual los pacientes “rechazan” la cura, de un inconsciente comandado por un efecto de destrucción, como señala Recalcati, la noción de pulsión de muerte expresa, en efecto, el escándalo de la tendencia de los seres humanos a perseguir el propio mal: “*Si el efecto de subversión es un efecto de descentramiento que destituye al yo como centro ontológico, el efecto de destrucción muestra que el sujeto no sólo está dividido sino que, sobre todo, estructuralmente, está vuelto contra sí mismo*”²⁴⁹. Lo cual nos hace recordar la propuesta freudiana expuesta ya en *Pulsiones y destinos de pulsión*²⁵⁰, donde

²⁴⁹ Recalcati, M.: *Meditaciones sobre la pulsión de muerte*, en Alemán, J. [et. al.]: *Lo real de Freud*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2007., p. 79

²⁵⁰ Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

se plantea como uno de los destinos posibles la vuelta de la pulsión hacia la propia persona²⁵¹.

IV. Lo irrepresentable para el psiquismo

No es una empresa fácil discernir en función de los distintos momentos de la obra freudiana, a lo que el psicoanalista se refiere con el concepto de pulsión de muerte. Existe siempre una cierta confusión al momento de definirla, dado que como se postula la pulsión de muerte además de ser silenciosa, no puede desligarse del trabajo que articula la pulsión de vida, es decir, ambas laborarían juntas en el aparato psíquico. El problema de la mezcla y la desmezcla pulsional hace que no siempre se pueda aislar los efectos y la labor de la pulsión de muerte, ya que se presenta anudada y entrelazada a Eros. Sin embargo, es posible a la luz de los desarrollos freudianos enunciar ciertas características que permiten, a costa de su esquematización, dar cuenta del trabajo que supone cada una, Freud lo plantea del siguiente modo:

*“...junto a las pulsiones conservadoras [las pulsiones de muerte], que compelen a la repetición, hay otras que esfuerzan en el sentido de la creación y del progreso”*²⁵²

O en otro sentido:

²⁵¹ Los otros destinos que se enuncian en este trabajo son: *Trastorno hacia lo contrario, la represión y la sublimación*.

²⁵² Freud, S. [1920]: *Más allá del principio de placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 37

“La meta de la primera [la pulsión de vida] es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón (Bindung); la meta de la otra [la pulsión de muerte] es, al contrario, disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo”²⁵³

A partir de estas definiciones, es posible preguntarse si acaso la función de la pulsión de muerte, es “sólo” disolver los nexos creados por la pulsión de vida, por la ligazón que esta supone, o bien, la pulsión de muerte es más elemental, más primaria y esta disolución es sólo consecuencia de un trabajo además de mudo, anterior a la producción de unidades. Si bien una respuesta tentativa puede encontrarse, tal como lo veremos más adelante, en la relación a las pulsiones y el sadismo-masoquismo, por cuanto estos elementos permiten pensar en la constitución misma del psiquismo, a partir de la vuelta de la pulsión hacia la propia persona, la cuestión puede ser abordada en función de un elemento estructural, en el sentido de que el aparato psíquico mismo supone para su constitución una diferencia que nunca será representada ni por las representaciones-palabra, ni por las representaciones-cosa.

Este factor supone que lo inconsciente siempre quedará en deuda con el deseo, lo que en términos de los últimos años del trabajo de Sigmund Freud²⁵⁴, fue enunciado como la *roca de base* que pone límite al trabajo de elaboración psíquica y que de alguna manera se vincula con el factor cuantitativo que supone el exceso de energía para el psiquismo, el trauma.

²⁵³ Freud, s. [1940]: Esquema del psicoanálisis, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 146

²⁵⁴ Freud, S. [1937]: Análisis terminable e interminable, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

En torno a estos planteamientos, Green plantea la diferencia entre inconsciente reprimido e inconsciente escindido. Este último –el primero ya ha sido expuesto–, supone la existencia de huellas que no pudiendo simbolizarse ni conectarse con palabras –huellas tal vez de lo perdido, inscripto quizás como falta o como vacío– son inferidas por sus efectos. Estas huellas podrían quedar funcionando como escindidas, produciendo efectos muchas veces como actos que se vinculan con lo mortífero y que es posible suponer que tienen que ver con dificultades en la represión primaria²⁵⁵. Escindido, en su acepción de separado del resto, puede ser considerado como coartado en sus posibilidades de integrarse en una cadena de representaciones o de significantes. Rebella²⁵⁶, en su interesante trabajo *Repetición desde el desamparo*, señala que lo escindido, relacionado muchas veces con lo traumático, aunque acceda a la conciencia, no es posible de vincularse con el resto de las representaciones.

Marucco²⁵⁷ en este mismo sentido, propone establecer la categoría de *huellas ingobernables*, que asumirían el lugar de heridas narcisistas sin palabras, con un déficit en cuanto a la historia, o al menos instalan un tipo de historia diverso a la temporalidad que establece el deseo reprimido configurado por huellas mnémicas, son marcas que no participan de la malla, pero suponen una *presencia*. Estas huellas ingobernables no tendrían la capacidad de ligadura con el proceso secundario, presentándose como repeticiones irrepresentables. Marucco se pregunta ¿de qué tipo de inscripciones o huellas se trata? ¿auditivas?, ¿visuales? ¿o más ampliamente sensoriales? En cualquier caso son para él: *significantes pre-lingüísticos*. La repetición, para el autor, incluye en este sentido una problemática que está en el núcleo de los debates del psicoanálisis

²⁵⁵ Rebella, G.: *Repetición desde el Desamparo*, en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 2007, <http://www.apuruguay.org/apurevista>

²⁵⁶ Ibid

²⁵⁷ Marucco, N.: *Entre el Recuerdo y el Destino: la Repetición*, en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 2007, <http://www.apuruguay.org/apurevista>

contemporáneo, a saber, la de lo representado, lo no representado y lo irrepresentable en el psiquismo.

Freud dio luces de este aspecto cuando planteó en 1937, haciendo alusión a la alucinación, la pregunta de si acaso en ella no retorna algo vivenciado en la edad temprana y olvidado luego:

*“algo que el niño vio u oyó en la época en que apenas era capaz de lenguaje”*²⁵⁸.

Estas huellas o marcas reclaman alguna posibilidad de ligadura, quedan en posición de exceso que exige al psiquismo, dado que se inscriben previo a la adquisición del lenguaje. Marucco lo señala del siguiente modo: *“No hubo ‘tiempo’, ni psiquismo suficientemente estructurado, para que lo traumático pudiera ser contenido por la representación e incluido en las regulaciones del principio de placer”*²⁵⁹. Creemos pertinente hacer eco de una pregunta que dejó formulada Alemán²⁶⁰ en uno de sus trabajos acerca del olvido: ¿qué es el pasado cuando no se recuerda?, ¿en qué clase de silencio se convierte cuando no vuelve al presente mediante la memoria? Como primer acercamiento diremos que es la pulsión en el Ello, fijada al trauma y prácticamente sin objeto. Para Marucco se puede pensar en torno a estos parajes la idea de *embrión de la pulsión* con el que se refiere a los momentos originarios del psiquismo donde la pulsión, sin llegar a la representación, tiende básicamente a la descarga en el

²⁵⁸ Freud, S. [1937]: *Construcciones en el análisis*, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorroutu, 2001, p. 268

²⁵⁹ Marucco, N.: *Entre el Recuerdo y el Destino: la Repetición*, en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 2007, <http://www.apuruguay.org/apurevista>, p. 34

²⁶⁰ Alemán, J., Larriera, S.: *El inconsciente: existencia y diferencia sexual*. Madrid, Síntesis, 2001

acto o en el cuerpo²⁶¹. Este embrión de la pulsión permite pensar en lo *arcaico* en psicoanálisis, ese empuje regresivo hacia un estado casi previo al encuentro con el otro.

Freud percibió este embrión, lo instaló en el campo de la clínica, si bien no con este nombre, se refirió a aquello que olvidado y no representado todavía, está presente. El padre del psicoanálisis lo denominó en función de una analogía con los restos arqueológicos como *lo soterrado*:

*“Todo lo esencial se ha conservado, aun lo que parece olvidado por completo; está todavía presente de algún modo y en alguna parte, solo que soterrado, inasequible al individuo”*²⁶²

A la luz de estos planteamientos es que podemos pensar en aquello no-ligado ya desde los comienzos del andamiaje psíquico, es decir, no se trataría de una operación de desligadura que opera en el aparato, sino que emerge como un rasgo necesario para la constitución del mismo, en la medida que estas huellas arcaicas presentan una relación de escisión con el tejido psíquico, aún cuando empujen una y otra vez para ser reconocidas por el sujeto. De acuerdo a esto es que la pulsión de muerte da cuenta de aquello que se resiste a circular como los elementos que configuran el deseo, se abstiene de representarse tanto en la conciencia como en el inconsciente.

Si bien no abordaremos de un modo profundo esta problemática, que por lo demás emerge como sumamente sugerente para los estudios psicoanalíticos, si creemos

²⁶¹ Marucco, N.: *Entre el Recuerdo y el Destino: la Repetición*, en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 2007, <http://www.apuruguay.org/apurevista>

²⁶² Freud, S. [1937]: *Construcciones en el análisis*, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 262

pertinente preguntarnos si lo *soterrado* que plantea Freud o lo *arcaico* en términos de Marucco y otros, aparece como más allá de las *representaciones de cosa* inconscientes que empujaran a través del desplazamiento o la condensación para figurar en la conciencia.

Un modo sumamente interesante de pensar esta cuestión es el camino que abre la investigación acerca del lugar de lo sonoro para la experiencia humana. Desde esta noción creemos que es posible preguntarse si acaso lo arcaico más que responder a huellas en el sentido de representaciones cosa, no responde más bien a un registro en términos del sonido mismo que atraviesa el cuerpo, tonos, vibraciones, volúmenes. Podemos pensar, para entender mejor estas elucubraciones, en el cuerpo del infante incluso antes de nacer, cuando en el vientre de la madre vibra de acuerdo a los tonos y sonidos que provienen de un exterior. Se desprende del trabajo *En el juego del deseo* de Françoise Doltó, psicoanalista francesa que trabajó a de manera directa con Lacan, que la musicalidad trasciende a las palabras, pertenece ésta a un *más allá* que la psicoanalista identificará con ese tiempo *–in utero–* en el que el pequeño cuerpo del infante no es aun cuerpo sino masa de órganos marcada por los padres. Un “trozo de carne”, pero atravesado por las primerísimas manifestaciones de un lenguaje que, no obstante no saberlo, habita antes del nacimiento²⁶³.

En este sentido el sonido como experiencia puede ser pensado en un estatuto previo al orden de la representación, sea esta *representación de cosa* y con mayor razón *representación palabra*. La representación de cosa tal como lo recuerda Laplanche, supone una catexis de una huella mnémica²⁶⁴, con lo que se destaca el papel de una memoria ligada a inscripciones psíquicas. Jiménez a este respecto, y con la intención de diferenciarse de las huellas mnémicas, habla de *trazos acústicos* que designan un modo

²⁶³ Doltó, F.: *En el juego del deseo*, México, Siglo XXI, 1983, pp.262-263

²⁶⁴ Laplanche, J.: *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2004

de inscripción originario cuya base es, muy probablemente, inmaterial, sonoro: los latidos del corazón de la madre, el canto del padre, aquellas vibraciones producidas por el mundo circundante, aún antes de que el cuerpo en tanto cuerpo nazca, se constituyen en trazos a los que el sujeto no podrá renunciar²⁶⁵.

Cabe preguntarse, y esperamos sea trabajo de otras investigaciones, por la distinción entre lo que supone las representaciones de cosa y lo arcaico, o los trazos acústicos, dado que aparece como un punto nodal en lo que se refiere a lo irrepresentable para el psiquismo. ¿Es que aquello irrepresentable en tanto registro de lo sonoro para el ser humano, plantea un vínculo con la pulsión de muerte? Como decíamos no nos detendremos en este punto, pero si señalaremos para cerrar la cuestión de la relación entre la pulsión de muerte y lo irrepresentable que como señala Marucco, existe la opción de que aquello soterrado, lo arcaico a través de una transacción pudiera alcanzar las tramas del deseo y, enmascarado en él, se manifieste como síntoma. Frente a esto creemos que el análisis abre el camino de la creación, en el encuentro con un otro analista, de nuevas representaciones implicadas en la dimensión del deseo, es decir, incluir aquello arcaico en lo reprimido inconsciente. Con esto se vislumbra la posibilidad de que la pulsión de muerte misma sea atemperada por el trabajo analítico, permitiendo que la compulsión de repetición mortífera devenga síntoma analizable. Aún así, si bien esto se plantea como un posible trabajo clínico, no está demás subrayar el carácter omnipresente y estructural de aquellos trazos pre-psíquicos.

²⁶⁵ Jiménez, J.: *Tañer las cuerdas: Notas sobre escucha e interpretación psicoanalíticas*, De Inconscientes, www.deinconscientes.com

Alcances de lo no-ligado y lo irrepresentable para el problema de la repetición

Los alcances para el tema que nos convoca de lo expuesto hasta aquí refieren básicamente a cinco aspectos.

El primero punto que se hace necesario explicitar y que al mismo tiempo hace de telón de fondo de la discusión en su totalidad es que la muerte para el pensamiento freudiano se sitúa como un elemento estructural y que más allá de ser una muerte como término de la vida misma, ésta refiere a un ir y venir de las fuerzas inmiscuidas en la constitución psíquica. La muerte para Freud y a partir de él para el psicoanálisis, supone las travesías de la pulsión misma, como señalaba Korman, es la muerte en tanto seres sexuados con lo cual se apela a una función psíquica de que no todo lo que participa de la experiencia psíquica humana tiene que ver con el campo de lo representable²⁶⁶. La pulsión en sus dos caras, a saber, pulsiones de vida y pulsiones de muerte se imbrica en un complejo campo donde lo mortífero toma color de un exceso que la propia representabilidad no logra asir. La noción de compulsión de repetición nos habla de un factor mortífero en tanto aquello no asimilable y que tiene el carácter de un rasgo autónomo. Con esto el gran desplazado es el principio de placer, dado que entra en escena el resto acuciante que no deja de pulsar por su reconocimiento a expensas de lo ligado para el aparato psíquico.

En este mismo sentido, pero separado como un segundo elemento, podemos señalar que la pulsión de muerte nos trae a la discusión un elemento estructural del ser humano, ya no se repite en función de la reiteración de la experiencia de satisfacción, sino que se repite en cuanto búsqueda demoníaca de desligar lo que la instancia yoica

²⁶⁶ Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, España, Síntesis, 2004

liga. De este modo podemos dar cuenta en la experiencia humana de un principio más profundo y primario que el principio de placer, que conlleva lo mortífero en el seno de la vida. Si la repetición a estas alturas supone una reiteración de lo displacentero, este aspecto será asimilado por el funcionamiento psíquico como tal, lo displacentero no solo es una tensión para el aparato sino que es constitutivo del mismo. Ahora bien, tal como ha sido expuesto en este apartado a partir del pensamiento freudiano, es la propia noción de pulsión la que conlleva un carácter conservador, esto es, que pretende volver a un estado anterior, con lo que se refuerza la idea de que hay en ella un rasgo que a la postre se evidencia como un elemento estructural. Podemos hipotetizar que el aspecto conservador de la pulsión es subsidiario de la constitución misma del sujeto, por cuanto el impulso conservativo al dictar un retorno que contrasta con el proyecto civilizatorio de la cultura deja instalado en el sujeto un resto que sólo él tendrá que administrar, con lo que queda demarcada la posibilidad de que la propia compulsión de repetición sea considerada como una fuerza constitutiva del sujeto.

Un tercer aspecto importante de subrayar para los fines que aquí se persiguen es cómo la compulsión de repetición instala la cuestión de una cara de lo inconsciente ligada al reservorio pulsional que acicatea permanentemente y no descansa. Recordemos el *Drang* que destacaba Freud en su presentación de la pulsión de 1914, la pulsión es un esfuerzo constante. En este sentido, la repetición ilumina la diferencia entre el placer hallado y el pretendido en tanto factor de goce que no se aferra a las formaciones sustitutivas, reactivas o a las sublimaciones. Esta forma del inconsciente *destrutivo*, como lo subraya Recalcati, es remarcada como un inconsciente que establece su presencia en función de una ausencia, ausencia de representación que deviene hiperpresencia para la experiencia humana, nadie queda fuera de la función de

la repetición como agente del inconsciente y, más aún el ser humano queda en posición de repetir aquello que no ha podido administrar.

Un cuarto elemento, fundamental para acercarse a los lazos establecidos entre la pulsión de muerte y la repetición, tiene relación con pensar la pulsión de muerte como aquello no ligado en el psiquismo. Aquello que está fuera de las redes del significante decanta en la diferencia que se establece entre el inconsciente como reprimido y el inconsciente como escindido, según éste último se puede pensar en la existencia de huellas que no pudiendo simbolizarse ni conectarse con palabras son inferidas por sus efectos. Tal como señalábamos más arriba lo escindido, relacionado con lo traumático, aunque acceda a la conciencia no es posible de vincularse con el resto de las representaciones. Estas son las huellas ingobernables que definió Marucco, pueden ser pensadas en función del aporte del autor como heridas narcisistas sin palabras, con un déficit en cuanto a la historia pero que suponen una presencia.

Finalmente, un quinto y último elemento que es de suma importancia considerar para el problema abordado y que de alguna forma es transversal a los anteriores, es la cuestión de la temporalidad o la no temporalidad que supone para el psiquismo la repetición en tanto pulsión de muerte. El aparato psíquico en tanto articula representaciones e inviste objetos va permitiendo articular una trama de tiempo donde podemos reconocer un cierto antes, un ahora y un después, el movimiento pulsional entra en las redes del significante y la significación a partir de lo cual se establece una temporalidad que, para decirlo de un modo simple, ordena las representaciones. Esta función que liga la pulsión Green la denominó *función objetalizadora*, que básicamente supone la transformación de las pulsiones en objetos, asunto indispensable para sobrellevar la vida a partir de la constitución de un yo organizado. Ahora bien, el mismo Green planteó en relación a la pulsión de muerte una *función desobjetalizadora* que

impide la formación de objetos o bien descalifica lo que ya están constituidos, por ende destruye la temporalidad. En este sentido es sumamente ilustrativo pensar que la repetición ligada a la pulsión de muerte en cuanto función desobjetalizadora intenta instalar un *vacío* en el interior del psiquismo, es lo que se ha dado en llamar el asesinato del tiempo, así la pulsión de muerte se presenta como destructora del proceso secundario que como sabemos se liga al yo. La repetición en tanto pulsión de muerte obtura la posibilidad de domeñar el empuje constante. A los ojos de la noción de trauma se ilumina un cierto tiempo que se repite igual a sí mismo, un tiempo sin posibilidad de olvido. Es posible pensar que en el trauma el vacío rebasa toda forma representativa.

Pasaremos ahora a revisar la cuestión de la pulsión de muerte desde el prisma de la destructividad, que también Freud trabajara fundamentalmente a partir de 1920, en ella aparece otra cara de la cuestión ligada a un aspecto agresivo en el seno mismo de la experiencia humana.

La destructividad y la pulsión de muerte

V. La destructividad, sadismo y masoquismo

Plantear la embrollada relación entre la pulsión de muerte –como fuente de la compulsión de repetición- y la destructividad o, si se permite inicialmente la agresividad, supone establecer un mapa que permita delimitar ambos conceptos. Se hace necesario recorrer los circuitos que circundó Freud con el fin de instalar una faz del problema de la compulsión de repetición autónoma en cuanto a lo destructivo que emerge de la experiencia humana. En un principio diremos, tal como lo señaló Freud, que la pulsión de destrucción es un derivado, un subrogado de la pulsión de muerte, si

bien puede pensarse por momentos la pulsión de destrucción como una fuerza independiente, reconocemos como primordial la dualidad que supone la pulsión de vida y la pulsión de muerte operando en el psiquismo.

El problema de la destructividad se sitúa desde tempranos momentos en el pensamiento freudiano, aún cuando tal como señala Laplanche, exista un desconocimiento por parte de Freud hasta 1920 de la primacía de la autoagresión con respecto a la heteroagresión²⁶⁷. Su aparición está ligada –aspecto al que se le dará continuidad a lo largo de la obra- a la cuestión del sadismo y su correlato masoquista adosado a la función sexual. En *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud aborda la cuestión del sadismo señalándolo en un principio como un elemento constitutivo que participa del ser humano, la sexualidad exhibe un componente de agresión, aspecto que se liga a la necesidad de vencer la resistencia del objeto sexual. En este sentido el sadismo como tal respondería a un componente agresivo de la pulsión sexual que ha devenido autónomo, exagerado. Por su parte el masoquismo abarcaría todas las actitudes pasivas hacia la vida y el objeto sexual, de las cuales la más extrema estaría en la satisfacción a partir del hecho de padecer un dolor físico o psíquico infligido por el objeto sexual.

A partir de estas definiciones es que Freud arriba a la idea de que la crueldad, si se quiere la agresividad y la pulsión sexual se copertenecen de la manera más estrecha. Podemos ver que ya desde 1905, año del texto mencionado, se comienza a establecer una relación directa entre la pulsión sexual y la agresividad, que a la postre no será fácil de inteligir, pero sin ninguna duda seguirá siendo mantenida. A fines de situar el momento de esta discusión es que recordamos que en estos ensayos se planteaba la idea de una cierta participación en la sexualidad infantil de un componente perverso ligado a la parcialidad de la pulsión, a ciertas desviaciones del objeto sexual, o bien a las

²⁶⁷ Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

fantasías incestuosas. No está de más recordar que el primero de los ensayos plantea el problema de las “aberraciones sexuales”²⁶⁸.

La cuestión del sadismo y el masoquismo, primordial para acercarse al problema de la agresividad en psicoanálisis, será abordada años más tarde en *Pulsiones y destinos de pulsión*, ligado a una característica propia de la pulsión. En este trabajo de 1915, Freud da cuenta de que la pulsión presenta como destino, además de la represión y la sublimación, el *trastorno hacia lo contrario* y la *vuelta hacia la persona propia*. Con el trastorno hacia lo contrario Freud explica la vuelta de una pulsión de la actividad a la pasividad, con lo que puede ser entendido el par sadismo-masoquismo, es decir, la misma pulsión puede ser activa en cuanto a agredir al objeto y luego pasar a ser pasiva en tanto el propio sujeto es agredido por un monto pulsional, con relación al contenido de estos procesos se puede explicitar la dualidad amor-odio. Ahora bien, con la vuelta hacia la persona propia se hace más comprensible si se piensa que el masoquismo es un sadismo vuelto hacia el yo propio. En este sentido la meta de agredir es la misma solo que cambia la vía del objeto, esto es, hacia donde se dirige. Es de suma importancia señalar que en estos momentos de la teoría Freud está ubicando al sadismo como un elemento primario en cuanto a lo que comanda la agresividad, hacia donde ésta se dirige, el masoquismo aparece como secundario y es relevado por la vuelta hacia la propia persona que supone el movimiento mismo de la pulsión.

Es dable hacer hincapié en el hecho de que Freud postula en estos momentos de su pensamiento el sadismo como modo de funcionamiento primario ligado a la función sexual, en el sentido de que lo primario estaría en la expulsión. El odio hacia el objeto,

²⁶⁸ Freud, S [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

la agresividad primaria ligada a la función sexual supone la constitución de un yo que se diferencie del mundo exterior. En estos momentos Freud es categórico y señala:

*“No parece haber un masoquismo originario que no se engendre del sadismo de la manera descrita”*²⁶⁹

Continúa más adelante:

*“El gozar del dolor sería, por tanto, una meta originariamente masoquista, pero que sólo puede devenir meta pulsional en quien es originariamente sádico”*²⁷⁰

Con estos pasajes queremos relevar una problemática que resalta como tal en trabajos posteriores, específicamente en *El problema económico del masoquismo*, lugar donde se plantea la hipótesis, para decirlo sin demasiadas vueltas, sobre la existencia de un masoquismo primario. Si bien, en este trabajo de 1924 es donde Freud desenvuelve toda una noción constitutiva del masoquismo y es donde –como nos recuerda Strachey²⁷¹– se analiza la aparente contradicción de una pulsión que apunta al placer.

²⁶⁹ Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 123

²⁷⁰ Ibid, p. 124

²⁷¹ Freud, S. [1924]: *El problema económico de masoquismo*, Obras Completas, Tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Esta problemática ya había sido anunciada cuatro años antes en *Más allá del principio del placer*, donde surge la ligazón del concepto de masoquismo con la pulsión de muerte que nos convoca. Aún cuando no haya sido una idea del todo elaborada, si se establece la posibilidad de considerar una suerte de satisfacción en el displacer propio de la cuestión de la compulsión de repetición.

Para continuar con la línea argumentativa que venimos desarrollando abordaremos los planteamientos que se establecen en el trabajo acerca de la enigmática noción de masoquismo. Freud en 1924 da cuenta de que el masoquismo como búsqueda del psiquismo es incomprensible si se asume el predominio sobre la vida anímica del *principio de placer*, según el cual, como ya hemos observado, se buscaría la evitación del displacer y la ganancia de placer. La tesis desarrollada en *Más allá del principio de placer*, apuntaba justamente al derrocamiento de dicho principio, el aparato psíquico busca repetir aún cuando sean displacenteras experiencias que el sujeto ha experimentado.

Ante la entrada del *principio de Nirvana* en la teoría freudiana, que postula que existe en el aparato psíquico una tendencia a anular o bien mantener las tensiones en el menor grado posible, se presentaba la idea de que todo displacer coincidía con una elevación de la tensión que suponen las cargas para el psiquismo y todo placer coincidía con una disminución de dicha tensión. El principio de Nirvana subsidiaría la hipótesis de la pulsión de muerte, en tanto su meta estaría por completo ligada a conducir la inquietud de la vida a la estabilidad de lo inorgánico. Sin embargo en el trabajo sobre el masoquismo esta lógica es puesta en cuestión, dado que como recuerda Freud es indudable que existen tensiones placenteras y distensiones displacenteras, el ejemplo de la excitación sexual como una tensión placentera puede ser muestra de aquello.

El masoquismo para un Freud posterior a la primera guerra mundial tomaba ribetes de un elemento estructural. Para Laplanche la esencia de la idea de pulsión de muerte está en el hecho de que “*la agresividad se vuelve primeramente contra el sujeto y permanece por así decirlo estancada en él, antes de ser deflexionada al exterior*”²⁷². En el trabajo sobre el masoquismo el psicoanalista de Viena propone establecer tres tipos de masoquismo, el masoquismo primario o erógeno, el masoquismo femenino, y el masoquismo moral, división que según el propio pensamiento del autor, situaría al masoquismo primario como a la base de los otros dos, es decir, queda instalado en un lugar preferencial para entender las lógicas de la agresividad humana. Para lo que aquí venimos desarrollando es necesario relevar el masoquismo primario y el moral, dado que son aspectos que permiten situar el problema de cómo el ser humano se liga al componente destructivo.

La descripción del masoquismo primario o erógeno conlleva la vuelta a un período anterior del pensamiento freudiano, a saber, lo que ya en *Tres ensayos de teoría sexual* había señalado acerca de la compleja imbricación entre el dolor y la excitación sexual. Lo que se discute es que ya en la etapa infantil existiría una coexcitación libidinosa provocada por una tensión dolorosa o displacentera, que si bien es posible que se agote con posterioridad en otros momentos del desarrollo, también es posible y como destaca el autor con no poca frecuencia, se mantenga en las etapas adultas del ser humano. Es decir, existiría desde momentos tempranos de la constitución psíquica una relación constitutiva entre dolor y excitación sexual, Freud lo dice así:

²⁷² Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 117

“Si es lícito suponer que también sensaciones de dolor intenso provocan idéntico efecto erógeno...esta relación constituiría una de las raíces principales de la pulsión sadomasoquista”²⁷³.

Como señalábamos, si bien con el desarrollo psicosexual del ser humano esta forma de resolución psíquica se reprime, de igual forma esta queda situada como una base constitutiva del andamiaje psíquico. Para Freud este aspecto masoquista del ser humano proporciona la base fisiológica sobre la cual se erige como “superestructura psíquica” el masoquismo erógeno. Aspecto de suma relevancia por cuanto al hablar de superestructura se está señalando que el masoquismo erógeno es primario y puede subsistir de forma tácita a los modos de satisfacción psicosexual. Después de 1920 el masoquismo queda situado como primordial, de él derivarían posteriormente tanto el sadismo como el masoquismo perverso.²⁷⁴

Si bien parte del aspecto destructivo del ser humano será expulsado hacia afuera a través de la agresión al objeto, otro monto de energía permanece enfocado hacia el interior del organismo ligado a aspectos de la sexualidad. En esta *mezcla y desmezcla* de elementos agresivos y sexuales es donde se afirmará Freud para señalar que ninguna de las pulsiones de vida o de muerte trabajan por separado, de forma pura, es decir, siempre las encontraremos laborando en conjunto, ahora el tema central para el psicoanálisis será dar cuenta de cómo se imbrican ambas en cada ser humano singular. Con este planteamiento no se desecha los postulados anteriores de Freud según los cuales existiría un sadismo primario, sino que ambos sadismo y masoquismo en su entrelazamiento con aspectos sexuales, permitirían situar el trabajo de la pulsión de muerte desde los más tempranos momentos del funcionamiento psíquico. Creemos que

²⁷³ Freud, S [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 185

²⁷⁴ Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

estos conceptos, sadismo y masoquismo son utilizados por Freud para referirse al problema de la agresividad siempre enlazada con su concomitante sexual.

El masoquismo erótico va acompañando a la libido en las diversas fases del desarrollo psicosexual, para Freud esto puede ser notado en la angustia de ser devorado por el animal totémico (padre), el deseo de ser golpeado por el padre como puede leerse en *Pegan a un niño*, o en la castración entre otros elementos²⁷⁵. En suma, el masoquismo primario participa de la constitución psíquica.

Es sumamente interesante la reflexión que hace Laplanche en su trabajo sobre *Vida y muerte en psicoanálisis*. El autor estipula que la cuestión del sadismo y el masoquismo tienen un acercamiento considerable al planteamiento acerca de la teoría del apuntalamiento, por cuanto la sexualidad nace a partir del apoyo sobre la actividad no sexual del infante, sobre la actividad que puede llamarse instintiva, la sexualidad nace cuando la función vital se separa de su objeto natural o lo pierde. El momento constitutivo de la sexualidad está marcado por el momento reflexivo, en tanto es el momento de retorno sobre sí mismo, el denominado *autoerotismo*. En este sentido, como observa Laplanche, si la teoría del sadomasoquismo concuerda con la teoría del apuntalamiento habrá que señalar que: 1. El primer tiempo activo, dirigido hacia el objeto exterior (designado por Freud como sádico) corresponde a un tiempo no sexual, es decir, propiamente agresivo, destructivo. Y 2. La sexualidad no aparece sino en el retorno sobre sí mismo, es decir con el masoquismo, de manera que en el campo de la sexualidad el masoquismo es ya considerado como primario. Estos apuntes que releva Laplanche permiten subrayar por una parte que para Freud sadismo y masoquismo son eminentemente modos de la agresividad sexualizada, y por otra, que a partir de estas

²⁷⁵ Freud, S. [1924]: *El problema económico de masoquismo*, Obras Completas, Tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

nociones puede pensarse en una destructividad primaria, no sexual, anterior al sadomasoquismo constitutivo, reflexión que retomaremos más adelante.

No podemos dejar de hacer referencia al último tipo de masoquismo que planteara Freud. Aquel que postula la existencia de una instancia psíquica que subvierte al Yo. El masoquismo moral²⁷⁶, puede decirse sucintamente que implica la introyección de la censura dentro del psiquismo, aquella instancia psíquica que como ya sabemos se denomina Superyó. Para Freud es importante hacer notar que esta forma de masoquismo es considerable por cuanto ha aflojado su vínculo con lo que conocemos como sexualidad. El masoquismo moral en tanto deja de lado la libido, supone que la pulsión de destrucción fue vuelta de nuevo hacia adentro y abate su furia sobre el sí mismo propio. Esta forma de masoquismo puede ser pesquisada en la reacción terapéutica negativa por cuanto aparece un sentimiento de culpa inconsciente que hace que el sujeto se adhiera a la enfermedad, al modo de una ganancia secundaria.

Esta *necesidad de castigo* como prefirió denominarla Freud, puede ser pensada en cuanto el yo reacciona con sentimiento de culpa ante la percepción de que no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal, su superyó, instancia que como se sabe supone poder, severidad, inclinación a la vigilancia y castigo²⁷⁷. El problema apunta a los componentes pulsionales destructivos por cuanto la reversión del sadismo hacia la persona propia ocurre regularmente a raíz de la sofocación cultural de las pulsiones, en virtud de la cual la persona se abstiene de aplicar en su vida buena parte de dichos componentes. Para Freud, esto permite pensar que esta parte relegada de la pulsión de destrucción salga a la luz como un acrecentamiento del masoquismo en el interior del yo. Es decir, el sadismo del superyó y el masoquismo del yo se complementan uno al

²⁷⁶ Ibid

²⁷⁷ Ibid

otro, solo así es posible comprender que de la sofocación de las pulsiones resulte un sentimiento de culpa y que la conciencia moral se vuelva tanto más severa y susceptible cuanto más se abstenga la persona de agredir a los demás.

En este sentido es que Freud señala:

“el masoquismo moral pasa a ser un testimonio clásico de la existencia de la mezcla de pulsiones. Su peligrosidad se debe a que desciende de la pulsión de muerte, corresponde a aquel sector de ella que se ha sustraído a su vuelta hacia afuera como pulsión de destrucción. Pero como, por otra parte, tiene el valor psíquico (Bedeutung) de un componente erótico, ni aun la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa.”²⁷⁸

Con el masoquismo moral, como un representante más de las formas de masoquismo que operan en el psiquismo, queda estipulada la tesis freudiana de que el masoquismo es un elemento constitutivo del psiquismo humano. Ahora bien, lo interesante de relevar es que toda forma de masoquismo que se evidencia a partir de los trabajos freudianos está en directa relación con una satisfacción sexual, en este sentido tanto masoquismo como sadismo primario, en cuanto están a la base de la conformación psíquica, suponen un lazo considerable entre la agresividad y la sexualidad. En este sentido la pulsión de muerte está operando en un fuerte complemento pulsional, lo que

²⁷⁸ Ibid, p. 176

se ha denominado la *mezcla* de las pulsiones, con la destructividad, desde este prisma no hay destrucción sin sexualidad.

VI. La pulsión de destrucción, ¿subrogada o autónoma?

La cuestión de la pulsión de agresión como tal no fue tratada por Freud hasta después de 1920, más aún la cuestión de la agresividad misma está prácticamente ausente antes de dicha fecha²⁷⁹. Son los trabajos del último período del pensamiento freudiano, aquellos que se sitúan en torno a problemas culturales, los que hacen que el psicoanalista investigue acerca de las formas que adopta la pulsión de muerte como “pura” pulsión de destrucción. Freud en un párrafo de *El problema económico del masoquismo* lo relata del siguiente modo:

*“En el ser vivo (pluricelular), la libido se enfrenta con la pulsión de destrucción o de muerte; esta, que impera dentro de él, querría desagregarlo y llevar a cada uno de los organismos elementales a la condición de la estabilidad inorgánica. La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora; la desempeña desviándola en buena parte –y muy pronto con la ayuda de un sistema de órgano particular, la musculatura- hacia afuera, dirigiéndola hacia los objetos del mundo exterior. Recibe entonces el nombre de pulsión de destrucción”.*²⁸⁰

²⁷⁹ Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

²⁸⁰ Freud, S. [1924]: *El problema económico de masoquismo*, Obras Completas, Tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 169

No es clara la existencia de una pulsión de muerte autónoma, como ya vimos en torno a la *mezcla* de las pulsiones, sin embargo, como podemos leer en estas líneas, aparece en ciertos parajes una pulsión destructiva anterior a la libido, “*la tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora*”. Pulsión que a todas luces está ligada a la agresividad humana expulsada hacia el exterior. ¿Es que la pulsión de muerte supone una faz independiente de destructividad? ¿Acaso Freud al indagar en los problemas llamados culturales se encontró con un componente agresivo autónomo que comanda de cierta manera el andamiaje psíquico?

Un texto que ilumina el problema de la destructividad en el ser humano, es el que articula un breve pero sumamente interesante intercambio entre Einstein y Freud datado en el año 1932. La entonces llamada Liga de las Naciones encargó escribir una carta a Einstein, donde pudiera preguntar por un tema que considerara de importancia para la época a otro interlocutor que él considerara válido, así el físico alemán elige a Freud a quien escribe una breve carta llamada *¿Por qué la guerra?*. En ella Einstein problematiza la cuestión de los enfrentamientos entre naciones, e instala preguntas como si acaso “*¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?*”. Para Einstein existe un factor que pondrá en juego con Freud, relativo a que en el hombre existe un apetito de odio y de destrucción, de esta manera le pregunta a Freud: *¿Es posible controlar la evolución mental del hombre como para ponerlo a salvo de las psicosis del odio y la destructividad?*, aquí el físico recalca que se refiere a todo tipo de enfrentamientos y por todo tipo de causas.

Lo interesante para nuestros propósitos radica en la respuesta que Freud escribe para el memorable intercambio. En su carta de respuesta el padre del psicoanálisis sitúa

la cuestión primeramente en torno a la relación entre violencia y derecho. Someramente, se refiere a que en una sociedad la fuerza del líder de la horda se sustituye por la unión de los individuos, y ésta se transforma en derecho, que mantiene con ello la violencia primaria pero, por decirlo de algún modo, administrada por la comunidad.

“La violencia es quebrantada por la unión, y ahora el poder de estos unidos constituye el derecho en oposición a la violencia del único.”²⁸¹

En torno a estos pasajes podemos pensar en una violencia constitutiva del ser humano, asunto que aparece en lo que Freud trabajara a propósito del mito de la horda primitiva que viera luz en su trabajo de *Tótem y tabú*²⁸². El padre de *Tótem y tabú* mantiene su poder en función de la administración de la violencia sobre los individuos de la horda, es él quien tiene intercambio privilegiado con las mujeres del grupo. Ahora bien, este mito no necesariamente alimenta la teoría de una pulsión de destrucción intrínseca del ser humano, sino más bien nos habla de una exteriorización de la agresividad en los albores de la constitución de la comunidad, de la sociedad, claramente no por ello desechable. De algún modo nos lleva a pensar en una pulsión de destrucción ligada a la vida colectiva, a la fuerza que sustrae el estado para su establecimiento.

Un segundo momento de la respuesta que articula Freud a la carta de Einstein, refiere a directamente a la cuestión de las pulsiones. En él se confirma la imbricación

²⁸¹ Freud, S. [1932]: *¿Por qué la guerra?*, Obras Completas, Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1997

²⁸² Freud, S. [1912]: *Tótem y tabú*, Obras Completas, Tomo XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

pulsional de Eros y destructividad, no aparece ninguna referencia clara a que la destructividad sea un elemento previo o primario. Es más, el hecho de que ambas pulsiones trabajen juntas permanentemente hace que haya sido una empresa compleja el subrayar a cada una de manera separada. Ahora bien, lo que si resalta es que la destructividad es un subrogado de la pulsión de muerte, es su exteriorización y en este sentido, la cultura aparece como el dique fundamental para el aplacamiento de dicha moción. Lo que se juega en este escrito es la idea de que la pulsión de muerte deviene pulsión de destrucción cuando es volcada hacia afuera, hacia los objetos con la ayuda de órganos particulares como la musculatura, de esta forma dirá Freud, que el ser humano preserva su propia vida destruyendo la ajena, aún cuando una parte de la pulsión de muerte pueda ser dirigida hacia el interior.

La agresión humana queda situada como elemento estructural y estructurante, la guerra puede ser entendida como una exteriorización “natural” del ser humano que vive en sociedad, este supuesto hace que Freud anteponga los ideales culturales, aquello que denomina la “dictadura de la razón” como la gran contraparte de la oscura agresividad. A estas alturas del pensamiento freudiano ya se puede vislumbrar una visión del ser humano que se aleja de un ideal intrínsecamente bueno o manso, lo que podría llevar a separar de él una pulsión agresiva. Para el Freud de los estudios culturales la inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria del ser humano y la cultura encuentra en ella su obstáculo más poderoso, Leamos a Freud en su 32ª conferencia, *Angustia y vida pulsional*:

“Por desdicha, lo que la historia nos confirma y lo que nosotros mismos hemos vivenciado no nos habla en ese sentido [el de un

hombre violento sólo por los regímenes sociales que se han impuesto],
*sino más bien justifica el juicio de que la creencia en la “bondad” de
la naturaleza humana es una de esas miserables ilusiones que, según
los hombres esperan, embellecerán y aliviarán su vida, cuando en
realidad sólo les hacen daño*”²⁸³

Nos parece que Freud a estas alturas de su obra ya es categórico en relación a la existencia en el ser humano de una fuerza destructiva, no sólo ligada a lo que ya expusimos acerca del par sadismo-masoquismo, sino que también en torno a una compulsión agresiva que habita al hombre y que como toda pulsión, sea sexual o destructiva, debe ser atemperada con el fin de sostener el vínculo social. Desde que expuso la noción de una pulsión de muerte en *Más allá del principio de placer*, se instaló la idea de que algo en el ser humano tiende a desunir lo que Eros une, o dicho de otro modo, en cada exteriorización pulsional participa la libido, pero no todo en ella es libido. La “crueldad”, la destrucción, el “mal” son elementos constitutivos, en el sentido de que participan de la inclinación innata del ser humano. En 1930, en otro de sus célebres trabajos, *El malestar en la cultura*, Freud ya se posiciona en torno a la idea de la existencia de una agresión no erótica, señala:

²⁸³ Freud, S.: 32ª conferencia: *Angustia y vida pulsional*, Obras Completas, Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1997, p. 96

“ya no comprendo que podamos pasar por alto la ubicuidad de la agresión y destrucción no eróticas, y dejemos de asignarle la posición que se merece en la interpretación de la vida”²⁸⁴

Pocos párrafos anteriores ya se declaraba inmerso en esta forma de pensar la cuestión:

“en el curso del tiempo han adquirido tal poder sobre mí que ya no puedo pensar de otro modo”²⁸⁵

La pulsión de muerte en su cara de exteriorización de la destructividad, se instalaba en el pensamiento psicoanalítico, no sin objeciones, como un motor de la vida humana.

Alcances de la destructividad para el problema de la repetición

La compulsión de repetición, como sucedáneo de la destructividad constitutiva del ser humano, aparece como una fuerza que trasciende al principio de placer. Ésta, la compulsión de repetición ligada a la propia destructividad, como lo podríamos pensar en la anoréxica o en el toxicómano, se vislumbra en una relación si no directa sí sumamente contigua con las formas que adopta la pulsión de muerte al interior de la

²⁸⁴ Freud, S. [1930]: *El malestar en la cultura*, Obras Completas, Tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 116

²⁸⁵ Freud, S. [1930]: *El malestar en la cultura*, Obras Completas, Tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 115

dinámica psíquica. Es claro que para Freud la pulsión de muerte establece una copertenencia con la pulsión de vida, ambas –una más estridente otra más silenciosa- se articulan en una compleja trama donde se dan las más variadas posibilidades de funcionamiento pulsional. Como vimos, surgen a este respecto en el pensamiento freudiano los conceptos de sadismo y masoquismo como dos nociones que permiten situar el problema de la agresividad, sin embargo como subrayamos más arriba, siempre ligada a la función sexual, de esta forma crueldad y sexualidad participan de un nudo sumamente estrecho.

Uno de los aspectos que se desprende de lo trabajado en torno a la destructividad y la pulsión de muerte es la noción de masoquismo erógeno o primario. En ella se estipula que desde la temprana infancia surge una ligazón entre el dolor y la excitación sexual. Si bien parte del componente destructivo del ser humano es expulsado hacia afuera a través de la agresión al objeto exterior, otro monto de energía permanece enfocado hacia el interior del organismo ligado a la propia sexualidad. A partir de estas nociones podemos hipotetizar que la compulsión repetitiva, en tanto búsqueda del displacer está ligada a un aspecto esencial y primario, que surgiendo en la más temprana infancia puede subsistir en cuanto a los modos de autoagresividad sexualizada de la edad adulta. Existiría un elemento estructural, en tanto constitutivo, que refiere a la coparticipación entre el dolor y la sexualidad, en este sentido el componente masoquista como elemento primario sostendría la compulsión de repetición, nos hacemos la pregunta y se la proponemos al lector: ¿Es posible pensar en torno a la anoréxica, en una compulsión repetitiva que presentifica, que actualiza un modo de satisfacción en el displacer?

Otro modo de acercarse al problema de la compulsión de repetición en tanto búsqueda del displacer, como por ejemplo se da en la reacción terapéutica negativa

donde el o la paciente “quiere” aferrarse a la enfermedad, puede ligarse al otro tipo de masoquismo definido por Freud como masoquismo moral. Como veíamos más arriba el psicoanalista explicita que una cara del masoquismo moral está en el denominado sentimiento inconsciente de culpa, también llamado necesidad de castigo. Éste refiere a la percepción inconsciente de que el sujeto no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal, el Superyó, y por ello aparece la búsqueda de castigo que de algún modo satisface a la pulsión de muerte. Ésta opera de manera silenciosa en cuanto a la negativa de abandonar el modo de relación al otro que supone la enfermedad, nuevamente el displacer.

REPETICIÓN Y LA INSISTENCIA DEL SIGNIFICANTE

Abordar el problema de la repetición en Freud implica, tal como hemos visto hasta ahora, esclarecer el paso de un psiquismo que se sustenta sobre el principio denominado principio de placer, a que dicho sostén devenga un *Más allá del principio de placer*. Este giro conceptual, del cual ya hemos expuesto su núcleo y en el que se fundamenta parte importante del pensamiento freudiano, hace posible rearticular entre otras cuestiones, el problema del andamiaje pulsional. A partir de este vuelco de 1920 se instala un nuevo prisma, la anterior distinción entre libido de objeto y libido yoica - nombres que recibe la pulsión a partir de *Introducción del narcisismo*- es sustituida por todo un nuevo aparataje conceptual que supone la conflictiva relación entre Eros y Tánatos, tesis que establece la distinción entre *pulsión de vida* y *pulsión de muerte*.

De este modo, y tal como hemos podido ver en los capítulos anteriores, Freud pasó de una concepción de la repetición ligada a la búsqueda de la reiteración de una mítica experiencia de satisfacción, un cierto placer hallado, aquella definición que se desprende de los años de metapsicología, específicamente de su trabajo de 1914 *Recordar, repetir y reelaborar*, a una noción de la repetición mucho más enigmática, demoníaca como lo señalaba el padre del psicoanálisis, que definitivamente está ligada a un factor más pulsional, es decir, hay algo en la propia pulsión que tiende a la muerte, con lo cual por cierto nos referimos a la muerte en el psiquismo y no a la muerte física del cuerpo. Este último campo conceptual instala en el pensamiento psicoanalítico un aspecto que habla de la búsqueda en el ser humano del propio mal, adviene en la experiencia de vida la preponderancia de lo no-ligado para el psiquismo que en función de dicha condición resulta un factor destructivo y que deviene compulsivo a la hora de pensar la repetición.

Este giro freudiano no sólo plantea una distinción entre dos modos diversos de entender la repetición, sino que al mismo tiempo y de igual relevancia para el caso, es posible situar dos modos diversos de lo inconsciente. Es decir, surge un inconsciente articulado como memoria, compuesto por representaciones, aquel que se desprende de *La interpretación de los sueños*, y al mismo tiempo emerge con la cara compulsiva de la repetición, la compulsión de repetición propiamente tal, un inconsciente que trabaja, un inconsciente máquina, un inconsciente habitado por una *fuerza constante*, que reúne a pulsiones de vida y pulsiones de muerte en un mismo factor, aquello que Lacan denominara como *goce* y que Nasio liga a la energía del inconsciente: “*El goce es la energía del inconsciente cuando el inconsciente trabaja, es decir, cuando el inconsciente es activo –y lo es constantemente- al asegurar la repetición y al exteriorizarse incesantemente en producciones psíquicas*”²⁸⁶.

Lacan por su parte, dio cuenta de estos movimientos del pensamiento freudiano, complejizó sus elucubraciones, y a nuestro juicio contribuyó a iluminar el problema de la repetición desde una óptica, al menos en primera instancia, eminentemente estructuralista del psicoanálisis. El psicoanalista francés concedió suma importancia al registro de lo simbólico para comprender cómo aquello que era del orden de una repetición compulsiva, ligada a la pulsión de muerte para Freud, deviene *insistencia* en el plano del significante. El gran aporte que Lacan realiza en sus primeros seminarios, específicamente en el Seminario 2 llamado *El Yo en la teoría de Freud y en la técnica Psicoanalítica*²⁸⁷ (al cual haremos referencia constante en este capítulo), es demarcar el peso que tiene el lenguaje no sólo para la constitución de lo inconsciente sino también

²⁸⁶ Nasio, J. D.: *Cinco lecciones sobre la teoría de Jaques Lacan*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 41.

²⁸⁷ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004.

para situar el lugar que tiene la determinación de la palabra en la experiencia humana, o más específicamente en el ser hablante, *parlêtre* según el neologismo francés de Lacan.

El psicoanalista francés será categórico en estos años, 1954-1955, y a propósito de la noción subrayada por algunos posfreudianos de que las resistencias están en lo inconsciente, dirá el inconsciente no resiste al proceso analítico, el inconsciente insiste. La concepción de que en el inconsciente están las resistencias, supone que el análisis sería para vencer (analista y “parte sana” del paciente) las resistencias y acceder al material que permite reencontrar y actualizar en transferencia los momentos de frustración, de abandono, etc., y reparar así el daño. Lacan dirá a este respecto que en última instancia la verdadera resistencia del proceso analítico es el propio analista, y que el inconsciente no hace otra operación que la de insistencia²⁸⁸. Será necesario indagar en cuál es la dimensión de estos postulados, qué tipo de inconsciente es el que trabaja Lacan que le permite señalar que es ahí donde se produce una insistencia comparable o asimilable con la compulsión de repetición a la que había arribado Freud a partir de 1920.

Del mismo modo, será fundamental revisar la relación y las tensiones que se presentan entre esta concepción de inconsciente y lo que históricamente se ha denominado como consciencia, dado que es relevante ubicar lo que está del “otro lado” de lo inconsciente cuando este insiste. Más aún, es necesario preguntarse si es que podemos encontrar en el pensamiento lacaniano que la “ilusión” de un yo estructurado, igual a sí mismo, un “yo soy yo”, no es otra cosa que una función para evitar el descentramiento del sujeto, momento de emergencia de la repetición como insistencia del significante. O planteado de otra manera: ¿Qué función juega la consciencia para un

²⁸⁸ Fernández Blanco, M.: *La repetición como concepto fundamental del psicoanálisis*, Capitón, Seminarios Clínicos, Caracas, Centro de Investigación y Docencia en Psicoanálisis, 2010.

inconsciente que empuja en su realización? ¿Acaso la consciencia, el yo si se quiere, ocupa un lugar para Lacan en las lógicas de la repetición? ¿Puede pensarse al yo y al inconsciente que propone Lacan como dos caras de una misma moneda?

El trabajo de Lacan en torno al problema de la repetición no sólo supone una manera de comprender lo inconsciente sino que además parte de una premisa fundamental, y fundamental para todo el pensamiento lacaniano, que refiere a la supremacía del lenguaje para la experiencia humana. Para el psicoanalista de París somos hijos del lenguaje, de ahí la noción de *parlêtre* (hablaser sería la traducción literal) al que hacíamos referencia y que conlleva la total articulación entre la vida misma y la determinación que ejerce la palabra. De manera sucinta es la imbricación que se estipula entre la palabra y el cuerpo, lo cual no deja de recordarnos la propia definición de pulsión que articulara Freud en *Pulsiones y destino de pulsión*²⁸⁹, donde dice que ésta es un concepto límite entre lo psíquico y lo somático.

Lacan irá bastante lejos al señalar que es el propio inconsciente el que está estructurado como lenguaje, y no sólo en el sentido de que éste está compuesto por una cadena significativa, asunto que explicaremos posteriormente, sino que en tanto estructurado como lenguaje el inconsciente nos antecede, somos hablados por él. En este sentido el lenguaje gobierna todo lo humano, y de este mismo modo gobierna al sujeto del inconsciente, es decir, no hay sujeto natural, sino que es producto del encuentro del cuerpo con la palabra proveniente del Otro, materno, paterno, cultural. Pero podemos detenernos aquí, antes de seguir exponiendo aforismos lacanianos, y preguntarnos: ¿Qué lugar ocupa el sujeto del inconsciente en las lógicas de la repetición? ¿Qué tipo de sujeto conlleva la articulación conceptual que Lacan propone

²⁸⁹ Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

en estos años, donde se plantea la insistencia del significante? ¿Qué relación hay entre el significante y el sujeto del inconsciente?

Preguntas que apuntan a iluminar en última instancia la compleja relación que se articula entre la insistencia que prima en lo inconsciente y el significante que en consonancia con otro significante representa al sujeto. Pasaremos a revisar un enunciado de Lacan que se despliega como necesario para comprender la articulación de su pensamiento sobre la repetición, a saber, que el inconsciente está estructurado como lenguaje.

I. El inconsciente estructurado como lenguaje y la alteridad constitutiva

La primera lectura que realiza Lacan sobre el problema de la repetición –a la que nos avocamos en este capítulo- destaca por la preponderancia, no de las exigencias de la pulsión como se estipula a partir de los trabajos de Freud de 1920, sino de las exigencias o los imperativos de lo simbólico, que a su vez subraya un compromiso con la noción del inconsciente como memoria. Podemos encontrar sobre esto en un trabajo de Rabinovich llamado *La experiencia de satisfacción en su articulación con el más allá del principio del placer*, donde señala: “Es esta conceptualización de la memoria inconsciente que le permite formular un más allá de la dimensión biológica, incluso de la relación interhumana e intersubjetiva, tal como se presenta en el circuito especular, al que califica como un más allá simbólico”²⁹⁰. En este sentido, es importante señalar desde un principio que Lacan por estos años de algún modo homogeniza repetición e

²⁹⁰ Rabinovich, D.: *La experiencia de satisfacción en su articulación con el más allá del principio de placer en los Seminarios II y VII* en Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca del Más allá del principio de placer*. Buenos Aires, Manantial, 1992, p. 32

inconsciente. La concepción de memoria que recoge de Freud permite establecer una cierta concatenación entre las representaciones que habitan en lo inconsciente, a partir de esto es que Lacan integra al psicoanálisis contemporáneo la idea de que el inconsciente está constituido por una cadena de significantes. Sólo la conservación de la *cadena signifiante*, término introducido por lacan en la década del cincuenta para referirse a una serie de significantes vinculados entre sí y que representa directamente el orden simbólico para el pensamiento lacaniano²⁹¹, puede dar cuenta de los fenómenos de retorno en los cuales el pasado asedia. Ahora, ¿Cómo se conserva una cadena y dónde? es una pregunta que Lacan aborda y cuya respuesta dejará estipulada a lo largo de toda su enseñanza, lo denomina el *Otro*, es decir, el lenguaje.

La construcción teórica del inconsciente que postula el psicoanálisis lacaniano articula en torno al campo del lenguaje una cadena, que más allá de hilvanar significados, lo que instala es una relación sincrónica entre significantes, es decir, un significante toma su estatuto en función de otro significante que el primero hace aparecer y en dicha operación emerge el sujeto. Lacan lo señala de la siguiente manera:

“lo que se produce por la relación fundamental, tal como la defino, de un significante con otro significante. De ello resulta la emergencia de lo que llamamos el sujeto – por el significante que, en cada caso, funciona como representando a este sujeto ante otro significante”.²⁹²

²⁹¹ Evans, D.: *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Buenos Aires, Paidós, 2007

²⁹² Lacan, J. [1969-1970]: *El reverso del psicoanálisis*, el Seminario, libro 17, Buenos Aires, Paidós, 2010, p. 11.

El sujeto del inconsciente está situado en torno y en función del intercambio simbólico, el sujeto emerge a partir de la puesta en juego de los significantes, es una producción de dicha combinación. Para la teoría lacaniana el sujeto está directamente enlazado con el significante, a tal punto que “*no hay significante sin sujeto y recíprocamente, no hay sujeto sin significante*”²⁹³. Podemos recordar a este respecto que la definición misma que da Lacan de un sujeto, es precisamente lo que representa un significante para otro significante, el sujeto es nadie, está descompuesto, fragmentado dice Lacan²⁹⁴. Así el significante, elemento constitutivo del lenguaje organiza de manera inaugural las relaciones humanas, las modela y será para estos momentos del pensamiento psicoanalítico lacaniano un eslabón fundamental no sólo para su concepción de lo inconsciente sino que también para la construcción de su primera noción de repetición.

Lacan desarrolla su primer acercamiento al problema de la repetición a través de lo postulado en su seminario número dos, y principalmente en su *Seminario sobre La carta robada*²⁹⁵. En estos trabajos plantea la función primordial que supone el Otro para la constitución de psiquismo humano. Ahora bien, cuando se plantea al *Otro* con mayúscula, como partícipe de la constitución del psiquismo, se está haciendo una distinción radical con el *otro* semejante. El otro con minúscula para la nomenclatura lacaniana, se sitúa conforme a una relación *imaginaria* que sustenta la identificación para el yo (*moi*), de algún modo no es realmente otro, sino que opera como un reflejo y proyección del yo. A diferencia de este otro, el gran Otro como también se le ha llamado, asume como concepto una connotación estructural, simbólica para el yo (*je*). El Otro designa la alteridad radical, que el propio Lacan equipara con el lenguaje y la

²⁹³ Nasio, J. D.: *Cinco lecciones sobre la teoría de Jaques Lacan*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 54.

²⁹⁴ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004.

²⁹⁵ Lacan, J.: *El seminario sobre “La carta robada”*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

ley, al sostener que la palabra no se origina en el yo, ni siquiera en el sujeto, sino que en el Otro, Lacan subraya que la palabra y el lenguaje están más allá del propio control consciente, vienen de otro lugar, desde fuera de la conciencia²⁹⁶. De acuerdo a esto es que Lacan dirá uno de sus conocidos aforismos: “*El inconsciente es el discurso del Otro*”. De ahí el uso de la noción *cadena significante*, que como discurso proveniente del Otro estructura el inconsciente. Es la dimensión que *cuenta*, y que como veremos en el capítulo siguiente corresponde a lo que Lacan denomina *automaton*²⁹⁷.

Lacan plantea la idea de que el Otro constitutivo puede ser concebido como un tesoro de significantes, con lo cual está haciendo una clara referencia a su otra fórmula sumamente referida, pero no por eso menos importante, que *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*. En su trabajo llamado *La instancia de la letra*, Lacan lo señala del siguiente modo:

*“Es toda la estructura del lenguaje lo que la experiencia psicoanalítica descubre en el inconsciente.”*²⁹⁸

En torno a esto, es menester hacer alusión a la influencia que tiene Claude Lévi-Strauss para la conformación del pensamiento de Lacan a propósito de la idea de estructura, principalmente a lo postulado por el antropólogo sobre las estructuras elementales de parentesco. Lo que subraya Lévi-Strauss es que existen leyes que se

²⁹⁶ Evans, D.: *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

²⁹⁷ Lacan, J.: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Seminario 11, Buenos Aires, Paidós, 2008.

²⁹⁸ Lacan, J.: *La instancia de la letra*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, p. 462

pensaban naturales, como la ley del incesto, pero que con su trabajo antropológico se aclara que son absolutamente culturales, es decir, leyes que estructuran el conjunto social, que estipulan los modos de funcionamiento y comportamiento humano, esto es, la función simbólica que tiene carácter universal²⁹⁹. Apoyándose en los planteamientos de Lévi-Strauss, a los cuales hacemos nada más que una breve referencia, Lacan plantea la importancia que tiene el orden de lo simbólico, no sólo para el conjunto humano, el campo social, sino cómo éste participa de la constitución del sujeto, es decir, cómo dicho orden atraviesa lo más propio del ser humano, a saber, el inconsciente.

Según la fórmula de Lacan de que el inconsciente está estructurado como lenguaje, existe una estructura que antecede al sujeto que piensa, para el psicoanalista francés, antes del sujeto cartesiano *algo cuenta, algo es contado y en ese contado ya está el contador*³⁰⁰, sólo posteriormente el sujeto pensante puede reconocerse en él. *Más allá del principio de placer* es traducido por Lacan, en el seminario titulado *El Yo en la teoría de Freud y en la técnica Psicoanalítica*, como la cadena significativa en tanto que antecede e insiste en el sujeto, en tanto el sujeto no es el agente de esa cadena, sino que el sujeto la recibe, se inscribe en ella³⁰¹. En este sentido, la cadena no está al servicio de ningún placer del sujeto, se le impone al sujeto constituirse en ella, de ahí que la cuestión central es la lectura que hace Lacan de la compulsión de repetición como la *insistencia del significante*.

Por otro lado, pero con referencia directa a lo que estamos planteando, para Lacan, el Otro instauro en el psiquismo una fisura, instituye una *falta*. El tesoro de significantes que el Otro supone, opera en cada psiquismo particular como discurso no

²⁹⁹ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004.

³⁰⁰ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, libro 11, Paidós, Buenos Aires, 2008, pág. 28

³⁰¹ Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Manantial, 1992.

reconocido. Esta *falta* estructurante, ha dado pié para ubicar en ese lugar, no sólo la causa del deseo –el denominado *objeto a-*, sino también, un *saber* que el yo del sujeto desconoce. La falta permite formalizar un estatuto del inconsciente en cuanto no sabido, el sujeto del inconsciente en tanto discurso del Otro lo podemos ubicar en torno a un *saber que no se sabe*³⁰². El Otro supone una alteridad constitutiva y una escisión fundante que permite la emergencia del sujeto, este es el peso del lenguaje que constituye al sujeto en función de su desaparición. El discurso del Otro está en el lugar de lo inconsciente, aquello que no podemos dar cuenta desde la instancia yoica, pero que articula la posición subjetiva desde la cual el sujeto habla. Lacan dirá que este Otro constitutivo no se trata de un otro abstracto, tampoco del otro de la díada, de mi correspondiente, ni siquiera simplemente del esclavo, es el discurso del circuito en el cual estoy integrado, aquel discurso que se construye por ejemplo desde el padre, en tanto que comete faltas que el hijo está absolutamente condenado a reproducir³⁰³. En este sentido la cadena del discurso no es algo que alguien pueda detener, por decirlo de algún modo la heredamos y estamos interpelados a transmitirla a algún otro. Lacan lo dice del siguiente modo:

*“Señalé muchas veces que desde antes de su nacimiento el sujeto está ya situado, no solamente como emisor sino como átomo del discurso concreto. El sujeto está en la línea de danza de ese discurso, él mismo es, si quieren, un mensaje.”*³⁰⁴

³⁰² Mannoni, M.: *Un saber que no se sabe*, Gedida, España, 2006

³⁰³ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004

³⁰⁴ *Ibid*, p. 419

El lenguaje adopta una función vehiculizante, de acuerdo a la distinción saussuriana entre el significado y el significante -que permite pensar a la palabra como vehículo de una otra *cosa*³⁰⁵-, y en tanto la palabra puede condensar un sin número de factores pulsionales. La palabra que proviene del Otro opera como una representación *para* el psiquismo, supone la vuelta de una presencia anterior, de alguna manera porta y tras-porta aspectos que a primera vista aparecen ausentes, da cuenta de aspectos que van más allá del discurso enunciado en un momento determinado. Ahora bien, el peso del lenguaje no sólo opera como vehículo que permite la emergencia del sujeto del inconsciente, sino que el inconsciente mismo se estructura según las leyes que este conlleva. Soler recuerda que para Lacan el inconsciente no sólo supone una estructura, sino también una sintaxis³⁰⁶. Este asunto ya había sido explicitado por Freud en la *Interpretación de los sueños*, lugar donde asume la *ventaja* que la palabra ofrece a la condensación y al *disfraz*, tal como lo señala en el siguiente enunciado:

*“La palabra, como punto nodal de múltiples representaciones, está por así decir predestinada a la multivocidad.”*³⁰⁷

La lectura que realiza Lacan acerca del problema de la repetición implica una cierta hegemonía del registro de lo simbólico por sobre el imaginario y el real, si bien no deja de lado del todo la cuestión de la exigencia pulsional, el psicoanalista francés privilegia la primera vertiente del proceso primario, es decir, la “sustitución

³⁰⁵ A este respecto véase la interesante distinción freudiana entre *representación-palabra* y *representación-cosa* desarrollada en torno a la elucidación de las afasias. Freud, S. [1914-1916]: Apéndice C. *Palabra y Cosa*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

³⁰⁶ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

³⁰⁷ Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 346

significante”, lo que a juicio de Soler, hace con el fin de esclarecer los fenómenos de repetición por medio del componente estructural. Soler señala: “*Este enfoque consiste en abordar el automatismo de repetición a partir de la ley que preside la aparición de los signos en una cadena*”³⁰⁸. Esta ley será considerada por Lacan como una sintaxis que impone sus términos en cuanto al orden de la cadena significante.

II. La insistencia significativa a partir del campo de la literatura

Para poder conceptualizar estos postulados de un modo más claro intentaremos recorrer el camino que dejó Lacan en la tentativa de iluminar el problema de la repetición. Si bien ya hemos subrayado una cierta preeminencia de lo simbólico, sobre lo cual volveremos, no basta para establecer los alcances que aquello tiene para comprender la cuestión de la *insistencia del significante*. Esta manera de comprender la cuestión de la repetición, supone reconocer una cierta inercia que asume la cadena simbólica, o dicho de otra manera supone establecer que hay un cierto movimiento automático que hace que el significante se constituya como un factor primordial para la experiencia humana.

Lacan, en su afán por abordar el problema planteado por Freud en *Más allá del principio de placer*, realiza una acuciosa lectura de un enigmático cuento del escritor Edgar Allan Poe. El cuento *La carta rodaba* de 1845, el tercero de sus cuentos de detectives, es elegido por el psicoanalista francés para iluminar la compleja relación que se articula entre la compulsión de repetición, o el automatismo de repetición como lo llamara Lacan, y el orden del significante. Si bien, el seminario dos, es donde Lacan se dedica a la cuestión de la “insistencia repetitiva”, es en el *Seminario sobre La carta*

³⁰⁸ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004, p. 31

robada donde a través de la homologación de la carta con la letra, conjunción que permite el vocablo francés de *lettre*, se estipula la relevancia que tiene el desplazamiento del significante para el sujeto, la letra para Lacan es el soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje³⁰⁹, elemento que determina al sujeto en sus actos, en su destino, en sus rechazos, en sus cegueras³¹⁰.. Pasaremos a revisar el argumento central del cuento de Poe para posteriormente poder reconocer los elementos que Lacan toma del cuento con el fin de dar cuenta de su teoría, aquella que Deleuze designara como “La” teoría lacaniana de la repetición³¹¹.

La carta robada de Edgar Allan Poe

El cuento de Poe plantea un escenario donde la realeza francesa, específicamente la reina, se ve envuelta en una escena tremendamente compleja y comprometedora. Sucede que en el *boudoir* real la reina se encuentra leyendo una carta que ha recibido y que cuyo contenido quiere ocultar al rey, sin embargo cuando la reina se encuentra leyendo la carta y llega el rey no puede intentar ningún otro movimiento mas, para no levantar sospechas, que dejar la carta abierta sobre una mesa. Al quedar abierta la carta y expuesta la dirección de la misma, un ministro, quien se encontraba en el tocador con los reyes, se percató de la situación, no así el propio rey, y decide abrir una carta que él portaba y dejarla sobre la mesa al momento de recoger la otra comprometedora carta. De esta forma el ministro se apropia de la carta, la reina queda envuelta con este robo y el rey de nada se ha percatado.

³⁰⁹ Lacan, J.: *La instancia de la letra*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

³¹⁰ Lacan, J.: *El Seminario sobre “La carta robada”*, Escritos, Tomo I, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2008.

³¹¹ Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

Con esta escena es que llega el prefecto de la policía -a quien la reina acude ante la desesperación que este robo le provoca- donde Dupin, un detective a quien el prefecto pide ayuda con tal de recuperar la carta, ya que el propio prefecto no ha podido dar con el paradero de la carta real aún cuando éste sepa quien ha sido el que la robó y más aún, habiendo entrado y registrado a escondidas la casa del ministro, ha escudriñado e investigado todos los rincones y escondrijos de los sitios en que es posible que la carta haya sido escondida. Para el narrador de la historia está claro que es la posesión de la carta y no su empleo lo que confiere al ladrón el poder político.

El narrador de la historia, un colaborador de Dupin, pregunta si acaso es posible que el ministro haya escondido la carta fuera de su casa, ante lo cual Dupin responde prontamente que no, dado que el ministro que se ha visto inmiscuido en situaciones poco claras requiere de la instantánea validez del documento, esto es, la posibilidad de ser exhibido en un momento dado, punto casi de tanta importancia como su posesión. Es decir, el ministro debía tener el documento tan a la mano como para ser exhibido, o como para ser destruido añade Dupin. En este sentido, el papel debía estar totalmente a la mano, y como el prefecto encubierto con los suyos ya habían asaltado al ministro por la calle, se descartaba que ésta fuera portado por el propio ministro.

Ante la pregunta del prefecto de qué hacer después de haber revisado toda la casa con total minucia, haber dado vuelta página por página todos los libros de la biblioteca, haber buscado en posibles patas falsas de las mesas y camas, haber recorrido el patio y sus rincones, en fin, de haber hecho una búsqueda sumamente exhaustiva, Dupin responde que es necesario entrar nuevamente a la casa del ministro. Por otro lado, pero en la misma conversación Dupin pregunta cuánto es la recompensa que se ofrece por encontrar la preciada carta, el prefecto dice que daría cincuenta mil francos a quien le entregue el papel, ante lo cual Dupin sin dudar un segundo, le dice al prefecto

que puede sacar el talonario de cheques, que cuando esté firmado le entregará la carta. Ante esto el prefecto quedó estupefacto, sin habla y sin movimiento y al firmar el cheque Dupin saca de su escritorio una carta y se la pasa en sus manos.

El narrador de la historia cuenta que cuando el prefecto salió de la oficina de Dupin, éste empezó a contarle cómo había encontrado el documento. Dupin si bien no dudaba que la policía parisina era perseverante y habían hecho una búsqueda acuciosa, ésta había sido hasta donde le permiten sus conocimientos. Ellos consideraron –para Dupin- únicamente sus *propias* ideas ingeniosas; y buscaron la carta oculta teniendo en cuenta solamente los medios con que ellos la habrían escondido. El prefecto y sus ayudantes nunca creyeron probable o posible que el ministro hubiera dejado la carta inmediatamente debajo de las narices de todo el mundo, a fin de impedir que una parte de ese mundo pudiera verla.

Con estas ideas en mente Dupin se dirigió un día a la casa del ministro, donde lo encontró bostezando y conversando trivialidades como era de costumbre, parecía un hombre pasivo, según Dupin era el más activo pero sólo cuando nadie lo veía. Dupin simuló seguir el hilo de la conversación mientras a través de unos anteojos de sol revisaba toda la habitación en la que se encontraban. En esta búsqueda se topo en una de las paredes un viejo tarjetero de cartón que pendía de una sucia cinta azul, en él se encontraba una carta que parecía haber sido rota a medias, muy ajada y con un sello negro, era la carta real, que había sido dada vuelta como un guante por el ministro y vuelta a escribir con otra dirección. Dupin deja la habitación de la casa no sin antes dejar sobre una mesa una tabaquera de oro.

A la mañana siguiente vuelve Dupin con la excusa de buscar la tabaquera, y cuando de pronto suena un disparo a las afueras de la casa del ministro –disparo

ejecutado por un personaje pagado por Dupin- Dupin saca la carta de su lugar y deja otra similar que él había confeccionado, con tal de que la recuperación del documento pasara desapercibido al menos en lo inmediato, dado que éste último papel fue escrito por Dupin con el fin de que el ministro con el tiempo lo reconociera.

La interpretación de Lacan, la carta (lettre) como significante

La interpretación de Lacan acerca del cuento de Poe, que fue registrada principalmente en *El seminario sobre La carta robada*, está construida de un modo sumamente complejo. Lo primero que salta a la luz es su forma de presentar el escrito, que a juicio de algunos es un modo de resaltar la cuestión de la repetición³¹², poniendo por ejemplo la introducción luego de referirse largamente al problema mismo. Esto sólo lo dejamos planteado como un comentario dado que a nuestro juicio no es un aporte claro, más bien deja ver el estilo que en variadas ocasiones adopta el psicoanalista francés.

Ahora bien, yendo al cuerpo mismo de su interpretación, empezaremos con lo que Lacan comienza:

*“Nuestra investigación nos ha llevado al punto de reconocer que el automatismo de repetición (Wiederholungszwang) toma su principio en lo que hemos llamado la insistencia de la cadena significante”.*³¹³

³¹² Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

³¹³ Lacan, J.: *El Seminario sobre “La carta robada”*, Escritos, Tomo I, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2008, p. 23.

Ya hemos dado algunas luces de cuál es el origen y el destino de esta aseveración, al menos en cuanto a lo que Freud articuló a partir de la pregunta por lo que participaba del psiquismo más allá de la búsqueda de placer, Lacan lo remonta al campo del lenguaje. La alusión a la lingüística es evidente en el pensamiento lacaniano y con ello, tal como hemos visto más arriba, el significante emerge como la piedra angular de una teoría que supone la constitución psíquica a partir de un Otro como “lugar excéntrico”:

*“Esta noción, a su vez, la hemos puesto de manifiesto como correlativa de la ex-sistencia donde debemos situar al sujeto del inconsciente, si hemos de tomar en serio el descubrimiento de Freud”.*³¹⁴

Explicita Lacan, en estos pasajes de su pensamiento, la cuestión de que el inconsciente se constituye a partir de un lugar Otro, que se articula con la presencia/ausencia de aquel o aquella como la madre que traduce la demanda inicial del infante en palabras. Esto es lo que destaca Lacan a partir de los planteamientos freudianos, aquellas representaciones reprimidas que constituyen lo inconsciente para Freud son reformuladas por Lacan como una cadena extranjera pero paradójicamente sumamente propia del sujeto, tanto así que sin ella éste último pierde toda existencia. Recordemos que a este respecto Lacan planteaba la noción de *extimidad*, haciendo alusión una intimidad conformada a partir de una exterioridad.

³¹⁴ Ibid, p. 23.

Lo que Lacan resalta en el trabajo sobre el cuento de Poe, radica fundamentalmente en la asimilación entre la carta para los personajes en cuestión y el significante para el sujeto. Pareciera ser, en una primera aproximación, que la carta ocupa un lugar para los personajes del cuento, Lacan dirá es el verdadero sujeto de la historia³¹⁵. Esta aseveración resulta ser un elemento central en la interpretación y en el uso del cuento para comprender las lógicas de la insistencia del significante, dado que como plantea el psicoanalista francés en sus escritos, la carta es aquel elemento que circula entre los personajes, y que comanda sus acciones sin ser conocido en ningún momento su contenido, podríamos decir su significado si seguimos el paralelismo de carta/significante, o sea, el significante/carta como elemento vacío más allá del significado particular que esta carta tenga juega un rol en las dinámicas de la historia en cuestión. Tal como veremos, los personajes de la historia están definidos únicamente por su posición con respecto a aquel sujeto radical, en este sentido Lacan dirá: “*para cada uno la carta es su inconsciente*”³¹⁶, afirmación que intentaremos esclarecer.

El fino análisis que hace Lacan sobre este cuento permite visualizar el interjuego entre los personajes y la carta en función de dos escenas. Surge la tentativa de situar a los personajes en dos grandes momentos de la historia y en función de un mismo elemento, a saber, la mirada. Lacan propone un paralelo entre dos escenas que son los sucesos de mayor relevancia para el esclarecimiento del problema de la repetición, la escena de la carta robada y la de la carta recuperada –esta segunda escena no ocurre como tal en el cuento, sino que es construida por Lacan, no existe fenomenológicamente en ningún momento. Dos escenas que en dos veces seguidas se repite una misma decisión, una misma acción, el hurto de la carta.

³¹⁵ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004

³¹⁶ *Ibid*, p. 295

La primera escena es aquella donde aparece el rey no viendo que el ministro ve que la reina ha dejado una carta comprometedor en la mesa, a su vez la reina es quien ve que el rey no ve el robo de la misma que el ministro efectúa, esta escena Lacan denomina como *primitiva* o *inaugural*. La segunda escena que Lacan articula en función de varios momentos del cuento consiste en que la policía no ve donde está la carta que retiene el ministro, que a su vez éste no ve que Dupin ve donde esta se encuentra. O dicho de otro modo, el ministro ve que la policía no ve pero no ve que Dupin ha visto. Tal como nos señala Soler la acción que se repite, en consecuencia, es esa triangulación de miradas en la cual va a ser posible la rapiña de la carta.³¹⁷

De estas escenas lo que es relevante mantener es que la carta estipula lugares y modifica al sujeto que la detenta, lo cual se puede apreciar en la metamorfosis a la que es llevado el ministro portador de la carta. Lacan lo dice del siguiente modo:

*“en el movimiento propio de la carta, cada uno de ellos pasa a ser, en el transcurso de las sucesivas escenas, funcionalmente diferente con respecto a la realidad esencial que ella constituye”*³¹⁸

Este es el sentido de que Lacan sostenga que el automatismo de repetición consiste en que el significante prima sobre el ser, tener la carta es estar poseído por ella, la detención de la carta produce como efecto un nuevo sujeto. Con un ejemplo concreto, lo que se está diciendo en relación al cuento y a la interpretación de Lacan, es que el ministro no es el mismo antes y después de tener la carta. Antes, nos dice Lacan, es una

³¹⁷ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

³¹⁸ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 295

figura de virilidad, de la audacia, es “*el hombre viril capaz de desafiar la ira de la reina*”, es el hombre intrépido que en un instante ha decidido qué hacer, no es el inhibido de la neurosis, es el hombre que actúa³¹⁹. Lo interesante es la notación que hace Lacan, al decir que una vez que ha sustraído la carta, el ministro empieza a parecerse a la reina, es decir queda reducido a la espera y a la inacción y, como la reina que debe permanecer inmóvil ante el rey, él está, en la segunda escena frente a Dupin, fingiendo despreocupación y ocupado en dar vuelta la carta, Lacan dirá que el ministro se ha feminizado. Misma interpretación que da para Dupin que al encontrar la carta le deja otra carta al ministro en su lugar con un mensaje “*Un designio tan funesto, Si no es digno de Atreo, es digno de Tieste*”. Lo que Lacan interpreta como una explosión pasional que atribuye a una rabia femenina de Dupin –por eventos pasados entre ambos personajes- que deja ver nuevamente el efecto de la carta sobre su detentor:

*“Se trata del símbolo desplazándose en estado puro, al que no es posible rozar sin ser de inmediato apresado en su juego...Puede decirse que cuando los personajes se apoderan de la carta, son atrapados y arrastrados por algo que domina con creces por sobre sus particularidades individuales”*³²⁰

La carta está ahí dando vueltas en una especie de presencia-ausencia. Está ahí, pero no está, tiene un valor propio en cuanto lo que acontece a partir de la carta tiene relación con todo lo que ella amenaza, con todo lo que viola, con todo lo que pone en

³¹⁹ Lacan, J.: *El Seminario sobre “La carta robada”*, Escritos, Tomo I, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2008.

³²⁰ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 295

peligro o en suspenso. Ésta produce sus efectos sin que nunca nadie se haya preocupado de lo que en ella dice, es decir, el contenido de la carta pasa totalmente a un segundo plano subrayándose con ello la unicidad del significante, que no significa nada, y que sólo entra en consonancia a partir de otros significantes que lo insertan en una cadena. Este es uno de los puntos fundamentales que Lacan incorpora a su pensamiento a partir de la distinción de Ferdinand de Saussure entre el significante y el significado.

III. La ley del significante y la preeminencia de lo simbólico

Como hemos podido notar, la primera interpretación que realiza Lacan del problema de la repetición que trabajara Freud, supone asumir el postulado de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y con ello subrayar la ligazón entre el inconsciente y una cierta noción de memoria que subsiste en el tiempo, noción expuesta en el capítulo VII de *La Interpretación de los sueños*, pero que de alguna manera ya viene anticipada desde el *Proyecto*. La tesis lacaniana de los años cincuenta es que Freud en 1920 con *Más allá del principio de placer* lo que hace es reafirmar su descubrimiento inaugural, a saber, la concepción de memoria que implica su inconsciente³²¹. Ahora bien, esta concepción supone a su vez una cierta autonomía de lo inconsciente en cuanto cadena que proviene del Otro.

Este momento del pensamiento lacaniano en torno a la repetición se plantea como una extraña mezcla que se forma entre un resto que proviene de lo expuesto por la compulsión de repetición freudiana y el retorno de los signos que supone una preeminencia de lo simbólico para el psiquismo. Lacan articula, a partir de la compulsión de repetición en Freud, un concepto que refiere a la existencia de un empuje

³²¹ Lacan, J.: *El Seminario sobre "La carta robada"*, Escritos, Tomo I, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2008.

–en tanto el inconsciente trabaja- que produce el retorno de los significantes de la cadena que constituyen lo inconsciente. De esta forma, el estatuto que asume la repetición para Lacan es propiamente el de una ley, la repetición de la que Lacan habla en estos momentos de su pensamiento, refiere a una ley que supone un cierto orden en el aparente caos que conlleva lo inconsciente para lo psíquico. De este modo, en tanto el inconsciente se estructura como lenguaje lo que está en juego es una sintaxis por sobre una semántica³²². La repetición de *Más allá del principio de placer* es atravesada – estructuralismo mediante- por el lenguaje.

La ley propia de la cadena es lo que rige los efectos determinantes para el sujeto, efectos que siguen tan fielmente el desplazamiento del significante que los factores imaginarios, a pesar de su inercia, sólo hacen en ellos el papel de sombras y de reflejos³²³. Es decir, Lacan postula una ley, que se relaciona directamente con lo simbólico y deja –al menos en estos momentos de su teoría- el plano de lo imaginario, como reflejo del primero. Ahora bien, para exponer más claramente estos postulados que apuntan al estatuto de la repetición como una ley, es pertinente captar la compleja analogía que realiza Lacan entre la insistencia en la cadena simbólica y los juegos de azar.

Lacan señala que la lógica que subyace al inconsciente puede entenderse a partir de los juegos de azar –o bien de las máquinas desde la óptica de la cibernética, donde hay 0 y 1 en combinatoria. Pone el ejemplo de que en un juego de tirada de moneda los más (+) y los menos (-) si bien aparecen “al azar”, no sólo es posible obtener uno de los dos signos, sino que en una serie de tiradas podrán aparecer en series definidas previamente si ponemos la ley de agrupar las tiradas de a tres. Así podrán salir por

³²² Adam, R.: *Lacan y Kierkegaard*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007

³²³ Porras, M.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra viva, 2008.

ejemplo: (+++),(-- --) lo que llamaré simetría de la constancia, o bien, (+-+),(-+-) que llamaré simetría de la alternancia, o por último, (+--),(-++),(++-),(--+) que llamaré disimetría³²⁴. Lo que a Lacan le interesa mostrar con este ejemplo es que hay posibilidades e imposibilidades de sucesión, de ahí que se pueda pensar que en la medida que subyace una ley donde en un principio se consideraba un modo de emergencia de forma totalmente aleatoria, sus elementos ya no emergen de un modo azaroso sino a partir, como en el lenguaje, de una sintaxis.³²⁵

Lo que se desprende de esta analogía es que en el inconsciente rige una ley, a saber, la ley de la repetición, que hace de la cadena significativa una insistencia que se rige por un cierto mandato. Se puede pensar que lo que la repetición hace es empujar a que una determinada combinación insista, los significantes aparecen en asociaciones determinadas y suponen un cierto orden de lo inconsciente. Por decirlo de algún modo, hay ciertas tramas de significantes que operan en lo psíquico y que ciertamente estructuran un saber que el inconsciente detenta. Un breve caso para ilustrar estas nociones: Una joven de 24 años que fue violada por su padre de manera permanente durante diez años señala que ante los abusos del padre ella quedaba “congelada”, lo que asocia con quedar “paralizada” y no saber qué hacer, ni menos como “defenderse”. Dicho significante aparece en relación a otras circunstancias, *insiste* toda vez que ella tiene que “responder a algo”, sea un examen de la universidad, una entrevista para constatar lesiones, una entrevista de trabajo. En cuanto la joven se siente “evaluada” surge el significante “congelada”, cuestión que por cierto no la deja responder llevándola por ejemplo a no poder avanzar en su carrera universitaria, ni menos en establecer relaciones de pareja. Podemos decir que hay algo que esta joven no logra

³²⁴ Lacan, J.: *El Seminario sobre “La carta robada”*, Escritos, Tomo I, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2008, p. 23.

³²⁵ Brodsky, G.: *Comentario del Seminario 11*, Buenos Aires, Cuadernos del ICBA nº 2, 1999.

significar e insiste en inscribirse en la cadena. La repetición en este sentido, tomando palabras de Fischman³²⁶, no cesa, insiste, y por otro lado fracasa en el sentido de ligar el real al que hace referencia, la violación. De ahí la necesidad del trabajo analítico que permita incorporar este significante a la cadena, hacerlo circular. El significante determina al sujeto, lo sitúa en una posición subjetiva determinada en el campo de las relaciones, de este modo se entiende que reitera un cierto efecto. Se puede pensar que no se trata del retorno del pasado, sino por el contrario de la actualización en el presente del efecto del significante.

Lacan propone que el orden simbólico subyace al psiquismo, lo estructura y lo soporta. Éste se plantea como no realizado, como potencia que puede emerger en cuanto la ley de la repetición lo hace aparecer. Leamos a Lacan a este respecto:

*“Al orden simbólico, a la vez no-siendo e insistiendo en ser, apunta Freud cuando nos habla del instinto de muerte como lo más fundamental: un orden simbólico naciendo, viniendo, insistiendo en ser realizado”*³²⁷

El orden simbólico no es constituido por el sujeto, sino que es constituyente del mismo, y tiene la particularidad de ser una especie de máquina automática que insiste, que insiste en el discurso del analizante.³²⁸ En este sentido, una apuesta fundamental del

³²⁶ Fischman, M.: *Lectura de Lacan del Fort-da*, en Cosentino, J.C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Manantial, 1992.

³²⁷ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 481

³²⁸ Cosentino, J.C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Manantial, 1992.

pensamiento lacaniano sobre la repetición es la afirmación de que la teoría freudiana de la organización de la huellas mnémicas, su conservación, su lugar de inscripción, son perfectamente asimilables a lo que ha demostrado la lingüística sobre el funcionamiento de los significantes propio de la estructura del lenguaje³²⁹. A partir de Lacan podemos asimilar las huellas mnémicas freudianas con los significantes y en este sentido el sistema que las organiza con una sintaxis.

IV. Diferencias entre el yo y el sujeto, *homeostasis e insistencia*

Para comprender de mejor manera los primeros planteamientos lacanianos sobre el problema de la repetición y con el fin de fundamentar de la manera más sólida posible dicha repetición como insistencia del significante, se hace necesario abordar la distinción que el psicoanalista francés supone entre el yo por un lado y el sujeto por el otro. Decíamos más arriba que es de suma importancia revisar la relación y las tensiones que se presentan entre una concepción de inconsciente ligada a la insistencia y lo que a lo largo del pensamiento psicoanalítico se ha denominado como consciencia, esto con el sentido de ubicar lo que está del “otro lado” de lo inconsciente cuando este insiste. Tal como lo desarrollara Lacan en su Seminario 2, esta tensión más que hablar de dos instancias tópicas constituyentes del psiquismo como son lo consciente y lo inconsciente, de lo que se trata es de mecanismos que actúan en el andamiaje psíquico. Por un lado se sostiene la idea de una *insistencia* como propiedad de lo inconsciente y por otro, de una *homeostasis* que mantiene un determinado equilibrio psíquico³³⁰, que puede pensarse subsidiaria de la instancia yoica.

³²⁹ Adam, R.: *Lacan y Kierkegaard*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007

³³⁰ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004.

Fue a partir del trabajo de Freud, de lo que se ha denominado como la primera tópica, que se instaló en el pensamiento psicoanalítico la distinción entre lo consciente, lo preconscious y lo inconsciente³³¹, asunto que recogerá Lacan, pero que profundiza con los conocimientos surgidos desde el campo de la lingüística. A partir de este cruce el sujeto del inconsciente está determinado por el significante y con ello se reconoce un cierto efecto que se produce a partir de la puesta en juego de la cadena simbólica, por decirlo de alguna manera el sujeto se produce *entre* los elementos significantes que provienen del Otro. Señalamos esto con la intención de ligar la propiedad de lo inconsciente denominada insistencia con el cruce lingüístico que ubica como piedra angular al significante.

Esta diferencia entre el yo y el sujeto, recogida a partir del pensamiento freudiano, estipula no sólo una distancia tópica entre lo consciente y lo inconsciente, dado que el yo como función refiere al plano de la conciencia -aún cuando se sostiene la hipótesis de que en el yo participan aspectos de lo inconsciente- mientras que el sujeto para Lacan es sujeto del inconsciente, sino que además la distinción pasa por la idea de que el sujeto del inconsciente se produce, no es algo dado a priori, surge en la experiencia analítica y responde directamente al atravesamiento simbólico de la experiencia humana. Mientras que el yo nos habla de una función imaginaria, ligada a las identificaciones con otros y a partir de las cuales se construye la instancia yoica, aparece como un cierto objeto al interior del psiquismo que, como remarcará Lacan, es de donde provienen las resistencias a la emergencia del saber inconsciente.

Lacan pone en tela de juicio la primacía del yo en la experiencia psíquica, no necesariamente para desprenderse de su estatuto, sino más bien para subrayar que

³³¹ Esta distinción si bien se sostiene a lo largo de toda la obra de Freud, es articulada fundamentalmente a partir de *La interpretación de los sueños* (1900) hasta los trabajos de metapsicología (1915). Luego ella es puesta en tensión con trabajos como *Introducción al narcisismo*, hasta que decanta en la denominada segunda tópica, que se esclarece principalmente a partir del trabajo *El yo y el ello* (1923) y estipula la distinción entre ello, yo y superyó.

cuando hablamos de sujeto estamos haciendo referencia a otro campo de análisis. Señala que el yo, ligado a la noción de consciencia, ha tenido un cierto prestigio o privilegio que se ha establecido en función de que dicha consciencia daría cuenta de una experiencia única, individual e irreductible. Este carácter cautivante del yo es el que dificulta a los ojos de Lacan el acceso a la concepción de sujeto que intenta poner en el centro del análisis. Para el psicoanálisis lacaniano el sujeto, su realidad, está en el inconsciente y no en el yo, por decirlo de algún modo el inconsciente habla en el sujeto.

La cuestión que se plantea a partir de los desarrollos de Lacan, es saber si entre estos dos sistemas, el yo y el sistema inconsciente hay equivalencia, es decir ¿Es posible pensar que uno es el reverso del otro, permitiendo de este modo leer en el yo aspectos del inconsciente? Así mismo la pregunta que se desprende es si acaso ¿Operar sobre las formas de actuar del yo o explorar el inconsciente, son del mismo orden? Es decir, si son complementarios ambos sistemas. Esta pregunta por la equivalencia entre ambos sistemas es sumamente relevante para esclarecer el modo de funcionamiento de la repetición entendida como insistencia significativa, dado que para iluminar el problema se hace necesario establecer con claridad dónde se sitúa esta insistencia y más aún, qué relación sostiene con el aparato psíquico.

Lacan es preciso al momento de abordar esta pregunta, para él Freud al introducir la nueva tópica lo que hace es recordar que entre el sujeto del inconsciente y la organización del yo no sólo hay disimetría absoluta, sino que hay diferencia radical³³². En este sentido Lacan abre una distinción total entre el yo y el sujeto, ambos no se corresponden como la cara y el sello de una misma moneda, no son dos elementos que puedan pensarse como el derecho y el revés de un mismo fenómeno. En este sentido, no existe para el pensamiento lacaniano ninguna clase de relación de negativo a

³³² Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004.

positivo entre el yo y el discurso inconsciente, más bien lo que opera es que el yo se sitúa como un obstáculo, se interpone, cumple su papel de filtro al discurso inconsciente, mientras que este último presenta sus dinamismos, sus aflujos, sus vías propias.

Lo que se plantea en estos momentos de la teoría, años 1954-1955, es que el inconsciente tiene una cierta autonomía de funcionamiento, que tal como vimos anteriormente responde a la ley de lo simbólico. El inconsciente supone un automatismo que no es comandado por la función yoica, sino por el contrario ésta hace de resistencia al mismo. Fernández Blanco señala a este respecto que el inconsciente es ese sujeto ignorado por el yo³³³, desconocido por él, Lacan dirá a propósito de esto que el hombre es un sujeto descentrado dado que se encuentra comprometido en un juego de símbolos, en un mundo simbólico. El sujeto no se presenta de un modo explícito, se encuentra en las tramas de la cadena significativa.

Acerca de la relación que se establece entre el yo y el sujeto Fernández Blanco profundiza diciendo: *“El yo es un sueño de dominio que pretende igualar el sujeto a la conciencia. Pero conviene saber que el yo no es el centro del sujeto porque el sujeto no tiene centro”*³³⁴. Nos parece que se explicita aún más la distancia entre el yo y el sujeto señalando que el sujeto no tiene centro, da cuenta de que el sujeto produce justamente el descentramiento, a modo de una fractura, de la constitución imaginaria del yo. En este sentido podemos hacer alusión al quiebre de la *homeostasis*³³⁵ que supone la instancia yoica para el andamiaje psíquico, y de paso hacer alusión justamente a que aquello que

³³³ Fernández Blanco, M.: *La repetición como concepto fundamental del psicoanálisis*, Capitón, Seminarios Clínicos, Caracas, Centro de Investigación y Docencia en Psicoanálisis, 2010, p. 48

³³⁴ Ibid, p. 47

³³⁵ Nos parece que la definición de la RAE sobre homeostasis: *“Conjunto de fenómenos de autorregulación, que conducen al mantenimiento de la constancia en la composición y propiedades del medio interno de un organismo”*, permite instalar la cuestión de la “constancia” y de la “autorregulación” como tarea del yo, lo que permite metaforizar la función yoica en su divergencia con la *insistencia* constitutiva de lo inconsciente. Diccionario RAE: www.rae.es

se resiste a la constancia del yo es el inconsciente bajo su función repetitiva, bajo su *insistencia*.

Es justamente en torno a esta distinción entre el yo y el sujeto que se puede visualizar los mecanismos de homeostasis e insistencia. El andamiaje psíquico puede ser pensado también en función de estos elementos dado que el inconsciente aparece de un modo sorpresivo, intempestivo, o bien para destacar una propiedad inmanente del inconsciente, extemporáneo. La homeostasis propia del equilibrio psíquico es fracturada por la insistencia del inconsciente, que para efectos de esta forma de entender la repetición, supone la emergencia e insistencia del significante como elemento que vuelve a producir un efecto en la experiencia humana.

Para ilustrar lo que se está exponiendo podemos recordar una intervención de Lacan que cuenta una paciente en el documental llamado *Una cita con Lacan* del año 2011. En este trabajo, dirigido por Gerard Miller, aparece el relato de una mujer, Suzanne Hommel, quien se analizó con Lacan. Ella cuenta que habiendo vivido en su infancia los horrores de la Segunda Guerra Mundial en las primeras sesiones le preguntó a Lacan si acaso ella podría enfrentar este sufrimiento, frente a lo cual y a la mirada de Lacan ella señala que se dio cuenta que tendrá que vivir con ello toda la vida. Posteriormente cuenta a propósito de su análisis, que en una sesión en el marco del relato de un sueño que ella recuerda, ella dice: “me levanto todos los días a las cinco de la mañana”, y luego agrega: “A las cinco era cuando la *Gestapo* venía a buscar a los judíos en mi edificio”, siendo ella niña recuerda sentir mucho temor, angustia, cada vez que llegaba la *Gestapo* a su casa. De algún modo cada vez que aparecía el significante *Gestapo*, ligado a significantes de amenaza, se producía un efecto, da la impresión viendo el video, no sólo a nivel psíquico, sino cómo a partir del campo del significante, de la cadena que sostiene el recuerdo se actualiza un efecto corporal. En ese sentido el

significante insiste, no deja mantener la homeostasis yoica, sino que altera, quiebra el equilibrio con significantes ligados en este caso a efectos de angustia. Para visualizar mejor este campo, no sólo de la repetición como insistencia del significante sino también de intervención clínica que estas herramientas teóricas posibilitan, es que la intervención de Lacan merece ser expuesta.

En el momento en que la mujer, que tiene alrededor de sesenta años cuando cuenta el trabajo que hizo con el psicoanalista francés, ha vuelto hacer circular en sus sesiones las ligazones con el significante *gestapo* (ahora con minúscula, en tanto fonema y no como organización de inteligencia nazi) y específicamente en la sesión en que ella relata que a las cinco de la mañana iba la Gestapo a su edificio, Lacan se levanta de su sillón donde escuchaba, va al diván donde estaba la mujer y le acaricia el rostro “dulcemente”, transformando *gestapo* en *geste-à-peau*, lo que en la pronunciación del francés suena fonéticamente muy cercano a *gestapo*, y que su traducción al español es *gesto en la piel*.

Si ponemos atención a la intervención de Lacan lo que observamos es que hay una intención de ligar el significante a otra experiencia, en estos términos puede pensarse en una cierta circulación de la pulsión que permita quebrar el círculo mortífero de la repetición. Se trata de permitir la producción de otro sentido a partir del mismo significante, ya no ligado a la amenaza y la angustia sino a una caricia. La mujer que relata este trabajo de análisis señala posteriormente en el video, que cada vez que emerge el significante *gestapo* ya no sólo recuerda la experiencia de amenaza (que no es difícil de pensar que son experiencias que perduran para toda la vida), sino que también recuerda y lo asocia a un *gesto en la piel* (*geste-à-peau*), a una “caricia extremadamente dulce”.

Con este ejemplo queremos ilustrar cómo el significante sostiene un efecto, emerge el sujeto del inconsciente en el campo de los lazos de una cadena que los significantes articulan. Los significantes, tal como podemos ver en el ejemplo, se sitúan como marcas inconscientes, y estas marcas no cesan de insistir, de ahí la importancia del trabajo de elaboración para “abrir” el círculo de la repetición, o para decirlo de otra manera, el trabajo analítico permite en este caso ligar de *Otro* modo aquello que en el psiquismo aparecía como representante de la amenaza, que a su vez produce en ella angustia.

Del mismo modo podría sostenerse a partir de esto, que en otros casos el significante más que aparecer ligado a un campo significativo que produce angustia, o por llamarlo de algún modo, a una *pequeña cadena* comandada en este caso por la ligazón del significante gestapo y el de amenaza, aparece directamente como *no-ligado*, al modo de un significante errante que definitivamente no participa de la cadena³³⁶, que no hace *ligazón* para usar otro término del creador del psicoanálisis. Podemos indagar esta problemática de lo ligado y lo no-ligado en el capítulo V del trabajo que desarrolló Freud en *Más allá del principio de placer*, cuando recuerda la diferencia entre el *proceso psíquico primario* y el *proceso secundario* del psiquismo, ahí señala:

“Puesto que todas las mociones pulsionales afectan a los sistemas inconscientes, difícilmente sea una novedad decir que obedecen al proceso psíquico primario; y por otra parte, de ahí a identificar al proceso psíquico primario con la investidura libremente móvil, y al

³³⁶ Una discusión que no abordaré aquí, pero que me parece de sumo interés clínico es si acaso esta figura del significante errante, *no-ligado*, no es un producto de la operación de la forclusión (que también se ha traducido como repudio) que Lacan acuñara para acercarse al modo psicótico de habitar el lenguaje.

proceso secundario con las alteraciones de la investidura ligada o tónica de Breuer, no hay más que un pequeño paso.”³³⁷

Tal como lo recuerda Freud en este momento de su obra, la energía de la excitación que transita por el aparato psíquico puede estar ligada o no-ligada (o móvil). Luego en el mismo trabajo de la cita anterior continua diciendo:

*“Entonces, la tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería ligar la excitación de las pulsiones que entra en operación en el proceso primario. El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio de placer (y de su modificación en el principio de realidad)”*³³⁸

Lo que plantea Freud en estos parajes tiene relación directa con la *homeostasis* que intenta llevar la instancia yoica, que entendemos que no es otra cosa a la que se refiere Freud cuando habla de estratos superiores del aparato anímico. Es el yo quien intenta articular el principio de placer con el principio de realidad a través de ligazones de la excitación, lo que en otras palabras es el pensar. En este sentido entendemos la idea freudiana de que el fracaso de la ligazón provoca una perturbación psíquica, es

³³⁷ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio de placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 34

³³⁸ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio de placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000, p. 34-35

decir, podemos pensar que si no hay pensamiento que ligue los diversos significantes sobreviene la compulsión de repetición como *insistencia* no-ligada, llevando al sujeto a la neurosis.

V. Función *restitutiva* y función *repetitiva*

A estas alturas del trabajo desarrollado en este capítulo y con la intención de esclarecer cada vez más lo propio de la repetición para el pensamiento psicoanalítico, es que podemos diferenciar dos *funciones* que participan del andamiaje psíquico y que a partir del trabajo de Freud, Lacan diferencia. Después de 1920, es decir, del trabajo central del giro freudiano en torno al problema de la repetición, como ya sabemos, *Más allá del principio de placer*, se incorpora al pensamiento psicoanalítico el concepto de un *resto* que no hace lazo, que no participa de la cadena, podríamos pensar más bien que la dinamiza. Este resto que sin duda sostiene relaciones con lo real -aspecto que será desarrollado en el próximo capítulo-, es conceptualizado por el psicoanálisis lacaniano como un cierto exceso innominable, que el lenguaje no captura, diremos que más bien puede emerger como fisura de lo simbólico. Este elemento es fundamental para conceptualizar la repetición a partir de 1920, dado que es lo que Freud vincula directamente con lo que él denominó *pulsión de muerte*, y que tal como lo expone en estos años, presenta un carácter “demoníaco”.

Lacan sostiene en su Seminario II –a propósito de una intervención de O. Mannoni-, que a partir de estas conceptualizaciones, el *Wiederholungszwang* (el concepto alemán traducido al español como *compulsión de repetición*) freudiano presenta una ambigüedad. Señala que existen dos registros que se combinan, se

entrelazan una tendencia *restitutiva* con una tendencia propiamente *repetitiva*³³⁹. Con esto Lacan subraya no sólo la ambigüedad que el concepto freudiano presentaba sino que distingue bajo las nociones de *función restitutiva* y *función repetitiva* las dos teorías freudianas de la repetición, una ligada al principio de placer, tal como lo vimos en el primer capítulo del presente trabajo, *Repetición y transferencia*, y otra que emerge *más allá* del principio de placer, que no se deja domar por el proceso secundario.

La *función restitutiva* supone como supuesto psicoanalítico, la existencia de una organización interna propia del psiquismo que tiende a oponerse al paso libre e ilimitado de las fuerzas y descargas energéticas. Se está señalando con esto la existencia de un recinto cerrado en el interior del cual se mantiene un determinado equilibrio, que intentaría amortiguar permanentemente la irrupción de las cantidades de energía que entran en el psiquismo. Mantenerlas en el nivel más bajo posible, es decir, nada nuevo en cuanto esto refiere directamente a la función que sostiene el principio de placer. Ahora bien, lo nuevo es diferenciar esta función restitutiva que intenta dar forma, de una función propiamente *repetitiva*, a partir de la cual dejaríamos de hablar de repetición en cuanto a la tendencia que supone el principio de placer. A esta última, que investigamos en los primeros capítulos de este trabajo, podemos denominarla de acuerdo a la propuesta de Lacan como *reproducción*.

Por su parte la *función repetitiva* da cuenta de que el psiquismo, el yo para ser más precisos, en su intento de alcanzar el supuesto equilibrio fracasa. El inconsciente en este sentido no puede ser alcanzado y se hace oír de una manera paradójica, dolorosa, irreductible al principio de placer³⁴⁰. En términos de la teoría lacaniana estamos hablando de un *real* como *imposible*, imposible de ser alcanzado, imposible de ser

³³⁹ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004.

³⁴⁰ Ibid

simbolizado nuevamente para ser más precisos. La función repetitiva muestra que no todo puede ser alcanzado por las lógicas del principio de placer, la función repetitiva nos muestra justamente que hay algo que molesta y que escapa a las posibilidades de ligazón que el psiquismo provee. Este resto o exceso, ya que ambas nociones permiten acercarse a lo que de alguna forma aparece como innominable, plantea la existencia en la vida humana de aquello que no tiende al equilibrio, sino más bien a la irrupción, a la intrusión de una cantidad. Una cantidad que nunca termina de inscribirse en el psiquismo. En palabras de Fischman: *“Nunca triunfa la posibilidad de absorber todo lo que Freud llama la cantidad en pura cualidad: no se logra que el campo de la representación logre absorber todo lo que está en juego...siempre quedará algo que sigue obligando al aparato a seguir trabajando”*³⁴¹. En este sentido la función repetitiva, la repetición propiamente tal, no cesa y por otro lado la repetición como reproducción como intento de ligar, relacionada con el principio de placer, fracasa, en el intento de ligar lo real.

La insistencia del significante a partir de lo simbólico, alcances para el problema de la repetición

Lo fundamental que hay que considerar para establecer y reconocer los alcances que tiene este momento del pensamiento de Lacan para la cuestión de la repetición tiene relación con una cierta reivindicación que realiza el psicoanalista francés de la noción del inconsciente ligado a una memoria. Este aspecto es subsidiario de una concepción del inconsciente estructurado como lenguaje que, como señalábamos más arriba, en tanto supone una sintaxis estipula un cierto orden. A partir de estas nociones se

³⁴¹ Fischman, M.: *Lectura de Lacan del Fort-da*, en Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Manantial, 1992, p. 65

establece la preponderancia del significante como átomo fundamental que soporta la cadena que subyace en el inconsciente. En este sentido y haciendo una homologación que creemos no forzada, la huella mnémica, el significante para Lacan, participa de una cadena que sostiene al sujeto del inconsciente.

Lo que se desprende a partir de estos postulados y de esta versión de la repetición a partir del pensamiento lacaniano, es que existe en la experiencia humana una determinación de la palabra, asunto que nos lleva a pensar en una teoría determinista en cuanto el campo de lo simbólico antecede al sujeto, lo constituye. Para Lacan de la década de los cincuenta, existe una incontrarrestable fusión entre lo que Freud articuló en torno a la repetición y el significante como elemento en donde aquel *empuje* establecido por la pulsión se presentifica. La cadena significativa al insistir supone la condición de posibilidad para la emergencia del sujeto, en este sentido podemos pensar que esta forma de concebir la repetición pone de manifiesto que el sujeto del inconsciente se produce a partir de una ley que comanda el psiquismo. Lo cual se presenta como un alcance sumamente importante y que no habíamos señalado con claridad hasta estos momentos, en cuanto la repetición toma estatuto de una ley que determina el aparato psíquico.

De acuerdo a esto, se hace relevante destacar cómo la repetición concebida desde esta perspectiva, nos plantea un efecto, un efecto de la palabra sobre la experiencia humana. Asunto que es posible pesquisar a partir de la noción de posición subjetiva que ubica a un sujeto en relación a otros, nos referimos por ejemplo a propósito del caso que planteábamos de la joven violada repetidamente por su padre, cómo ella queda inhibida, como también victimizada en las “nuevas” relaciones o intenciones que emprende. Veíamos a partir de esto cómo la insistencia del significante “quedar congelada” (modo con lo que se refiere a la sensación corporal con que

recuerda las violaciones) se anuda con el ser “exigida”, con “no poder responder” ahora en un presente para ella marcado por un efecto signifiante. A este respecto podemos leer en el trabajo de Nasio: “*Pero el inconsciente no es solamente un saber que conduce al sujeto a decir la palabra justa en el momento justo -sin saber sin embargo lo que dice-, es también el saber que ordena la repetición de esta misma palabra más tarde y en otro lugar*”³⁴².

Lo que se plantea es que el signifiante actualiza un efecto, aseveración a partir de la cual se hace sumamente interesante plantear, tal como lo hemos hecho en otros momentos de esta investigación, la pregunta si acaso lo que se actualiza es lo que Freud denominó como la investidura, el monto de afecto, o bien, es la representación que “viaja” de lo inconsciente a lo preconscious, cuestión que creemos se sostiene como interrogante ante la articulación misma del problema de la repetición, intentaremos abordarla directamente en las discusiones finales de la presente tesis.

Ahora bien, creemos que esta forma de entender la repetición, como insistencia del signifiante, anuda ambas partes de la pregunta que acabamos de plantear, tanto la investidura como la representación de algún modo quedan anudados en lo que definíamos como *efecto*, como secuela que ubica al sujeto frente a otro. Es lo que señalábamos al referirnos al análisis que realiza Lacan sobre el cuento de *La carta robada* en cuanto la carta, el signifiante, estipula los lugares que ocupa su sostenedor en las escenas de la historia, y que retorna sin que éste sea convocado, volviendo a actualizar el efecto señalado. La carta independiente de su contenido articula lugares, repite escenas. Retomemos un momento de la escritura de Lacan, donde de un modo a nuestro juicio casi literario, muestra la repetición como retorno de los signos, la insistencia del signifiante:

³⁴² Nasio, J. D.: *Cinco lecciones sobre la teoría de Jaques Lacan*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 23

“Crees actuar cuando yo te agito al capricho de los lazos con que anudo tus deseos. Así éstos crecen en fuerza y se manipulan en objetos que vuelven a llevarte a la fragmentación de tu infancia desgarrada. Pues bien, esto es lo que será tu festín hasta el retorno del convidado de piedra que seré para ti puesto que me evocas”³⁴³

La insistencia del significante como lectura de la repetición postula un modo en que la palabra constituye y hace posible la emergencia del deseo, por esto Lacan señala que el significante “agita” al sujeto “al capricho de los lazos” (esto es la cadena) con que “anuda los deseos”. En este mismo párrafo se hace referencia a la “fragmentación” de la “infancia desgarrada”, a partir de lo cual entendemos que el significante está directamente relacionado con la constitución del deseo a partir de la parcialidad de la pulsión, es decir, en los momentos inaugurales del psiquismo. El significante actúa ya en la articulación del paso de la necesidad a la demanda y luego al deseo, tal como lo habíamos señalado en el capítulo sobre *Repetición y pulsión*.

El Otro, como tesoro de significantes, interrumpe la satisfacción directa al nivel de la pura necesidad, función biológica, para dar paso a una satisfacción más compleja, más imbricada, donde el Otro surge como un elemento tercero que interviene en la diada madre-hijo. De ahí que ciertos modos de articulación significativa, o bien la preponderancia que suponen ciertos significantes y no otros, conlleven un peso determinado en la vida psíquica y con ello ciertos modos de búsqueda de la satisfacción. Podemos iluminar estas nociones con la metáfora de los “diques” que el significante

³⁴³ Lacan, J.: *El Seminario sobre “La carta robada”*, Escritos, Tomo I, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2008, p. 50.

impone a la libre circulación de la pulsión, la cadena significante de algún modo la dirige. A este respecto es pertinente recordar las preguntas que hacía Miller en su libro *El hueso de un análisis*, cuando señala: “¿Por qué tal palabra del Otro, tal palabra del padre, de la madre, de algún otro, tomó un valor determinante para el sujeto? ¿Por qué tal mal entendido, tal homofonía en la lengua? ¿Por qué eso acertó en el blanco para un sujeto?”³⁴⁴

Soler a este respecto señala que el significante en su condición asemántica, la letra, si determina al ser, lo hace por medio de una determinación del deseo, y por lo tanto de los objetos que le conciernen³⁴⁵. Ahora bien, para Porras ante estas preguntas en última instancia sólo queda la contingencia, en el sentido de que alguna cosa que fue encontrada y aunque podría haber sido de otra manera sólo pudo ser así. De paso Rabinovich³⁴⁶ agrega que es justamente la contingencia lo que permite operar en psicoanálisis, en el sentido de que permite asumir la causación, dado que si la causación fuera sólo necesaria, no habría espacio para el psicoanálisis. De no plantear esto en relación a la contingencia se podría pensar por ejemplo en una causa única y necesaria de los síntomas, por cuanto se estaría posicionando al psicoanálisis como una práctica ocultista que va en búsqueda del sentido velado. A partir de esta interesante y necesaria elucidación, es que se puede concebir que si bien algo de la serie es preexistente, es decir, hay un Otro constitutivo, dicha serie no estaba en estado de latencia o a la espera de, sino que es creada a partir de la sintaxis, la repetición como ley. A propósito de esto y sobre el trabajo analítico Porras señala: “*La construcción con la que trabajan los analistas es la construcción après-coup de la cadena, que opera sobre el pasado del sujeto, sobre su historia. Pero no un trabajo que deba constatar un historia*

³⁴⁴ Miller, J.A.: *El hueso de un análisis*, Buenos Aires, Tres Haches, 1998, p. 41

³⁴⁵ Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

³⁴⁶ Rabinovich, D.: *El deseo del psicoanalista*, Buenos Aires, Manantial, 1999.

preexistente, sino como una construcción retrospectiva”³⁴⁷. No se opera en este sentido de la causa al efecto sino del efecto a la causa.

³⁴⁷ Porras, M.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra viva, 2008.

REPETICIÓN Y TRAUMA

...a partir de un cierto momento se ha revelado como evidente que el testimonio incluía como parte esencial una laguna, es decir, que los supervivientes daban testimonio de algo que no podía ser testimoniado

Giorgio Agamben

No cabe duda que el problema de la repetición, tal como la hipótesis del inconsciente, supone para su aprehensión una búsqueda acuciosa y rigurosa, aun cuando esta pueda no ser garantía para su aprehensión absoluta. Creemos que el problema mismo abre caminos insospechados por los cuales transitar con la intención de asir lo que aquella fuerza indomable y a ratos demoníaca presenta. Sin embargo las distinciones que hemos ido posicionando con el pasar de los diversos capítulos de esta investigación, nos permiten llegar a un momento de la misma en el cual arribamos a lo que creemos que tanto Freud como Lacan intentaron sostener en última instancia, y es que el inconsciente es la repetición³⁴⁸.

Es evidente que esta afirmación, que a primeras luces aparece como enigmática y que seguramente no deja indiferente a nadie que participe de la investigación y la práctica psicoanalítica, no se sostiene sin una argumentación clara. Ahora bien, es fundamental para su comprensión apoyarse en los capítulos anteriores de este mismo trabajo, donde hemos podido dar cuenta por ejemplo de la primera teoría de la repetición de Freud en el capítulo *Repetición y transferencia*, según la cual se ilumina toda la problemática del *agieren* freudiano, a saber el *acto* que sostiene la tesis que trabaja Freud en *Recordar, repetir y reelaborar*. O bien la repetición asociada al factor

³⁴⁸ Nasio, J.D.: *¿Por qué repetimos siempre los mismos errores?*, Buenos Aires, Paidós, 2013

conservador que la propia pulsión supone, tal como pudimos revisar en el capítulo *Repetición y pulsión*, o aún más, el carácter mortífero de la pulsión de muerte que vimos en *Repetición y pulsión de muerte*, como una fuerza que de algún modo se presenta de forma constante y arrasadora en cuanto opera desligando la energía psíquica de las representaciones, instalando con ello un permanente quiebre de la homeostasis psíquica que el yo intenta sostener a través justamente de la operación de ligazón.

Estos modos de problematizar la pregunta por la función de repetición en el ser humano que sostuvo Freud, fueron asimilados por Lacan y llevados a otros campos, -la lingüística y la filosofía fundamentalmente- no por ello desligándolos de sus aspectos fundacionales. Creemos que Lacan, por decirlo de algún modo no traiciona para nada el espíritu y los alcances que obtuvo de su lectura de los textos del padre del psicoanálisis. Sino que al menos hasta la primera mitad de su trabajo, que como sabemos termina en el año 1964, cuando es expulsado de la IPA, existe un constante y muy consistente “retorno a Freud”. Lo cual nos permite en este trabajo realizar una suerte de seguimiento de las propuestas freudianas a la luz de aporte de Lacan.

Ya pudimos ver en el capítulo anterior *Repetición e insistencia del significante*, el matiz lingüístico que toma el problema, por cuanto Lacan relaciona la función repetitiva con el lugar del significante en la experiencia humana. En este capítulo pudimos situar a la repetición considerando que en el psiquismo opera una ley, una cierta sintaxis que ordena la aparición de la palabra en la experiencia psíquica del ser humano. En este sentido la noción de inconsciente que se sostiene es similar a la trabajada en *La interpretación de los sueños*, por cuanto se visualiza como una memoria que se hace presente por los efectos de la insistencia que supone la compulsión de repetición. Ha sido interés de este trabajo poner en circulación la idea de que en psicoanálisis a partir de la lectura que Lacan hace de Freud, es necesario hablar de al

menos dos modos de entender el inconsciente, uno, como decíamos ligado a una memoria y otro, ligado a una fuerza, si se quiere pulsional.

I. Nuevamente los dos modos de lo inconsciente

No es primera vez que nos referimos a la distinción entre dos modos de entender lo inconsciente en la presente investigación. Sin embargo en este breve apartado la intención no es repetir lo señalado anteriormente sino más bien profundizar en dicha distinción. De este modo y con el fin de elucidar el paso que tanto Freud como Lacan hacen –curiosamente ambos realizan el mismo paso de un inconsciente ligado a una cierta memoria hacia una noción más ligada a la pulsión en su dimensión real-, nos referiremos a un nuevo elemento que permite situar al inconsciente tal como lo señala Lacan, como aquello *no realizado*.

Para ello, un aspecto fundamental de explicitar es que con la primera teoría lacaniana de la repetición aparecía operando en el inconsciente una ley, que sin ambages podemos decir que determinaba la aparición de los significantes en la cadena simbólica. La repetición tomaba el carácter de una ley que operando en el inconsciente hace emerger al propio sujeto del inconsciente, un sujeto que se constituye en función de dicha ley. En este sentido entendimos la insistencia a la que se refiere Lacan como un determinante que hace aparecer a un sujeto que se sostiene entre los significantes de la cadena. Ahora bien, el mayor giro que presenta la segunda teoría lacaniana de la repetición, además de vincularse con el trauma como elemento esclarecedor de esta nueva faz del problema, es que ya no estamos en presencia de una ley determinista sino más bien de lo que Lacan denomina la *causa*.

Podemos decir que la repetición ya no la vemos ligada al inconsciente que supone la cadena simbólica sino que la vemos relacionada a lo *real* que sitúa en la teoría la noción de trauma. En este sentido tal como trataremos de iluminar en este capítulo, la repetición para el Lacan del Seminario número 11, es decir, el Lacan del año 1964 (Seminario al cual haremos permanentes referencias), la repetición ya no está ligada a un registro de lo simbólico únicamente, sino que se liga a *lo que retorna siempre al mismo lugar*. Aquello que, tal como destaca Graciela Brodsky en su *Comentario del Seminario 11*, no cesa de no poder inscribirse: Lacan “*Toma lo que vuelve siempre al mismo lugar, lo que no cesa –que se parece a la idea de retorno- pero a diferencia del retorno de los significantes que no cesa de no escribirse siempre igual, ahora de lo que habla es de un “no cesa” –se ve el espíritu de la repetición- bajo la forma de lo que no cesa de no poder inscribirse*”³⁴⁹ En este sentido como lo expone Brodsky junta el no cesa de la repetición con lo real como imposible, con un imposible de reabsorberse a nivel del principio de placer.

Este otro modo de concebir al inconsciente tal como nos lo presenta Lacan hace pensar en un inconsciente que se manifiesta como algo que está a la espera, en el círculo de lo *no nacido*³⁵⁰. Esta dimensión no tiene que situarse en el plano de lo irreal, sino más bien para el psicoanalista francés en el ámbito de lo no realizado y que a todas luces aboga o empuja por aparecer. Seguiremos con estas reflexiones en los próximos apartados, sin embargo, retomamos la idea de que estamos en presencia de dos modos de entender lo inconsciente esta vez una ligada a la repetición en cuanto ley, y esta nueva forma que nos habla de un inconsciente ligado a la noción de causa.

³⁴⁹ Brodsky, G.: *Comentario del Seminario 11*, Buenos Aires, Cuadernos del ICBA Nº2,

³⁵⁰ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2008

II. Repetición en cuanto ley y repetición en cuanto causa

El hecho de considerar dos modos de entender lo inconsciente no supone necesariamente la toma de partido por una u otra faz del problema. Creemos que en relación a ciertas temáticas o ciertas conceptualizaciones es menester sostener determinadas hipótesis, es decir, dependiendo del argumento una u otra forma de entender lo inconsciente puede apoyar la práctica psicoanalítica. Por ejemplo, al momento de plantear la repetición ligada al retorno de los signos se establece una función y una escucha al interior de una praxis psicoanalítica que está “a la espera” de la emergencia del sujeto del inconsciente, aquel que puede constituirse a partir de una formación del inconsciente como puede ser un lapsus, un sueño o un síntoma, todos ellos en su dimensión significante. Esta es la cara de la repetición que se vincula con una ley como determinación de la aparición de los significantes al interior de una cadena simbólica.

Sin embargo en el Seminario 11, lugar donde Lacan desarrolla su segunda versión de la repetición, y con ella la profundización de otro modo de entender lo inconsciente, ya no se presta tanta atención a la dinámica, al conflicto psíquico establecido entre un yo represor y lo reprimido como históricamente Freud y con él el psicoanálisis habían establecido, sino que se destaca más que un inconsciente como determinante de la cadena simbólica, un inconsciente cuya dimensión fundamental es la de la causa y en este sentido como señalábamos un inconsciente ligado a lo real: *“Para la dimensión de la ley basta la ley del significante. Por otra parte, es necesario establecer la causa, que no es un significante, puesto que se trata de algo que el significante no puede cernir: la causa es real...Esta cadena permitirá establecer la ley*

de los retornos, pero no permitirá alcanzar la causa de esos retornos desde ahora indicada por la aparición del objeto a”³⁵¹

Para el psicoanálisis lacaniano el hecho de que nos centremos en el inconsciente en su dimensión de causa más que de ley, nos lleva al paso de una repetición ligada al registro *simbólico* a una repetición vinculada al registro de lo *real*. Este modo de acercarse al problema de la repetición nos sitúa frente a una compleja, pero sumamente relevante cuestión que Lacan abordó en el seminario al que hacemos referencia, a saber, el carácter de ranura, de fractura, de *hiencia* (como se traduce al castellano el término francés *béance*), que supone lo real para lo simbólico. Esto es, aquello que el lenguaje, en tanto nos constituye como seres de palabra, no alcanza a aprehender, pudiendo sólo bordearlo. La causa real se sitúa así fuera de las lógicas del principio de placer, es decir, no cabe dentro de lo que plantea la primera teoría de la repetición tanto de Freud como de Lacan. El inconsciente de acuerdo a esta segunda lectura ya no es solamente un avatar de conflictos, sino que está abierto por un agujero, por una ranura a lo real³⁵². Lacan lo dice del siguiente modo:

“Allí, una cosa distinta exige su realización, una cosa que aparece como intencional, ciertamente, pero con una extraña temporalidad, lo que se produce en esta hiencia, en el sentido pleno del término producirse, se presenta como el hallazgo... Con todo, este hallazgo, en

³⁵¹ Porras, M.: *Azar y Destino en psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva, 2008, p. 91

³⁵² Umérez, O.: *La compulsión a la repetición en Lacan* en Cosentino, J.C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de más allá del principio de placer*. Buenos Aires, Manantial, 1992

cuanto se presenta, es re-hallazgo y, además, está siempre dispuesto a escabullirse de nuevo, instaurando así la dimensión de la perdida.”³⁵³

En su trabajo *La compulsión a la repetición en Lacan*, Umérez señala la distinción de esta segunda forma de plantear el problema de la repetición a diferencia de la denominada insistencia del significante, del siguiente modo: “*Ya la repetición no se funda en la simple cadena de los significantes; la cadena de los significantes nos va a dar la ley de los retornos, es decir, vamos a saber por la vía del significante y de sus articulaciones cómo retorna, pero no nos va a dar la dimensión de la causa de esos retornos: la dimensión de la causa de esos retornos es la aparición del concepto de objeto a*”³⁵⁴ y, por ese lado, *la repetición se funda ya no en una mera ley del significante, sino en una causa real.*”³⁵⁵.

De acuerdo a esta distinción es que Lacan propondrá su lectura del imperativo freudiano “*Wo es war soll ich werden*”, que aparece en su trabajo *La división de la personalidad psíquica*, traduciéndolo como “*donde eso era (lo real) el sujeto debe advenir*”. Es decir, y este puede concebirse como imperativo ético del psicoanálisis: el sujeto debe ir al lugar de su causa real. La repetición entendida de esta segunda manera para Lacan, es decir, ligada a la noción de causa la relacionará con el concepto griego de *tyche*, y dejará el concepto de *automatón* para la repetición como insistencia del significante, distinción que retomaremos y profundizaremos más adelante.

³⁵³ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 33

³⁵⁴ Objeto a, que justamente nos habla de aquella dimensión de la perdida a la que hacía alusión Lacan, recordemos que por definición el objeto a, además de ser el objeto causa de deseo, es el objeto primariamente perdido.

³⁵⁵ Umérez, O.: *La compulsión a la repetición en Lacan* en Cosentino, J.C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de más allá del principio de placer*. Buenos Aires, Manantial, 1992, p. 103

La lectura que hace Lacan en el seminario en cuestión del año 1964, no deja de estar relacionada con el giro freudiano de *Más allá del principio de placer*, como ya señalábamos creemos que Lacan con estas elucidaciones no traiciona el espíritu de la tesis de una función propiamente repetitiva que aparece cercano al año 1920 en la teoría freudiana. En este sentido creemos que lo demoníaco que molestaba a Freud de la tendencia repetitiva es justamente que ésta a los ojos de Lacan no es aprehensible por el campo de la palabra. Este aspecto es justamente el que nos permite introducir una cuestión relevante para efectos de este apartado, se trata de aquello que no es aprehensible por lo simbólico, que en la teoría freudiana aparece como ya sabemos del lado del exceso, esto es del lado del trauma.

Pasaremos a revisar aspectos de la teoría del trauma que nos permitan entender de qué se está hablando en esta segunda versión de la repetición de Lacan, versión que no olvidemos nos habla de la función propiamente repetitiva, a diferencia de la función restitutiva. Así como el sueño es la vía regia para el acceso a lo inconsciente podemos señalar que el trauma es la vía regia para acceder a la repetición. No podemos olvidar que en *Más allá del principio de placer*, uno de los elementos que considera Freud para su análisis y sus conjeturas son además del juego del Fort-da y la reacción terapéutica negativa, los sueños de neurosis traumáticas.

III. De una *vana* repetición

Chemama recoge para su definición de trauma, una hipótesis freudiana atingente al desborde que amenaza el *principio de constancia* y con él el principio de placer operante en el psiquismo: “*Cuando a un sujeto le ocurre algo a lo que no le puede hacer frente, es decir, cuando no lo puede integrar al curso de sus representaciones ni*

lo puede abstraer del campo de su conciencia reprimiéndolo, entonces ese acontecimiento tiene propiamente valor de trauma. Su retorno incesante tiene precisamente esa función: intentar dominarlo integrándolo a la organización simbólica del sujeto.”³⁵⁶

Pontalis, en el seminario de Lacan de 1954 acerca del *Yo en la teoría de Freud*, realiza una intervención especialmente clarificadora donde elucida que el ejercicio de dominio sobre lo displacentero, este papel activo que permite *triunfar sobre las amenazas y conflictos no resueltos*, tiene directa relación con una forma prematura en que Freud interpretó la repetición (no por ello desechable), la cual designa a la repetición como *factor de progreso*. Para el autor, la tendencia a la repetición modifica la armonía preestablecida entre principio de placer y de realidad, conduciendo necesariamente a integraciones cada vez más amplias³⁵⁷.

Este modo de la repetición aparece en pos del quiebre del equilibrio que otra instancia vendrá a componer, tal como se concibe según algunos planteamientos teóricos el ejercicio del análisis, en tanto se descompone para luego hacer síntesis. De esta manera, podemos ver en esta primera definición del trauma ligado a un *retorno incesante* y su intento de *dominio*, un acercamiento a la tendencia de repetición, que planteábamos y distinguíamos en el capítulo anterior como tendencia *restitutiva* del aparato psíquico por sobre una propiamente *repetitiva*. Si se quiere pensar de otro modo el mismo problema emerge como *restitución* del objeto traumáticamente perdido, que deja una estela que se intenta administrar. Esta es una de las interpretaciones que ha dado Freud del juego de su nieto de un año y medio que denominó como Fort-da donde pretende, al recoger su carretel, re-traer a la madre desaparecida de su campo visual.

³⁵⁶ Chemama, R.: *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004

³⁵⁷ Pontalis, en Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Libro II, Paidós, Buenos Aires, 2004, p. 43

Posteriormente, el propio Pontalis deja establecido en la misma intervención una segunda noción, que se acerca más al planteamiento freudiano acerca de las vicisitudes de la *pulsión de muerte*. Noción que como señala Eleb, toma en cuenta los fenómenos de repetición que no se dejan reducir a la búsqueda de una satisfacción libidinal o a un intento de dominar las experiencias displacenteras³⁵⁸. Esta noción sugiere una faz de la repetición que ya no refiere a su meta, sino según el psicoanálisis de aquellos tiempos, a un mecanismo, a una regresión³⁵⁹. Este mecanismo supone a la base un aspecto –del cual ya hemos hecho mención en los capítulos sobre la repetición y pulsión– propiamente conservador, un factor conservador de la pulsión, es decir, el retorno de todo lo vivo a un estado inanimado. O en otras palabras y a estas alturas de nuestro trabajo, lo que podemos señalar como la inmanencia de la pulsión.

Con la distinción que hace Pontalis en el seminario de Lacan, podemos volver a una segunda tesis de la repetición en su lazo con el trauma. Asumiendo que lo traumático se sostiene en una fractura para en el psiquismo, la repetición supone una tarea de recomposición, ella vendría a “*recomponer una fractura*”, o en su sentido inverso, empuja a la regresión a la fisura. Sin embargo, aclara Chemama, *a menudo se evidencia que es inoperante*. Con lo que se ilumina el carácter *fallido* de la misma. Cuando pensábamos en una aprehensión de la tendencia repetitiva –como ya señalamos sería más preciso decir *restitutiva*– en torno a una tarea determinada, ella vuelve a presentarse como tendencia indomable.

³⁵⁸ Eleb, D.: *Figuras del destino, Aristóteles, Freud y Lacan o el encuentro de lo real*, Manantial, Buenos Aires, 2007

³⁵⁹ Pontalis, en Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004

De acuerdo a esta *evidente inoperancia*³⁶⁰ Chemama dice, la repetición es *vana*: *no llega a cumplir su misión, su tarea es renovada sin cesar, siempre por rehacer. Así manifiesta su carácter de automatismo y termina perpetuándose al infinito*³⁶¹. ¿Es posible que la repetición como *tendencia* exceda a todo intento por asir sus orígenes? ¿Presenta la repetición un carácter traumático? Si así fuera, ¿el carácter traumático se liga a la manifestación insoportablemente *constante* de la repetición, que supone para Soler³⁶² un indicio de lo real en el corazón de lo inconsciente?, o bien, ¿es que el acontecimiento traumático se sostiene en un mecanismo *fugaz*, huidizo, que nos habla de lo inaprehensible de la repetición, comandada ella por el perpetuo movimiento de aparición y desaparición?

La repetición es *vana*, palabra que en varias de sus acepciones, tales como: *falto de realidad, sustancia o entidad; hueco, vacío y falta de solidez; insubsistente, poco durable o estable; que no tiene fundamento, razón o prueba*³⁶³, apela a lo efímero, lo fugaz, lo huidizo. Lo cual en principio no habría por qué desechar como característica primordial de esta tendencia, si pensamos que la repetición no aparece nunca, ella *hace aparecer* flashes representantes de su potencia –solo dejamos enunciado como para posibles investigaciones que quizás la experiencia del *Déjà-vu* pueda iluminar esta dimensión³⁶⁴. La cuestión queda complejizada con estos acercamientos a una repetición *vana*, efímera y al mismo tiempo inoperante, fallida, sin embargo en torno a estos pasos es dable preguntarse si ¿Acaso la pregunta por los orígenes, o más rigurosamente, por *la causa* de la repetición nos lleva a un terreno trascendental de la misma?, campo que a su

³⁶⁰ Aún cuando es bastante críptico definir una tarea como inoperante, veremos más adelante que esta función tiene asidero en la teoría psicoanalítica de acuerdo a la paradójica constitución del sujeto que ella supone.

³⁶¹ Chemama, R.: *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004

³⁶² Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 2004, p.86

³⁶³ Diccionario, *Real Academia Española*, Madrid, 2001

³⁶⁴ Freud, S. [1914]: *Acerca del fausse reconnaissance (déjà racanté) en el curso del trabajo psicoanalítico*, Obras Completas, Tomo XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

vez permitiese sortear estos obstáculos e indagar en la tendencia propiamente *repetitiva*, que surge como ya sabemos con *Más allá del principio de placer* y no aquella asociada al principio de placer llamada función restitutiva.

IV. En los albores del trauma

Trauma en su etimología da cuenta de una “herida”. En psicoanálisis, los desarrollos freudianos han derivado en la hipótesis que plantea la impotencia del psiquismo para hacer frente a un cierto acontecimiento³⁶⁵. El devenir de lo traumático ha estado presente prácticamente desde el inicio de los trabajos de Freud, y desde sus primeras conceptualizaciones está teóricamente enlazado a los movimientos de retorno que el psicoanálisis instala.

Freud y Breuer en sus *Estudios sobre la histeria*³⁶⁶, encontraron en la noción de *trauma psíquico* un soporte elemental para la construcción del saber a partir de la experiencia de sus pacientes. Fundamental es en esas épocas prematuras del psicoanálisis, la idea que existen *momentos* que articulan la emergencia del síntoma histérico, y que al mismo tiempo de aquello se desprende la lógica o el carácter de lo traumático para el psiquismo. Como ya sabemos, a partir de estos *Estudios* se formula el proceso en dos tiempos en que se produce la eficacia psíquica de las impresiones traumáticas, las cuales sólo devienen activas en un segundo momento que evoca el primero y lo resignifica³⁶⁷. El proceso al que hacemos referencia en esta parte de nuestro trabajo da origen, con la enorme importancia que esto tiene para la obra

³⁶⁵ Chemama, R.: *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004

³⁶⁶ Breuer, J. y Freud, S. [1893-95]: *Estudios sobre la histeria*, Obras completas, Tomo II, Buenos Aires, Amorrortu, 1999

³⁶⁷ Gómez, C.: *Freud y su obra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002

freudiana y psicoanalítica toda, a la noción de *retroactividad* (*Nachträglichkeit* en el idioma alemán y *après-coup* en el francés) de la causalidad psíquica.

Lo anterior refiere a que la elaboración psíquica no recae sobre todo el pasado, sino sobre aquellos acontecimientos que no han podido ser simbolizados, sobre aquello que no ha logrado anudarse en la cadena significante que da soporte al sujeto. A partir de esto se puede hablar desde y con estos *Estudios*, de un *exceso* para el psiquismo – aspecto que se mantendrá durante toda la obra freudiana-, puede plantearse un *afecto* que deviene exuberante y de *eficacia presente* para el andamiaje psíquico del ser humano:

*“Antes bien, debemos aseverar que el trauma psíquico, o bien el recuerdo de él, obra al modo de un cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente”*³⁶⁸.

¿Qué formas adopta en la teoría psicoanalítica este *cuerpo extraño*, que excede las posibilidades de elaboración psíquica? ¿Cuáles son las vías de acceso para encontrarse con él? ¿Si acaso se plantea como *cuerpo extraño* de *eficacia presente* podemos pensar que este elemento adviene traumático en tanto participa de las lógicas de la repetición? Freud en su *Conferencia 18*³⁶⁹ llamada *La Fijación al trauma, lo inconsciente*, da un indicio interesante. Siendo categórico refiere a que la expresión “traumática” no tiene otro sentido que el *económico*, enfatizando éste por sobre los

³⁶⁸ Breuer, J. y Freud, S. [1893-95]: *Estudios sobre la histeria*, Obras completas, Tomo II, Buenos Aires, Amorrortu, 1999.

³⁶⁹ Freud, S. [1916]: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, Obras Completas, Tomo XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

modelos tópicos y dinámicos de la interpretación del psiquismo. Pero, ¿qué quiere decir que posea un sentido económico?

En principio sabemos que lo económico en Freud da cuenta de los movimientos de cargas y descargas que se producen en torno a la vida anímica regida por el principio del placer. Es la perspectiva que nos habla de la circulación y distribución de la energía en el aparato psíquico³⁷⁰. Lo económico en Freud no sólo nos habla del valor *afectivo* ligado a una representación, sino más bien conlleva el supuesto de un *quantum de afecto*. Lo que en otra ocasión³⁷¹ Freud llamara como *monto de afecto* de la agencia representante de la pulsión, y que al mismo tiempo supone en términos cuantitativos, la *exigencia de trabajo* de la pulsión para el psiquismo.

V. ¿Repite el Yo?

Antes de adentrarnos en estas complejas vías que supone la pregunta por la causa en la repetición, nos parece importante atender y con ello intentar despejar lo que había quedado planteado más arriba con Pontalis, esto es, el factor de progreso que la repetición, en tanto *dominio* de la pérdida, supone.

Galende en *Historia y repetición*, plantea en uno de sus apartados un atendible problema bajo el título *De la autoconservación al narcisismo, el yo también repite*³⁷². En este trabajo, el autor propone dirigir la mirada hacia el rol que cumple la instancia yoica como es constituida a partir de *Introducción al narcisismo*. De acuerdo a lo que ahí se desarrolla, el yo no ha de ser solamente una instancia encargada de la represión,

³⁷⁰ Gómez, C.: *Freud y su obra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002

³⁷¹ Freud, S. [1915]: *La represión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

³⁷² Galende, E.: *Historia y repetición: Temporalidad subjetiva y actual modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 1992

sino que también estará investido libidinalmente³⁷³. Lo que explicita el psicoanalista argentino, es que más allá de un yo encargado, en función del principio de realidad, de la adaptación a la misma, ésta instancia supone un potencial de *irrealidad* en cuanto a la posible *locura megalomaniaca* de amor a sí mismo.

La experiencia de la *reacción terapéutica negativa*, permite a Galende iluminar la dirección que las pulsiones del yo -según la primera teoría pulsional- asumen: *allí las pulsiones del yo, por su autoconservación, son las que por su economía narcisista se niegan a la transferencia*; se trata del estancamiento que producen las pulsiones dirigidas hacia el yo -la investidura del yo ideal-, *manteniéndose en la pura repetición de lo mismo, en la fijación del tiempo detenido*³⁷⁴. Desde la óptica de *Introducción al narcisismo*, el yo se establece en función de una contradicción permanente, entre el Otro que lo constituyó y los grados de omnipotencia que representa el yo ideal.

El estancamiento de la libido en el yo, aparece como el éxito del extremo equilibrio psíquico, el mítico punto cero de la tensión pulsional, con lo cual asistiríamos a la muerte misma del deseo. El planteamiento de Galende nos lleva a situar el accionar de la pulsión de muerte en torno al estancamiento que produce la libido dirigida al ideal del yo, según la promesa que éste hace de una restitución de aquello que supone en algún momento haber sido³⁷⁵. La investidura del objeto ideal en el narcisismo, amenaza constantemente con imponer su escena, de ahí su fuerza *desligadora*, de lo que el yo como emisor de libido puede ligar. Es la cara de la repetición que instala el desconocimiento por parte del yo de su exterioridad -puede pensarse en los llamados casos *borderline*, o lo que Kristeva denomina en *Las nuevas enfermedades del alma*³⁷⁶,

³⁷³ Ibid

³⁷⁴ Ibid, p. 158

³⁷⁵ Ibid, p. 159

³⁷⁶ Kristeva, J.: *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Cátedra, 1995

como la *clausura del espacio psíquico*-, y que introduce al psiquismo en un perpetuo círculo autoerótico, dejándolo anclado al *sentimiento oceánico* que planteará Freud en *El malestar en la cultura*:

*“Nace la tendencia a segregar del yo todo lo que pueda devenir fuente de un tal displacer, a arrojarlo hacia afuera, a formar un puro yo-placer”*³⁷⁷.

Este *sentimiento yoico primario*, dificulta al extremo la inscripción de la experiencia vital en lo que Galende llama, diferenciándolo del tiempo de la repetición: *el tiempo de la historia*, en palabras del propio psicoanalista argentino: *“Hemos tratado de reseñar cómo del pensamiento freudiano sobre el recuerdo y la repetición surge con nitidez un orden de temporalidad diferente en la subjetividad, que se corresponde con la hipótesis tópica, postulando un tiempo de historización, ligado al ordenamiento en la temporalidad del lenguaje (pasado, presente y futuro) para los procesos preconscientes-conscientes y un tiempo de repetición de lo inconsciente, que aunque no fuera de la historia, reniega de este ordenamiento.”*³⁷⁸. La tesis de Galende, plausible por cierto, del estancamiento de la libido en el yo, puede ser criticada a la luz de lo que intentaba elucidar Lacan en su seminario acerca de *El yo en la teoría de Freud*. Recordemos, tal como vimos en el capítulo anterior sobre *Repetición e Insistencia del significante* que en aquel trabajo, específicamente en el apartado *Homeostasis e insistencia*, se plantean las siguientes preguntas: *¿Operar sobre las formas de actuar del*

³⁷⁷ Freud, S. [1930]: *El malestar en la cultura*, Obras completas, tomo XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 2001, p. 68

³⁷⁸ Galende, E.: *Historia y repetición: Temporalidad subjetiva y actual modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 1992, p.125

yo, o explorar el inconsciente, acaso son del mismo orden? ¿Son complementarios los dos sistemas? ¿Son como el revés y el derecho?³⁷⁹ Las preguntas de Lacan en este momento, apuntan a elucidar si es posible en el análisis del yo, encontrar lo inconsciente como su reverso. La respuesta al cuestionamiento de estos años es tomada a partir de la segunda tópica y es clara, entre el sujeto del inconsciente y la organización del yo existe una disimetría radical.

A raíz de este pasaje del pensamiento lacaniano, y con el fin de remarcar la distinción que señalábamos en el capítulo anterior, es que es importante remarcar la diferencia entre la *función restitutiva* de la organización psíquica, la *homeostasis* del psiquismo -que no duda en señalar que corresponde a lo que Freud en su tiempo rotuló con el término *inercia*³⁸⁰-; de la *insistencia* del inconsciente que supone la compulsión de repetición, como función *repetitiva*³⁸¹. El sistema inconsciente plantea algo que no puede ser pensado a partir del principio del placer, algo no se satisface en función de la lógica de dicho principio. En el inconsciente se aloja algo que molesta y que plantea una disimetría total en relación al yo. Lacan señala en respuesta a O. Mannoni, la ambigüedad que presenta el término *Wiederholungszwang*, ya que como hemos remarcado entrelaza una tendencia restitutiva y una repetitiva. Lo dice claramente en el siguiente párrafo:

³⁷⁹ Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, El seminario, Libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 96

³⁸⁰ Ibid

³⁸¹ Laplanche y Pontalis: *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996

“...tras la manifestación de la tendencia restitutiva queda algo que a nivel de la psicología individual se presenta a nivel gratuito, paradójico, enigmático y que es propiamente repetitivo”³⁸².

En este sentido la repetición a la que alude Galende como la muerte del tiempo de la historia se relaciona más con lo propio de un narcisismo extremo, patológico si se quiere -o bien podríamos hablar de las psicosis narcisistas-, y en este sentido se restituye solo un significante ligado al yo placer o al yo ideal. Creemos en este sentido que esta figura de la repetición ligada al yo la podemos ubicar también en un más allá del principio de placer, pero de acuerdo a la función de la pulsión de muerte en cuanto desliga. En tanto se inviste permanentemente el ideal del yo por sobre los objetos del mundo externo, podríamos decir que es una investidura “protegida” del mundo exterior. Creemos que efectivamente se puede sostener, tal como lo hace Galende, en función, por ejemplo, del juego del carretel llamado Fort-da, o la misma experiencia de la neurosis transferencial, una repetición ligada al yo. Aún cuando es plausible la idea que sostiene el autor de que el yo en sus resistencias narcisistas repite, y con ello “deja fuera” de la dinámica psíquica los montos de displacer que conlleva lo traumático. Creemos que el trauma y con él la repetición propiamente tal están *más allá* de la dimensión yoica del aparato psíquico, parece ser que en tanto *causa* del sujeto se encuentran más allá del yo.

Si bien con la repetición en el yo de las resistencias se vislumbra un interesante registro *imaginario* de la repetición, el camino que abre la pregunta por la causa –el cual retomamos ahora-, soporta un abordaje que trasciende a la instancia encargada de

³⁸² Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, El seminario, Libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 106

mediar entre el principio de placer y de realidad, y lanza el problema al campo de la *causa del deseo* -que no olvidemos que es la definición misma del *objeto a* que propone la teoría lacaniana. Para acercarnos con mayor precisión a esta dimensión revisaremos los conceptos de *tyche* y *automaton* que Lacan recogió de Aristóteles, y que le permiten problematizar la emergencia de lo traumático a partir del encuentro con lo real.

VI. De La causalidad lacaniana a partir de *La Física* de Aristóteles

Con la ayuda de Eleb profundizaremos en la noción de causa, con la intención de desenredar lo más posible el lugar *indeterminado* de la repetición, que por lo demás y a estas alturas del trabajo ya podemos señalar que está designada de acuerdo al aforismo que sostiene el trabajo de Lacan de 1964 como el *encuentro fallido con lo real*³⁸³. Este nuevo apotegma no da cuenta solamente de una tarea fallida como veíamos con Chemama, sino que también apela al terreno de la finalidad que la repetición pudiese o no tener, en este sentido es que decimos que problematizaremos en torno a la noción de causa.

Como ya sabemos, Lacan redefine el terreno de la causalidad psíquica a partir de las categorías de *automaton* y *tyche*, que adopta del pensamiento de Aristóteles. Sin embargo ésta operación no sólo conlleva una extrapolación del sistema de pensamiento aristotélico al psicoanalítico, sino también una reacomodación de los términos en cuestión. Aristóteles propone en la *Física*, hablar de *cuatro causas* que darían cuenta de la producción de algo: causa eficiente (el agente), causa material (la materia), causa formal (la forma), y causa final (la finalidad). Ahora bien, al mismo tiempo va delineando -capítulos 3 - 4 y 5 del libro II-, lo que de fortuna (*tyche*) o azar (*automaton*)

³⁸³ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008.

hay en la causa: *Muchas cosas (se dice) existen y suceden por la acción de la fortuna y por acción del azar*³⁸⁴.

El filósofo le adjudica un factor *accidental* a la *tyche*, de acuerdo a la separación que él ha establecido entre *causa por sí* y *causa accidental*, ésta última ligada a la indeterminación de un suceso, quedando de este modo la causa misma ubicada en función de lo insólito -una rareza en el tiempo-. Por otro lado, liga la fortuna, en su estatuto de causa a una *finalidad*. Así, la idea de *tyche* plantea una combinación entre finalidad y accidentalidad. Finalmente el razonamiento aristotélico lleva a la fortuna como *accidente de la finalidad* a empalmar con la elección de pensamiento que se esconde tras ella, para Aristóteles la fortuna no puede ser adjudicada a un ser inanimado, un animal, o un niño, por cuanto no tienen la facultad de elegir³⁸⁵. Por extraño que pueda parecernos según nuestro lenguaje cotidiano, la categoría aristotélica de *tyche*, *la fortuna* se inscribe de acuerdo a una causalidad intencional.

Siguiendo con el planteamiento expuesto en *Figuras del destino*, el *automaton* es concebido por Aristóteles en torno a lo inesperado, esto es, cuando las cosas suceden sin la búsqueda de un resultado y su causa final está al margen de éste. *Lo que caracteriza el azar (automaton), es la ausencia de una finalidad adecuada al resultado*. Un ejemplo puede ser cuando una piedra cae y golpea a alguien sin que ésta haya sido lanzada ahí por otra persona, se puede decir que la piedra no tenía como resultado caer en la cabeza de esa persona, es una caída por azar. En este sentido adquiere su carácter *vano*, dada la inadecuación de la causa final y el efecto. *Desde el punto de vista de la finalidad el azar es vano, porque atribuye al acontecimiento una causa que no le*

³⁸⁴ Aristóteles: *Física*, CSIC, revisión de Calvo Martínez J., Salamanca, 1997

³⁸⁵ *Ibid*

*corresponde*³⁸⁶. Si bien este momento del trabajo puede ser de las partes más espesas por su origen filosófico, se hace necesario asir estas nociones para conceptualizar lo que abordaremos como *encuentro fallido*. Por el momento dejaremos enunciado que las dos categorías, *tyche* y *automaton*, pertenecen a partir de Aristóteles al orden de una causalidad accidental.

Sólo a una persona capaz de elegir le concierne la *tyche* según el pensamiento aristotélico. Lacan efectuará un giro a partir de esta noción desplazando la categoría misma de elección. Para el psicoanálisis lacaniano el sujeto está contenido en la red de significantes, por tanto su *elección* no está ligada al pensamiento como en Aristóteles, sino que pertenece al orden del inconsciente: *En el campo del psicoanálisis, lo que sucede como si fuera al azar y con exclusión del sujeto, se repite de tal manera que podemos decir que es una elección, situada en el campo del inconsciente*³⁸⁷.

La causa para Lacan, como causalidad psíquica supone una dialéctica entre una determinación simbólica (la causalidad significativa) y una *sobredeterminación* de lo real. Esto es, la causa lacaniana queda situada en un juego permanente *entre* la red significativa y lo que escapa a ella. Podríamos asumir de acuerdo a estos postulados, una repetición que en el plano de la causa, aparece atravesada por ambos registros, de un lado la *insistencia del significativo* y del otro el *encuentro fallido con lo real*. De acuerdo al trabajo que propone Gerber, diremos que mientras con *automaton* la cadena significativa corre tras el sentido que no se deja de buscar, con la introducción de *tyche* el sentido se pierde y la cadena se hace de *gocentido*³⁸⁸.

³⁸⁶ Eleb, D.: *Figuras del destino, Aristóteles, Freud y Lacan o el encuentro de lo real*, Buenos Aires, Manantial, 2007

³⁸⁷ Ibid

³⁸⁸ Gerber, D.: *Dis-curso del psicoanálisis* en Braunstein, N.: *El discurso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1998

VII. *Tyche y Automaton*

Lo *vano* no sólo señala la idea de lo fugaz, lo transitorio de la repetición. También en otro sentido, el que trabaja Eleb desde el punto de vista del *automaton*, es una *vana* repetición por cuanto no existe correspondencia entre la causa final y el efecto de la repetición³⁸⁹. Posiblemente en este sentido aparece nuevamente una chispa de lo demoníaco que perturbaba a Freud.

En su trabajo *Figuras del destino*, Eleb retoma la interesante discusión en torno a la noción de *causa*, considerando para ello la tesis aristotélica de las cuatro causas desarrolladas en la *Física*, y la noción de causalidad en Lacan a partir de Freud. La autora presenta como ejes primordiales la *causalidad significante del sujeto*, que Lacan conceptualiza a partir del *automaton (azar)*, y el mal o buen encuentro, o el *encuentro fallido con lo real*, fórmula que utiliza para esta segunda teoría de la repetición a partir de la categoría griega de *tyche (fortuna)*.

Este análisis hace recordar el cuestionamiento mismo de la noción de inconsciente freudiano como constituido a partir de las representaciones, las huellas que en el habitan. Ya habíamos planteado en el capítulo anterior y en este lo profundizamos, el doble estatuto del inconsciente, tanto como memoria, tanto como deseo infantil, “*incluso como pulsión*”. Ahora bien esta “nueva” noción del inconsciente lacaniano, que es explicitada en el trabajo titulado *El inconsciente freudiano y el nuestro*³⁹⁰, apela a subrayar el factor sorpresa que supone el inconsciente para la experiencia humana, si bien esto no es nada nuevo, si nos permite destacar el carácter de hallazgo, o mejor aún de re-hallazgo que ilumina la función propiamente repetitiva. Ahora bien aquello con lo

³⁸⁹ Eleb, D.: Ob. cit. [157]

³⁹⁰ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008.

que se encuentra dirá Lacan siempre vuelve a escabullirse, de ahí que se pueda pensar en la noción de *encuentro fallido*.

A partir de esta problemática, el inconsciente queda bajo el rótulo de lo *no realizado*, entre el ser y no-ser, el inconsciente se sitúa en función de lo *discontinuo*³⁹¹. En este sentido, dirá Lacan el inconsciente supone una fisura, una hiancia que permite el encuentro fallido con lo real, lo inconsciente ligado a lo real, es aquello que es del orden de lo no realizado, aquello que está a la espera. En otro sentido pero aludiendo a la misma problemática diremos que es en esta fisura por donde la neurosis toca lo real, para el psicoanálisis lacaniano una vez que se tapa este hueco (con la neurosis) -que fue constitutivamente abierto por el cruce de lo real por lo simbólico-, sólo se forma una cicatriz, una cicatriz neurótica del inconsciente. Esta metáfora de la cicatriz nos recuerda, tal como señalábamos anteriormente, la raíz etimológica misma del trauma por cuanto refiere a una herida. Ahora bien, lo importante para lo que aquí se está planteando, es que en esa ranura, en esa *fractura* característica de la causa, se encuentra algo que pertenece al orden de un *vacío*.

En tanto agujero no realizado, el inconsciente aspira a cierta realización. Lacan lo llama *ese indeterminado de puro ser*³⁹², que no tiene acceso a la determinación, sino más bien está ligado a la indeterminación del sujeto, de ahí que recurra para su articulación teórica al aspecto *accidental* de la causa que planteara Aristóteles. Es el campo complejo y paradójico que compone el psicoanálisis en torno a una *ausencia presente*, que se sitúa de acuerdo a un planteamiento lógico (no cronológico) anterior a la utilización del lenguaje por el yo en el proceso secundario. Para el psicoanalista francés, no tiene que ver con la realidad o irrealidad de aquello, sino con el orden de la

³⁹¹ *ibid*

³⁹² *ibid*

causa real que ahí se sitúa. Recordemos a propósito de este momento de la teoría de Lacan que él señaló que el análisis, más que ninguna otra praxis está orientado hacia lo que en la experiencia es el *hueso de lo real*³⁹³. Es justamente hacia allá donde se dirige el *encuentro*, es lo que intenciona la experiencia analítica en tanto abre un espacio para el re-hallazgo.

VIII. El *trauma* como vía regia de la repetición

Para esclarecer lo más posible estos parajes de la teoría lacaniana de la repetición, ligada como señalábamos a la noción de *tyche*, en tanto causa accidental y de lo real como encuentro, como *encuentro fallido con lo real*, es que haremos referencia tal como lo hicieron Freud y Lacan en su momento, a la noción de trauma. Para estos fines debemos recordar y no abandonar la idea de que éste, el trauma, se presenta bajo la forma de lo *inasimilable*. Tal como lo señalábamos más arriba, la terminología de Freud nos habla de un *cuerpo extraño de eficacia presente*, definición que ilumina justamente lo externo a las lógicas determinadas según el principio de placer. Es decir, aquí lo extraño hace referencia a que lo traumático no participa de la cadena simbólica, queda fuera, con lo cual podemos adelantar que nunca será reabsorbido completamente por el proceso secundario. Lacan lo señala de la siguiente manera:

“En efecto, el trauma es concebido como algo que ha de ser taponado por la homeostasis subjetivante que orienta todo el funcionamiento definido por el principio del placer. Nuestra experiencia nos plantea entonces un problema, y es que, en el seno mismo de los procesos

³⁹³ *ibid*

primarios, se conserva la insistencia del trauma en no dejarse olvidar por nosotros.”³⁹⁴

Cuando Lacan habla de “*nuestra experiencia*” no sólo está haciendo alusión a su consultorio o su práctica en hospitales, sino que al mismo tiempo hace referencia a la historia del psicoanálisis, por cuanto no podemos dejar pasar para efectos de este análisis que es el propio Freud quien pone sobre el tapete que la repetición se muestra como problema en las patologías denominadas neurosis traumáticas, que a grandes rasgos podemos decir que se producen en función de un evento determinado que para el sujeto aparece como traumático. De otra manera estas neurosis fueron denominadas neurosis de guerra, por ser justamente un evento bélico el desencadenante de la neurosis.

Un aspecto que destaca Freud en su trabajo, capital para nosotros, *Más allá del principio de placer* es que a partir de estas neurosis los pacientes cuentan el fenómeno de la repetición de sueños que reproduce una y otra vez la escena misma que fue vivida en el escenario de guerra³⁹⁵. Es decir, los sueños repiten la misma escena que presenciaron los pacientes. Aparece en este contexto la pregunta acerca de lo que se repite en el sueño, pregunta que viene al mismo tiempo a problematizar la primera teoría freudiana del sueño, que como sabemos fue desarrollada en *La interpretación de los sueños* y que plantea al sueño como realización de deseo. A propósito de que el trauma reaparece en los sueños y “*muchas veces a cara descubierta*”, Lacan se pregunta:

³⁹⁴ Ibid, p. 63

³⁹⁵ Freud, S. [1920]: *Más allá del principio de placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001.

“¿Cómo puede el sueño, portador del deseo del sujeto, producir lo que hace surgir repetidamente al trauma –si no su propio rostro, al menos la pantalla que nos indica que todavía está detrás?”³⁹⁶

¿Qué es lo que está detrás? El trauma, lo inasimilable, pero ¿De qué nos habla aquello en la historia del psicoanálisis?, pregunta que nos puede remitir a la repetición como causa. ¿Qué del sujeto participa en la experienciación de un acontecimiento como traumático, ¿por qué un acontecimiento “contingente” al presente del sujeto, se inscribe con las formas de lo *inasimilable*? O de un modo más simple ¿por qué en la clínica aparece un acontecimiento “objetivamente grave” como traumático para ciertos pacientes y para otros no? En principio estos cuestionamientos deberán zanjarse directamente en el espacio clínico, ya que esta cuestión es relanzada una y otra vez con lo que hay de singular en cada caso, lo que el psicoanálisis desde sus comienzos ha subrayado, y que ha sido sustentado en todas sus producciones teóricas posteriores a Freud.

Ahora bien para iluminar estos pasajes en el campo conceptual el trabajo de Manuel Fernández Blanco, psicoanalista español, resulta esclarecedor. En su trabajo, *La repetición como concepto fundamental del psicoanálisis*, el autor señala que la excitación propia del trauma puede provenir “de afuera” o “de dentro” pero, para que sea trauma, tiene que ser un acontecimiento con una *implicación subjetiva*.³⁹⁷ Con esto se refiere a que aquello que proviene “de afuera”, por ejemplo una catástrofe, un accidente, un intento de violación, una escena de muerte, o la “risa de un pastelero”

³⁹⁶ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, p. 63

³⁹⁷ Fernández Blanco, M.: *La repetición como concepto fundamental del psicoanálisis*, Capitón. Seminarios clínicos, Caracas, Las Mercedes, 2010

como el conocido caso de Freud, que surge como un evento accidental, inesperado, no es suficiente para provocar un trauma en el sujeto.

Como ejemplo de esto podemos considerar el caso que el propio Fernández Blanco señala en el mismo trabajo, según el cual una tía materna le revela a una paciente que su padre intentó violar a ella y a su hermana, revelación que se hace a ambas (dos hermanas que tienen un año de diferencia), sin embargo produce un efecto traumático sólo en una de ellas, en la paciente y no en su hermana. Con este ejemplo podemos ver que el hecho “objetivo”, la revelación del intento de violación, no supone una gravedad del hecho en sí. No es por ser grave –aún cuando estaremos de acuerdo que un intento de violación es un hecho grave y penado- que es traumático para un sujeto, sino que en tanto es traumático este hecho para ella se considera grave.

En este sentido un trauma es siempre en referencia a un segundo momento, tal como lo señalamos con referencia a la noción de *retroactividad*. Es decir, el evento “objetivo” viene a despertar una realidad propia del sujeto. Conviene señalar aquí antes de continuar, que es justamente esta la dimensión de la *tyche* como *encuentro*. Es esta realidad inconsciente la que se despierta y con la que el sujeto se encuentra y con la que se las tendrá que ver. Este es el encuentro con lo real en tanto esa realidad que se despierta apunta a la dimensión de una realidad pulsional, a un modo de satisfacción excesivo no asimilado por el sujeto. Y tal como decíamos este *encuentro* es *fallido* por cuanto este *real*, ligado a la pulsión en su dimensión de excitación excesiva para el psiquismo no es algo que se pueda asir, siempre se escabulle, sólo se podrá intentar simbolizar.

Para ilustrar este pasaje de la teoría Lacan toma un sueño que ya Freud había trabajado. Este sueño aparece en *La interpretación de los sueños* y es denominado *Padre ¿acaso no ves que ardo?* El sueño es soñado por un padre luego del fallecimiento

de su hijo. En una sala está el niño rodeado de velas (como un velatorio) y custodiado por un anciano que sentado al costado del cuerpo vigila que nada le pase. En la pieza de al lado el padre se recuesta para dormir, sin saber que el anciano se quedó dormido también y no pudo evitar que parte del cuerpo del niño se quemara con el fuego de las desgastadas velas. En ese momento seguramente a partir del humo que desprendía el cuerpo quemado del hijo, el padre sueña que su hijo está al borde de la cama desde donde lo toma del brazo y le dice “*Padre, ¿acaso no ves que ardo?*”

Este fatídico sueño emerge como un elemento que más que despertar al soñante, que por cierto despierta para ver la pieza contigua, despierta en él una realidad inconsciente. Lacan lo plantea así:

*“La pregunta que cabe hacer, y que por lo demás todas las indicaciones anteriores de Freud nos permiten formular aquí, es: - ¿Qué despierta? ¿No es, acaso, en el sueño, otra realidad?”*³⁹⁸

El mensaje aparece con más realidad que el humo o el ruido de la habitación del al lado donde el hijo yace. Lacan es categórico y se pregunta si acaso en estas palabras que aparecen en el sueño no surge la realidad fallida que causó la muerte al niño, una realidad inconsciente de la cual el padre no pudo dar cuenta. Seguimos revisando las preguntas de Lacan en torno a esta cuestión dado que son sumamente esclarecedoras:

³⁹⁸ Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 66

“¿acaso no se siente también que, de todos modos, ya es demasiado tarde en lo que respecta a lo que está en juego, a la realidad psíquica que se manifiesta en la frase pronunciada? ¿El sueño que prosigue no es esencialmente, valga la expresión, el homenaje a la realidad fallida?...¿Donde está, en este sueño, la realidad? –si no es en que se repite algo, en suma más fatal, con ayuda de la realidad”³⁹⁹

La frase del hijo *Padre, ¿acaso no ves que ardo?*, que en principio deviene soñada dada la contingencia de lo que ocurre realmente con el cuerpo del niño en la habitación donde es velado, es parafraseando a Lacan, una antorcha que alumbra, pero no vemos lo que quema porque las llamas nos encandilan ante el hecho de que el fuego alcanza lo real. Esta es nuevamente la dimensión que hemos intentado esclarecer del encuentro fallido, el sueño repite en el padre un encuentro, un encuentro con lo real que no por ello se escabulle.

IX. De la causa que retorna o *encuentro fallido con lo real*

Nuevamente haremos uso de las definiciones de Chemama, aludiendo ahora a la cara, por decirlo de algún modo, originaria de la repetición. Señala que para Freud la repetición *es la consecuencia del trauma*, definición que prende luces y permite invertir los términos repetición y trauma, reubicando al trauma en torno a la causa. El anudamiento que supone lo traumático enlazado a la dialéctica causal articulada por *tyche* y *automaton*, subraya lo traumático no sólo amarrado a un “destino” escrito en la

³⁹⁹ Ibid, p. 66

red de significantes a partir del Otro constitutivo, dimensión del *automaton*, sino también ligado a la *tyche* en su doble estatuto, como causa accidental y como “elección” del inconsciente.

La repetición se constituye como: *Una vana tentativa por anularlo (al trauma), una manera también de hacer algo con él, que lleva al sujeto a un registro que no es el del placer, puesto que repite algo que no responde en nada a un deseo*⁴⁰⁰. Este registro de la repetición surge a través de la radicalización de la noción de trauma. Para el caso, es dable recordar el aporte de Rank –el cual Freud incorporó en su tiempo- de asentar el trauma en el nacimiento mismo del ser humano. Más allá de si es una tesis comprobable, o sustentable, lo que queremos destacar con este trabajo es que apelamos a una dimensión del trauma inmanente a la vida misma. Se vuelve a aludir con esto a las palabras de Lacan cuando daba cuenta de lo traumático, metaforizando la propuesta de Rank, como la *aspiración en sí de un medio profundamente Otro*⁴⁰¹. Recuperamos con esto los signos de una repetición anclada al sello del trauma original y estructural, y de un sujeto que en su impotencia es marcado por la *pulsión de muerte*, tanto en su aspecto de *desligazón* como en cuanto a un *factor conservador*, la propia tesis que desprende el *Más allá del principio de placer*.

A propósito de esto hacemos referencia a un preciso comentario que hace Melo Carvalho en un trabajo presentado en el Congreso de Psicopatología Fundamental desarrollado en Brasil el año 2004 donde señala: “*Podemos decir entonces que, en las neurosis traumáticas, la excitación pulsional se superpone a la excitación liberada por el trauma, no para facilitar su contención sino para añadirle una excitación aún más*

⁴⁰⁰ Chemama, R.: *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004

⁴⁰¹ Lacan, J. [1962-1963]: *La angustia*, El seminario, Libro 10, Buenos Aires, Paidós, 2007

*rebelde a la ligazón que la propia realidad traumática*⁴⁰². En este sentido, el encuentro fallido con lo real como fórmula apela al encuentro con la realidad pulsional, esa es la realidad inconsciente que el trauma y con él la repetición despiertan. Agrega Melo Carvalho: “...tenemos que admitir que detrás de esta repetición hay una fuerza que excita y que empuja a la evacuación total de la tensión, con el objetivo final de reinstaurar no tanto la vida sino la inercia completa”⁴⁰³. Es decir la pulsión de muerte en tanto la muerte del deseo como motor de la vida.

En otras palabras, lo traumático es la propia pulsión. En este sentido y recordando la idea freudiana que surge a partir de la segunda tópica de que el *Ello* es el reservorio de las pulsiones, podríamos sumar al aforismo lacaniano del *encuentro fallido con lo real* la noción de *volver-a-encontrarse-con-ello* como señal de la repetición. En clave lacaniana esto apunta a un monto de *goce* que empuja (*Drang*) de manera constante –es lo que podemos encontrar como elemento articulador entre dos conceptos que se distinguen como son la pulsión y el goce-, y en este mismo sentido la causa de la repetición compulsiva, de la tendencia repetitiva propiamente tal, se sitúa en la falta de simbolización de dicho goce.

Nasio plantea esta tendencia repetitiva propia de las pulsiones de muerte ligada a un goce forcluido, es decir, no integrado dentro del andamiaje psíquico, de la siguiente manera: “*Fieles a su tendencia a separar y disociar elementos coherentes, las pulsiones de muerte imponen con violencia, en la realidad actual del sujeto, el goce traumático forcluido y reprimido, y desestabilizan al sujeto adulto*”⁴⁰⁴. En torno a esto podemos decir que el goce como un real no integrado a la cadena se impone como un elemento

⁴⁰² Melo Carvalho, M.: *Los modelos del trauma en Freud y sus repercusiones en el psicoanálisis post-freudiano*, Madrid, Revista Alter (www.revistaalter.com), 2015, p. 6

⁴⁰³ Ibid, p. 6

⁴⁰⁴ Nasio, J.D.: *¿Por qué repetimos siempre los mismos errores?*, Buenos Aires, Paidós, 2013, p. 74

traumático desde la perspectiva de Freud y Lacan, y en la medida que este goce se liga a una realidad inconsciente, se sitúa como una causa accidental de la repetición.

El *encuentro fallido con lo real*, alcances para el problema de la repetición

Esta segunda teoría de la repetición desarrollada por Lacan se enmarca dentro de un concepto que ha sido históricamente trabajado por el psicoanálisis, este es el trauma. A diferencia de la primera teoría que ya revisamos esta vez la cuestión no se liga al estatuto de ley que supone la repetición relacionada con la insistencia del significante, no se trata de una ley que determina la aparición de los significantes al interior de la cadena, sino que estamos frente a una idea de la repetición que se sitúa en torno a la noción de causa.

El problema de la repetición a la luz de la segunda teoría lacaniana, toma el carácter de un encuentro enigmático. Como lo planteaba el psicoanalista francés es un *encuentro fallido con lo real*. Este encuentro, tal como lo hemos desarrollado en este capítulo, toma su carácter a partir de aquello que “*no cesa*”, sin embargo a diferencia de lo que veíamos en la teoría de la insistencia del significante según la cual se puede hablar de un *no cesa de no escribirse siempre igual*, en esta segunda propuesta este factor nos habla de aquello que *no cesa de no poder inscribirse*. Es decir, estamos ante una teoría que supone en su corazón lo imposible, lo inasimilable por el psiquismo, a saber, el trauma.

El trauma, la realidad inconsciente que este supone, se sitúa en el lugar de la causa de la repetición, una causa que como pudimos revisar aparece como causa

accidental. Recordemos que Lacan desprende la noción de causa de los trabajos de Aristoteles, según los cuales habría causa eficiente (el agente), causa material (la materia), causa formal (la forma), y causa final (la finalidad), a los cuales agrega una dimensión de la causa que es accidental. Para la teoría lacaniana la *tyche* (traducido como fortuna) ilumina justamente un encuentro fortuito, pero un encuentro que siempre será fallido dado el carácter del mismo, es decir, por su acercamiento a lo real. En tanto causa el trauma produce la repetición de un encuentro fallido, la repetición de un encuentro con aquello que un evento externo (podría pensarse “objetivamente traumático”) viene a despertar, esto es una realidad inconsciente en su dimensión real, en la dimensión real de la pulsión, aquello que Lacan llamó goce.

Es posible pensar a la luz de estos elementos que aquella realidad inconsciente que es despertada por un acontecimiento fortuito, está a la espera, es decir, está en el orden de lo *no-realizado*. Esta realidad está a la espera como un monto excesivo que si bien la repetición intentará ligar siempre devendrá como un más allá del principio de placer, a partir de esto se desprende el carácter fallido del encuentro, es decir, el encuentro con lo real nunca se produce, es fallido en tanto este real se escabulle, sólo queda la repetición como producto.

A partir de lo anterior podemos remarcar la idea de que lo traumático se sostiene en una fractura para el psiquismo y con ello señalar que la repetición en una de sus caras viene a situarse como una tarea de recomposición, tal como decíamos en este capítulo ella, la repetición vendría a recomponer una fractura, o en su sentido inverso, en la otra cara empuja a la regresión a la fisura. Ahora bien hay que destacar que a menudo se evidencia como tarea inoperante justamente porque aquello que hace surgir la repetición vuelve a escabullirse una y otra vez. Lo que estamos señalando es que la repetición como tendencia se sitúa en función de un doble faz, por un lado la dinámica del trauma

como estructura constitutiva de la repetición, viene a subrayar el mecanismo regresivo que esta supone, es decir, el trauma como vía regia de la repetición viene a despertar una realidad inconsciente que opera como causa de la repetición, el inconsciente como causa; y por otro lado el intento fallido de hacer algo con ese real que se despierta hace emerger una cara inoperante de la función repetitiva, una tarea de recomposición que no produce dicho efecto, y que como ya sabemos se vive de manera compulsiva por el sujeto. Ambas caras componen la *Wiederholungszwang*. Cabe señalar que en este sentido el trabajo de análisis se relaciona directamente con circunscribir este real, asumiendo que nunca se puede aprehender sino sólo intentar simbolizar.

Como señalamos en este capítulo el inconsciente conlleva aquello que no puede ser pensado según las lógicas del principio de placer. El trabajo de Freud y posteriormente de Lacan sitúan una dimensión de lo inconsciente ligada a un resto que no podrá ser integrado, de ahí nuevamente la idea de que el intento de ligar aquello sea siempre inoperante, ineficaz, insuficiente será todo intento. Cabe recordar en función de esto los planteamientos de Freud en su trabajo *Análisis terminable e interminable*, donde plantea la idea de la roca del análisis, aquello justamente que no puede ser puesto en circulación de acuerdo a las lógicas del principio de placer, aquello a lo cual el análisis no puede acceder. El gran descubrimiento de esta línea teórica es que algo no se satisface en función de la lógica de dicho principio.

Recordemos que en tanto agujero no realizado, el inconsciente aspira a cierta realización. Lacan lo llama *ese indeterminado de puro ser*, que no tiene acceso a la determinación. Tal como señalamos y algo en lo que hemos hecho bastante hincapié es que hay otro modo de concebir lo inconsciente que se pone en juego, un modo que está ligado a la indeterminación del sujeto, de ahí que Lacan recurra para su articulación teórica al aspecto *accidental* de la causa que planteara Aristóteles. Este modo de

entender lo inconsciente nos habla de una fisura, la hiancia que denomina Lacan, por donde lo inconsciente empalma con lo real, con lo cual se abre la posibilidad de abordar lo inconsciente ya no solo ligado al campo representacional.

Cuando señalamos en este capítulo que el trauma es la vía regia para acceder a la repetición, estamos haciendo referencia a que el trauma no se deja “olvidar” por quien lo experimenta. Si bien la homeostasis subjetivante propia del psiquismo que orienta el funcionamiento definido por el principio de placer intentará taponear los efectos del trauma, éste se presenta bajo la rúbrica de una insistencia que impondrá sus términos más allá del principio de placer. Los sueños traumáticos que se repiten tal como lo manifestaba Freud en *Más allá del principio de placer*, no responden a la teoría del sueño como realización de deseo, en este sentido la segunda teoría de la repetición, para Freud la compulsión de repetición, viene a ampliar la teoría del sueño situándolo como un elemento que evidencia las lógicas de la repetición.

Al proponer al trauma como elemento participante de la dinámica psíquica y con ello de las lógicas de la repetición, no sólo nos referimos a un “acontecimiento traumático” y lo que ello despierta, sino que aludimos a una dimensión del trauma como constitutivo del psiquismo, por cuanto para el infante la sexualidad vienen a situarse como un exceso que no es posible de asir por el incipiente aparato psíquico. Es decir, bajo la noción que hemos trabajado en este capítulo de que el trauma puede pensarse como un real imposible de aprehender, como aquello que desborda al psiquismo la sexualidad misma surge como excesiva para el ser humano. Aparece como una *cantidad* que no es posible de integrar según las lógicas del principio de placer, pero que es de *eficacia presente*. En este sentido, lo que queremos destacar con este apartado del presente trabajo es que apelamos a una dimensión del trauma inmanente a la vida misma. Planteada las cosas de este modo y considerando que la pulsión es para el

psicoanálisis el derivado de la constitución psicosexual infantil, la pulsión misma se sitúa como traumática o de manera inversa lo traumático es la propia pulsión, dejándola ubicada a ella como causa de la repetición.

REFLEXIONES FINALES

Al momento de concluir este trabajo nos planteamos, más que cerrar o resolver las diversas preguntas y temas por los que hemos transitado, destacar algunos pasajes que posteriormente a realizar la investigación nos parecen fundamentales a la hora de pensar el problema de la repetición. Del mismo modo nuestra intención es poder resituar el estatuto de algunos conceptos psicoanalíticos que, una vez hecho el recorrido que proponemos en la presente tesis, se nos ofrecen en un papel subsidiario de la noción que hemos trabajado. Algunos de los puntos planteados en estas conclusiones aluden a cuestiones generales del problema de la repetición desde la óptica del psicoanálisis y otros, a elementos más específicos que cada uno de los capítulos que hemos trabajado aporta al esclarecimiento del tema.

1. La repetición es para el psicoanálisis un concepto fundamental, surge a lo largo del pensamiento tanto de Sigmund Freud como de Jaques Lacan como pilar elemental que articula un modo de concebir el lugar que lo inconsciente supone para la experiencia humana. La repetición es una noción que hace referencia directa a lo inconsciente, podemos decir que no es una simple característica de este último sino que es la condición misma para su existencia. En el sentido de la lectura que Lacan hace de los desarrollos de Freud, la repetición puede ser pensada como ley y causa de lo inconsciente, aquella compleja trama que tal como vimos se articula entre la *tyche* y el *automaton*.
2. Como concepto la repetición no se sostiene en un sólo momento del pensamiento psicoanalítico, sino que debe su estatuto a una serie de propuestas

basadas tanto en observaciones clínicas, tal como el *acto* en transferencia, la respuesta terapéutica negativa, la repetición de los sueños traumáticos, la insistencia en transferencia de ciertos significantes, la repetición en transferencia de un vacío no ligado. Como también en construcciones metapsicológicas, como puede pensarse el giro según la propuesta del principio de placer y su más allá, o por ejemplo la oposición de la repetición con la noción de recuerdo, el lugar que la noción de pulsión ocupa para entender la repetición, o con Lacan la repetición asociada a lo simbólico y lo real. Si bien la repetición está presente a lo largo de la obra psicoanalítica existen ciertos pasajes que destacan por una búsqueda de los modos de su presencia, por sus alcances, y por las determinaciones que ella conlleva. Es por esto que hemos abordado fundamentalmente cuatro momentos del pensamiento psicoanalítico según los cuales surgen y se sustentan cuatro modos distintos de entender la cuestión.

3. Estos momentos teóricos donde se trabaja el problema de la repetición nos hablan de modos diversos de entender la cuestión, lo cual no quita que podamos señalar que existen concordancias entre ellos. A este respecto podemos decir que un elemento fundamental que hemos podido dar cuenta es que tanto la primera teoría freudiana, trabajada en 1914 principalmente en el trabajo *Recordar, repetir y reelaborar*, como en la primera teoría lacaniana relacionada con la *insistencia del significante* desarrollada alrededor del año 1955, están comandadas por el principio de placer que acuñara Freud. Este principio que comanda toda la primera etapa de la teoría de Freud, como sabemos hasta la emergencia de *Más allá del principio de placer*, y que postula a groso modo la búsqueda de placer por el ser humano, ligado éste a la descarga de la tensión que

se genera en el organismo y que concibe al mismo tiempo el displacer como carga de tensión, no queda exento de la investigación acerca del factor repetitivo. Sin embargo en la medida que surge el *Más allá del principio de placer*, y con ello una *tendencia* caracterizada justamente por no poder ser asimilada según las lógicas del principio de placer, la repetición que se estudió bajo la primera teoría tanto de Freud como de Lacan no nos hablan de aquello propiamente repetitivo. Aquello que no cesa de no inscribirse, o dicho de otro modo que no se liga, aparece sistematizado de forma más contundente de manera posterior y no refiere a aquella tendencia “sana”, que tal como lo planteaba Nasio, podríamos ligar a la conservación de sí, en el sentido que es una repetición que nos estructura, y por otro lado nos permite formar una identidad en tanto “somos lo que repetimos”.

4. Podemos señalar de una manera algo general, no por ello menos importante, que la primera teoría de la repetición tanto para Freud como para Lacan caben dentro de la búsqueda de placer en el sentido de volver a vivir algo que si bien para el yo consciente pudo haber sido displacentero es placentero para el inconsciente, y de este modo empuja hacia su ligazón. Tal como podemos pensarlo según el modelo del sueño, a partir de un elemento preconscious, un resto diurno, una representación inconsciente asociada a un monto de placer vence la censura y aparece como displacentera para el yo consciente. En este sentido y como pudimos sostener en los capítulos correspondientes, tanto para Freud como para Lacan no es una propuesta que hable de algo novedoso en relación a lo que se ha trabajado acerca del *retorno de lo reprimido*. El propio Freud lo dice así y luego Lacan lo ratificará, lo que por cierto no resta importancia a este *retorno*, que

como sabemos es una noción fundamental que comanda la búsqueda teórica de toda la primera etapa del psicoanálisis. Esta similitud hará que esta primera forma de entender la repetición sea para Lacan una tendencia que se relaciona con la *homeostasis* del psiquismo, en el sentido de mantener una cierta constancia interna del organismo. Esto apunta a una repetición entendida bajo la lógica de que algo empuja para que aquello inconsciente retorne y sea incorporado o reincorporado, sea esto en la faz del acto como opuesto al recuerdo o de la insistencia del significante, con la idea de que pueda encontrarse un cierto equilibrio entre placer y displacer. De ahí que Lacan le quite la denominación de *repetitiva* a esta tendencia y la denomine tendencia *restitutiva*.

5. Si bien creemos totalmente sostenible esta cercanía entre la repetición como la pensaba Freud en 1914 con el retorno de lo reprimido, creemos que ya en ese momento surge un factor de suma importancia y que tomará aún mayor relevancia de manera retroactiva, en cuanto el propio Freud plantea en 1920 el *Más allá*. Nos referimos a que con la teoría de *Recordar, repetir y reelaborar* surge la distinción entre repetición y recuerdo, surgiendo la primera como *límite* a lo segundo. La idea de que en la clínica se *actúa* (la dimensión del *agieren* que en ese momento se asocia a la repetición) lo que no se recuerda, supone que la repetición habla de aquello que no puede ser rememorado. El acto escapa de algún modo a las lógicas de lo simbólico, sin embargo Freud no da cuenta de que ese factor es externo per se a lo simbólico, no alcanza a ver que aquello que aparece en la dimensión del acto se relaciona con que en la experiencia humana existe algo que no se puede inscribir según la lógica de lo representacional

(*Vorstellung*). Freud está pensando, con entusiasmo, en esta primera teoría que aquello que se actúa va a poder ser incorporado, en lo que Lacan denominó cadena significante, a través del trabajo analítico. Lo que sin duda es cierto y de ahí la riqueza de la práctica psicoanalítica, pero pierde de vista que algo de la dimensión del acto avisa justamente que no todo pasa o pasará por el registro de lo simbólico. En este sentido el *límite* a la rememoración tiene todas las características de lo propiamente *repetitivo*, tanto en el sentido de que no está ligado, como de que irrumpe de forma intempestiva a expensas del proceso secundario.

6. Creemos que este mismo *límite* que impone lo propiamente repetitivo, es a lo que arriba Freud en 1937, últimos años de su vida, cuando ante su pregunta sobre el análisis terminable o interminable, plantea la metáfora en clave de tragedia, de la existencia de una *roca* que no se puede romper a pesar de todo trabajo analítico, lo que refuerza señalando que tal como gobernar y educar, psicoanalizar es una práctica imposible. Esta roca límite que no puede ser elaborada y que de algún modo se sitúa como un límite de la práctica analítica misma, creemos que hace directa referencia al *factor cuantitativo de la pulsión*, al que aludimos principalmente en los capítulos relacionados con esta última noción. Este factor nos habla de un monto pulsional, una *konstante kraft* (fuerza constante en alemán) que no se inscribe, y que por más que seamos seres de lenguaje y de cultura, que lo somos, plantea un elemento vital en cuanto al *movimiento* que habita la noción de deseo como motor de la vida. El proyecto de la cultura y con ella del Yo, es la dominación de este factor de la pulsión, pero este dominio, según lo hace explícito la práctica clínica, y un sinfín de

situaciones que el lector podrá relacionar desde el modo contemporáneo de vivir, no se cumple. Según una expresión que aparece en el trabajo de Freud al que hacíamos referencia, *Análisis terminable e interminable*, los perros –las pulsiones- nunca duermen en lo que se refiere a la vida psíquica. Hay siempre un *resto*, una roca, que hace que la cultura como proyecto de dominación fracase. Esta roca, nos habla en los términos de Lacan de un resto de *goce*, que nunca será absorbido, por tanto la repetición que aquí estamos planteando engarza directamente con la repetición de un monto de goce con las que el ser humano se las tiene que ver.

7. Otro elemento que se desprende de lo que venimos aseverando y que es necesario de destacar al momento de concluir, es que la problemática de la repetición ha remarcado de manera categórica la diferenciación entre dos modos de concebir lo inconsciente, con la tremenda importancia que esto tiene y sin escatimar en los alcances que esta diferencia tiene tanto para la teoría como para la práctica psicoanalítica. Podemos señalar que según lo que venimos diciendo en los párrafos anteriores, a saber, la similitud entre la primera forma que adoptó la repetición y el retorno de lo reprimido, que la repetición estaba siendo pensada según un inconsciente del tipo de una memoria, es decir, algo se invistió en un pasado que quedó inscrito representacionalmente en el psiquismo de manera inconsciente y busca repetirse para ser reincorporado. Tal como vimos en el capítulo sobre la repetición y la transferencia, según el cual la repetición podía ser pensada bajo el modelo de la *transferencia* sobre la representación preconscious del analista, de la investidura de un deseo inconsciente. Ahora bien, a partir de *Más allá del principio de placer*, la teoría de la repetición

destaca un modo de concebir lo inconsciente que ya había sido planteado de manera temprana en el pensamiento de Freud, sin embargo éste no había sido subrayado como factor elemental del funcionamiento psíquico. Ya en *La interpretación de los sueños* Freud destaca que el inconsciente supone una energía, una fuerza que hace que el deseo inconsciente emerja, venciendo la censura, en lo consciente. En este sentido este elemento aparecerá en *Pulsiones y destinos de pulsión* como una *konstante kraft* que no cesa de empujar (*Drang*) a su tramitación psíquica, es la cara que vimos en el capítulo de la pulsión donde aparece como un inconsciente máquina que no cesa de trabajar. Esta otra cara del inconsciente, que creemos que no es excluyente de la primera sino complementaria, instala una problemática sumamente relevante para el psicoanálisis, que como hemos señalado refiere a que esta fuerza nunca será del todo reabsorbida por el campo representacional del psiquismo. Este aspecto de lo inconsciente como pulsión, dirá Colette Soler, será subrayado explícita e implícitamente por la noción de una *repetición compulsiva* que no cesa y que se sitúa como un enigma por cuanto ya no responde a la búsqueda de placer según el principio que comandaba la experiencia humana.

8. *Más allá del principio de placer*, se instala dentro del pensamiento psicoanalítico como uno de los trabajos fundamentales no sólo para concebir el modo que Freud proponía para comprender el problema de la repetición, que por cierto para ello es capital, sino también porque da cuenta de un giro en términos del principio que comanda al psiquismo. Como ya hemos señalado alrededor de 1920 Freud resta preponderancia al principio de placer como comandante de la experiencia humana y destaca un factor *propia mente repetitivo* que supone el

problema individual y cultural de que el ser humano en ocasiones busca su propio mal, como puede observarse en las diversas psicopatologías, en el masoquismo, o en lo que el psicoanálisis ha señalado como necesidad de castigo del superyó. Tal como se desprende de los capítulos que pudimos trabajar, aparece en el ser humano, en tanto lo concebimos como mortal, sexuado y hablante, un factor inmanente que no podrá ser administrado en su totalidad. Por decirlo de algún modo, y creemos que la experiencia psicoanalítica está a disposición para ello, cada ser humano tendrá que vérselas con este factor que aparece como un *exceso*. En este sentido y como señalan los analistas lacanianos la propuesta del psicoanálisis será trabajar para poder hacer algo con ese *real*, buscar un *saber hacer* con eso que excede al campo de lo psíquico pero que aparece como su resto.

9. Este factor aparece en el pensamiento de Freud, a propósito de la pregunta por lo que lleva al ser humano a repetir determinadas conductas o sueños (como en el caso de las neurosis de guerra que revisamos), que no tienen ninguna relación con la búsqueda de placer, sino que son displacenteras y que también lo fueron en su momento inicial. Lo que hoy en día podemos ver en la anoréxica, es que repite una y otra vez el rechazo a la ingesta de comida (más allá de los motivos clínicos que fundamenta esta repetición) llevándola en ocasiones directo a la muerte del cuerpo, ahora sí como finitud. O lo que se puede observar en la clínica de las adicciones donde lo que surge es una repetición compulsiva de ingesta en cantidades nocivas por ejemplo de alcohol o de cocaína sostenida en el tiempo, a pesar de la autodestrucción que estos objetos provocan. A propósito de esto podemos recordar por ejemplo la ya clásica película acerca de la

adicción al alcohol, como es *Live in Las Vegas*. En estas problemáticas clínicas, entre otras, se observa una tendencia autodestructiva que insiste, que no cesa, y que lleva a la experiencia de un cierto *vacío* (a propósito de un significante que utilizaba una paciente cocainómana) que corrompe todo interés por establecer un lazo con un otro. En este sentido creemos que la tesis de que habita en el ser humano una *tendencia* autodestructiva que se puede desencadenar a propósito de ciertas experiencias contingentes de malestar para el sujeto, como puede ser una experiencia no asimilable para el sujeto, que recordemos que es la propia definición de lo traumático para el psicoanálisis, es absolutamente sostenible y creemos que se sitúa como uno de los leit motiv que comanda la práctica analítica.

10. Esta tendencia propiamente repetitiva que surge a partir de *Más allá del principio de placer*, nos habla desde otro prisma, pero muy ligado al anterior, de aquello *no ligado* en el psiquismo. Ya Freud había planteado la energía libremente móvil a diferencia de la energía ligada en el psiquismo, a propósito de esta distinción hemos podido dar cuenta de que la repetición propiamente tal, debe su estatuto a la presencia de experiencias que si bien han quedado inscritas aparecen ligada a significantes “errantes”, por llamarlos de algún modo. Que invocan lo desligado en relación a una *cadena significativa* que como sabemos desde el planteamiento de Lacan sostiene al sujeto. Si bien sabemos que una característica de lo inconsciente es su atemporalidad, esto no quita que establezca relaciones de sentido a partir de la elaboración secundaria y con ello pueda inscribirse algo de lo inconsciente en una cierta temporalidad, nuevamente creemos que el trabajo clínico psicoanalítico va en esa dirección,

por cuanto de algún modo le permite al sujeto ubicarse en torno a un pasado, presente y futuro. Recordamos a propósito de esto la pertinencia de la propuesta de Galende donde diferenciaba el tiempo de la historia, del tiempo de la repetición.

11. Lo que se desprende a partir de estos postulados y de esta versión de la repetición a partir del pensamiento lacaniano, es que existe en la experiencia humana una determinación de la palabra, asunto que nos lleva a pensar en una teoría determinista en cuanto el campo de lo simbólico antecede al sujeto, lo constituye. Para Lacan de la década de los cincuenta, existe una incontrarrestable fusión entre lo que Freud articuló en torno a la repetición y el significante como elemento en donde aquel *empuje* establecido por la pulsión se presentifica. La cadena significante al insistir supone la condición de posibilidad para la emergencia del sujeto, en este sentido podemos pensar que esta forma de concebir la repetición pone de manifiesto que el sujeto del inconsciente se produce a partir de una *ley* que comanda el psiquismo. La repetición toma el estatuto de ley para el funcionamiento psíquico, en el sentido de lo que comanda la aparición de ciertos significantes y no otros. Ordena la repetición de una misma palabra más tarde y en otro lugar.

12. Cuando pensamos en un significante errante que no está ligado y que *insiste* de una manera intempestiva, como por ejemplo en el caso que planteábamos de la muchacha que había sido violada por su padre sostenidamente, y que decía que quedaba “congelada” ante esa experiencia y que luego varios años más tarde aparecía el significante “congelada” ante cualquier evaluación académica o

entrevista laboral que la hacían sentirse “exigida”. O bien la mujer que vivió los horrores de la Segunda Guerra Mundial y que trabajó con Lacan pudiendo ligar el significante “gestapo” con otra experiencia (un *geste-à-peau*), que no era del orden de la amenaza, de la angustia que ella había vivido. Lo que estamos aludiendo es la perspectiva que señala a la repetición en cuanto ley, ley que comanda la aparición de los significantes en ciertos momentos de la experiencia analítica, creemos que efectivamente en este sentido el análisis “cultiva” la repetición. En este sentido la insistencia de ciertos significantes habla de la ley comandante de lo inconsciente, que propugna que aquello a lo que dicho significante está ligado, como en el caso de “gestapo” ligado a una experiencia de amenaza, vuelva a ser incorporado por el trabajo que realiza el aparato psíquico bajo la dirección de lo que el psicoanálisis ha denominado como *pulsión de vida*. Trabajo que en última instancia lo que hace es ligar, que creemos corresponde directamente a lo que es el pensar como elaboración. De este modo podemos asumir según lo que hemos trabajado en los capítulos de esta tesis que lo desligado, como significante errante está en directa consonancia con la *pulsión de muerte*.

13. La pulsión de muerte es un concepto controvertido en el pensamiento psicoanalítico, sin embargo según lo que hemos podido desarrollar en este trabajo, creemos que es fundamental para comprender un componente que participa de un modo inherente a la vida humana y que nos plantea principalmente dos aspectos. El primero es que en el ser humano como hemos dicho puede presentarse la tendencia a buscar el propio mal, tal como lo deja ver con un sin número de casos la práctica clínica. Y segundo, no menos importante

que el anterior, sino más bien trabajando en la misma dirección, que apela a lo desligado para el psiquismo. En este último sentido creemos que la pulsión de muerte como noción psicoanalítica encuentra su piedra angular en la figura del trauma no como un evento contingente que a ojos del sentido común puede aparecer como “grave”, sino como aquella formación que como el psicoanálisis ha explicitado se articula según dos tiempos y de un modo retroactivo. La pulsión de muerte desencadena su fuerza en el escenario que plantea el trauma en cuanto un evento contingente hace despertar una realidad inconsciente, un modo de satisfacción pulsional no reconocido para el sujeto, un modo de satisfacción pulsional inconsciente que no ha sido tramitado y en este sentido desborda las posibilidades para el sujeto de darle un lugar dentro de su vida, de ligarlo en el campo de las representaciones, el psiquismo se muestra impotente para hacerle frente. De esta forma entendemos lo que señalamos en su momento que un evento no es traumático por ser grave, sino que se torna grave porque se anudó como traumático para ese sujeto en particular.

14. Otra conclusión que podemos señalar según lo desarrollado acerca del concepto de trauma y su relación con la repetición, en el sentido del lugar que éste tiene para la experiencia humana, es que el trauma supone, como decía Freud, un *cuerpo extraño de eficacia presente*, con lo cual podemos aseverar que este cuerpo extraño no se deja “olvidar”, reclama su lugar, permanece a la espera de que una vivencia lo despierte. De ahí que la idea de una eficacia presente, nos hable justamente de una presencia que retorna sino es a través del recuerdo y su elaboración como lo permite un trabajo clínico, a través de una formación del inconsciente, sea un síntoma compulsivo, un sueño repetitivo u otra. Con

respecto a esto cabe recordar, tal como lo señalamos en su momento que la propia pulsión sexual aparece como algo no asimilable en los primeros momentos de la vida humana, en este sentido es que entendemos que la misma sexualidad para el ser hablante aparece como excesiva y con ello bajo las lógicas de lo traumático.

15. En el estudio acerca de la pulsión pudimos dar cuenta de que ella plantea un factor *conservador* que se relaciona con el problema de la repetición, que según lo trabajado entendemos de acuerdo al menos de dos modos.

Por un lado la pulsión es conservadora por cuanto busca satisfacerse de acuerdo a modos anteriores de satisfacción, como puede pensarse en torno a la noción de *experiencia de satisfacción*. Recordando que esta *experiencia* es el fundamento para situar lo que el psicoanálisis trabaja como *deseo*, pensamos que en el concepto psicoanalítico de deseo podemos vislumbrar aquella repetición que se enmarca dentro de las lógicas del principio de placer, esa tendencia que Lacan llamó *restitutiva* y que tal como él la concibió está ligada a la *homeostasis subjetivante*. Lo que fue placentero de acuerdo a la experiencia de satisfacción, pero luego prohibido de acuerdo a la instalación de la represión primaria, busca hacerse presente para el sujeto, pero al estar bajo el imperio de la represión es vivido como displacentero para el yo consciente. El deseo inconsciente intentará vencer la censura para hacerse un lugar en el yo consciente y ser reconocido por el sujeto, tal como ocurre según el modelo del sueño. O de otro modo, tal como se presenta en la fantasía inconsciente no asimilada por el yo, quien, recordemos, es comandado de una manera más permisiva o más punitiva por el superyó estructurado según los mandatos culturales.

Por otro lado, la pulsión surge como conservadora de acuerdo al planteamiento de Freud de que todo lo vivo busca volver a lo inorgánico. Lo cual entendemos de acuerdo al supuesto de que existe una tendencia a la *inercia* en el aparato psíquico. Tendencia que no es otra cosa que la muerte del deseo, ahora entendiendo este último de acuerdo a una *búsqueda permanente*, como motor de la vida. Viene al caso señalar que la definición de inercia, de acuerdo a la Real Academia Española, refiere a la propiedad de los cuerpos de no modificar su estado de reposo, así como también a la desidia, lo que no deja de recordar la sintomatología que se observa en la depresión, como la falta de interés. De acuerdo a esto lo conservador de la pulsión como vuelta a lo *inorgánico*, plantea la muerte no como finitud de la vida, sino la muerte dentro de la vida misma, aspecto que vemos asociado, ahora desde otro prisma, a un factor autodestructivo del ser humano, en cuanto pérdida del *interés*.

16. Es importante destacar, a propósito de lo trabajado en torno al cruce entre la repetición y la pulsión, haciendo hincapié en que, tal como vimos, el psicoanálisis propone una diferencia entre pulsión e instinto, dado que la pulsión a diferencia del instinto no presupone un objeto de satisfacción al modo de la sexualidad entendida bajo el prisma biológico de la reproducción, que la noción misma de pulsión da cuenta de un complejo que será articulado por la historia subjetiva y no por una relación lineal que designa de manera predeterminada el objeto de satisfacción. En torno a esto vimos que existe una *búsqueda permanente* de un objeto, en el sentido de que para el psicoanálisis el objeto está perdido. Queda con esto la búsqueda misma ligada a una posibilidad de satisfacción. Lo cual nos plantea una repetición, en el plano del principio de

placer, la tendencia restitutiva, relacionada con un circuito de búsqueda que es alimentado por la promesa de un reencuentro. En este sentido, es posible pensar en la repetición de la búsqueda a partir de la diferencia de la pulsión con el instinto que tanto hincapié hiciera Freud.

17. Otra idea relevante que ha surgido de esta investigación tiene relación con la cuestión de la temporalidad o la no temporalidad que supone para el psiquismo la repetición en tanto pulsión de muerte. El aparato psíquico, en la medida que articula representaciones e inviste objetos, va permitiendo construir una trama de tiempo donde podemos reconocer un cierto antes, un ahora y un después, así el movimiento que supone la pulsión entra en las redes del significante y la significación a partir de lo cual se establece una temporalidad que, para decirlo de un modo simple, ordena las representaciones. Esta función del psiquismo de “ordenar”, de temporalizar el movimiento pulsional, aquello que permite ligar la pulsión, Green la denominó *función objetalizadora*, que como señalamos supone la transformación de las pulsiones en objetos, asunto indispensable para sobrellevar la vida a partir de la constitución de un yo organizado. A partir de esto, el mismo Green planteó en relación a la pulsión de muerte una *función desobjetalizadora* que impide la formación de objetos o bien descalifica lo que ya están constituidos, por ende destruye la temporalidad. En este sentido es que planteábamos pensar que la repetición, en cuanto pulsión de muerte, puede ser ligada a la función desobjetalizadora que instala un *vacío* en el interior del psiquismo, lo que señalábamos como un *asesinato del tiempo*. Se ilumina con ello un cierto tiempo que se repite igual a sí mismo, un tiempo sin posibilidad de olvido. A propósito de esto y lo revisado en el quinto capítulo, es posible pensar

que en el trauma el vacío rebasa toda forma representativa que pudiese temporalizar los acontecimientos.

18. Algunos puntos importantes de destacar al momento de concluir, tienen relación con el problema de la compulsión de repetición, como corolario de la destructividad constitutiva del ser humano. La compulsión de repetición ligada a la propia destructividad la hemos visualizado en una relación si no directa sí sumamente contigua con las formas que adopta la pulsión de muerte al interior de la dinámica psíquica. Como vimos para Freud la pulsión de muerte y la pulsión de vida se articulan en una trama compleja a partir de la cual se pueden observar las más variadas posibilidades de funcionamiento pulsional. En este sentido los conceptos de sadismo y masoquismo han sido concebidos por el psicoanálisis como dos nociones que permiten situar a la agresividad ligada a la función sexual. Y ambos elementos sexualidad y agresividad en cuanto se entrelazan de un modo constitutivo, permiten sostener a la repetición como una compleja imbricación que va más allá de la búsqueda de placer por el ser humano.

19. Otro modo de acercarse al problema de la compulsión de repetición en tanto búsqueda del displacer, como por ejemplo se da en la reacción terapéutica negativa donde el o la paciente “quiere” aferrarse a la enfermedad, puede ligarse al otro tipo de masoquismo definido por Freud como masoquismo moral. Como veíamos más arriba el psicoanalista explicita que una cara del masoquismo moral está en el denominado sentimiento inconsciente de culpa, también llamado necesidad de castigo. Éste refiere a la percepción inconsciente de que el

sujeto no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal, el Superyó, y por ello aparece la búsqueda de castigo que de algún modo satisface a la pulsión de muerte. Ésta opera de manera silenciosa en cuanto a la negativa de abandonar el modo de relación al otro que supone la enfermedad, nuevamente el *displacer*.

20. El problema de la repetición a la luz de la segunda teoría lacaniana, toma el carácter de un encuentro enigmático. Como lo planteaba el psicoanalista francés es un *encuentro fallido con lo real*. Este encuentro, tal como lo hemos desarrollado en este capítulo, toma su carácter a partir de aquello que “*no cesa*”, sin embargo a diferencia de lo que veíamos en la teoría de la insistencia del significante según la cual se puede hablar de un *no cesa de no escribirse siempre igual*, en esta segunda propuesta este factor nos habla de aquello que *no cesa de no poder inscribirse*. Es decir, estamos ante una teoría que supone en su corazón lo imposible, lo inasimilable por el psiquismo, a saber, el trauma.

21. Es posible pensar a la luz de estos elementos que aquella realidad inconsciente que es despertada por un acontecimiento fortuito, está a la espera, es decir, está en el orden de lo *no-realizado*. Esta realidad está a la espera como un monto excesivo que si bien la repetición intentará ligar siempre devendrá como un más allá del principio de placer, a partir de esto se desprende el carácter fallido del encuentro, es decir, el encuentro con lo real nunca se produce, es fallido en tanto este real se escabulle, sólo queda la repetición como producto.

22. Cuando señalamos en este capítulo que el trauma es la vía regia para acceder a la repetición, estamos haciendo referencia a que el trauma no se deja “olvidar” por

quien lo experimenta. Si bien la homeostasis subjetivante propia del psiquismo que orienta el funcionamiento definido por el principio de placer intentará taponear los efectos del trauma, éste se presenta bajo la rúbrica de una insistencia que impondrá sus términos más allá del principio de placer. Los sueños traumáticos que se repiten tal como lo manifestaba Freud en *Más allá del principio de placer*, no responden a la teoría del sueño como realización de deseo, en este sentido la segunda teoría de la repetición, para Freud la compulsión de repetición, viene a ampliar la teoría del sueño situándolo como un elemento que evidencia las lógicas de la repetición.

23. Finalmente podemos señalar que tanto para Freud como para Lacan, el giro que produce el *Más allá del principio de placer* plantea un nuevo escenario en el campo del psicoanálisis, según el cual lo inconsciente ya no sólo tomará el carácter de una memoria inscrita a partir del registro del significante, sino que nos habla de un modo de entender lo inconsciente como aquello que está a la espera de aparecer intempestivamente, descentrando al sujeto. A partir de ciertos acontecimientos que nosotros los seres humanos podemos vivir, ciertas contingencias, los modos de satisfacción pulsional inconscientes, el goce, volverá a dar satisfacción e incomodar al sujeto, no cesará de no inscribirse, devendrá no simbolizados y con ello repetitivo. La propuesta de trabajo psicoanalítico será darle un lugar a aquello que insiste, ligarlo para hacerle frente a la pulsión de muerte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adam, R.: *Lacan y Kierkegaard*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007
- Agamben, G.: *Lo que queda de Auschwitz: El archivo y el testigo, Homo Sacer III*, Madrid, Pre-textos, 2002
- Alemán, J., Larriera, S.: *El inconsciente: existencia y diferencia sexual*. Madrid, Síntesis, 2001
- Alemán, J. [et. al.]: *Lo real de Freud*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2007
- Aristóteles: *Física*, revisión de Calvo Martínez J., Salamanca, CSIC, 1997
- Assoun, P. L.: *Freud y Nietzsche*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984
- Assoun, P. L.: *La transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008
- Assoun, P. L.: *La transferencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008
- Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Madrid, Síntesis, 2002
- Breuer y Freud, S. [1893-95]: *Estudios sobre la histeria*, Obras Completas, Tomo II, Buenos Aires, Amorrortu, 2000
- Brodsky, G.: *Comentario del Seminario 11*, Buenos Aires, Cuadernos del ICBA n° 2, 1999.
- Chemama, R.: *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004
- Cosentino, J. C.: *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial, 1993

- Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Manantial, 1992
- Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.
- Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 2008
- Deleuze, G.: *Presentación de Sacher-Masoch, lo frío y lo cruel*, Buenos Aires, Amorrortu, 2008
- Derrida, J.: *Envío en La desconstrucción en las fronteras de la filosofía*, Paidós, Barcelona, 1996
- Diccionario, *Real Academia Española*, Madrid, 2001
- Doltó, F.: *En el juego del deseo*, México, Siglo XXI, 1983,
- Dor, J.: *Introducción a la lectura de Lacan*, Buenos Aires, Gedisa, 2000
- Dor, J.: *Le transfert et sa subversion*, en *Clinique Psychanalytique*, Denoël, Paris, 1994
- Eleb, D.: *Figuras del destino, Aristóteles, Freud y Lacan o el encuentro de lo real*, Manantial, Buenos Aires, 2007
- Evans, D.: *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Buenos Aires, Paidós, 2007
- Fernández, M.: *La repetición como concepto fundamental del psicoanálisis*, Capitón. Seminarios clínicos, Las Mercedes, Caracas, 2010
- Fischman, M.: *Lectura de Lacan del Fort-da*, en Cosentino, J. C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan. Acerca del más allá del principio de placer*, Manantial, Buenos Aires, 1992

SIGMUND FREUD

Freud, S. [1892-99]: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Carta 52*, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 1998

Freud, S. [1894]: *Las neuropsicosis de defensa*, Obras Completas, Tomo III, Buenos Aires, Amorrortu, 1999

Freud, S. [1895]: *Proyecto de psicología*, Obras Completas, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1896]: *Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Carta 52*, Obras completas, Tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 1998

Freud, S. [1900]: *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo V, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1905]: *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1905]: *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1908]: *Carácter y erotismo anal*, Obras Completas, Tomo IX, Buenos Aires, Amorrortu, 1999

Freud, S. [1912]: *Sobre la dinámica de la transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Amorrortu, Buenos Aires, 2000

Freud, S. [1912]: *Tótem y tabú*, Obras Completas, Tomo XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1913]: *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

Freud, S. [1914]: *Acerca del fausse reconnaissance (déjà racanté) en el curso del trabajo psicoanalítico*, Obras Completas, Tomo XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1914]: *Introducción del narcisismo*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1914]: *Recordar, repetir y reelaborar*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1914-1916]: Apéndice C. *Palabra y Cosa*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1915]: *La represión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1915]: *Lo inconsciente*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1915]: *Pulsiones y destinos de pulsión*, Obras Completas, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1915]: *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*, Obras Completas, Tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

Freud, S. [1916]: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, Obras Completas, Tomo XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1917]: *27ª conferencia. La transferencia*, Obras Completas, Tomo XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1920]: *Más allá del principio del placer*, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

Freud, S. [1923]: *El yo y el ello*, Obras Completas, Tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1924]: *El problema económico de masoquismo*, Obras Completas, Tomo XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1930]: *El malestar en la cultura*, Obras Completas, Tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

Freud, S. [1932]: *¿Por qué la guerra?*, Obras Completas, Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1997

Freud, S. [1932]: *32ª conferencia: Angustia y vida pulsional*, Obras Completas, Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1932-1936]: *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras*, Obras completas, Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 2000

Freud, S. [1937]: *Construcciones en el análisis*, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

Freud, S. [1937]: *Análisis terminable e interminable*, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

Freud, S. [1940]. *Esquema del Psicoanálisis*, Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2001

- Galende, E.: *Historia y repetición: Temporalidad subjetiva y actual modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 1992
- Gay, P.: *Freud: Una vida de nuestro tiempo*, Madrid, Paidós, 1989
- Gerber, D.: *Dis-curso del psicoanálisis* en Braunstein, N.: *El discurso del psicoanálisis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1998
- Gómez, C.: *Freud y su obra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002
- Green, A.: *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969
- Green, A.: *El tiempo fragmentado*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001
- Green, A. y otros: *La pulsión de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 2008
- Gutiérrez, G.: *La banalidad de la pulsión de muerte*, Revista de Psicoanálisis, Tomo LXVII, N° 4, Buenos Aires, APA, 2010
- Gutierrez Terrazas, J.: *Como leer a Freud*, Madrid, Síntesis, 2002
- Jiménez, J.: *Tañer las cuerdas: Notas sobre escucha e interpretación psicoanalíticas*, De Inconscientes, www.deinconscientes.com
- Jones, E.: *Vida y obra de Sigmund Freud*, Tomo 1, Anagrama, Barcelona, 1970
- Kierkegaard, S. [1843]: *La repetición*, Madrid, Alianza, 2001
- Korman, V.: *El espacio psicoanalítico*, Madrid, Síntesis, 2004
- Kristeva, J.: *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Cátedra, 1995

JAQUES LACAN

Lacan, J.: *El seminario sobre "La carta robada"*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Lacan, J.: *De nuestros antecedentes*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Lacan, J.: *Más allá del "Principio de realidad"*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Lacan, J. [1948]: *La agresividad en psicoanálisis*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Lacan, J.: *Intervención sobre la transferencia*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Lacan, J. [1953]: *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Lacan, J.: *La instancia de la letra*, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Lacan, J.: *Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista*, Escritos 2, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010

Lacan, J. [1953-1954]: *Los escritos técnicos de Freud.*, El seminario, libro 1, Buenos Aires, Paidós, 2000

Lacan, J. [1954-1955]: *El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, El seminario, libro 2, Buenos Aires, Paidós, 2004

Lacan, J. [1957-58]: *Las formaciones del inconsciente*, El seminario, libro 5, Buenos Aires, Paidós, 2000

Lacan, J. [1960-1961]: *La transferencia*, El seminario, libro 8, Buenos Aires, Paidós, 2006

Lacan, J.[1962-63]: *La angustia*, El seminario, Libro 10, Buenos Aires, Paidós, 2006

Lacan, J. [1964]: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El seminario, libro 11, Buenos Aires, Paidós, 2008

Lacan, J. [1969-1970]: *El reverso del psicoanálisis*, el Seminario, libro 17, Buenos Aires, Paidós, 2010

Laplanche, J., Pontalis, J. B.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996

Laplanche, J.: *La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión sexual*, en Green, A. y otros: *La pulsión de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 2008

Laplanche, J.: *La sexualidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1980

Laplanche, J.: *Pulsión e instinto*, Revista de Psicoanálisis Alter, N° 1, 2014, www.revistaalter.com

Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, p. 13

Lowenstein, A. (comp.), y otros: *La función de la repetición*, Buenos Aires, Letra Viva, 2007

Mannoni, M.: *Un saber que no se sabe*, Gedida, España, 2006

Masotta, O.: *El modelo pulsional*, Barcelona, Argonauta, 1990

Masotta, O.: *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, Barcelona, Gedisa, 1991

- Marucco, N.: *Entre el Recuerdo y el Destino: la Repetición*, en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 2007, <http://www.apuruguay.org/apurevista>
- Marx, K.: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza, 2009
- Melo Carvalho, M.: *Los modelos del trauma en Freud y sus repercusiones en el psicoanálisis post-freudiano*, Madrid, Revista Alter (www.revistaalter.com), 2015
- Miller, J.A.: *El hueso de un análisis*, Buenos Aires, Tres Haches, 1998
- Nasio, J. D.: *Cinco lecciones sobre la teoría de Jaques Lacan*, Barcelona, Gedisa, 1998
- Nasio, J.D.: *¿Por qué repetimos siempre los mismos errores?*, Buenos Aires, Paidós, 2013
- Nietsche, F.: *Así habló Zaratustra*, Madrid, Cátedra, 2008
- Pereira, M.: *El concepto de pulsión en la obra de Freud*, Tesis para la obtención del Grado de Doctor en Psicología, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2001. <http://eprints.ucm.es/tesis/psi/ucm-t24962.pdf>
- Porras, M. A.: *Azar y destino en psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva, 2008
- Rabinovich, D.: *La experiencia de satisfacción en su articulación con el más allá del principio de placer en los Seminarios II y VII en Cosentino, J. C.: Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca del Más allá del principio de placer*. Buenos Aires, Manantial, 1992
- Rebella, G.: *Repetición desde el Desamparo*, en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 2007, <http://www.apuruguay.org/apurevista>

Recalcati, M.: *Meditaciones sobre la pulsión de muerte*, en Alemán, J. [et. al.]: *Lo real de Freud*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2007

Ricoeur, P.: *Freud: Una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI, 1970

Safouan; M.: *El ser y el placer*, Barcelona, Petrel, 1982

Safouan, M.: *Lacanianana, Los seminarios de Jacques Lacan (1953-1963)*, Buenos Aires, Paidós, 2003

Safouan, M.: *La palabra o la muerte ¿Cómo es posible una sociedad humana?.*, Buenos Aires, De la flor, 1994

Soler, C.: *La repetición en la experiencia analítica*, Buenos Aires, Manantial, 2004

Umérez, O.: *La compulsión a la repetición en Lacan* en Cosentino, J.C.: *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca de más allá del principio de placer*. Buenos Aires, Manantial, 1992

Vega, V.: *El Complejo de Edipo en Freud y Lacan*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2015

Vegh, I.: *Hacia una clínica de lo real*, Buenos Aires, Paidós, 1998

Viereck, G.S. [1957]: *El valor de la vida* (entrevista realizada en 1926 a Sigmund Freud), en “Psychoanalysis and the Future”, New York.